portada eliseu villalba.qxp_TOPOLOGÍAS 19/11/21 13:05 Página 1

Eliseu Villalba Nebot, barcelonés nacido en 1905, en los últimos años de su vida dedicó parte de su tiempo a escribir sobre sus trágicas experiencias en Mauthausen. Pero no se limitó a relatar lo acontecido en sus cuatro años de esclavitud en dicho campo de concentración, sino que narró con preciso lenguaje su itinerario, desde su integración en las filas del Ejército Popular de la República, la penosa marcha hacia el exilio y su tránsito por los campos franceses de Argelès y Agde, hasta que su captura por los alemanes en Dunquerque le convirtió en un prisionero de guerra, destinado al castigo y la muerte con la complacencia de Franco, el amigo de Hitler. Tras largos años en Mauthausen, en el comando de Steyr y finalmente en Gusen, durante los cuales su resistencia doblegó los designios de muerte, pudo finalmente llegar a Francia, con su salud maltrecha e incógnitas sobre su futuro. Un futuro en el que no tenía cabida la reanudación de su vida anterior; sin embargo regresó a su ciudad, para sobrevivir de nuevo en un entorno político hostil. Su espíritu de lucha encontró marcos de solidaridad, en los cuales se empeñó en la reclamación de los derechos morales y materiales de todos aquellos supervivientes, ignorados e incluso perseguidos por el régimen dictatorial. Su nombre es recurrente dentro de la asociación que les amparaba en la clandestinidad, ya que fue fundador y hombre clave en la Amical de Mauthausen y otros campos, desde 1962 hasta su muerte en 1979.

La obra recoge sus memorias pero, por su carácter incompleto, se ha confeccionado el relato en base a un ensayo biográfico que cubre las lagunas con informaciones históricas y testimoniales.

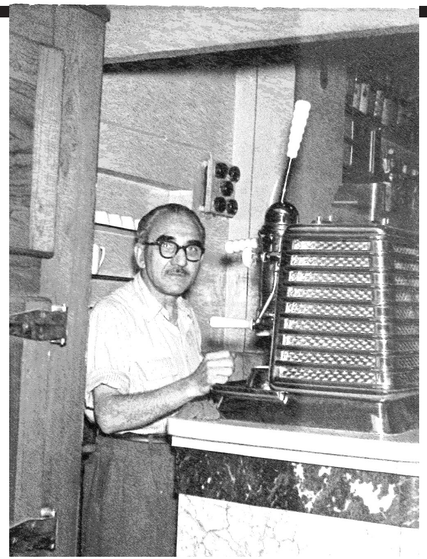
GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE LA PRESIDENCIA, RELACIONES CON LAS CORTES Y MEMORIA DEMOCRÁTICA

Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo de España

9 788474 711578

ELISEU VILLALBA SUPERVIVIENTE DE MAUTHAUSEN / ROSA TORAN

EL VIEJO TOPO



ROSA TORAN

ELISEU VILLALBA SUPERVIVIENTE DE MAUTHAUSEN

PRÓLOGO DE JUAN M. CALVO

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE LA PRESIDENCIA, RELACIONES CON LAS CORTES Y MEMORIA DEMOCRÁTICA

Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo de España

EL VIEJO TOPO

ROSA TORAN (Manresa 1947) es doctora en Historia y catedrática de esta materia en diversos institutos de bachillerato hasta su jubilación. Ha escrito diversos libros en colaboración con Cèlia Cañellas sobre la política municipal durante la Restauración (concesión de la Bolsa de Estudios Agustí Duran i Sanpere, dentro de los Premios Ciutat de Barcelona), el papel de las mujeres durante la República y la Guerra de España y las *biografías Dolors Piera, mestra, política i exiliada* (Premio Leonor Serrano), e *Hilda Agostini. Les armes de la raó d'una mestra reublicana, protestant i maçona* (I Premi Bones Lletres d'Assaig Humanístic). Ha sido presidenta de la Amical de Mauthausen y otros campos y actualmente es la responsable de archivos y publicaciones. Especialista en la deportación republicana, ha comisariado diversas exposiciones y ha publicado los libros *Vida i mort dels republcans als camps nazis*; *Mauthausen, crónica gráfica de un campo de concentración*; *Los campos de concentración nazis: palabras contra el olvido*; *Joan de Diego, tercer secretari a Mauthausen*; *Amical de Mauthausen. Lucha y recuerdo. 1962-1978-2008*; *Josep Miret Musté (1907-1944), Conseller de la Generalitat, deportat i mort a Mauthausen*; y *Michel Reynard. Una vida de compromís. Del rugbi a la deportació*, además de colaborar en obras colectivas nacionales e internacionales y de ser autora de numerosos artículos sobre el tema. En el año 2015 recibió el Premi Bages de Cultura.

Rosa Toran

ELISEU VILLALBA

ROSA TORAN

ELISEU VILLALBA SUPERVIVIENTE DE MAUTHAUSEN

Prólogo de
Juan M. Calvo

El Viejo Topo

La presente edición se hace en el marco de la ejecución del Convenio firmado el 30 de agosto de 2019, entonces con el Ministerio de Justicia, cuyas competencias ostenta en la actualidad el Ministerio de Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática.

© Rosa Toran, 2021

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural / El Viejo Topo
Diseño: M. R. Cabot
ISBN: 978-84-7471-157-8
Depósito Legal: M-29083-2021

Nipo (edición impresa): 089-21-027-3
Nipo (edición online): 089-21-028-9

Impreso en España

Sumario

Prólogo. *Juan M. Calvo* 11
Introducción 19
1. 1905-1936. Años plácidos de juventud 15
2. 1936-1939. El giro radical 21
3. 1939-1940. El inicio de las desventuras: los campos franceses 27
4. 1940-1941. Bajo las garras alemanas 79
5. 1941-1945. Mauthausen. El robo de identidad: matrícula 4811 115
6. 1945-1948. El peregrinaje por Francia y Andorra 171
7. 1948-1962. Retorno a la vida 175
8. 1957-1962. La persistente reclamación de sus derechos 183
9. 1962-1973. La lucha corporativa desde la amical 191
Contra los ataques negacionistas 227
10. 1973-1979. Nuevos combates en la última etapa 247

Con estas líneas quiero agradecer a la Amical de Mauthausen y otros campos y sobre todo a Rosa Toran y a todas las personas que han colaborado para que estas memorias de mi padre salgan a la luz; memorias que sin dichas colaboraciones todavía estarían en una carpeta.

Creo que mi padre escribió estas memorias para que algún día alguien las pudiera leer, pero jamás imaginaria que un día se convirtieran en la edición de un libro dedicado a él.

GRACIAS

Mª Lluïsa Villalba Insa

Prólogo

Como bien indica la autora de este libro las memorias incompletas de Eliseu Villalba –uno de los supervivientes republicanos del campo de Mauthausen– las conocimos en la **Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas de nazismo de España** gracias al celo con el que su hija M.ª Lluïsa Villalba Insa las ha conservado, junto a fotografías, documentos y otros materiales muy diversos, en el domicilio familiar. Su enorme generosidad es la que ha permitido que la Amical, contando con el inestimable trabajo –riguroso y voluntario- de nuestra compañera Rosa Toran, se plantease una transcripción del contenido de los cuadernos en los que habían quedado plasmados los recuerdos de su padre. Aquella transcripción fue ocasión para llevar a cabo una unificación lingüística, puesto que Eliseu había utilizado de forma correcta y eficaz las dos lenguas –el catalán y el castellano– en los textos conservados. Fue gracias a esta transcripción cuando pudimos conocer algunos de los momentos clave del exilio de Eliseu que estaban narrados de forma brillante y en los que se describían de forma detallada los recuerdos acumulados durante su exilio.

Las memorias fragmentarias de Eliseu Villaba, trascienden del conocimiento detallado de su periplo personal para convertirse en un documento testimonial de primer orden para acercarnos al devenir de quienes, como él, se vieron forzados a un exilio como consecuencia de su derrota en la guerra de España. El compromiso de estos luchadores antifascistas, defendiendo la legitimidad de la Segunda República, les condujo en numerosas ocasiones a un

itinerario paralelo al de Eliseu: el paso de la frontera en las gélidas jornadas de la retirada republicana, el hacinamiento en los campos del sur de Francia, su alistamiento y destino en las Compañías de Trabajadores Extranjeros, la detención por los alemanes en las semanas posteriores a la invasión alemana del territorio francés y su posterior deportación al campo de Mauthausen.

Para dar unidad y sentido al relato de estas memorias incompletas, Rosa Toran ha llevado a cabo una cuidada edición acudiendo a testimonios de diferentes supervivientes, compañeros del camino común que les abocó a su deportación, que nos ayudan a complementar los espacios y los periodos del itinerario de Eliseu que no pudo completar debido a su prematura e inesperada desaparición.

La Amical de Mauthausen y otros campos continúa batallando por la consecución de uno de sus compromisos fundacionales como es el de difundir la memoria de la deportación republicana a los campos nazis durante la Segunda Guerra Mundial y esta publicación es un ejemplo que se suma a las que le han precedido con anterioridad y en las que nuestra compañera Rosa Toran ha estado involucrada directamente ya sea como autora o bien como coordinadora: memorias de Edmon Gimeno (2007), Joan Escuer (2007) y Marcel·li Garriga (2008), las obras dedicadas a Juan de Diego (2007), Eusebio Pérez (2008), Josep Miret (2017) y Michel Reynard (2020) o comisionando exposiciones como la que se dedicó a la obra fotográfica de Francesc Boix (2015).

Pero, por otra parte, nuestra asociación ha instado diversos reconocimientos públicos a nuestros deportados y deportadas en colaboración con instituciones sensibles y, en el caso que nos ocupa, la Amical lideró el que se le rindió a Eliseu Villalba Nebot en colaboración con el Ayuntamiento de Barcelona y la Junta de Mercados de la ciudad, el 12 de enero de 2018 con la instalación de una placa en uno de los espacios más transitados del Mercat del Ninot de Barcelona.

Para finalizar estas palabras introductorias, como Presidente de la asociación creada por nuestros predecesores en el ya lejano 1962,

creo conveniente reafirmar nuestro compromiso permanente con aquel objetivo enunciado y a él vamos a seguir dedicando los esfuerzos de la **Amical de Mauthausen y otros campos y de todas las víctimas del nazismo de España** para que día a día se vaya conociendo y difundiendo el enorme legado ético y moral de nuestros deportados y deportadas.

Juan M. Calvo Gascón
Presidente de la Amical de Mauthausen

Introducción

Después de largos años de hibernación han salido a la luz páginas y más páginas escritas con mano y caligrafía firme o con el teclado de una máquina de escribir. Su autor, Eliseu Villalba Nebot. La guardiana de las carpetas que las contenían, su hija Mª Lluïsa Villalba Insa, no desconocía su importancia, más allá de su valor sentimental, y sabía que despertarían la curiosidad de cualquier historiador, atento al seguimiento de los avatares del exilio y la deportación de los republicanos a los campos nazis, y aún más en el caso de una persona vinculada a la Amical de Mauthausen y otros campos. No es un dato banal el hecho de que Eliseu Villalba hubiera sido uno de los pioneros empeñados en la lucha por ver reconocidos sus derechos, como víctimas que fueron del criminal régimen nacionalsocialista, y que su hija perseverara y persevere en aquella misión.

Cuando llegaron a mis manos los relatos desgranados en folios, casi amarillentos y con bordes oxidados por acción de las dañinas grapas, no dudé en atribuirles un valor histórico que no podía quedar sumido en otra larga hibernación. Sin duda, si la muerte no hubiera sorprendido de manera repentina e inusual a nuestro hombre, aquellas páginas hubieran desembocado en unas memorias con óptimos frutos, desde sus años como combatiente en la guerra de España hasta su liberación del campo de Mauthausen. Desconocemos las etapas y la metodología de su elaboración, puesto que los relatos, temáticos, se hallan a veces incompletos, y que el rastreo por cajones y estantes de la casa donde vivió Eliseu, el marco espacial de su escritura, ha resultado infructuoso. De todos los fragmentos

incluidos en la obra existen diversas versiones, en catalán y en español, y por ello he optado por reproducir o traducir aquellos que mejor se ajustaban, por su extensión y cronología, a la finalidad narrativa. No por ello desmerecen los contenidos de sus relatos, hasta tal punto minuciosos, que hubieran podido hilvanar un rico tejido literario, inédito en muchos de sus aspectos; sirvan de ejemplo las páginas dedicadas a la penosa estancia en los campos roselloneses, a la retirada de Dunquerque o al malvivir en el comando de Steyr, uno de los satélites del universo concentracionario de Mauthausen.

Por el carácter aludido de la falta de conexión o la escritura incompleta de las narraciones, me he aventurado a intercalarlas en una obra que adquiere la pauta de un relato biográfico, desde los orígenes y años jóvenes de Eliseu Villalba hasta su muerte, con la larga etapa intermedia de su difícil y precoz asentamiento en la Barcelona de la Dictadura franquista, décadas durante las cuales se nos aparece como un infatigable luchador en pro de sus derechos y de la preservación de la memoria de tantos miles de compañeros muertos por el arrollamiento del nazismo. Todo ello no hubiera sido posible sin la conservación del acopio documental por parte de su hija y de la asociación de la cual fue integrante de lo que aquellos pioneros denominaron «gobierno provisional».

Quedan algunos interrogantes ¿Cuándo decidió Eliseu plasmar sus experiencias? ¿Por qué el uso del catalán en unos casos y el castellano en otros? ¿Por qué utilizó en algunos relatos el *alter ego* de Enric? Pocas respuestas fehacientes se pueden aventurar, aunque nos gustaría imaginar, de forma bastante plausible, que emprendió la aventura de la escritura en los primeros años de su jubilación, al enfilar la década de los 70, y que su dominio de la lengua catalana escrita era impecable, dada su trayectoria laboral en el ayuntamiento de Barcelona en la etapa republicana, y su uso habitual en el trato y las conversaciones con sus compañeros de campaña y de deportación. Queda, sin embargo, un singular interrogante: ¿Existió realmente un Enric cercano o tan solo fue fruto de su imaginación?

Más importante que las respuestas a los interrogantes anteriores es indagar la intención que llevó a Eliseu a convertirse en escritor, un escritor con talento y potencia narrativa, a pesar de su confesión de humildad, con la finalidad de trasladar al lector los sacrificios que el destino le deparó. Valgan sus palabras para comprobar lo que hubiera sido una notable introducción a sus fallidas memorias:

> Creo que he tardado demasiado tiempo en decidirme a escribir mis memorias, precisamente tratándose de memorias, la mía había de faltarme especialmente en lo que a precisión de fechas se refiere, pero esto no va a detenerme. A fin de cuentas no pretendo narrar ni aún siquiera ayudar a reconstruir la historia contemporánea del mundo. Consciente de pequeñez, solo quiero recordar aquí esas pequeñeces que la historia no registrará, pero que han dejado amargo recuerdo a quienes, como yo, fuimos zarandeados, traídos y llevados sin ningún derecho que nos asistiera, nunca consultados y siempre obligados al sacrificio anónimo. No ignoro que carezco de cualidades literarias, por tanto mis memorias, aún siendo verídicas carecerán del natural atractivo que el bien decir podría prestarles.
>
> Si alguien llegara a leer esto, aunque desconozco por qué caminos tendrá que discurrir antes de llegar a buen término, que no se haga ilusiones de encontrar en su contenido una nueva filosofía o algo original que lo compense del tiempo perdido, pues vaya por delante que quiero asegurar que su contenido ha de estar lleno de vulgaridades, tal como corresponde a una persona vulgar y sin ningún tipo de preparación literaria. En cambio, sí encontrará sinceridad y verdades espantosas que corresponden a unos hechos inverosímiles, pero que por desgracia ha vivido el protagonista y en consecuencia puede hacerse a la idea de que más bien se trata de una semiautobiografía. Al decir semiautobiografía he tenido en cuenta que casi siempre y de una manera general las autobiografías tienen una tendencia a barrer hacia dentro, hecho que equivale a una falta de sinceridad, con la pretensión de hacernos mejores de lo que en realidad somos.

> Me es necesario hacer constar que la política de la época a que se refieren los hechos descritos en la narración está absolutamente ausente, a pesar de que en un determinado momento me refiera a ella, pero han transcurrido más de treinta años y en mi espíritu no queda ni una migaja tendenciosa en ningún sentido. (Traducción del catalán)

Si su pulso narrativo queda interrumpido en diversas ocasiones, ello no merma el valor de sus palabras, que posiblemente para Eliseu significaron un balón de oxígeno a sus pesadillas, en base al recuerdo, recreado y elaborado para otros, para nosotros, que tomamos prestadas sus palabras, a modo de lección y seguimiento de su compromiso. Y ahí quedan: su paso por el infierno, después de arrancarlo con violencia de su vida pacífica y laboriosa, para convertirlo en un número, en un esclavo de una caterva de guardianes, de perpetradores del mal contra la buena gente, como Eliseu Villalba Nebot.

Mi agradecimiento se dirige, en primer lugar, a Mª Lluïsa Villalba Insa, por la confianza depositada en mí y su ayuda en el largo proceso de elaboración de la obra, a pesar del impacto emocional que le supuso la vida truncada de su padre y maestro; y sin lugar a dudas, también les debo tiempo y cariño a todas las personas que han hecho posible la salvaguarda de la documentación de la Amical, y a las que se han prestado a la lectura previa del libro, por su amistad y por su saber, y en esoecial a Juan M. Calvo, por el regalo de su tiempo en la redacción de las líneas que procede a esta introducción.

Rosa Toran

1

1905-1936
Años plácidos de juventud

Eliseu Villalba Nebot nació el 4 de abril de 1905 en el barrio barcelonés del Poble Sec. Sus padres, Manuel y Asunción, vieron la luz en 1875 y 1883, respectivamente, en Fuente la Reina, un pequeño pueblo de la agreste y montañosa comarca castellonense del Alto Mijares, que tan solo contaba con poco más de 400 habitantes, número que no paró de disminuir a raíz del fenómeno migratorio común en aquel principio de siglo, tal como hicieron los padres de Eliseu con su traslado a Barcelona, donde nacieron también los otros hermanos Manuel y Juan.

Una vez instalados en la capital catalana, vivieron en la calle Blay, en el barrio del Raval, y acabaron por regentar un bar en el número 81 de una calle del mismo barrio, Conde del Asalto (hoy Nou de la Rambla, esquina Olmo). A pesar de sus orígenes humildes, valoraron la educación de su hijo, que pudo compaginar sus estudios de bachillerato con los de violín en el Conservatorio de Música.

En 1926 Eliseu cumplió el servicio militar. Su nombre aparece como soldado con 0-9-0 de servicio, según la Junta Calificadora de aspirantes a Destinos Públicos, referida a los destinos vacantes en el Ayuntamiento de Barcelona, documento que certificaba la prestación del servicio militar, requisito indispensable para optar a una plaza municipal[1].

1. *Diario Oficial del Ministerio de Marina*. Madrid 24-6-1931, núm. 138. p.1010.

Su actividad laboral estuvo vinculada al negocio de los padres hasta que el 7 de marzo de 1931, a punto de cumplir los 26 años, empezó a trabajar como mozo de mercados del ayuntamiento de Barcelona, en el Mercat del Ninot, situado en la izquierda del Eixample, con carácter provisional y un sueldo semanal de 59,50 pesetas. No tardó en progresar, ya que desde 1932 prestó sus servicios como subdirector de dicho mercado. El 24 de agosto de 1933 ingresó en la Associació Instructiva d'Obrers i Empleats de l'Ajuntament de Barcelona, entidad que se había creado al poco de proclamarse la República, en substitución de la Associació Professional i Mútua de Funcionaris i Obrers, con la finalidad de intervenir en todos los asuntos que afectaban a los empleados municipales, desde la revisión de plantillas, los reglamentos, la intervención de representantes en diversas comisiones municipales, etc., además de disponer de un fondo para proporcionar préstamos a los asociados.

Con la experiencia adquirida en su trabajo, cuando se convocaron cuatro plazas en propiedad de Subdirector de mercados, el 16 de junio de 1936 optó por presentarse a ellas. No podía imaginar que los acontecimientos iban a variar radicalmente sus expectativas, puesto que los ejercicios señalados para el día 20 de julio no llegaron a realizarse; en aquellas fechas las calles hervían por las luchas en contra de los militares insurrectos.

¿Cuál era la vida cotidiana de este joven? Casado y sin hijos, enviudó pronto, sin que hayamos podido averiguar con precisión las fechas de ambos acontecimientos. Políticamente estaba alineado con ERC, mientras que también mostraba un compromiso sindical, con su afiliación a la UGT, que acogía militantes de diversas acepciones partidistas, desde socialistas a comunistas. Según el informe de las instancias franquistas, en su expediente de depuración, fechado el 9 de febrero de 1939, a estas militancias le sumaba su pertenencia a la masonería por un período de 8 meses, durante el año 1935, alcanzando el grado primero, además de constar como contable y viudo.

2

1936-1939
El giro radical

Desconocemos la forma como transcurrió su vida en los meses que permaneció en Barcelona, antes de ser llamado a filas por su quinta a finales del año 1938, ni cómo le afectaron los sucesos de la retaguardia, los bombardeos, el hambre o los conflictos en los mercados protagonizados por mujeres. Por sus palabras se deduce que se incorporó al ejército el 12 de septiembre de 1938, cuando fueron llamados a filas los reemplazos de 1923 y 1924, y que alcanzó el grado de Cabo en un batallón de ingenieros zapadores.

La evolución de la guerra en aquel otoño de 1938 anunciaba su trágico final. Eliseu se movió por tierras de Cataluña, una vez consumada la larga y sangrienta Batalla del Ebro, a partir de la cual y después de tres meses de combate las tropas rebeldes estaban listas para iniciar su ofensiva sobre Cataluña. Las maniobras del general Rojo en el frente de Extremadura con el fin de distraer unidades enemigas del este peninsular no pudieron evitar el rápido avance desencadenado en las primeras semanas del mes de enero de 1939, que acabó con el retroceso hasta las lindes francesas del Ejército Popular, cada vez más diezmado por los bombardeos de la Legión Cóndor y la italiana y los perpetrados por la marina sublevada.

Pero retrocedamos en el tiempo, y nada mejor que las palabras de Eliseu para describir el impacto de pasar de una vida civil a una militar, sin ningún aire de heroicidad, sino todo lo contrario, abocado al combate ante el empuje de las circunstancias:

El caos surgido al estallar nuestra guerra civil, torció de una manera insospechada la vida de muchos hombres que nunca hubieran imaginado verse arrastrados por caminos tan alejados y tan distintos de los que hasta ese momento habían seguido. De una vida plácida y tranquila seguida hasta Julio de 1936 pasaron sin transición a otra llena de aventuras y por cierto no todas agradables y mucho menos venturosas.

Hasta muy avanzado el año 1938 me hallé metido en ese montón de seres que siempre pasaron desapercibidos y que además nada hicieron por destacarse de esa multitud, y no es que a partir de tal fecha yo llegara a sobresalir, ni que yo me decidiera a conseguirlo, pues ningún motivo me inducía a ello, pero fue entonces, cuando al movilizar mi quinta, sentí de una manera imprecisa pero evidente que a partir de aquel instante había dejado atrás toda una etapa y que el destino se permitía conmigo ciertas libertades sin mi consentimiento. Y así fue, en cuanto fui llamado a incorporarme a filas, para mí todo tomó un aspecto nuevo y pareció como si hubiera entrado en un escenario y el público estuviera pendiente de todos mis movimientos. Caminaba entre la gente, al ir a incorporarme, lleno de ideas contradictorias, parecíame imposible que los demás no se dieran cuenta que a su lado pasaba un hombre dispuesto a morir, y en cambio no me sentía «héroe», pues me daba cuenta de que no «iba» sino que me «llevaban» y muy a mi pesar, según tengo que confesar, aunque puedo añadir que no hice nada por «enchufarme», teniendo muchas posibilidades de haberlo conseguido si me lo hubiera propuesto.

Después de su incorporación al ejército, empezaba para él un intrincado itinerario por tierras catalanas que de Barcelona le llevó a Martorell, Gavà, Begues y Suria, para acabar retrocediendo hasta la frontera. Era un hombre hecho y derecho de 27 años, no habituado a los trabajos físicos aparejados a la dureza de la vida castrense y, aunque sin entrar en combate, se vio sometido a continuos entrenamientos de los que no acababa de comprender su finalidad:

De buenas a primeras fuimos transportados en vagones de carga hasta Martorell, para retroceder al cabo de unas horas hasta Barcelona y de allí, en otros vagones también de carga, hasta Gavà; puede suponerse el desconcierto que reinaba entre nosotros ante este ir y venir, ignorando cuál era el punto de nuestro destino. Era ya noche cerrada cuando emprendimos de nuevo la marcha, pero esta vez a pie y por una carretera que no pude identificar. Solo me daba cuenta que ascendíamos continuamente y que se hacía terriblemente penosa por la impedimenta que llevaba y por la falta de preparación para esta clase de ejercicio al que hacía años había perdido la costumbre. Por fin llegamos, enterándonos que habíamos llegado al pueblo de Begas, a once kilómetros de Gavà, acto seguido fuimos alojados en una casa deshabitada, debiera haber dicho, en lugar de alojados, que fuimos amontonados sin otra comodidad que la que podía proporcionarnos la manta militar de que habíamos sido provistos, pero en realidad no necesité gran cosa, pues me hallaba completamente exhausto y me dormí inmediatamente. Peor fue al despertar, dolorido y maltrecho por la dureza del mosaico que en nada recordaba los dos colchones de lana que había dejado en mi hogar. Quince días pasamos en Begas dedicados a ejercicios más o menos militares, con alguna que otra clase de teórica, para ser trasladados al cabo de unos días a Suria, aquí pasamos tres meses, con el mismo programa con el único aditamento de machacar en un incomprensible empeño en hacernos marchar correctamente en formación, con sus correspondientes evoluciones, como si nos estuvieran preparando para un gran desfile. Durante este período vine a enterarme que nos hallábamos en un centro de organización de ingenieros, cuerpo al que habíamos pertenecido en nuestras mocedades, al ser llamados a filas en el año 1926. Pertenecer al cuerpo de Ingenieros en aquellas circunstancias nos hizo concebir dulces esperanzas, creíamos que la guerra para nosotros nos supondría las calamidades y horrores que, según imaginábamos, representaba para otras armas. La realidad se encargó de demostrarnos que la

guerra en nuestros tiempos no establecía distinciones para nadie, puesto que incluso la población civil de la retaguardia pagó un elevado tributo a Marte.

Si bien la implicación en combates en los frentes no ha quedado plasmada en la literatura que hemos heredado de Eliseu, sí que dejó huella de los vínculos de camaradería generados por la vida militar, aspecto que tendrá su mejor expresión en su próximo futuro, los campos de Francia, las Compañías de Trabajadores Extranjeros, los *stalags* y finalmente el campo de Mauthausen. Por otro lado, las relaciones esporádicas con la población civil adquirieron un aspecto singular, en medio de las vicisitudes de la guerra, tal como plasma la narración que sigue, referida a una patrona ocasional y al amigo que se convertirá en inseparable:

Según he podido comprobar, los hombres sienten al ser obligados a formar parte de una multitud, la necesidad de unirse a otros hombres en estrecha camaradería, entre los cuales establecen fuertes lazos de amistad que, en muchos casos, dan la sensación de vínculos fraternales; no podía ser yo una excepción y tuve también mis amigos con los que compartí los buenos y los malos momentos, que de todo hubo y en abundancia en el tiempo que duró la guerra. El primero, apellidado Mongay, un muchacho inteligente y jovial, llegamos a ser inseparables y nos unió, como creo que generalmente ocurre, un accidente fortuito. Estábamos alojados en un garaje abandonado y ambos ocupábamos con nuestros jergones de paja un lugar cercano a la puerta, casi, casi en el misma puerta. Se desencadenó una tarde una fuerte tormenta que tras los relámpagos y truenos comenzó a caer la lluvia torrencialmente, tanta era el agua que caía que al poco rato empezó a inundarse el garaje. Mongay y yo empezamos a recoger nuestros efectos sin hacer distinción de cuáles pertenecían a uno y cuáles al otro, nos refugiamos en la escalera de una casa de vecindad situada al otro lado de la calle y

frente al mismo garaje inundado. Permanecimos allí a la espera de que amainara el temporal y tras esto las órdenes de nuestros jefes que forzosamente no podían tardar. En la espera, una vecina ya entrada en años, soltera, según supimos después, y que vivía con la sola compañía de un gato, tan entrado en años como su dueña, nos proporcionó provisionalmente una solución, cediéndonos una de sus muchas habitaciones, ni que decir tiene que el cambio resultó inmejorable, después de una temporada de dormir sobre un jergón de paja, poder hacerlo sobre un colchón de lana es una sensación digna de hacer la experiencia. Lo que comenzó por ser una oferta provisional se convirtió en definitiva, o por lo menos por el tiempo que allí estuviéramos destacados. La Sra. Genoveva, que así se llamaba nuestra patrona, en contra de sus apariencias y a pesar de su aspecto huraño, resultó ser una excelente persona, en realidad ya demostró serlo desde el momento en que nos ofreció su casa, pero es que ofrecía contrastes muy curiosos, odiaba a los republicanos por algo que le atañía personalmente y, siéndolo nosotros o cuando menos se suponía que lo éramos por pertenecer al ejército republicano, tenía atenciones que resultaban paradójicas, pues muy pocas veces teníamos de hablar con ella, sentíamos la impresión de que nos rehuía y en cambio cierta mañana sobre la mesa del comedor que se hallaba contiguo a nuestra habitación, vimos una bandeja colmada de hermosísimos higos que enseguida dejaban adivinar que estaban recién cogidos, como es natural sentimos la tentación de probarlos, pero nos abstuvimos teniendo en cuenta que no nos habían sido ofrecidos y consideramos que hubiera sido un abuso por nuestra parte. En fin, con harta pena los dejamos como estaban y como de costumbre nos fuimos al patio de la cocina del cuartel a que nos sirvieran el cotidiano recuelo de leche condensada. Durante el día no dejamos de comentar con Mongay la excelente oportunidad que habíamos tenido de probar aquellos higos. Al día siguiente se repitió el hecho en todas sus fases, es decir los higos recién cogidos sobre la mesa del comedor, nuestros deseos repri-

midos en atención a las buenas formas y santa conformidad con el consabido recuelo de leche condensada. Al tercer día con seguridad se habría repetido en nuestro ánimo, tanto la tentación como la necesidad de reprimir nuestros impulsos de devorar los tentadores higos que de nuevo aparecían sobre la mesa, pero en esta ocasión la Sra. Genoveva, según se vio, estaba dispuesta a que la cosa no ocurriera de la misma manera y allí estaba, al parecer muy ocupada, pero atisbando nuestra aparición. Como de costumbre fui yo el primero en abandonar la habitación y quedé un tanto sorprendido al ver a tales horas de la mañana a nuestra patrona, la cual con agrio talante me dio los buenos días. Sin darme tiempo a contestar me disparó la para mí más disparatada de las preguntas: Oiga joven, ¿es que no le gustan los higos? No sé si llegué a contestar, pero lo que si es indudable que leyó en mis ojos la contestación, pues con bruscos ademanes y en un tono muy ofendido empezó a lamentarse y acusándonos de haberla ofendido con nuestro desprecio, pues según ella se había tomado la molestia de levantarse muy temprano para que pudiéramos comérnoslos bien frescos y nosotros sin hacerles el menor caso. Por su expresión era evidente que la habíamos ofendido gravemente y consideré que la mejor manera de expresarme en tales circunstancias sería la de dar buena cuenta de ellos lo más rápidamente posible. Como pude, di una somera explicación a Mongay que acababa de salir del dormitorio, somnoliento, pero no por ello lento en sus reflejos, se unió en mi tarea expresando con la boca llena su pena por haber causado tal disgusto y haciendo protestas de nuestra inocencia.

Este incidente señaló una nueva etapa de nuestras relaciones con nuestra patrona, ya que a partir de entonces fuimos descubriendo en ella cualidades que recatadamente se obstinaba en ocultar (...)

3

1939-1940
El inicio de las desventuras: los campos franceses

Las perspectivas para los republicanos en retirada no podían ser peores: Azaña presentaba su dimisión y el entramado político del Estado iba desapareciendo. Con todo ello acabaron por esfumarse los empeños de Negrín en continuar la guerra, propósito inalcanzable después de la dimisión del general Rojo como Jefe del Estado Mayor Central, la marcha de la flota de Cartagena a Bizerta (Túnez) y el golpe del coronel Segismundo Casado en Madrid. Al mismo tiempo, iba consumándose la traición de Francia ante los defensores de la legalidad republicana, en la medida que avanzaban las gestiones para reconocer a Franco como nuevo Jefe de Estado, hecho que se produjo a los pocos días de la gran retirada, el 27 de febrero, seguido el 2 de marzo con el nombramiento del mariscal Petain como nuevo embajador, además de la puesta en marcha de otras acciones que denigraban la legitimidad republicana, como fue la progresiva devolución de los bienes depositados por la República en Francia.

Después de su largo recorrido por tierras catalanas en la retirada del ejército republicano, Eliseu llegó a la frontera francesa por Portbou, el 9 de febrero de 1939, y según sus palabras *«Esta fecha no la olvidaré nunca, por ser el punto de partida de todas mis desventuras»*.

Todas las carreteras que desde Cataluña conducían a Francia se convirtieron en una riada humana, hombres, mujeres y niños y largas columnas de artillería que custodiaban sus pertrechos como podían. A lo largo de enero y febrero de 1939 cruzaron los Pirineos

unas 470.000 personas. Si esperaban una solidaria acogida del país de la fraternidad, lo que resultó para ellas, congregadas en tres puntos de clasificación, Le Boulou, Bourg-Madame y Prats de Molló, fue el desarme de los soldados por los gendarmes y guardias móviles franceses y la repetición de la frase «allez, allez», grabada para siempre en su mente.

Eliseu, años después, expresó la premonición del futuro, entonces desconocido que les esperaba: para unos, los campos de la muerte, para otros una vida mejor en un país extraño:

> Una riada de hombres en camión, en carro y la mayoría a pie se dirigen hacia Francia, en franca derrota militar. Para ellos la guerra se ha terminado, para muchos es el caminar inconsciente hacia la tumba, muchos otros van directamente al sacrificio, pasando antes por todos los campos de eliminación alemanes, en cambio los que se quedan encontrarán una vida mejor que nunca en su patria habrían conseguido (traducción del catalán).

Son muy pocos los relatos que describen con tanta profusión de detalles la penosa andadura hacia el país vecino. Eliseu se esconde en el «alter ego» de Enric y las condiciones en las que él y sus compañeros llegaron a Francia reúnen un sinfín de percances, ante los cuales una ráfaga de suerte amortiguó el penoso caminar por las carreteras:

> Sobre la misma línea fronteriza contemplábamos como una promesa el primer pueblo francés, Cervere. Allí habíamos llegado después de largas y penosas caminatas en compacta e interminable caravana, compuesta de toda clase de vehículos, transportando hombres y material de todas clases, pero sobre todo ropas y víveres. Aún siendo elevadísimo el número de vehículos que inundaban la carretera, la superaba con creces la ingente multitud de los que solo disponíamos de nuestras fatigadas piernas. Yo era uno de ellos y sé lo penoso que se nos hicieron las últimas etapas de nuestro éxodo.

Afortunadamente, a nuestro paso por Vilassar de Mar, conseguí hacerme con un mulo abandonado y poco después con un carro cuyo caballo yacía entre las varas, víctima del último bombardeo. En ese carro llevábamos nuestra impedimenta, mantas y macutos; esto era un gran alivio, aún así caminábamos con una lentitud desesperante; la carretera resultaba insuficiente para tanto turismo, camiones, motos, carros, bicicletas, tractores y los que marchábamos a pie. Los parones eran continuos a causa de las averías de los vehículos a motor o que se quedaban sin gasolina; también los carros sufrían averías o se quedaban atascados en las cunetas, era preciso, con la ayuda de los más próximos, desembarazar el camino y el único medio posible era despeñarlos por la ladera de aquella carretera que asciende bordeando los precipicios de la cordillera pirenaica. Detrás de uno de esos carros anduve la última noche de retirada y a fe que ello me proporcionó buena cantidad de ropa interior, pues el carro que me precedía iba cargado de tales efectos y como sobresalían por todas partes hice la necesaria provisión. Toda una noche en aquella interminable procesión, más de catorce horas en hacer el recorrido de Portbou hasta la linea fronteriza. Todos teníamos prisa en llegar a la frontera y sin embargo esta misma prisa era la causa de semejante lentitud. (Traducción del catalán)

Para Eliseu, el contacto con tierra francesa le hizo renacer la esperanza de paz y felicidad, sentimientos que algunos de sus compañeros pusieron inmediatamente en duda, constatación que tal como narra «Enric» se tornó del todo realista:

Era el 9 de febrero de 1939 cuando Enric pisaba la raya fronteriza con Francia, detrás suyo quedaban los horrores de una guerra civil irracional y despiadada, pero dirigiendo su mirar hacia aquel país desconocido y prometedor, además de la calma, renacía en él la esperanza de reencontrarse con el tiempo pasado, además de la paz y la felicidad que dejaba tras de sí. Con estos pensamientos se sentía

eufórico y sentía la necesidad de comunicarla a sus compañeros y, con voz alta, dirigiéndose a los que le rodeaban, dijo: Chicos, con esta tranquilidad siento la sensación como si volviera a nacer.

Uno de ellos, no muy convencido, me respondió: ¿Tú crees que nos esperan con los brazos abiertos? Hombre tanto como con los brazos abiertos, tal vez no, pero yo pienso que, pasados los primeros momentos, nos darán trabajo, aunque de momento tendremos que ir a parar a un campo de concentración.

Pienso –dijo otro– que en cuanto a campo de concentración lo tendremos tanto o más que quisiéramos, pero el trabajo será nuestra oportunidad para salir. Quien esto decía no era un visionario, ni siquiera un pesimista, era un hombre que tenía los pies en el suelo y el tiempo le dio la razón.

¿Cuáles fueron sus impresiones en el primer contacto con los franceses? Tal como hemos anunciado, fueron militares los que, tras largas esperas en la misma linea fronteriza, les fueron despojando de todo tipo de armamento, en medio de las resistencias de aquellos luchadores que no eran recibidos como tales:

Mientras tanto, a medida que entrábamos en territorio francés, la Guardia Móvil iba recogiendo todo tipo de armas, especialmente las que se veían a primera vista, y al pasar preguntaban: ¿pistola? En efecto, eran muchos los que iban entregando las pistolas; pistolas de todas las marcas y calibres iban amontonándose a los pies de los Guardias Móviles. Aún ahora no sé por qué, en lugar de entregarla agachado entre algunos compañeros, hice un agujero y envuelta en un trapo sucio, la escondí cubriéndola de tierra. Seguro que aún no la habrán encontrado y si no ha sido así tampoco les habrá servido de nada, el orín se la debe haber comido. Otros siguieron mi ejemplo, convencidos de que no tenían que dar facilidades a los franceses que durante nuestra guerra no nos habían querido ayudar, según nosotros creíamos.

La situación de desbarajuste en aquellos primeros días, sin disciplina férrea ni la inmovilidad a que acabaron sometidos en las arenas de la playa, permitió caminos particulares para escapar al control y buscar medios de vida, sin embargo para Eliseu, hombre poco dado a los aventurismos y con conciencia de sus dificultades para desenvolverse en un medio rural, tan alejado de su cotidianedad, la difícil situación se sorteó en base al cultivo de los lazos amistosos con un grupo de siete soldados que ya habían sido sus compañeros en los meses anteriores y en el camino de la marcha hacia Francia:

> Hasta ese momento habíamos sido soldados más o menos disciplinados, pero a partir de aquel 9 de febrero de 1939 solo éramos extranjeros y por si esto fuera poco, por el hecho de tratarse de los restos de un ejército derrotado, nos consideraban casi como indeseables. A pie y ni sin saber dónde nos conducía la carretera que seguíamos, avanzábamos inconscientemente, guiados únicamente por la esperanza, pero, esperanza ¿de qué? Simplemente éramos jóvenes y por fin dejábamos de oír el rumor de los motores de la aviación y el silbar macabro de los obuses. Por el momento, esto ya era suficiente, sin embargo, ¿y después? Eran bastantes los hombres que, más decididos y quizás más rebeldes a la disciplina, dejaban la carretera y se adentraban campos allá, buscando por su cuenta alguna masía que les diera comida, cobijo o incluso trabajo, ¿por qué no? Yo confieso que no lo intenté, por varias razones; en primer lugar, ninguno de los compañeros que formábamos el grupo creía en la posibilidad de escapar definitivamente a la vigilancia de la Guardia Móvil, y segundo, porque, habiendo vivido siempre en la ciudad y de profesión administrativo, reconocía mi incapacidad para desenvolverme en un medio rural.
>
> Como suele ocurrir en estos casos, los hombres forman grupos, ya sea por afinidad de carácter, ya por afinidad cultural o por cualquier otra circunstancia, por lo tanto no tiene nada de extraño que yo también formara parte de un grupo, si bien las circunstancias no resultan muy afines al carácter o formación, el hecho de ir juntos

se debía ante todo a que desde el momento que nos encontramos formando parte de la misma unidad militar y casi podía decir que éramos los únicos que quedábamos de un batallón de ingenieros zapadores, en total siete. De los siete, seis eran campesinos de Lleida y Tarragona, únicamente yo era de Barcelona y de profesión bien diferente, a pesar de todo, nos entendíamos muy bien.

En todo el mundo existe la convicción de que los españoles son, por temperamento, individualistas hasta la exageración, si bien es cierto que los propios españoles son los primeros convencidos de ser extremadamente individualistas y esto puede ser la causa de que los extraños, sin detenerse a examinar detenidamente el hecho, lo den por bueno. Sin embargo, cabe destacar que durante la Guerra civil, tanto los de un lado como del otro, los hombres sentían la necesidad de agruparse en pequeñas comunidades, lo que destruye el tópico del individualismo; por lo tanto, puede decirse que los españoles se comportan, en igualdad de circunstancias, de la misma manera que los hombres de otros países.

Enric no podía, por tanto, sustraerse a esta necesidad. En consecuencia, hay que decir que también formaba parte de una pequeña colectividad, creada por las circunstancias más que por afinidad de cualquier orden específico. La larga y constante retirada del ejército les había unido y por inercia seguían unidos, considerándose auténticos compañeros en todo momento. En realidad, estos siete hombres eran, en el momento de cruzar la frontera francesa, todo lo que restaba de un batallón de ingenieros zapadores minadores.

Y como todos los grupos o colectividades teníamos nuestra pequeña intendencia, pero distribuida de manera que, si alguien del grupo desaparecía dentro aquel maremagnum, la intendencia no quedara reducida a cero. Uno llevaba aceite, el otro tarros de carne, un tercero azúcar, sal, etc... y yo llevaba tabaco, el cual por más comodidad y también por seguridad, lo llevaba dentro de unas cantimploras y en cigarrillos desempaquetados. (Traducción del catalán)

Su largo éxodo por suelo francés había empezado en Cervere y acabó en los alrededores del recinto de Argelès, campo todavía sin organizar, después de unos días de vagabundeo para cubrir los 35 kilómetros entre ambos puntos. Las autoridades francesas con total premura e improvisación habían cercado kilómetros de playa, desbordados por la dimensión del éxodo no deseado y alentados por los mensajes de la prensa derechista, como Action française o La Dépêche, con unos términos cuya reproducción duele profundamente, sin mostrar ningún pudor en denostar a los refugiados, tildados de «indeseables» y de «chusma extranjera», de portadores de enfermedades y propagadores de ideas peligrosas.

Las jornadas transcurridas en los aledaños de Argelès sirvieron al grupo de Eliseu para reforzar su camaradería y para aprender a malvivir en medio del desorden:

> Así pudimos caminar bastantes días hasta llegar al campo de Argelès-sur-Mer. La primera parte de la segunda etapa se hizo en camiones del mismo ejército republicano, pero estos medios de transporte los requisaron las autoridades francesas para destinarlos al transporte de inválidos y heridos, solamente dejaron los camiones de la intendencia, por tanto había que hacer a pie los últimos kilómetros que quedaban para llegar al campo de Argelès-sur-Mer, mejor dicho en las proximidades del campo, pues todos o casi todos nos resistíamos a pasar las puertas del campo. Hacerlo suponía el paso definitivo y, a juicio nuestro, la pérdida definitiva de la libertad.
>
> Tal como iban llegando los hombres a la proximidad del campo de Argelès-sur-Mer, se detenían ante la imposibilidad de seguir adelante. Una multitud obstruía el camino. Enric, dirigiéndose al más joven de su grupo, le encargó de enterarse de qué era lo qué pasaba. a través de todos los «bulos» que contaban los que habían penetrado en el recinto. No tardó mucho diciendo: «Hijo mío, qué lío, allí, cerca de la entrada parece una manifestación y todo el mundo grita y discute, unos que no quieren dejarse engañar y que no entrarán

al campo a pasar hambre y quedar como prisioneros, los otros, que hay que entrar pues a la larga el hambre les obligará a hacerlo y que, mal por mal, es preferible que sea lo antes posible, así la organización será más rápida y conveniente para todos». Desde luego era un recinto más simbólico que real, pues se trataba de una gran extensión de playa, rodeada de militares y Guardia Móvil; todavía no habían aparecido las alambradas y esta era la causa de que fueran muchos los que se evadían y contaban toda clase de fantasías a los que permanecíamos en los alrededores.

Después de un ligero cambio de impresiones, decidimos esperar a que los acontecimientos dieran la solución y, separándonos un poco de todo aquel embrollo, elegimos un lugar que nos pareció reunir determinadas condiciones y amontonamos la impedimenta de todo el grupo y tendiendo las mantas de que habíamos hecho provisión, nos dispusimos a dormir a su alrededor. Nadie se sorprenda si le aseguro que al poco rato roncábamos como unos benditos, el duro suelo al que estábamos habituados nos proporcionaba un buen merecido descanso y además era la primera noche que podíamos hacerlo sin pensar en sorpresas ni temor a bombardeos; solo el futuro podía preocuparnos y esto en aquellos momentos quedaba supeditado a la realidad de haber terminado para nosotros la guerra (...)

Fuimos a acampar en los alrededores del campo, lugar donde sufrimos la primera y perniciosa experiencia, pues al despertar, al amanecer, comprobé que mi bolsa con ropa interior y algunos efectos personales había desaparecido; ni que decir tiene mi disgusto y la contrariedad que en aquellas circunstancias suponía. Mis compañeros de grupo, al enterarse, me proveyeron en parte de ropa interior, pero yo desesperadamente voy a dejarlos con la lejana esperanza de encontrar el malhechor. Dando vueltas y vueltas, cuando ya Enric había perdido todas las esperanzas, vio una gran multitud de hombres que con un gran alboroto rodeaban un camión, se acercó para conocer las causas y el azar quiso que se tratara de un camión de intendencia recién llegado y rebosante de todo tipo de cosas.

Enric, bajo la influencia de lo que para él constituía un grave problema, sin miramientos de ningún tipo, llegó sin saber cómo arriba del camión y con una ropa que cayó en sus manos y que luego resultó ser una camisa gigantesca, la estuvo llenando de todo lo que podía aferrar con las manos, pensando y eso era allí muy importante que todo lo que no le sirviera podría cambiarlo por otros efectos, por cierto que entre las cosas conseguidas tan providencialmente se encontraban un par de zapatos que hasta algún tiempo después no se enteró de que, además de ser el número 45, ambas eran del pie derecho, pero quedaba la esperanza de hallar la manera de canjearlas. Huelga decir que, ignorando esta última circunstancia, el regreso al lugar en que se encontraba acampado su grupo constituyó un gran acontecimiento coreado por todos los compañeros. Mirad, el hombre del saco... decía uno, mientras otro a toda voz gritaba: «Trapero, ¿queréis una cómoda...?» Estas y otras bromas aumentaban la satisfacción de Enric, al ver que había causado sensación, pero pronto se vio envuelto por un alud de preguntas: «¿Quién te ha dado todo esto? ... ¿Dónde lo has encontrado? ... ¿Quién ha sido el desgraciado que has encontrado durmiendo?... va, tira a ver todo lo que llevas». Cuando lo vieron y se enteraron del lugar donde Enric lo había conseguido, este se quedó solo, con la recomendación colectiva de vigilar las cosas de cada uno, innecesaria, toda vez que por aquello de gato escaldado, etc, etc..., pero aún así estaba obligado a tener los ojos bien abiertos, porque en ese inmenso campamento improvisado y a no tardar demasiado llamado a desaparecer, había todo tipo de elementos, aunque la mayoría eran los restos de un ejército derrotado, en medio se habían introducido elementos poco recomendables y pescadores de circunstancias, difíciles de reconocer por ir vestidos de un modo semejante.

No pasó mucho tiempo y empezaron a llegar los exploradores con la cara estirada, en la que se podía leer su decepción. «¿Qué, no has conseguido nada?» les iba preguntando Enric. La respuesta, invariablemente, era un resoplido, el más explícito contestó:

«Cuando hemos llegado no quedaban ni las ruedas del camión, quien las tenga tendrá fuego para hacer la comida algunos días». Uno de ellos, a pesar del fracaso llevaba buena cara y una noticia bastante interesante, se hizo el desganado para hacernos la boca agua y acosado a preguntas nos enteramos de que cerca del circunstancial campamento se encontraba la estación y que a unas horas determinadas llegaban unos vagones cargados de pan destinados al campo propiamente dicho. No hay que añadir que al día siguiente y sin descuidar la intendencia particular, de buena mañana salió un comando con la consigna de conseguir información, pero sobre todo pan. Tardó en regresar, pero el descubrimiento dio resultado en forma de dos panes completamente aplastados, pero eso no impedía que fuera un magnífico resultado. Desgraciadamente junto con el pan llevaban malas nuevas, habían visto numerosas patrullas de Guardias Móviles, obligando a la gente a internarse en el campo y no valía resistirse, aunque esta resistencia empezaba a debilitarse debido a la falta de víveres, y para muchos suponemos que el internamiento era una solución, lo que ignoraban era que aquella solución era muy relativa, casi utópica, pues el suministro llegaba tan mermado en el campo que la gente se agotaba a ojos vista. Esta era la causa de la resistencia a obedecer las órdenes de internarse en el campo de Argelès sur Mer, donde según datos oficiales, llegaron a estar alojados más de medio millón de refugiados (hombres, mujeres y también niños). Los camiones que llevaban el pan eran asaltados durante todo el trayecto existente entre la estación y el campo, y la Guardia Móvil, a pesar de su mala fama, se veía impotente para evitarlo, pero llegó un momento que conseguir un pan era más difícil que deshacerse de los piojos, que dicho sea de paso, son los compañeros inseparables de los desgraciados.

Así pasaron tres días, el último fue ya agobiante; la escasez de víveres iba en aumento hasta el punto de que la mayoría íbamos al acecho de los camiones de pan que, procedentes del ejército francés se dirigían al campo, varios de estos camiones fueron asaltados a pe-

sar de la fuerte vigilancia de la Guardia Móvil; esta ya había comenzado la tarea de ir reuniendo, mejor dicho amontonando, a tanto personal desperdigado y obligándoles, cuando habían conseguido reunir un número considerable, a internarse en el campo; a todo esto «Radio macuto» no cesaba de funcionar desparramando toda clase de bulos. «Van a enviarnos todos a América», decían unos, en cambio otros, más pesimistas, hacían correr el rumor de que todos seríamos obligados a regresar a España, también corría la noticia de que seríamos utilizados en distintos trabajos en la agricultura, fábricas, fortificaciones, etc. Cualquier comentario en un grupo se convertía en noticia, al ser difundido por algún «enterado». Entretanto la situación se hacía insostenible.

«La situación es cada día más difícil» –decía Enric–. «¿Y qué podemos hacer nosotros?» –argumentaban los demás. «Creo que al final nos tendremos que rendir» «Esto es verdad» «Pues, a mi juicio, lo más conveniente en tomar una determinación» «Oh, si pudiéramos escoger!»... «Pero la realidad es que solo podemos escoger el momento» «Así, ¿qué os parece que podemos hacer?» preguntó nuevamente Enric. La respuesta unánime, ante las circunstancias, no tardó, y examinando la situación acordamos ingresar en el campo, único medio de poder obtener algo de comida. Al día siguiente, al mediodía, teníamos recogidos nuestros bártulos y tomadas nuestras precauciones; primero, el tabaco, por si éramos objeto de registro, introdujimos cigarrillo por cigarrillo en nuestras cantimploras, de las cuales fui el encargado de su custodia, otras dos cantimploras llenas de agua y otras cuatro de aceite, confiadas a cada uno de los restantes que formábamos el grupo. Nos pusimos en marcha hacia la entrada principal del campo de Argelès-sur-mer, siguiendo una amplia y larga alambrada a cuyos lados pululaban una multitud de indecisos que nos contemplaba con cierta envidia, ya que después de todo nosotros sentíamos esa tranquilidad que sienten aquellos que por fin se han resuelto a tomar un camino de la encrucijada. Ya cerca de la entrada fue necesario detenerse a causa de la gran canti-

dad de personal que como nosotros habían optado por el internamiento; ignorábamos la causa de tal aglomeración y de la lentitud con que se avanzaba; lo supimos cuando estábamos tan cerca que ya era imposible detenerse, ni mucho menos retroceder. Eramos empujados por la multitud que al igual que nosotros se enterarían al llegar allí. (Traducción del catalán)

En tal ambiente de caos y desorganización, el hambre había rendido a Eliseu y sus compañeros y decidieron internarse en el recinto de Argelès, donde acabaron unos 100.000 refugiados. Bajo jurisdicción militar en manos del general Ménard, fue el primer campo creado, el 1 de febrero de 1939; al cabo de una semana le siguieron otros, entre ellos el de Saint Cyprien.

Al desorden ante las puertas del campo se sumó el hecho de tener que escuchar, por sorpresa, la desagradable e inesperada pregunta formulada por los guardianes franceses: ¿Franco o Negrín?, ante la cual la respuesta del grupo de Eliseu no fue unánime. Era el fin de la experiencia compartida en las últimas semanas, por la defección de la mayoría de sus compañeros que optaron por el regreso a España, mientras que «Enric» reforzaba su decisión por las propias convicciones:

Empezaba a oscurecer cuando el grupo de Enric, yendo este detrás de su grupo, llegaron a las proximidades de la puerta y a Enric le pareció que aquel momento tardaba demasiado. Presentía algo que no podía definir, o la puerta era muy estrecha o de lo contrario los trámites eran lentos y laboriosos, no quiso romperse la cabeza con más preocupaciones, pues a no tardar mucho, sabría el por qué. En efecto, de repente pudo ver en medio de gran cantidad de Guardia Móvil, un oficial a caballo del mismo cuerpo, el cual tal como iban llegando los refugiados, formulaba una sola pregunta, pero la respuesta era de capital importancia. El oficial, con voz de desgana por la hora y en medio del silencio reinante, preguntaba:

«Franco o Negrín?». Dilema que muchos no podían resolver de inmediato, por no haber pensado antes de que esto podía ocurrir y sin poder hacer un balance de lo que en realidad les convenía o deseaban, con una voz temblorosa, bajando al máximo el tono, cada uno respondía lo que primero le salía y de enseguida, sin darles tiempo a rectificar, los que contestaban Franco iban a la derecha, y a la izquierda los que pronunciaban Negrín. Los primeros iban entrando a un pequeño campo y trasladados lo antes posible hacia España, los demás se adentraban por una gran portalada que permitía oír el rumor de una gran multitud.

A todo esto, el grupo de Enric estaba a punto de llegar al punto fatal y que para muchos sería su propio destino lo que dependería de una sola palabra. Por fin llegó ante el oficial el primero de los compañeros de Enric quien apenas pudo sentir... Franco, y hacia el camino de la derecha se alejaban los botes de carne de la pequeña colectividad... llegó el segundo y también dejó sentir débilmente la palabra Franco y con este nombre se esfumaban unos cuantos litros de aceite... y así sucesivamente desaparecieron por el camino de la derecha aquellos compañeros que durante tanto tiempo habían luchado juntos y que a la hora de la verdad decidían deshacer el camino que les había llevado al exilio. Se iban por el camino que yo por entonces consideraba que no podía optar. Con ello quedaba demostrado, según creía el abandonado Enric, que la guerra civil en España para la mayoría no había sido una guerra de ideales opuestos o diferentes, sino una cuestión de geografía. Al llegar Enric ante el oficial francés, oyó las palabras de ritual –Franco o Negrín–, sin dudar respondió ¡Negrín!, al tiempo que por su pensamiento desfilaban los botes de carne, aceite, galletas, etc, etc... hacia el camino de la derecha, mientras él, cabizbajo, se dirigía hacia la izquierda directamente, hacia un porvenir no muy claro dejando atrás la familia, la patria y todo lo que había sido una vida sin complicaciones y relativamente tranquila, a pesar de los avatares de la política de los últimos tiempos. ¡Cuántas vicisitudes y penalidades me esperaban

al final de aquella pasarela! Y a partir de aquel momento me encontré solo en medio de tantos miles de españoles.

Hombres abandonados sin servicios en los primeros emplazamientos en las playas de Argèles-sur-Mer, Saint Cyprien y Le Barcarès, en el departamento de los Pirineos Orientales; mezcla de civiles y militares, expansión de la sarna, el tifus, la disentería, neumonías, tuberculosis e incluso lepra, todo ello les esperaba a los que se mantenían firmes en sus convicciones. A mediados de junio de 1939 la escalofriante cifra de 173.000 era la que correspondía a las personas que permanecían en los campos de concentración, de las cuales en poco tiempo murieron entre 4.000 y 15.000. Solo, después del abandono de sus compañeros de las últimas semanas, Eliseu «Enric» tuvo que enfrentarse a la dura realidad que le deparaban las arenas de Argelès, hasta que pudo reencontrarse con el sentimiento y la solidaridad de grupo, a través de otros compañeros conocidos en Cataluña durante la contienda:

La cruda realidad esfumó las preocupaciones que lo atormentaban, cavilaciones tan negras como la noche que todo lo rodeaba. Entre muchos otros, se adentró por la gran portalada del campo de Argelès sur Mer, inmenso y casi invisible, escondido detrás de aquella oscuridad rota ligeramente por pequeñas chispas similares a movedizos fuegos fatuos. Enrique avanzó buscando un lugar donde dejarse caer sobre la arena y después de tropezar numerosas veces con los cuerpos estirados por todas partes, encontró un pequeño espacio, se sentó aferrado a las dos mantas, las cantimploras llenas de cigarrillos americanos y sin desprenderse de la mochila que le serviría de cabecera, se estiró dispuesto a dormir entre el inmenso rumor de las olas y el alboroto producido por miles y miles de personas. El cansancio y las emociones del día pudieron más que las preocupaciones y no tardó en dormirse, tomando todo tipo de precauciones para evitar ser robado durante la noche.

El alba fue un hecho simbólico, pues la niebla no dejaba que el sol pudiera chafardear a placer sobre aquel inmenso hormiguero de hombres y mujeres, pues también había muchas mujeres, la mayoría con sus respectivas familias, habían huido del pueblo dominadas por el miedo a las fuerzas moras de las que se referían cosas pavorosas, violaciones, asesinatos y todo tipo de actos vandálicos, posiblemente había algo de fantasía, si bien en el fondo había una gran parte de verdad. De las demás mujeres, había de todo, a excepción de mujeres de su casa, pues éstas, llegadas con los heridos y enfermos del ejército, se llamaban enfermeras, pero la verdad solo ellas la sabían, el caso es que estas mismas mujeres, a medida que el campo iba organizándose, fueron a parar a los prostíbulos establecidos por la multitud de desaprensivos que se mezclaron con las fuerzas del ejército regular.

Enric, así que se despertó, comprobó que nada le habían robado durante la buena dormida que había hecho y se dedicó a dar vueltas y vueltas buscando alguna cara conocida y preguntando se enteró de que el campo estaba clasificado y numerado y que los ingenieros zapadores, al que pertenecía Enric, habían sido destinados al campo número 5 bis. Se encaminó hacia el campo mencionado. La cosa no era fácil debido a la desorganización reinante, pero había dos motivos importantes que lo empujaban, el hambre, por una parte, que empezaba a atormentarlo más de la cuenta, por otra parte también para él era muy importante encontrar algún conocido o, mejor aún, algún amigo, pues se daba cuenta que en aquellas circunstancias vivir aislado era imposible, era absolutamente imprescindible vivir en colectividad; con más motivo puesto que Enric, psíquicamente extrovertido, se consideraba perdido y condenado a la desesperación, de no encontrar con quien compartir el exilio, con sus preocupaciones y también sus esperanzas. Pero la suerte le acompañó, ya que a media mañana dirigiéndose a un desharrapado que mataba el tiempo y los piojos, resguardado en una chabola, le dijo: Perdona compañero, pero acabo de llegar y estoy buscan-

do algún conocido o amigo del octavo Batallón de Ingenieros. El otro, sin separar los dedos de la camisa sometida a investigación, levantó la cabeza y lo miró, sin verlo como si su pensamiento estuviera posado todavía detrás del punto de mira de su «mauser», y por fin respondió: ¡Creo que has tenido suerte! ¿Ves aquellos que están montando una chabola?, pues detrás mismo hay un grupo de Lleida que me parece que han dicho que pertenecían al octavo de Ingenieros. –Gracias muchacho, es posible que haya tenido suerte, porque el hecho de ser leridanos, al menos podrán orientarme. La realidad era que casi los restos del octavo de Ingenieros eran muchachos agregados al Batallón a su paso por la provincia de Lleida. Enric, lleno de optimismo, apretó el paso y no tardó en reconocer de momento a un incorporado en plena retirada, ni que decir tiene la alegría de Enric y la sorpresa del otro al oír una voz que le llamaba: ¡Pedrell! ¡Pedrell! Hola, ¿Enric, tú por aquí? ¿Te extraña? Hombre, si quieres que te diga la verdad, sí me ha sorprendido, ya te suponíamos camino de Barcelona, pero ya me explicarás después, mientras te presentaré a mis compañeros, aunque no estamos todos, ya que faltan dos que ya los conoces y que han ido a buscar un poco de leña, y dirigiéndose a los otros dos que estaban con él les dijo: Chicos, os presento al «Jefe» de mi batallón, gracias a él no fui recuperado para Líster. Gustoso de tu ingreso en la colectividad, pues suponemos que si vas solo te quedarás con nosotros. Este es mi deseo, respondió con alegría Enric, y el otro siguió, a mí puedes decirme Peret y este es mi padre, aunque parezca tan joven como yo. Tanto gusto, dijo el presentado, alargando la mano, una mano grande como un plato y endurecida por el trabajo de campesino, acostumbrado a la hoz y a la azada. El Pedrell dirigiéndose a él dijo: ¿Qué, has salvado muchas cosas de los escombros?. Casi nada, pues veníamos siete y los otros, al llegar la hora de la verdad, han preferido volver a casa y con ellos he perdido la parte que me correspondía de los comestibles. ¡Qué jeta! En realidad no puedo culparlos, pues en el momento de decidir a todos nos cogió de sorpresa y no hubo

tiempo de hacer ningún reparto. Afortunadamente llevo la mochila y la bolsa del lado repleta de ropa y un par de zapatos que todavía no me los he mirado, pero me parece que son muy grandes. Eso no importa, intervino Tòfol, el padre de Peret. A mí me hacen buena falta, porque éstas ya tienen tanta hambre como yo mismo. Bueno, ya te las probarás y si son de tu tamaño puedes decir que ya tienes zapatos nuevos, que te puedo asegurar que están sin estrenar. Y volviendo a la pérdida de los comestibles ¿sabes, Pedrell, quiénes eran los otros seis que me acompañaban? Si tú no me lo dices. Eran tres de Menargues y de los otros tres, uno era mi enlace que tú ya conoces. Sí que les recuerdo, precisamente en Vallbona de les Monges nos alojábamos juntos en una casa particular. (Traducción del catalán)

Vinculado a nuevos lazos de compañerismo, en aquellos momentos Eliseu no podía imaginar que su estancia en Argelès se alargaría cuatro meses, tiempo suficiente para describir con todo detalle las penosas condiciones de vida en el campo, los escarceos organizativos de las autoridades francesas y las estrategias de los republicanos, hasta que fueron trasladados a Agde:

Al penetrar en el campo de Argelès-sur-Mer tuve ya la desagradable impresión de que mi vida iba a tomar un camino completamente distinto al seguido hasta entonces. Ignoraba aquel mundo en que acababa de penetrar, pero no me sentí descorazonado, aunque sí un tanto desilusionado. En la misma entrada del campo, dos o tres barracas de madera a cada lado, la mayoría de ellas, según me informaron, cobijaba a los heridos y mutilados de guerra; en la puerta de una de ellas vi una cara conocida, un manco del barrio chino cuya profesión había sido siempre la de «mangante», pasé ante él sin dar señales de haberle conocido y me interné en un piélago de chabolas construidas con los más diversos materiales, cajas metálicas de camión, cuyo pavimento habían convertido en

techo protector, mantas sujetas con cuerdas y trozos de madera, carros que recordaban los procedimientos nómadas de los gitanos, y muchos, muchísimos al aire libre, sentados sobre sus mantas que, al anochecer, servirían para protegerse del frío. Miraba con la esperanza de encontrar alguna cara conocida que no fuera la de aquel manco que aprovechó su triste condición para gozar de algún privilegio en aquel maremagnum de recién llegados. Iba oscureciendo cuando llegué al sector nº 5, donde según me dijeron, debían reunirse todos aquellos que durante la guerra hubieran pertenecido al Arma de Ingenieros. Era difícil entre tantísima gente, que ya extendían sus petates, hallar ningún conocido; busqué un lugar que estuviera relativamente desocupado y extendí una manta sobre la arena, pero con la triste experiencia que había adquirido la misma noche de mi llegada, sin quitarme de los hombros los pasadores de mi mochila la utilicé como almohada, y mis cantimploras entre las piernas, cubriéndome con otra manta, quedando dormido al poco rato, hasta las primeras luces del día. Instintivamente me aseguré de que nada me faltaba y de nuevo comencé mi búsqueda, pero esta vez no fue infructuosa; a poca distancia hallé un grupo de compañeros de la misma unidad a que yo pertenecía, fui bien acogido por ellos que, sin pensarlo, me propusieron que me quedara en su compañía. Agradecido, acepté su ofrecimiento e inmediatamente sugerí la conveniencia de construir una chabola. Por el momento disponíamos de mantas del ejército en abundancia, faltaba empero el armazón, uno de los que formaban el grupo aseguró que no muy lejos del campo existía un cañaveral que podía proporcionarnos los elementos necesarios. Sin pensarlo demasiado, amontonamos todos nuestros efectos, dejándolos al cuidado de los dos compañeros de más edad, y los otros cinco, guiados por el que dijo conocer el cañaveral, nos fuimos animosos en busca de aquel tesoro. Tuvimos que salir del campo por el lugar menos vigilado y a unos centenares de metros hallamos los que buscábamos; como es de suponer estaba lleno de hombres que como nosotros habían ido en busca de

material para sus respectivas chabolas, cada uno de nosotros cargó con cuantas cañas se sintió capaz de cargar y cuando ya nos dirigíamos al campo oímos los gritos de los gendarmes que obligaban a regresar al campo a los que todavía seguían arrancando cañas, sin consentirles que se llevaran las que ya habían arrancado. Tuvimos suerte, pues a los pocos días el panorama de aquella zona había quedado completamente desfigurado, como si por allí hubiera pasado una plaga de langosta no quedó ni una sola caña que midiera más de cincuenta centímetros. Alegres y contentos llegamos al lugar donde habíamos dejado muchos efectos y que por reunir determinadas condiciones íbamos a construir nuestro hogar. Por las prisas en llegar y el enorme peso que habíamos transportado estábamos sedientos y sudorosos, a pesar de hallarnos en febrero, pero el día era magnífico y lucía un sol espléndido, como si se tratara de un anticipo de la primavera. Reclamamos a los viejos las cantimploras para echar un trago cuando de pronto recordé las mías, cuatro de las cuales estaban llenas de cigarrillos, desde luego los cigarrillos estaban pero en qué estado. La consternación fue general cuando les dije lo que contenían aquellas cuatro cantimploras, el más apesadumbrado era el viejo que fue a llenarlas de agua, y presuroso se dedicó a quitar el agua y sacar lo que fueron cigarrillos, separó el papel de la manera que pudo y sobre una tela puso a secar el tabaco; entretanto los demás nos pusimos manos a la obra y construimos una espléndida chabola cubierta con varias mantas y sujetándolas con alambres y cuerdas, entre tantos el trabajo fue rápido y eficaz. Aquella noche no tendríamos que dormir a la intemperie. Era más del mediodía y por tanto la hora de comer, poco faltaba ya para terminar nuestro chalet, así que suspendimos momentáneamente nuestra tarea y cada uno por su lado salimos en busca de algo con que reponer nuestras fuerzas; fuimos regresando al cabo de una hora, unos en la intendencia habían conseguido unos botes de carne, otro un bote de leche, otro un pan, y yo con las manos vacías sin haber hallado a ningún conocido que pudiera ayudarme. Todos

procuraron consolarme de mi fracaso, reconociendo que siendo el primer día de internado nada tenía de particular que ignorara las fuentes de provisión; confieso que estaba apenadísimo, pero mi apetito no se había resentido, comí mi parte de aquel yantar improvisado y arremetimos de nuevo con nuestra chabola. Daba gusto mirarla, a nuestro alrededor y como por generación espontánea iban surgiendo centenares de chabolas construidas con toda clase de materiales, quienes utilizaban carros, cuyas velas o toldos le servían de techo, otros con la caja metálica de los camiones vuelta al revés y sobre cuatro troncos se las arreglaban perfectamente. Los aviadores o pretendientes al cuerpo de aviación, con los paracaídas habían construido una pequeña colonia de tiendas de campaña cónicas, las cuales al cabo de un tiempo fueron la admiración de todos, pues consiguieron iluminación eléctrica instalando en la cumbre de la tienda de campaña un molino de viento que, con sus ininterrumpidas vueltas, hacían girar una dinamo que les proporcionaba luz suficiente como para sentirse orgullosos de su instalación.

El campo iba organizándose aunque muy lentamente, hemos de reconocer que no es tarea fácil organizar la vida de un campo con más de cien mil almas, con una extensión a lo largo de la playa de casi dos kilómetros. Para facilitarnos agua, a corta distancia unas de otras, fueron clavando en el suelo arenoso unas bombas manejadas a mano que a poca profundidad nos proporcionaban agua abundante no muy potable, pero podía al principio beberse, no fue así al cabo de pocos días, ya que la falta de retretes y desconocimiento de los propios interesados, infecto el suelo, ya que sin ningún miramiento los hombres y mujeres orinaban en cualquier sitio, bastaba colocarse entre chabola y chabola. Cuando las autoridades sanitarias se apercibieron ya era demasiado tarde, el que más y el que menos padecía una disentería o colitis, lo cual vino a agravar la cosa, pues no daba tiempo a llegar donde terminaban las olas del mar y hacer allí nuestras necesidades. Durante las noches hubiera resultado cómico de no ser una cosa lamentable oír uno

tras otro que, a pesar de su buena voluntad, tenía que bajarse los pantalones donde le pillara, denunciándole el ruido que hacía y los habitantes de las chabolas más próximas al causante de aquellos ruidos comenzaban una batalla de mil diablos con sus gritos de «¡A la playa! ¡A la playa!», pero era inútil; cada día aumentaba el número de personas atacadas por las diarreas. La playa constituía un sumidero repugnante que solo el mar limpiaba, si se producía un poco de temporal, pero si aumentaba la fuerza del viento, los papeles allí depositados se nos echaban encima a millones.

Por fin comenzaron a construir retretes en el mismo borde del mar, único espacio libre ya que el resto de la playa estaba invadido por las chabolas, pero por causas que no alcanzo a desentrañar, solo construyeron 4 retretes de cuatro plazas cada uno, y pasábamos cien mil personas, obligadas a no utilizar otros servicios que los instalados; para impedirlo hacían la vigilancia los famosos «spahis» montados en briosos corceles del desierto y por tanto acostumbrados a galopar por las arenas. En cuanto un jinete avizoraba que alguien se bajaba los pantalones, a todo galope se lanzaban sobre el desgraciado que en sus apuros había iniciado el gesto de aligerar sus intestinos. Las colas ante los retretes resultaban, además de multitudinarias, pintorescas, pues la mayoría de quienes las componían parecían dedicarse a un ignorado ritual, danzando grotescamente, con las manos apuntando al abdomen. Ocho o más días pasaron antes de completar el número de retretes que el campo necesitaba.

Todo iba organizándose, pero muy lentamente. Lo primero en organizarse fue lo que dimos en llamar «barrio chino», con sus tareas atendidas por mujeres, tenderetes donde podían adquirirse determinados artículos, tugurios con sus timbas permanentes, el dinero corría a raudales, no importaba que ese dinero no tuviera ningún valor, era dinero acuñado por la República Española, he dicho mal en decir que no tenía ningún valor, pues alguno debía tener cuando por mil pesetas podías adquirir dos cigarrillos de fabricación casera, mejor dicho «chabolera», en el paseo que formaba

la confluencia de los distintos sectores que componían el campo de Argelès-sur-Mer. Allí acudía la gente a comprar, vender o intercambiar, allí era donde pululaban los vendedores de cigarrillos al sonsonete de «dos cigarrillos, mil pesetas, con derecho al magreo», con esto querían significar que podías comprobar antes de adquirirlos que no estaban huecos. Por extraño que parezca el intercambio más solicitado era el de una cantimplora de aceite puro de oliva a cambio de un quilo de sal, esta escaseaba debido seguramente a que nadie había pensado en su importancia para los condimentos.

No solo en el «barrio chino» se compraba y vendía, también los senegaleses compraban e intercambiaban a través de las alambradas que ya cercaban el campo, con motivo de estas transacciones se dieron casos de picaresca y tragedia. Los senegaleses con sus caras de niños grandes eran objeto de toda clase de engaños, vi a uno que había comprado un par de botas a un internado que se apresuró en alejarse después de haber recibido unos paquetes de cigarrillos, y que sentado en el suelo luchaba desesperadamente por calzarse las botas recién adquiridas, cuando ya había introducido el pie izquierdo en uno de ellos intentaba hacer lo mismo con el otro zapato con el pie derecho, pero sin conseguir el mismo resultado, se descalzaba, comprobaba que los dos zapatos eran iguales en su longitud y comenzaba de nuevo la operación de calzarse con el segundo zapato y comprobaba que le caía bien, pero cuando intentaba calzarse el pie derecho, surgía la misma dificultad, y sudando repetía la misma operación, sin darse cuenta que los dos zapatos eran del mismo pie izquierdo; supongo que con la ayuda de algún compañero llegó a enterarse de lo que ocurría a los zapatos recién adquiridos.

Otras veces eren los senegaleses los que tomaban el pelo a los españoles, muy especialmente si se trataba de relojes. Muy inocentemente se acercaban a la alambrada y dirigiéndose al que pretendía vender o cambiar por tabaco su reloj, lo tomaban en sus manos, lo acercaban a la oreja para comprobar si funcionaba y alejándose un poco con el pretexto de mostrarlo a algún camarada, desaparecía

entre una multitud de senegaleses, y ya no volvía a vérsele, aunque de haberlo visto de nuevo difícil hubiera sido identificarlo, pues para nosotros en nada se diferenciaban unos de otros. Estos abusos tuvieron por consecuencia una lamentable tragedia provocada por un desalmado, quien quiso vengarse del engaño de que había sido objeto. Se presentó días después de que los senegaleses le hubieran quitado su reloj, con un mechero construido con una bomba de mano, una bomba de las llamadas de piña, mostró el artefacto a un grupo de soldados senegaleses y lo hizo funcionar, estos quedaron maravillados y decidieron adquirirlo a cambio de dos paquetes de escarlata, el vendedor del mechero lo escamoteó por una bomba de piña auténtica y la entregó a los inocentes negros, yéndose a toda prisa y perdiéndose entre la multitud. Los senegaleses se apartaron de la alambrada con su curioso encendedor y luchando uno detrás de otro para hacerlo funcionar tiraron al fin del resorte, oyéndose al momento la explosión que dejó a dos sin vida y cuatro o cinco heridos, algunos de gravedad. Ignoro si el autor de tal hazaña ha podido conciliar el sueño después de su criminal venganza.

Como ya he dicho, el campo estaba completamente cercado por alambradas y fuera de ellas, de trecho en trecho, un soldado senegalés. A pesar de estas alambradas y la permanente vigilancia, era continua la evasión de internados españoles con la definida intención de regresar a España. El hecho de utilizar este medio clandestino se debe a que todos ellos preferían volver a la patria sin que existiera constancia de haber huido al extranjero, seguramente convencidos de que haciéndolo así evitarían las represalias de que tanto se hablaba. Como quiera que todos estos evadidos del campo lo hacían por la noche, amparados en la obscuridad para evitar que sus compatriotas internados les apostrofasen e incluso les arrebatasen sus maletas, a pesar de ello eran descubiertos, denunciados por su propia impedimenta, pero generalmente no eran molestados por la proximidad de la alambrada, pero si acompañados de voces que iban extendiéndose por todo el campo, al grito de «¡Quítale la

manta! ¡Quítale la manta!». Estas fugas eran diarias y posiblemente uno de los factores que las determinaban era la escasez de víveres y las malas condiciones sanitarias que imperaban en el campo, añadiéndole el frío, que imperaba, particularmente por la noche. La fuga era cada día más difícil, tanto que algunos en su afán de abandonar el campo construyeron incluso embarcaciones con las chapas onduladas de que estaba formado el techo de los barracones. No tuve ocasión de ver como estaban construidas, pero según referencias, resultaban lo suficientemente eficaces para hacerse a la mar. Para algunos el deseo de abandonar el campo convirtióse en obsesión hasta el punto de perturbar sus facultades mentales, tal fue el caso de uno que, metiendo todos sus efectos en una maleta de madera y agarrándola fuertemente en sus manos, adentróse en el mar mientras gritaba «Me voy a México» «Me voy a México». Estos casos iban espaciándose ya que, aún siendo más de cien mil, quedábamos los más recalcitrantes y además porque las cosas aunque demasiado lentamente mejoraban de día en día. Las autoridades francesas se propusieron controlar el número de personal contenido en el campo y dieron la orden de que formaran grupos de cien personas para tener derecho al suministro de víveres. El grupo del cual yo formaba parte había quedado reducido a tres, uniéndose a nosotros un muchacho de Lérida, que era el único que quedaba de un grupo de cinco. Cuando llegó a nosotros la noticia de que debíamos formar un grupo de cien, formamos una lista nominal con cien nombres y apellidos, la hicimos registrar en la intendencia y diariamente íbamos a recoger el suministro, aunque este suministro oficialmente era para una centuria, en realidad era para los cuatro que constituíamos el grupo, gracias a este truco no carecimos de nada, pero que conste que tampoco sobraba, con lo cual queda demostrado lo exiguo de las raciones. Para cocinar nos correspondían cinco o seis bolas de carbón del tamaño y forma de un huevo. Esta escasez de combustible veníamos padeciéndola desde un principio, se utilizaban las cubiertas de los camiones, gasolina, etc... y quienes

comían de todo esto; especialmente al principio, hicieron incursiones en las viñas próximas al campo y los dejaron sin una cepa, con lo cual se arruinó una gran extensión de terreno y por ende a sus propietarios, enajenándonos con ello su benevolencia y aprecio.

Esta escasez de combustible tenía distintos aspectos, a cual más lamentable, por una parte de los escasos alimentos que nos suministraba la intendencia del campo solo podíamos aprovechar el pan, la leche condensada y las grasas que consumíamos como si se tratara de mermelada o mantequilla, pero lo peor era que no pudiendo calentar el agua, los piojos se iban adueñando de nosotros sin poderlos combatir por el medio más elemental y eficaz que era hervir la ropa, especialmente la ropa interior. La invasión de piojos era tan intensa que cuando al fin dispusimos de mayor cantidad de combustible, nos dedicamos rápidamente a hervir nuestras prendas, pero se daba el insólito caso que al tenderlas para secarlas las retirábamos llenas de piojos vivitos y coleando, a lo cual solo podía darse una explicación, el viento los trasladaba de una parte a otra del campo.

Nuestras ocupaciones se limitaban a lavar, comer y dormir, nos sobraba demasiado tiempo y esto era peligroso. Yo me dediqué a dar lecciones al más joven de nuestro grupo que sentía verdadero interés por aprender, sentía especial atención por la geometría y puedo asegurar que hizo notables progresos, pero esto solo nos ocupaba una pequeña parte del día, pues en esa estación del año anochece temprano y no quedaba otro recurso que acostarse, mejor dicho tumbarse sobre la arena, faltos de sueño por lo tarde que nos levantábamos y la prolongada siesta, por lo cual establecimos la costumbre de charlar contando nuestras vidas respectivas y planes para el porvenir; como con respecto al porvenir, dada nuestra condición de refugiados, casi siempre teníamos que referirnos al pasado. Mateu, el más joven, era el que con excepción se refería con más frecuencia a sus planes para el futuro, recuerdo especialmente que su tema predilecto se refería al día que pudiendo regresar a España pudiera dedicarse a construir su hogar, precisamente

esta era la razón de su afición a la geometría, según se desprendía de sus relatos. En su país los jóvenes al ponerse en relaciones construían enseguida su casa y el nos describía cómo debía ser la que el construyera; a mí me llamó poderosamente la atención que siempre que de ello nos hablaba limitaba exageradamente el número de habitaciones, al hacérselo notar me contestó rápido: «La razón es muy sencilla, si mi casa dispone de muchas habitaciones, me expongo a tener que dar cobijo no solo a invitados, y lo que es peor, a la familia, que sin darte cuenta se te acomodan en tu casa, proporcionándote solamente disgustos y preocupaciones, cosa que yo evitaré disponiendo únicamente de una habitación para mi mujer y yo ¿Y si tenéis hijos? ¿Dónde los alojarás?. En mi pueblo esto no es problema, las casas se construyen con adobes de modo que a medida que aumenta la familia iré añadiéndole a la casa el espacio estrictamente indispensable».

No todos en el campo estaban tan desocupados como nosotros. Los había que dada su profesión pasaban el día afeitando y cortando el pelo, otros que trabajaban en las oficinas del campo, otros que formando grupos atendían a la limpieza del campo, si bien esta se reducía a la recogida de las letrinas daba ocupación a muchísimo personal y asimismo personal bastante numeroso empleado en la intendencia general del campo. He mencionado a estos en último lugar, porque un grupo de ellos que habían construido su chabola contigua a la nuestra fueron protagonistas de un hecho pintoresco. Este grupo estaba compuesto por siete individuos, seis de los cuales trabajaban en intendencia, razón por la cual no carecían de nada, el séptimo cuidaba de hacerles la comida, lavar la ropa, en fin de todas aquellas cosas que en un hogar es la mujer quien se ocupa de estos menesteres; este se quejaba a menudo y pretendía convencerles de que eso debían hacerlo por turno o sea una semana cada uno, los otros oponían sus razones a las que no faltaba su lógica, si lo hacemos una semana cada uno había de ser estando todos empleados en la intendencia y en este caso no sería posible hacer una fiesta de

siete días cada siete semanas; el que podríamos llamar «doméstico» del grupo comprendía la razón de sus compañeros y aceptaba aunque de mala gana continuar con sus funciones hasta que un día halló la solución que podía emanciparle. En una de las «tascas» del campo entabló conversación con una muchacha que allí servía y le propuso unirse al grupo del que él formaba parte, habida cuenta de que no le faltaría comida y tendría el trabajo más liviano, sin tener que tratar con tantos hombres; parece ser que no le fue muy fácil convencerla, pero al final se decidió y abandonó la «tasca» para convertirse en ama de casa. Ni que decir tiene que todos los hombres estuvieron de acuerdo en aceptarla y completaron el acuerdo añadiendo la condición de que dormiría un día a la semana con cada uno de ellos. La muchacha que, aunque ligera de cascos, no le faltaba sentido del humor, al aceptar estableció enseguida el turno que había de seguirse y al primero le puso por nombre Lunes, al segundo Martes y así sucesivamente hasta completar la semana.

Desde aquel momento nosotros sabíamos, sin calendario, el día en que nos hallábamos. No hubo nunca discusiones entre los siete compañeros, ahora trabajaban todos, con lo cual habían aumentado los ingresos en especie y todos iban limpios y hasta podría añadirse que incluso acicalados o endomingados, aunque solo hubiera un Domingo. Poco duró la felicidad, a lo sumo dos semanas. Un día formaron un escándalo mayúsculo y como no podía ser menos, nosotros y los más cercanos a aquel «harén» masculino nos enteramos de todo. La muchacha que a ratos seguía frecuentando la «tasca» había contraído una blenorragia que sin pretenderlo había contagiado a toda la «semana» que iban reconociendo los síntomas con veinticuatro horas de intervalo. Los improperios no hace falta enumerarlos y dichos gritos en un lugar en que el 999 por mil eran hombres el eco devolvía centenares de carcajadas, convirtiendo aquel escándalo «familiar» en un regocijante vodevil. Las pullas obligaron a la pandilla de Lunes, Martes, Miércoles, etc, etc... a buscar un nuevo emplazamiento para su chabola.

En el paseo que atravesaba el campo de punta a punta instalaron de trecho en trecho potentes altavoces que de cuando en cuando transmitían las órdenes del mando francés y también se transmitían noticias para los que tenían solicitado trabajo o bien teniendo familia en Francia era reclamados por estos, pero algunas veces las llamadas se dirigían a individuos reclamados por la policía, generalmente por cuestiones políticas. Al principio cayeron en el lazo algunos de estos reclamados, pero los locutores, todos ellos españoles, utilizaron entonces una consigna para prevenir al reclamado, esta consistía en agrupar a la llamada clásica de «se ruega a fulano que se presente inmediatamente en las oficinas» unas palabras aparentemente sin sentido, tales como «en las oficinas con sus maletas» y el interesado no se daba por aludido y aprovechaba la primera oportunidad para evadirse del campo.

Fue a través de esos altavoces que, a fin de llegar a una total organización, dieron las instrucciones para montar barracas; teóricamente parecía fácil llegar a esa normalización en la vida interna del campo, si el temperamento individualista de los españoles no hubiera constituido de por sí el mayor obstáculo. Por ejemplo, un oficial cualquiera del que había sido el Ejército republicano, tras múltiples y laboriosas conversaciones, conseguía reunir un centenar de hombres dispuestos a construir y vivir después en una cómoda barraca, fijaban fecha y hora para reunirse y, al mando del oficial, se dirigían en bloque al almacén. Allí, después de examinar la lista nominal, que constituía el único requisito, se les hacía entrega de todos los elementos necesarios para una barraca completa y un hombre especializado en el montaje. El centenar de hombres cargaba con todas las piezas para trasladarlas al lugar de su emplazamiento, pero siempre y de una manera sistemática acontecía que todos aquellos que transportaban las planchas onduladas para el techo y los que transportaban los plafones de madera, por el trayecto se perdían y todas esas planchas y plafones iban a servir para mejorar las chabolas de los propios transportistas. Recupe-

rarlas, aunque parezca lo contrario, era harto difícil, por no decir imposible, teniendo en cuenta que rebasaba los cien mil el número que componíamos la población del campo de Argelès-sur-Mer. A pesar de esto, se comenzaron a montar unas pocas y aún en estas los elementos se confabularon con los internados, se produjo un vendaval, casi un huracán, que arrancó los techos ya casi colocados y el personal arrambló no solo con lo que el viento arrancó, sino también con el resto. Cuando llegó a conocimiento del mando francés, éste, a través de los altavoces, conminó a que fueran devueltos inmediatamente, caso contrario se tomarían represalias. El material no fue devuelto y las represalias consistieron en dejar sin el acostumbrado desayuno a todo el campo. Una vez más, pagaron justos por pecadores. Afortunadamente la comida no escaseaba debido a que los grupos que nominalmente constaban de cien internados en realidad ninguno llegaba a los cincuenta y además como el que yo formaba parte estaba compuesto de cuatro personas, nos sobraba pan, arroz, lentejas y grasa vegetal. Esta grasa vegetal nos servía para iluminarnos durante la noche, disponíamos de un par de candiles construidos con hojalata, en cuanto al pan, arroz y lentejas nos servían para pagar con ellos otros servicios, por ejemplo, el peluquero y otros, y si algo sobraba servía para ayudar a determinados compañeros que estaban encuadrados militarmente y su suministro era insuficiente.

No obstante, las autoridades no cejaban en su vano empeño de organizar la vida interior del campo, pero la obstinación de los españoles en obstaculizar esa organización era el escollo donde se malograban todos los esfuerzos de los dirigentes franceses; el campo siguió siendo un caos de chabolas y miles y miles de personas sin controlar. A pesar de todo y aunque con excesiva lentitud se notaban algunas mejoras. Los altavoces no cesaban en dar constantes llamadas para individuos reclamados por familiares residentes en Francia desde hacía muchos años, otros que habían solicitado trabajo, especialmente agricultores, venían a buscarles sus futuros pa-

trones. Como es lógico suponer, las raciones alimenticias de todos estos reclamados constituían una mejora para el resto de la población internada, pues no siendo posible un control riguroso, los grupos seguían acudiendo al diario suministro de víveres, sin presentar bajas en ningún caso. Esto llegó a constituir un despilfarro, la prueba de esto podía calibrarse por la cantidad progresiva de jardines que aparecían alrededor de las chabolas, para ello eran utilizadas las lentejas que eran sembradas en la arena siempre húmeda, a escasos centímetros de la superficie. Se desarrollaban con rapidez asombrosa, formando pequeños oasis de césped que era un regalo para la vista. También el jabón sobrante constituía un excelente elemento, con el que se construyeron verdaderas obras de arte, hubo quien llegó con él a construir las piezas completas de un juego de ajedrez, que fue adquirido por un francés a cambio de buenos billetes. El frío intenso del invierno dejó paso a la primavera con sus hermosos días soleados que invitaban al baño, nunca más aquellas playas magníficas de Argelès-sur-Mer se verán tan concurridas de bañistas; esto mejoró las condiciones sanitarias del campo, el baño diario y el escaso atuendo de los refugiados disminuyó sensiblemente la cantidad de parásitos. Fue en este mes de Mayo cuando a través de los innumerables altavoces se anunció la formación de un campo exclusivamente para los catalanes. El deseo de encontrar conocidos y amigos consiguió que se alistaran la mayoría de catalanes de Argelès; no nos mostramos suspicaces y esto facilitó los propósitos de las autoridades francesas, deseosas de descongestionar este campo.

El nuevo destino de Eliseu fue Agde. En efecto, Agde, al igual que Bram, Vernet, Rivesaltes, Septfons y Gurs, se abrió en la primavera de 1939 con la finalidad de descongestionar los llamados «campos de arena» de las playas rosellonesas. En los nuevos campos, ubicados en lugares más alejados de la frontera, los franceses llevaron a cabo el experimento de agrupar a los refugiados por su procedencia o idiosincrasia, así Gurs se destinó a los vascos y a los

aviadores, y Agde a los catalanes, mientras que Vernet y Collioure se concibieron como campos de castigo.

El militar que estaba al cargo de todos los campos de concentración, el general Ménard, concibió la creación del nuevo campo en Agde, población costera situada en la desembocadura del río Herault y cercana a la ciudad de Beziers. Fue a finales de febrero cuando refugiados procedentes de Saint Cyprien empezaron a levantar las primeras barracas, que se multiplicaron hasta alcanzar 250, para albergar a 24.000 hombres, que comenzaron a llegar en el mes de mayo. Cuando Eliseu pisó el campo, pudo comprobar mejores condiciones en relación a su punto de partida, Argelès, sin embargo, la masa de internados no se sustrajo al hacinamiento y a las deficiencias higiénicas y sanitarias. Poco tiempo permaneció en Agde, ya que fue disminuyendo progresivamente el número de refugiados por diversas razones: defunciones, repatriaciones a España, contratos de trabajo, pero sobre todo los alistamientos en los Regimientos de marcha de voluntarios extranjeros (RMVE), en la Legión extranjera (LE) y en las Compañías de trabajadores extranjeros (CTE).

A partir de la ocupación alemana de Francia, el campo adoptó otras finalidades, con el internamiento de refugiados de muchas nacionalidades, pero entonces Eliseu ya había iniciado otro camino.

Pocas son las narraciones que detallan con tanto pormenor la vida en el campo de Agde y su experiencia de salir a trabajar fuera del recinto, tal como nos ofrece Eliseu. Fue en Florensac, pequeño pueblo cercano a Marsella, donde tuvo su primer contacto con la población civil, que transitó de la protesta, el vacío e incluso la hostilidad al respeto. Entonces, cuando la declaración de guerra de Francia a Alemania mermó la mano de obra de los franceses, se recurrió a los internados republicanos para los trabajos otoñales de vendimia.

> Al cabo de una semana formóse un convoy al que siguieron otros, con destino a Agde, en el departamento del Herault. No tuvimos ocasión de arrepentirnos, las condiciones del campo de Agde

reunían condiciones de vida más humanas y con perspectivas más halagueñas. La comida, si no muy abundante, era nutritiva y bien condimentada. Eramos 27.000 catalanes con cuatro barracones-cocina, entretenidas por los mismos internados, pero bien administradas y mejor dirigidas. La novedad que más agradecimos fue sin duda el excelente café que todas las mañanas nos suministraban. Los encargados de recogerlo de la cocina se encargaban de repartirlo sin que nadie se moviera de su cama, mejor dicho de su jergón de fresca paja. De este campo de Agde puedo decir que constituyó una nueva y agradable etapa de nuestro exilio voluntario. También ocurrieron hechos lamentables que a su debido tiempo relataré, pero en general teníamos motivos para sentirnos agradecidos.

También en Agde se alzaban por doquier innumerables postes con altavoces que todos los días se inauguraban dando los buenos días y abundante música; a continuación ésta se interrumpía solamente para dar los nombres de los reclamados por la familia residente en Francia y la de aquellos que habían solicitado trabajo; de vez en cuando las consignas dictadas por el mando francés y los consejos siempre bien orientados de los responsables españoles.

Al principio pasábamos la mayor parte del tiempo en el interior de los barracones tumbados o jugando al ajedrez. Pronto los responsables españoles del campo aconsejaron que abandonáramos los barracones y salieramos para hacer un poco de ejercicio diario. No tardó en darse una nueva orientación patrocinada por el mando francés, se solicitaba el esfuerzo de todos para construir un campo de fútbol.

Sobraron voluntarios y eso que semejante construcción resultó difícil a causa del subsuelo rocoso, se nos facilitó dinamita en abundancia para los barrenos que todos los mediodías se hacían estallar con gran regocijo y algarabía por parte de los internados. La piedra arrancada en cantidades más que respetables se utilizó para construir una tribuna descubierta y gradas alrededor del campo de deportes, con lo cual se evitó el transporte que hubiera impedido

la realización de ese campo por el elevado coste del transporte, así pues se consiguieron dos importantes objetivos, ahorrar los gastos y con ello hacer posible su construcción y por otra dotarlo de magníficas graderías; antes de su inauguración ya se celebraban partidos improvisados. El día de la inauguración constituyó un verdadero acontecimiento, acompañado de festejos en que la iniciativa y buen humor dejaron un grato recuerdo. El día de la inauguración se produjo un incidente pintoresco. Se organizó, con tal motivo, un desfile que por sus características podría calificarse de carnavalesco, pues este desfile con carácter humorístico estaba integrado además por unas supuestas autoridades, por bellas señoritas también supuestas, pues se trataba de muchachos ataviados con ropas de mujer y caras llenas de colorete y polvos. Para esta inauguración habían prometido su asistencia una comisión de determinada asociación benéfica que se había distinguido por su ayuda y que por causas del momento anunciaron con horas de anticipación que no podrían honrarnos con su presencia, esta fue en realidad la causa de la mascarada, en lo que se refiere a los hombres vestidos de mujer. Después del desfile se inició el festival en el campo de deportes y las supuestas damas y acompañantes de los invitados ocupaban parte de la tribuna; «ellas» con los pies por encima de la barandilla y fumando cigarrillo tras cigarrillo con exagerada afectación, provocaban la hilaridad de los concurrentes, cuando de pronto y como un reguero de pólvora se propagó la noticia de que la comisión invitada, volviendo a su acuerdo, acababan de entrar en el campo y se dirigían al campo de futbol. La emoción fue general ante la perspectiva de que iban a encontrarse las auténticas señoritas de la comisión con las que sustituyéndolas ocupaban la tribuna; la situación no podía ser más grotesca. Los disfrazados no encontraban donde ocultarse, el revuelo en la tribuna era ensordecedor y las señoritas ascendían ya por las escaleras de la tribuna, mientras sus oponentes acurrucados con el propósito de hacerse invisibles eran rodeados por compañeros puestos de pie, no hubieran podido ocultarse mucho tiempo, pero

afortunadamente la comisión hizo su aparición en la tribuna que fue acogida con fervorosos aplausos y se retiró inmediatamente. El suspiro de alivio fue unánime, lo oyeron seguramente en Sebastopol. Seguros ya de que se había alejado la causa de tanta trifulca, los disfrazados recompusieron sus afeites y ropas y continuó sin más el festival después de este número fuera de programa.

Se hizo atletismo, lanzamiento de pesos disco, jabalina, etc. etc. y como número más importante el partido de fútbol entre un equipo español y otro de senegalés, según anunciaba el programa; aparecieron en primer lugar los componentes del equipo español y a continuación los «senegaleses», que no eran otra cosa que españoles pintados de negro desde los pies a la cabeza. Aplausos y risas en las graderías, mientras dos hombres con una caja de madera y un trípode de construcción casera simulaban tomar fotografías. Los dos equipos vestían de blanco, no eran necesarias distintas camisetas pues el supuesto color de la piel permitía identificarlos fácilmente; esto por lo menos en teoría, pues al cuarto de hora, en las incidencias del partido y a consecuencia de los contantes encontronazos los veintidós jugadores iban ya completamente tiznados, incluido el calzón y la camiseta.

A partir de ese día, todos los domingos teníamos partido de fútbol y de cuando en cuando baloncesto, en un pequeño campo anexo construido poco después de la inauguración del primero; se formaron muchos equipos y competiciones, especialmente de baloncesto, en este último una selección venció estrepitosamente a una selección del Lenguadoc, y en fútbol se celebró también un partido entre el equipo español y una selección francesa, ese día los españoles fueron autorizados a salir del campo de concentración para acudir a presenciar el partido que se celebró en terreno francés, o sea en el campo del Agde. He referido esto para establecer gráficamente la diferencia entre el desorganizado campo de Argelès sur Mer y este de Agde, pero aún hubo más. Una compañía francesa de cinematografía patrocinó la formación de unos modestos estudios

en el interior del campo, allí acudieron en masa todos los que en su vida anterior a nuestra guerra civil su profesión guardaba una relación con la cinematografía y otros que por sus actividades podían ser de alguna utilidad, decoradores, dibujantes, modistos, peluqueros, etc, etc. Desgraciadamente el que llevaba la voz cantante en lo que llegó a ser una multitud era un homosexual conocido en el Barrio Chino de Barcelona, con el nombre de Chorrohumo. Cuando he dicho que fuera una desgracia que fuera el llamado Chorrohumo el que destacara en los proyectados estudios, me refiero especialmente en lo que a prestigio y moralidad de los españoles se refiere, ya que en el aspecto técnico resultó ser eficiente, principalmente en el «atrezzo» de la compañía. La compañía francesa no escatimó el dinero, los dibujos eran valiosísimos, los proyectistas hicieron verdaderos alardes técnicos, los decoradores hicieron una gran labor y los modistos proporcionaron excelente material para futuras películas, pero las circunstancias impidieron que llegara a realizarse nada positivo, por lo que la compañía aludida recogió todo el trabajo realizado por los españoles, con lo que sin ninguna duda se resarció con creces de los dispendios realizados.

No quiero dejar de hacer constar que la labor más destacada dentro del campo y en todos los aspectos fueron los leridanos incansables organizadores. Fértil imaginación, a cuya iniciativa se debió en muchas ocasiones levantar el ánimo decaído de todos aquellos hombres cuyos problemas iban unidos al hecho de haberse convertido en exiliados, abandonando sus hogares.

Estos compañeros de Lérida fueron los organizadores de innumerables festivales, entre ellos los correspondientes a la inauguración del campo de deportes, editaban diariamente un diario humorístico que todas las noches era leído en voz alta en una de las barracas, en que casi todos sus componentes eran de Lérida. Organizaron también una parodia de la procesión de Semana Santa en Sevilla, a la que no faltaron las clásicas saetas; no faltaron como detalle en esa procesión las imprescindibles autoridades eclesiásti-

cas, militares y civiles, y a lo largo de la procesión gran profusión de Guardias Civiles, con sus tricornios fabricados con cartón y fusiles de madera. Esta procesión constituyó un éxito, los gendarmes, guardia móvil y soldados se amontonaban al otro lado de las alambradas contemplando el exótico espectáculo.

No todo era chanza y regocijo. La vida íntima de los internados seguía palpitante y celosamente guardada por cada uno, si bien en algunas ocasiones salía al exterior, siendo la comidilla de todo el campo. Esto fue lo que le ocurrió a un internado, bastante joven y que la mayor parte del tiempo lo pasaba solo y taciturno, con la vista puesta en la aparición del cartero. Esto en él constituía una obsesión, desde luego no le faltaban motivos, cada misiva que escribía le sumía en un mar de confusiones; era casado y las cartas que su esposa le escribía no podían ser más desalentadoras por lo pesimistas, siempre le recomendaba que no regresara a España, según ella se exponía a las mayores calamidades, por haber pertenecido al Ejército Republicano y por haber desempeñado un cargo sin importancia en el comité de fábrica. Estas cartas que, en su texto con ligeras variantes, se repetían constantemente, le sumían en la desesperación. Ansiaba regresar a la Patria, unirse a la esposa que adoraba ciegamente y según se desprendía de esos escritos debía renunciar a su mayor anhelo. Por otra parte las cartas de sus padres siempre consistían en que debía regresar lo antes posible, le animaban diciendo que nada debía temer ya que nada de malo había hecho; siempre insistían en lo mismo, que abandonara Francia y que regresara sin temor a la Patria.

Estas cartas de los padres le enloquecían, le espoleaban a regresar, y eso era precisamente lo que él ansiaba, pero estaba aturdido, no comprendía la disparidad de criterios entre su esposa, por una parte, y el de los padres, por otra.

La escribía a ella diciéndole lo que le aconsejaban los padres. Los reparos y temores de su esposa y cada vez las cartas le resultaban menos comprensibles y su carácter se resentía de sus preocupaciones

permanentes. Era una obsesión frente a ambas recomendaciones y no podía nunca llegar a una conclusión que pudiera satisfacerle y por tanto tranquilizarle. Hasta que un día llegó una carta, llevaba ya dos horas ante la puerta del barracón en espera del cartero, éste al verle le sonrió anticipándole que traía carta para él. Los minutos que tardó en hallarla el cartero eran un suplicio indescriptible, por fin la tuvo en sus manos y con ella sin abrirla sintióse decepcionado, era de sus padres; él les quería entrañablemente, pero las cartas de su esposa a pesar de su contenido, siempre adverso, le producían una alegría inmensa, que no podía disminuir el consejo de que debían permanecer alejados el uno del otro.

Por fin decidiose a rasgar el sobre y tras él el clásico «Querido hijo...» fue enterándose del contenido de la carta al mismo tiempo que su rostro empalidecía. No... no era posible, sus padres estaban equivocados, aquello no podía ser.. era monstruoso... «Es hora de que los sepas todo, tu mujer sale todos los días con un oficial de la Falange» y más adelante «No queremos decir que tu mujer haya ido demasiado lejos con ese oficial, pero resulta sospechoso que sea ella precisamente quien quiera persuadirte de que te quedes en el extranjero...» Abrumado por semejante revelación, el muchacho, sollozante, se derrumbó sobre su duro camastro.

Muchos episodios como éste se revelaban a diario, pero la multitud de internados seguía acudiendo a los festivales organizados por los representantes españoles en su noble afán de mantener una elevada moral, en espera de mejores días. Nada de esos dramas trascendía más allá de los propios interesados y de algún compañero sincero que los ayudaba a soportar su dolor.

Partidos de fútbol, de baloncesto, torneos de boxeo, lucha greco-romana, se simultaneaban constantemente. Mientras los altavoces seguían amenizando sus permanentes audiciones con música alegre y ligera, intercalando con frecuencia las llamadas para los reclamados por sus familiares de Francia; estos abandonaban alegres el campo, con el corazón dispuesto a emprender una nueva vida en

el extranjero. No menos alegres salían aquellos que habían conseguido una colocación. Un día, de pronto, se truncó la vida plácida y tranquila del campo. Fue organizada por el mando francés una compañía de trabajadores, eligieron al azar un barracón y dieron la orden al responsable del mismo que para el día siguiente estuvieran todos preparados y dispuestos para salir a trabajar encuadrados en una compañía. Los hombres, cogidos por sorpresa, se negaron a ser encuadrados obligatoriamente sin conocer la índole del trabajo ni el lugar de destino. Falta de tacto por parte del mando francés que no supo o no quiso tener en cuenta el carácter de los españoles y que tuvo desastrosas consecuencias al presentarse en el barracón un grupo de guardias móviles y con pésimos modales intentaron hacer salir al personal del barracón. Armaron tal escándalo que a uno de los guardias móviles, menospreciando el valor de los españoles, se le fue la mano para dar de lleno en uno de ellos; en menos tiempo del que se tarda en contarlo, se encontraron los guardias móviles desarmados y arrojados de la barraca. Esta afrenta no podía quedar sin castigo, aún sabiendo que no les asistía la razón, prohibieron los festejos y suprimieron todas las concesiones hechas al campo nº 3, llamado de los catalanes; sin que esto fuera suficiente y dando muestras de una testarudez digna de mejor causa, organizaron caprichosamente dos o tres compañías más de trabajadores, con la amenaza de que de no acatar sus órdenes seríamos todos obligados a regresar a España. Se declaró una huelga de hambre, nadie acudió a las cocinas a buscar la comida, permanecimos todo el mundo en el interior de las barracas en señal pacífica de protesta, no obstante acudieron tropas de refuerzo que acordonaron el campo y emplazaron ametralladoras. Por lo visto éramos un ejército en rebeldía. Se celebraron largas conferencias entre las autoridades francesas y los representantes españoles, era difícil llegar a un acuerdo. Los franceses querían que nos sometiéramos sin condiciones, los españoles querían hacer valer el derecho de asilo, al fin se llegó a un acuerdo de compromiso, ya que los franceses no querían perder la paz y

se decidió que la primera compañía que había motivado nuestra resistencia debía salir a trabajar y el resto del personal esperaría la resolución de las autoridades superiores. Los españoles aceptaron y se dio la consigna de cesar en la huelga de hambre. Habían transcurrido 48 horas. Los franceses faltaron a su palabra en los días sucesivos, salieron tres compañías de trabajadores españoles en lugar de una y al poco tiempo fue disuelto el campo nº 3 con el pretexto que debían ocuparlos los sudetes checos refugiados en Francia que iban a formar unidades del ejército francés dada la inminencia de la declaración de guerra. Allí quedó nuestro estadio e instalaciones deportivas que tantos esfuerzos nos habían costado y que con tanta ilusión habíamos construido. Todos sabíamos que un día u otro habríamos de abandonar el campo nº 3, pero no en la forma en que los acontecimientos se desarrollaron.

Nos instalaron en el campo nº 1 contiguo al nº 3. Allí quedaba un número bastante reducido de personal, entre este personal se hallaba Alcalá Castillo, hijo del que fue Presidente de la 2ª República Española.

Debo referirme al caso de Alcalá Castillo. Su conducta ejemplar no puede quedar sin ningún comentario, por ser quizás el único español de cierta categoría que renunció voluntariamente a la libertad fuera de los campos de concentración. La única razón, según sus propias palabras, era que no podía abandonar a sus compatriotas y que quería correr su misma suerte. Las autoridades francesas tuvieron con él muchas atenciones y le dispensaron un trato de favor, al morir su madre fueron a buscarle al campo emisarios notables de la política española, en nombre de su familia; estuvo fuera del campo el tiempo estrictamente indispensable para asistir a las exequias de su fallecida madre. Quiso la familia retenerle, pero firme de voluntad se reintegró a su lugar como un deber ineludible, con ello aumentó, si cabe, aquel respeto y admiración que por él sentían los internados de Agde. En el barracón, como los demás, disponía de un jergón de paja, quizás disponía de mayor espacio,

el cual durante el día era ocupado por sus compañeros y amigos, disponía de una mesa fabricada con cuatro tablas y en ella siempre se veía un paquete de tabaco del llamado «escafarlata» y un librito de papel de fumar, quienquiera que fuese tenía derecho a liarse un cigarrillo, dada la escasez de medios de que disponíamos es de suponer la clientela que tendría aquel paquete interminable. Desde luego, con poca cosa nos contentábamos.

La diferencia entre el campo nº 1 y el campo nº 3 era más que notable. Habíamos dejado un campo limpio y cómodo para encontrar otro, sucio, pequeño y sin espacio para movernos, pero nuestra permanencia fue corta. Fuimos reunidos al pie de una improvisada tribuna y un personaje desconocido para nosotros, pero acompañado de los jefes franceses del campo y unos españoles, entre ellos un intérprete que fue traduciendo un largo discurso del personaje desconocido, el cual en síntesis vino a decirnos que el Gobierno francés tenía puesta su confianza en los refugiados catalanes y se nos distinguía con el honor de haber sido los elegidos para efectuar las vendimias y la cosecha de la remolacha. No pude saber nunca en que consistía tal honor, a menos que como tal consideraran el dejarnos manosear el fruto que había de convertirse en el vino de los franceses. Se acababa de declarar la guerra entre Francia y Alemania, por lo tanto significaba que el campo y las fábricas del país se habían quedado sin brazos; el hecho de estar nosotros allí para solucionarles la papeleta se convirtió por arte de magia en un honor para los refugiados españoles, es así como se escribe la historia. En fin, se formaron compañías de cien hombres y fueron destinadas unas a la vendimia y otras a la recolección de remolacha. La centuria a la que yo pertenecía se unió a otra centuria y al mando de Alcalá Castillo fuimos destinados a un pueblo cercano, llamado Florensac, del mismo departamento que Agde, es decir del Herault. Fuimos encajonados en camiones que habían pertenecido al que fue Ejército republicano y trasladados a Florensac.

Las circunstancias no podían ser más adversas para nosotros, los

que íbamos, llenos de buena voluntad, a resolver un difícil problema para la economía del país. Al llegar al pueblo, mediada la tarde, nos encontramos con un pueblo abandonado o por lo menos daba la sensación de estar abandonado, pues ventanas y puertas cerradas a cal y canto y sin alma viviente por las calles no permitían otra interpretación. El pueblo, según podíamos apreciar, debió ser bastante grande e importante, pero solo vimos a la Guardia Móvil que nos esperaba para hacerse cargo de nosotros. Descendimos de los camiones en una bien cuidada plaza con sus parterres y árboles que le daban atractivo, lástima tener que vivir allí en un lugar tan desolado por la ausencia de vecinos. Cercano a esa plaza, un gran local que debió ser utilizado como almacén de vinos, balas de paja para nuestro descanso y una gran mesa de tablas destinada seguramente para nuestras comidas, pero aquella quietud resultaba enojosa y molesta. Desparramada la paja y elegido cada cual su lugar para dormir, intentamos volver a la calle, pero a través del responsable Alcalá Castillo se nos advirtió que no podíamos salir. Esto resultaba inexplicable. Dado el carácter español, cada uno de nosotros creía estar en posesión de los motivos de tal medida, si bien la mayoría se inclinaba por creer que debía ser seguramente para evitar que saqueáramos las casas abandonadas por sus propietarios.

Pronto salimos de nuestro error, ya que los compañeros que seguían estacionados y expectantes en el gran portalón que daba acceso al almacén nos hicieron observar que de las chimeneas visibles desde allí empezaba a salir humo, como si la población comenzara a tomar vida; esto nos hizo entrever o quizás presentir que allí ocurría algo anormal. La revelación no tardó en mostrarse, triste, descorazonadora y decepcionante. Los vecinos habían hecho contra nuestra presencia su protesta pasiva. Al encerrarse en sus casas en el momento de nuestra llegada, demostraban a las autoridades municipales que no nos aceptaban, que no querían nuestra ayuda. Los niños fueron los primeros que dejaron sentir su presencia a la entrada del callejón que desde la plaza conducía al almacén; curio-

sos asomaban sus caritas un poco asustados al ver por primera vez a los «rojos españoles», al ver que nuestro aspecto no distaba mucho de ser parecido a sus parientes y que no presentábamos tampoco un aspecto de forajidos, fueron tomando confianza y ya sin reservas vigilaban nuestros movimientos. La chiquillería iba en aumento y pronto se unieron a ellos las personas mayores, especialmente mujeres, de pronto una de ellas empezó a dar gritos que, dada la distancia y la diferencia de idiomas, no entendíamos, pero algunos españoles llegaron a comprender sus gritos que no eran otra cosa que acusaciones y diatribas contra nosotros. Gritaba y gesticulaba como intentando convencer a sus conciudadanos de que era una vergüenza nuestra presencia en el pueblo. «Es injusto y denigrante –decía– que mientras a nuestros hijos y esposos los envían al frente, estos «rojos españoles» vengan a ocupar sus puestos en el trabajo. A las trincheras son estos los que deben ir. Estos son los que han de ir a luchar contra los alemanes y que los nuestros vuelvan a sus casas para defender sus intereses y cuidar de los suyos y sus tierras».

Los gritos histéricos de aquella furia no cesaban, a pesar de la intervención de la Guardia Móvil, intentando convencerla de lo absurdo de sus pretensiones. Entre tanto, Alcalá Castillo nos dio cuenta de lo que ocurría. Las autoridades municipales al ver que la cosecha de la uva peligraba de perderse en casi su totalidad por la falta de mano de obra, ya que los naturales del país habían sido movilizados, solicitó en la Prefectura que enviaran doscientos hombres del campo de Agde, pero durante el período de trámite de dicha solicitud, los vecinos protestaron ante la municipalidad, amenazando con que nadie nos tomaría a su servicio ni trabajarían junto a nosotros. No sabían que camino tomar, pero por una parte la petición estaba hecha y por otra si no íbamos nosotros debía perderse, esa fue la razón de que el Alcalde se hiciera responsable de todo con la ayuda de la Guardia Móvil. Dos días de inactividad forzosa y condenados a permanecer en el almacén de vinos, en parte la abundante comida nos compensaba de nuestra reclusión. Durante esos días

Alcalá Castillo no cesaba de hacernos recomendaciones, exhortándonos a seguir una ejemplar conducta en nuestras relaciones con los vecinos de Florensac, si es que llegaban éstos a deponer su actitud hostil. Pasaba el tiempo sin ser reclamados nuestros servicios, en previsión habíanse formado unos grupos los cuales estaban integrados por los más aptos, hombres que ya habían efectuado en su país de origen otras vendimias, por fin, el tercer día, uno de los terratenientes de más importancia pidió a través de la municipalidad tres parejas de portadores. Salieron el mismo día tras las últimas recomendaciones de evitar toda conversación con el resto de personal durante las ocho horas de trabajo. Impacientes estuvimos todo el día esperando el regreso de aquellos seis compañeros que habían de constituir algo así como una embajada de buena voluntad y quizás incluso de aptitud. Salimos todos a recibirles, haciendo imposible ninguna contestación, ante el bombardeo de preguntas, estábamos ansiosos de conocer lo ocurrido. En primer lugar, el encargado estaba satisfecho del rendimiento y la actitud de los nuestros, prueba de ello que para el día siguiente quería cuatro hombres más, en segundo lugar, y esto era también muy importante, las cortadoras, o sea las mujeres encargadas de cortar los racimos durante la mañana se mostraron recelosas rehuyendo la conversación o haciendo como si la rehuyeran, pues lo cierto fue que los españoles no intentaron en ningún momento entablar diálogo con ellas. En vista de ello, al llegar la hora del yantar del mediodía, no pudieron ellas resistir en su pretendido distanciamiento y les invitaron a unirse con todo el grupo. Durante la comida, los españoles, según nos contaron y de ello se sentían orgullosos, se limitaron a dar las gracias cortésmente y formaron grupo aparte y por consiguiente conversación aparte. Tal proceder intrigó a las mujeres, pero se rindieron incondicionalmente en cuanto terminó el tiempo destinado a la comida, rivalizando entre ellas en mostrarse amables con aquellos hombres que en cumplimiento de la consigna recibida, procuraban ser corteses y no herir las susceptibilidades, manteniéndose apartados de ellas.

En vista de lo ocurrido, Alcalá Castillo les recomendó que al día siguiente si las cortadoras seguían manifestando deseos de contemporaneizar, que fueran menos estrictos con la consigna recibida, pero que actuaran con la máxima prudencia.

Por lo visto los demás propietarios fueron a informarse del capataz a cuyas órdenes habían trabajado los primeros seis refugiados españoles, respecto al rendimiento y conducta de estos; los informes debieron ser óptimos, ya que aquella misma noche se recibieron de la Alcaldía distintas notas, cada una de las cuales indicaba el número de hombres y el nombre del propietario para quien iban a trabajar. En resumen, a los pocos días seguían llegando notas, pero ya no quedaban hombres desocupados, de donde resultó que los más remisos se quejaron de que los primeros terratenientes tuvieran el personal completo y ellos se hubieran quedado sin nadie.

Fui de los primeros en tener colocación como portador, trabajo duro y agotador especialmente para hombres como yo que carecíamos de la costumbre del trabajo manual. Los primeros ocho días creí que no podría resistir aquel trabajo, el cansancio al terminar la jornada era tan intenso que al llegar al almacén me tumbaba en mi jergón de paja y voluntariamente renunciaba a la cena; prefería descansar más que comer, desde luego el cansancio incluso me quitó el apetito, por las mañanas me levantaba dolorido y como anquilosado, brazos y piernas se resistían a obedecerme, en cambio los que por su profesión estaban acostumbrados al trabajo rudo, al llegar la noche y después de cenar, se cambiaban la ropa y salían a dar un paseo por la plaza del pueblo, pues los indígenas nos aceptaban ya sin reservas, incluso formaron una comisión para pedir a la Guardia Móvil que nos autorizaran a salir del almacén cuando lo deseásemos; es más, llegaron a protestar de que se nos obligara a dormir en jergones de paja, reforzando su protesta alegando que por el pesado trabajo que realizábamos y nuestro excelente comportamiento no podían tolerar semejante trato, en vista de los argumentos aducidos por la Guardia Móvil que consideraba imposible facilitarnos camas

y colchones para todos, pidieron se autorizara por lo menos a que pudieran quedarse a dormir en las casas de los propietarios que tuvieran sitio para ellos; esto llegó a realizarse en algunos casos.

El cambio que se había operado en aquellas buenas gentes era lógico y natural, el pueblo puede parecer tornadizo y voluble, pero cuando las circunstancias le permiten juzgar por si mismo se deja llevar por el corazón y éste no le engaña. Su prevención contra nosotros estaba sobradamente justificada, pues de nosotros solo sabían lo que la prensa les había contado. Nosotros, según esa prensa, éramos un amasijo de desalmados, asesinos y violadores de monjas, incendiarios y ladrones. Esa era y no otra la razón de su conducta a nuestra llegada. La prueba me la brindó un niño, en cierta tarde una vez terminado el trabajo nos hallábamos un grupo de españoles en la plaza del pueblo, se acercó a nosotros un chiquillo y dio varias vueltas a nuestro alrededor; sus ojos curiosos nos examinaban sin reservas, había perdido el miedo y su semblante denotaba cierta decepción, observé el silencio del pequeño y me decidí a interrogarle «¿Qué buscas, pequeño? No obtuve contestación ¿Has perdido algo?», insistí de nuevo. Esta vez obtuve un ¡no!, pero sin convicción. Repetí mi primera pregunta y el muchacho en tono decidido preguntó a su vez «¿Dónde tienes el rabo?» De momento no comprendí, pero conocedor de la opinión dominante entre los campesinos franceses vislumbré en parte el sentido de su pregunta y conseguí con inocentes preguntas hacerle confesar que, si éramos demonios, como se decía al principio de nuestra llegada, nos faltaba, a su juicio, lo más importante..., el rabo. Le desengañé como pude y nos hicimos grandes amigos, a poco se dio cuenta de que yo llevaba una moneda de cobre de diez céntimos que pendía de una cadena, en esa moneda iba marcado el número 234, el niño mirándome muy serio me preguntó ¿qué quiere decir este número? No supe que contestar, pues en realidad yo también lo ignoraba. El travieso chico halló la solución «¿Es el número de curas que tú has matado?» Una carcajada general convenció al pequeño que tam-

bién en esto se había equivocado y aceptó gustoso las explicaciones más o menos fantasiosas que se nos ocurrieron para su tan inesperada interpretación. Teniendo en cuenta, pues, lo que de nosotros les habían contado, se explica que todo lo que hacíamos les resultara paradójico y anormal, por ejemplo, les chocaba sobremanera que nosotros que dormíamos sobre un montón de paja, sin sábanas y entre mantas de dudosa limpieza, en cuanto terminábamos el trabajo nos laváramos y acicaláramos con nuestras mejores ropas para salir a pasear un rato por el pueblo; en esto los que más se distinguían eran el elemento joven de entre los españoles, pues terminada la jornada se apresuraban a reunirse con las jovencitas del pueblo que no se recataban de efectuar su cotidiano «tour de ville» con los simpáticos españoles. A medida que nos fueron conociendo, aumentaba su afecto por nosotros, tanto que llegaron a quejarse ante la Alcaldía de la comida que nos suministraban; en realidad nosotros estábamos satisfechos de esa comida, excepto los días que nos servían lentejas, que habían sido nuestro principal alimento durante la guerra civil. Y las mujeres que compartían el mismo trabajo, el día que nos suministraban lentejas nos las cambiaban por su comida, a pesar de nuestra sincera oposición. Éramos objeto de toda clase de atenciones, de mi grupo formaba parte una mujer de mediana edad, esposa de uno de los barberos del pueblo y que al ser movilizado era ella quien los sábados y domingos afeitaba y cortaba el pelo, pues bien, cuando era necesario, traía los útiles de su profesión y nos afeitaba y cortaba el pelo durante el descanso de la comida. Una viejecita muy arrugada y muy marchita, pero también muy ágil y simpática, nos ofrecía su diminuta botellita de «pastis» casero para hacer el aperitivo. Nunca quise probar esa infernal bebida que tantos estragos hacía entre los franceses, hasta que un día, invitado por una muchachita que formaba parte de nuestro equipo como cortadora, me invitó a conocer a sus padres que eran españoles establecidos en Francia desde hacía muchos años y que eran propietarios de una «epicerie», algo así como un colmado. Tanto había in-

sistido que para no pecar de descortés prometí visitarles. El día que me decidí, pues ya no sentía la necesidad acuciante de acostarme en cuanto terminaba la jornada, me arreglé y me presenté en la «epicerie»; fui recibido como si se tratase de un antiguo amigo y después de los saludos de rigor, nos sentamos en la trastienda, en amigable conversación insistieron en que tomara el aperitivo mientras ellos terminaban de arreglar la tienda, me dejaron la botella de «pastis», también de fabricación casera, un jarro de agua fresca y un vaso de grandes proporciones. Yo que desconocía que aquel pastis estaba elaborado con alcohol de 94º, me serví cuatro dedos y lo llené de agua, al probarlo comprobé su elevada graduación, de buena gana lo habría tirado, pero en aquella habitación no era posible, dejarlo hubiera sido una indelicadeza, opté, pues, por irle añadiendo agua. Terminaron su tarea los dueños de la casa y reanudamos nuestra conversación. Noté que mi cabeza comenzaba a darme vueltas y protestando que debía contestar unas cartas, solicité permiso para retirarme; una vez en la calle agradecí el aire frío que me azotaba el rostro, pero no pudo disipar los efectos del infernal brebaje, las piernas me flaqueaban, a duras penas conseguí llegar a mi alojamiento. Prometí y cumplí no repetir tal experiencia. Tuve ocasión más tarde de conocer a Mme. Bunyol que entró a formar parte del equipo de cortadoras, cuyo marido tenía perturbadas las facultades mentales, había enloquecido a causa del dichoso «pastis».

En resumen, habíamos conseguido congraciarnos con los vecinos de Florensac y ganado con nuestra conducta el aprecio y respeto de aquellas buenas gentes, la mejor prueba de ello la constituyó, sin duda, el hecho de que a petición de sus conciudadanos más notables el alcalde Florensac solicitó de las autoridades pertinentes se autorizara nuestra permanencia en el pueblo, aduciendo la evidente falta de mano de obra; esa autorización fue desestimada, pues según más tarde tuvimos ocasión de comprobar, el Gobierno francés también tenía sus proyectos con respecto a nosotros.

Nosotros nos hallábamos como pez en el agua, en realidad no po-

díamos pedir más a cambio de nuestro trabajo, respeto y afecto, razones que determinaron mayor pena y sentimiento cuando, terminadas las vendimias, se fijó el día de nuestro retorno al campo de concentración. El pueblo en masa acudió a despedirnos, las mujeres de todas condiciones dejaron caer abundantes lágrimas, al tiempo que nos obsequiaban con paquetes de víveres. Los hombres también acudieron a despedirnos, no dejaron correr sus lágrimas, pues a los hombres no les está permitida semejante «debilidad», pero en sus rostros se hacía patente la contrariedad y disgusto que nuestra partida les producía.

Al fin los camiones se pusieron en marcha, aliviándonos de aquel ambiente enrarecido de pesadumbre, también nosotros sentíamos el corazón oprimido ante nuestra propia impotencia para determinar nuestro propio destino. Recorrimos muchos kilómetros, no sé cuántos, pero con seguridad muchos de los que habíamos hecho de Agde a Florensac. Eso nos llevó a las inevitables conjeturas. ¿A dónde vamos? Seguro que no volvemos a Agde, ¿Entonces, a dónde? Cada uno tenía su opinión, pero nadie acertó, atravesamos algunos pueblos cuyos nombres nada nos decían, ya que en realidad desconocíamos la comarca, hasta que por fin distinguimos como un mal presagio unos barracones, multitud de barracones alineados, ocupando una gran extensión de terreno y como fondo el mar azul. Se detuvieron los camiones ante unas alambradas y un poco más allá la entrada con un gran cartelón «St. Cyprien sur Mer».

El trabajo en las viñas de Florensac supuso una tregua, que permitió a Eliseu y a sus compañeros recuperar las relaciones humanas con los franceses, pero la dicha resultó ser efímera, puesto que al poco tiempo tuvo que doblegarse a un nuevo traslado. En esta ocasión le esperaban los barracones de Saint Cyprien, desde donde se organizaron las CTE que acabaron por ser trasladadas a los frentes de lucha del norte de Francia, pero en medio del desconcierto tuvo la alegría del encuentro con su primo Rafael Villalba que sufriría su mismo destino a Mauthausen:

Estábamos a pocos kilómetros de Argelès. A nuestro disgusto se unió la angustia, nos traía la memoria los meses que habíamos pasado en Argelès y por las referencias que teníamos St. Cyprien era peor. Alguien nos esperaba, dos otros refugiados españoles en libertad, entre ellos Roc Boronat[2], de todos conocido. Había pertenecido a la Generalitat de Catalunya y su voz a través de las emisoras de Barcelona era muy conocida. Mientras se cumplían los requisitos y formalidades para nuestro internamiento en el campo, fue enterándonos del motivo de su permanencia allí, venía a prevenirnos que el Gobierno francés estaba decidido a cualquier precio a utilizarnos como carne de cañón u obligarnos a regresar a España, para ello había orden a la intendencia de reducir al mínimo los suministros, en una palabra hacernos pasar hambre para que huyendo de ella nos decidiéramos a alistarnos en la Legión Francesa, los Batallones de Marcha o las Compañías de Trabajadores o regresar a la Patria, por lo cual nos sugería que todo aquel que le pareciera que no había de pasarle nada que sin pensarlo más solicitase el regreso a España y a los demás solo podía aconsejarnos que ahorráramos al máximo nuestros esfuerzos y energías para contrarrestar la escasez de alimentos.

No dudamos de su buena fe, pero sinceramente creímos que exageraba en sus predicciones. No tardamos en convencernos de que nos había dicho la verdad; la cena de aquel mismo día fue exigua, las reservas que llevábamos poco podían durar, pero serían un alivio; al día siguiente tomamos nuestras medidas, nombrar un turno diario de tres hombres para recoger la comida de la cocina que nos fue asignada, el resto de los hombres debían permanecer en su camastro las veinticuatro horas del día, nada de visiteos de

2. Roc Boronat Font, figura reconocida por haber fundado el Sindicato de Ciegos y organizado su famoso cupón, también penó en el exilio por su activismo público en ERC, desde Francia, Argelia y México, donde falleció en 1965.

barracón en barracón en busca de conocidos. Se siguió la consigna al pie de la letra.

Poco comíamos, pero poco necesitábamos. Seguíamos el ejemplo de las tortugas durante el invierno. Así habríamos resistido indefinidamente, pero aquella vida monótona y sin ningún aliciente conseguía lo que no había conseguido la escasez de comida. Por aburrimiento, el personal se alistaba en la Legión, en los Batallones de Marcha y en las Compañías de Trabajo. Cuando en un barracón comenzaban a formar la lista para formar una Compañía de Trabajo, los no dispuestos buscábamos alojamiento en otro barracón más tranquilo. Así recorrí media docena de barracones, hasta que un día, aún sin saber hoy como lo averiguaron, se presentó un muchacho preguntando por mí; quedé perplejo, pero hube de aceptar la realidad, ese muchacho venía a verme para decirme que mi primo Rafael se hallaba también en St. Cyprien, pero en el campo de castigo, conocido entre nosotros por el campo del bacalao; su nombre tenía como es lógico suponer su origen en el hecho de que en aquel campo, anexo al campo general, a los castigados allí confinados se les suministraba únicamente bacalao sin ningún condimento, y el agua para ellos estaba racionada, refinado tormento que siempre consideré impropio del carácter francés, tan dados a los buenos manjares y que en todo momento he podido apreciar el respeto que sienten por las cosas de comer, en una palabra, no conciben la vida sin buena comida. De acuerdo con las noticias facilitadas por el mensajero enviado por mi primo, a los pocos días cumplió el castigo y se reunió conmigo; su aspecto no podía ser más lamentable, tostado por el sol, enjuto como un palo y pelado al rape, venía asustadísimo, temeroso de que por cualquier cosa fuera castigado de nuevo, cosa nada extraordinaria pues la causa del castigo fue su filiación política, nada grata en aquella época para los gobernantes franceses. Sabía ya la salida ininterrumpida de expediciones de Compañías de Trabajadores, su obsesión era alistarse en una de ellas y salir cuanto antes del campo; esto estaba en completa contradic-

ción con mis planes, pero viendo la imposibilidad de hacerle desistir de su empeño y no queriendo separarme de él, ya que el azar nos había reunido, decidí unir mi suerte a la suya y sin pensarlo más nos alistamos en una Compañía de Trabajadores, que resultó ser la 118 Especial de Trabajadores Extranjeros.

4

1940-1941
Bajo las garras alemanas

A partir de su incorporación a la 118 CTE, junto a su primo Rafael, destinada al pueblo de Cassel, en la frontera belga, avanzaba el camino hacia Mauthausen, sin que ninguno de sus integrantes pudiera imaginarlo. Todos ellos padecieron terribles condiciones en un viaje en un tren de carga, semejante al que les habría de conducir a Mauthausen, y descubrieron los efectos del frío infernal, realidad bajo la que vieron nacer el nuevo año y a la que tuvieron que adaptarse en el duro trabajo de cavar trincheras antitanque:

> A los pocos días, formada ya dicha compañía, fuimos trasladados al campo provisional y de tránsito, en espera de completar un número determinado de compañías y formar un tren especial que nos trasladara a nuestro destino desconocido; pasaron aún dos o tres semanas, hasta que llegó el tren expedicionario, fuimos conducidos a él y ocupamos los vagones de carga que habían de transportarnos y que ostentaban, en lugar bien destacado, la inscripción de «8 chevaux, 40 hommes» o sea que aquellos vagones tenían capacidad para 8 caballos o 40 hombres. Abundante paja cubría el piso de los vagones, sobre ella nos instalamos de la mejor manera posible y convencidos de que el viaje no podía ser muy largo, casi nada; de los Pirineos Orientales donde nos hallábamos hasta el Departamento del Norte o sea de la frontera de España hasta la frontera belga. Ignoro cuantos kilómetros recorrimos, pero no bajaron de

1.600. Invertimos varios días en hacer el recorrido, pero lo peor fue el frío, pues esto ocurría a últimos de diciembre de 1939. A medida que avanzábamos no solo se intensificaba el frío, sino que iban apareciendo los campos y pueblos cubiertos por la nieve. Esto para nosotros era un espectáculo magnífico, por la falta de costumbre quedábamos maravillados, ignorábamos entonces que a partir de aquel momento dejaría de ser la nieve un espectáculo para convertirse durante bastantes años en un tormento insoportable.

El frío en aquel viaje era el preludio del que llegaríamos a pasar, todavía nos admiraba comprobar que al amanecer los remaches de los vagones de mercancías, por su parte interna al mismo, aparecían cubiertos de hielo, no en vano habían prodigado la paja. De vez en cuando se detenía el convoy en interminables esperas, en Orleans nos detuvimos en la estación cinco o seis horas. En los andenes cubiertos el frío era más benigno, ello nos hacía más habladores y hasta incluso más optimistas, unos suponían que tan larga espera se debía únicamente a que nos íbamos a quedar allí y que solo esperaban que amaneciera para apearnos, otros que dada la proximidad de París, quizás fuéramos allí a quedarnos; a casi nadie se le ocurría pensar que en París los más probable era que no hicieran ninguna falta las Compañías de Trabajadores adscritas al arma de ingenieros, pero es tan agradable soñar. Mi sueño era más modesto, solo deseaba sinceramente que nuestro itinerario pasara lo suficiente cerca de París para poder hacerme una idea de la tan ponderada «Ville Lumière».

Ni aún siquiera yo pude ver realizado tan modesto sueño, antes de hacerse de día reanudamos el viaje. En vano me esforzaba en descubrir algún indicio de que París estaba cerca, cuando, transcurridas unas horas, comprendí que París, ese fabuloso sueño se había quedado atrás, entre la niebla del amanecer me tumbé al lado de mi primo para desquitarme un poco del frío que había pasado en las últimas horas.

Aquella misma noche llegamos al fin de nuestro viaje. Una lúgubre estación, tres o cuatro faroles de petróleo con sus cristales

pintados de azul, medida de precaución en tiempos de guerra y que nosotros ya conocíamos. Con dificultad pude leer Cassel, ese era el nombre de la población que se lo prestaba la estación.

Nos hicieron formar y emprendimos la marcha. Una silenciosa marcha preñada de tristes augurios; a poco la orden de detenernos, mi primo que habiendo sido educado en Francia conocía el idioma a la perfección me informó –van a darnos de comer algo caliente antes de reanudar el camino– y en efecto fuimos desfilando de uno en uno ante las cocinas de campaña allá instaladas y recogiendo un cazo de no sé qué composición culinaria. Un corto descanso para dar tiempo a que todo el mundo hubiera recogido su ración y de nuevo en marcha. La Guardia Móvil que nos acompañaba, ordenaba silencio de vez en cuando, pues la realidad era que la reacción después de aquel refrigerio caliente, nos había reanimado y sentíamos el deseo incontenible de comunicarnos en voz alta cualquier ocurrencia del momento.

La Guardia Móvil seguía refunfuñando y reclamando con desmesurada energía que guardáramos silencio, como si el enemigo estuviera a pocos metros de nosotros. No tardamos mucho en perder las ganas de hablar, el camino se hacía cada vez más difícil, la nieve retrasaba nuestro paso, prodigándose las caídas, la falta de costumbre de caminar sobre ella aumentaba las dificultades y aumentaba el cansancio. Alguien que seguía en posesión de su reloj, se dio cuenta de que en aquel momento entrábamos en un nuevo año, en efecto era medianoche y un murmullo general dio la bienvenida al año que acababa de nacer. Durante un buen rato se oyeron los rumores de una conversación general sobre aquel acontecimiento. El que más y el que menos comentaba con el compañero más próximo las incidencias de aquellas fechas entre sus familiares en años anteriores. ¿Cuándo podríamos celebrarla en el hogar, junto a los nuestros? La mayoría no volverían a celebrarla y muchos de ellos ni siquiera terminarían el año. La muerte nos rondaba y los acontecimientos le permitirían saciarse ensañándose con nosotros. Ni yo

ni nadie podíamos imaginar que solo una quinta parte de aquella ingente muchedumbre volvería a ver brillar el sol de la paz sobre nuestras cabezas. Mi primo, que no se separaba de mi lado, con su optimismo inalterable, no cesaba de formar planes para el porvenir, yo le escuchaba distraído, mi pensamiento retrocedía hacia años anteriores, en que la paz del hogar lo era todo para mí. Nunca había salido de mi querida ciudad, nunca me había separado de mi familia, las fiestas tradicionales de nuestro país constituían sin excepción un motivo para unirnos más entrañablemente. La guerra civil había roto esa monótona pero agradable continuidad, en esos años nos quedaba la esperanza de que al terminar todo volvería a ser igual que antes, pero no, cada vez más alejados de esta meta, los acontecimientos hacían cada vez más difícil reanudar nuestra vida anterior. No podía sustraerme a esos pensamientos mientras la columna avanzaba, cada vez más lentamente, pero avanzaba hacia un destino desconocido y que nos alejaba de aquello que más deseábamos tener cerca de nosotros. Cuando las caídas eran ya casi continuas, a causa de la nieve y el cansancio, la cabeza de la columna se detuvo ante una granja, cortijo o alquería. Percibíamos, sin entenderlo, el diálogo entre la Guardia Móvil y los habitantes de la granja, de nuevo en marcha, traspasamos la cerca y atravesando un gran patio nos hallamos en un cubierto grandioso y abarrotado de balas de paja; allí solo nos quedamos la 118 Cia. El resto de la columna siguió su marcha con destino a otras granjas similares a la que de momento íbamos a pasar el resto de la noche.

A través de los intérpretes se nos indicó que con el mínimo despilfarro de paja posible, acondicionáramos un sitio para dormir. Rafael y yo, con un buen montón de paja, arreglamos nuestra cama, una manta para debajo y seis para abrigarnos. El frío era intensísimo, completamente vestidos, a excepción de las botas, que colocamos bajo nuestros cuerpos, esta precaución evitó que se helaran, en cambio las cantimploras que habíamos dejado a un lado, aunque cubiertas con las mantas, al levantarnos fue necesario ca-

lentarlas para derretir el agua helada. Para nuestro aseo fue también necesario con un pico abrir un boquete en la balsa existente en el patio y cada tres o cuatro que se habían lavado, volver a ensanchar el boquete que iba cerrando al desparramarse el agua extraída. Al día siguiente y acompañados por la Guardia Móvil nos llevaron al trabajo, descarga de vigas de hierro y placas de cemento. La comida al principio era bastante escasa, hasta que fueron normalizándose los suministros. El trabajo, duro, por lo inclemente del tiempo, según parece la temperatura en aquellos días alcanzó los 20º bajo cero y a pesar de lo mal alojados que estábamos, la hora de levantarse constituía un verdadero sacrificio, una prueba casi insuperable. Ello no impedía que algunos se permitieran ciertas bromas; uno de ellos, buen amigo mio y un auténtico compañero siempre alegre y dispuesto a ayudar a los demás, en cuanto sonaba el pito por las mañanas a modo de despertador, sacaba la cabeza de entre sus numerosas mantas y, a grito pelado, comenzaba a cantar «Arriba todos... que ya han tocado diana...llegó la hora de joderse y levantarse de la cama» y esto lo repetía cinco o seis veces hasta terminar de arreglarse. En aquellos momentos yo lo encontraba odioso y digno de ser ahorcado, no pude acostumbrarme nunca a esa jocosa manera de recordarnos que en aquel instante se iniciaba una nueva jornada de trabajo; es posible que en otras circunstancias no tan penosas, aquel cántico no me habría producido el deprimente efecto que me producía diariamente al despertar. Afortunadamente, una vez terminados los barracones que nos estaban destinados, dejé de oírle, no recuerdo a si debido a que hubiese sido destinado a otro barracón o que influyera beneficiosamente en él el hecho de dormir en un cómodo camastro y sentir el calor de la estufa de que antes no gozábamos.

Aquel invierno fue excepcionalmente frío, pero sus rigores no fueron en ningún momento obstáculo para ir al trabajo. Seguíamos apilando placas de cemento y miles de vigas de hierro; en cuanto mejoró un poco el tiempo empezaron a aparecer grandes ex-

cavadoras y se iniciaron los trabajos a que en realidad estábamos destinados. Las excavadoras abrieron una desmesurada zanja, una de cuyas paredes cubríamos con placas de cemento sostenidas con vigas de hierro. Se trataba de una trinchera anti-tanque, ante ella para dificultar el avance de los tanques, una franja de vigas clavadas en el suelo, bastante juntas pero con distintas alturas. Esta trinchera que discurría en un estudiado zig-zag estaba combinada con casamatas en sus ángulos de unión. Ya entonces comenzaron a llegar innumerables camiones de grava, arena y cemento. En estos trabajos ayudaban reservistas del ejército francés, y a causa de su edad formaban unidades auxiliares del cuerpo de ingenieros, en realidad era muy poco lo que hacían, carecían de entusiasmo por su tarea, aquella guerra era, a todas luces, impopular, se adivinaba en ellos que no estaban dispuestos a luchar. Como más tarde pudimos comprobar, solo los ingleses defendían aquella tierra que les era hostil. Nuestras conversaciones con los reservistas franceses degeneraban casi siempre en disputas políticas, a pesar de ello nos apreciaban y en muchas ocasiones nos ayudaban proporcionándonos víveres e incluso trasladando quejas a sus jefes, que también lo eran nuestros, del trato inadecuado que se nos daba. A ellos hubimos de agradecer que el rancho mejorase en calidad y en cantidad, incluso que esos jefes presionaran a la Guardia Móvil encargada de nuestra custodia para que se nos permitiera salir de paseo por los alrededores los domingos.

Cuando se nos trasladó a los barracones, se organizó la vida en ellos y la disciplina que se nos imponía a través de un español llamado Baeta, al que no sé por qué razón se le honró con el título de capitán, este Baeta fue el que en realidad organizó y completó la 118 Cía. de Trabajadores españoles en el campo de St. Cyprien.

Todos estábamos de acuerdo con que ese Baeta, por su falta de carácter y de escasa inteligencia, era el hombre menos adecuado para el cargo que ocupaba, en general se limitaba a retransmitirnos las órdenes que emanaban de la Guardia Móvil y si le presentá-

bamos alguna queja nunca la llevó ante ellos por temor a caer en desgracia. Si la intendencia nos mandaba botas o ropa interior era el encargado de distribuirla, adjudicándose el mérito de ser él quien había conseguido el envío, lo que si era evidente era que estaba dispuesto a soportar nuestro desdén y los vejamientos de que le hacían objeto la Guardia Móvil para retener el cargo de Capitán y no verse obligado a salir a trabajar, pues este era uno de sus privilegios, además de disponer de un barracón para su uso personal, donde estaba instalado el secretario y el barbero de la compañía y las oficinas. Allí se pasaba las horas al lado de la estufa encendida permanentemente, hasta que la Guardia Móvil le llamó la atención por el excesivo consumo de carbón. Su único trabajo consistía en formar los grupos solicitados por los jefes de ingenieros, de acuerdo con las exigencias del trabajo.

Cuando llegó el buen tiempo, hicimos uso de la libertad que se nos concedía, y los domingos nos reuníamos con compañeros de otras compañías, en alguna tabernucha de las que, diseminadas por la carretera, existían con relativa abundancia. Una sola vez acudí a una de ellas con mi primo, me asqueaba y deprimía el jolgorio y atmósfera dominantes, en general dábamos largos paseos y nos deteníamos en alguna «ferme» que aún tratándose de casas particulares dedicadas a las labores del campo, sirven previo pago, a cualquier que allí se presente; claro que no disponen de gran cantidad de artículos, pero siempre podéis contar con una excelente merienda, regada con una no menos excelente cerveza y precios módicos, según pudimos constatar (...)

Cuando las tropas alemanas invadieron Francia en mayo de 1940, Cassel, enclave de la 118 CTE, sufrió duros bombardeos, y a Eliseu le tocó presenciar la huida hacia lo desconocido de muchos civiles y la desbandada del ejército francés, mientras el enemigo avanzaba en medio de ínfima resistencia. Junto a compañeros de su compañía y de otras, totalmente desintegradas y con sus man-

dos franceses en huida o dispersados, desde Cassel, las largas playas de Malo-les-Bains y Bray-les-Dunes, vivió la conocida retirada de Dunquerque (Operación Dynamo), que transcurrió entre el 26 y el 31 de mayo. Una vez finalizado el duro ataque alemán por tierra, mar y aire, unos 300.000 soldados de las tropas aliadas prácticamente desarmados estaban agazapados en las playas a la espera de su evacuación, operación que priorizó el embarque de unos 200.000 británicos, seguidos por franceses, holandeses y belgas, y dejó en tierra a la mayoría de los soldados de otras nacionalidades, entre ellos unos 1.500 republicanos españoles, de los cuales tan solo unos pocos consiguieron llegar al puerto de Dover, después de varios intentos fallidos de huir por cuenta propia en precarios botes.

> Al cabo de tres días de ininterrumpido desfile, este decrece súbitamente y se interrumpe completamente.
>
> Solo algunos rezagados polvorientos y con el cansancio reflejado en el rostro aparecen de vez en cuando. Uno de estos, una mujer con un niño en brazos va implorando de casa en casa algo con que nutrirse; el niño llora sin cesar, los pechos de la madre se secaron por falta de alimento y la madre solloza por el hijo a quien no puede alimentar. Unos refugiados españoles, más que entenderla, adivinan lo que ocurre y le ruegan espere unos instantes, tras los cuales aparece uno de los compañeros con dos botes de leche condensada y algo de azúcar; rápidamente en mitad de un campo alumbran fuego y en una «gamela» se pone a hervir agua de un arroyo que por allí cerca pasa y en unos minutos preparan unas sopas de pan con leche para la madre y leche para el niño, que no sabe tomarla todavía con la cuchara, pero a pesar de ello se consigue hacer ingerir al pequeño una cantidad conveniente; esto le calma y en el rostro de la madre asoma una sonrisa y una lágrima de reconocimiento, nos cuenta su odisea, el esposo movilizado y ella obligada a huir precipitadamente por la presencia inopinada de los alemanes, sin amparo y sin recursos por lo precipitado de la huida. Al principio no

tuvo grandes dificultades, pues viajaba, si es que puede darse este nombre a la marcha por carretera y a pie, en compañía de algunos convecinos, pero el niño en brazos comenzó a retrasarla, sin poder seguir el paso de aquellos conocidos, y pronto se vio entre extraños apresurados que en ella no paraban atención; aún así encontró por ser compatriotas gentes que la ayudaron compartiendo sus comidas de circunstancias, pero pronto se quedó atrás y por consiguiente desamparada; siguió así huyendo siempre sin conocer el punto de destino, marchar, marchar, alejarse de los ejércitos alemanes, ésta es su única preocupación, pero el hambre la vuelve a la realidad, un día y dos noches sin comer y el niño reclama su pitanza. Campos y más campos sin alma viviente a quien exponer sus cuitas; cuando ya desespera de poder seguir andando ve venir en dirección opuesta a un hombre uniformado; esto le da confianza y cuando le tiene al alcance de su desfallecida voz, le expone su situación entre sollozos. El hombre uniformado que ha resultado ser un miembro del honorable cuerpo de la Guardia Móvil, la escucha y la mira en silencio y ella llegó a creer que la compadecía y se interesaba por sus penas. El la habló, en unos términos que ella no nos puede precisar, la vergüenza le impide repetirnos lo que aquella voz cínica le proponía, pero lo comprendíamos. Transacción vergonzosa, sin escrúpulos la propuso un indigno intercambio, saciar su hambre a cambio de saciar su lascivia. La indignación hizo subir a su garganta una protesta airada que fue ahogada en sus labios por los sollozos que el hambre arrancaba a la infeliz criatura. Aceptó, por qué negarlo, era madre, sublime nombre que mancilló aquel desalmado que seguramente no la tuvo. Alejóse el monstruo para regresar a poco con unos trozos de pan y queso y alguna conserva, exigiendo el inmediato pago a su generosidad. Llora, llora, pobre madre, pero no por la vergüenza; la vergüenza caerá sobre ese desalmado, sin conocer que un día llorara en su propia cama tu inmenso dolor.

Cesó el paso de emigrados y esto nos dio que pensar que la situación se agravaba por momentos, los ejércitos nazis avanza-

ban sin cesar, y nosotros como fosilizados seguíamos acudiendo al «chantier», pero el trabajo era nulo. Hicieron su aparición los «aviones negros» y comenzaron los ataques nocturnos a pesar de la defensa antiaérea; hace dos días que no llegan los periódicos, por tanto ignoramos la situación de los frentes, pero en el ambiente se respira la tragedia, comienzan a correr rumores de que han sido lanzados paracaidistas por los alrededores y caso inaudito se nos pide a los «rojos españoles» que tomemos los fusiles para salir en busca y persecución de esos alucinantes paracaidistas. Los franceses, particularmente los Guardias Móviles, por todas partes ven o creen ver paracaidistas, esos guardianes del orden, enemigos seculares nuestros desde que pasamos la frontera en febrero del 39, han perdido la cabeza y buscan nuestra ayuda, hipócritas y cobardes. Los españoles, quijotes por temperamento, olvidan ante el enemigo las vejaciones sufridas y algunos toman valerosamente el fusil y patrullan incesantes en busca de los pretendidos paracaidistas.

Llegan noticias alarmantes. Los alemanes han penetrado profundamente en Francia, precisamente a nuestra retaguardia y según propias palabras del jefe de nuestra compañía, debíamos estar preparados para toda eventualidad, pues esperaba la orden de partida; ésta llegó pero demasiado tarde para evitar el coste. Esto no nos lo dijo, pero lo presentimos, ante sus titubeos y dudas, cuando le acosábamos a preguntas. Salimos en un atardecer con infinitas precauciones, en la intendencia encontramos víveres en abundancia, cargamos con ellos de una manera individual y particular, y allí dejamos la mayor parte de nuestro equipaje, pues por propia experiencia conocíamos la forma en que había de hacerse una retirada. Abandonamos cautelosamente el campamento, oscurece rápidamente y no tardamos en marchar completamente a oscuras; tantas precauciones confirmaron nuestras sospechas, los alemanes no deben andar muy lejos, conviene, según nos dice el jefe, marchar rápidamente, pues si conseguimos hacer etapas de cuarenta kilómetros, es posible escapar del cerco. A pocos kilómetros se une a

nosotros la 117 compañía, de tiempo en tiempo van uniéndose a nosotros otras compañías; la última es la de los internacionales. Vamos atravesando pueblos y en algunos encontramos fuerzas del ejército inglés, arma al brazo, demostración palpable de nuestras suposiciones; hacia la madrugada cruzamos un canal navegable y, a la entrada y salida del puente de hierro, un centinela inglés. Los jefes hacen circular la orden de guardar silencio, medida inexplicable pero que puede tener relación con algunos relatos oídos más tarde; según estos parece ser que a la misma hora aproximadamente que nosotros pasábamos el puente de hierro, por las aguas del canal descendió una columna alemana que venía a estrechar el cerco y de cuya presencia por aquellos parajes no tardaríamos en conocer los efectos. Ya al amanecer atravesamos un pueblo que, por lo silencioso, diríase abandonado; seguimos caminando y hacia el mediodía acampamos en unas granjas y nos acomodamos entre montones de paja, suponiendo pasar allí la noche, pero a las dos horas dan la orden de reemprender la marcha para detenernos hacia las 6 de la tarde, se nos dice también en una granja. El personal de mi compañía es dividido en dos grupos, por ser dos las granjas en que vamos a pasar la noche, nos acomodamos lo mejor que podemos y yo, junto con Rafael, nos apropiamos de un carro, extendemos en su fondo una respetable cantidad de paja y nos tendemos para dormir, cosa que no tardamos en conseguir por la fatiga de tan larga marcha. Al despertar sentimos un apetito más que regular y devoramos el resto de nuestras provisiones. Durante la mañana hacen su aparición los aviones negros, seguramente en misión de reconocimiento, pues les vemos dar media vuelta sin oír ninguna explosión; esto se repite varias veces durante el día. Hacia el atardecer oímos el tableteo de una ametralladora y no tardan los Guardias Móviles en asegurar que se trata de una filtración enemiga sin importancia y que según ellos será pronto reducida, pues ha sido ya localizada; no muy tranquilo con estas explicaciones y con el estómago muy ligero, pues nadie se ocupa de hacer la comida, además aunque hubie-

ra quien se ocupara falta lo más importante, víveres. El mando, con su falta de organización, no ha tenido en cuenta tan mínimo detalle y cada cual debe valerse por sus propios medios. La perspectiva no puede ser peor, en fin, al mal tiempo buena cara, hay que aceptar filosóficamente los acontecimientos y a falta de otra cosa nos tumbamos en nuestro carro-alojamiento, ya sea por haber descansado la noche anterior o por la ociosidad a que hemos obligado el estómago, el caso es que el sueño se interrumpe con frecuencia y en estos cortos intervalos me ha parecido oír el lejano estampido de una batería, entre sueños no puedo precisar la distancia, ni la dirección, ni mucho menos el calibre de las piezas. Todas las veces que me he despertado he ido afirmándose en mi la convicción de que el persistente cañoneo no augura nada bueno, y al clarear el día, entre nosotros, comienzan los comentarios, pues resulta que todos, como yo, han oído las detonaciones de la artillería y hemos sacado la conclusión, de conjetura en conjetura, de que las piezas de artillería son alemanas, lo cual quiere decir que la pequeña filtración enemiga de que nos hablaban nuestros Guardias Móviles adquiría cada vez mayores y más alarmantes proporciones. Y, a todo esto sin comer; conseguimos que los habitantes de la granja nos vendan algunos huevos y algo de leche y esto nos permite resistir algún tiempo. De nuevo aparecen los aviones negros, pero esta vez seguidos de cerca por otros aparatos que presentan una particularidad que a todos nos llama la atención; estos otros aparatos tienen una ala pintada de negro y la otra de blanco, se trata, según me aseguran, de aviones canadienses, los cuales dan alcance a los alemanes, dando comienzo una encarnizada batalla aérea que nos apasiona, hasta el extremo de hacernos olvidar el peligro que corremos. Es tal el barullo que se arma en los aires que, a fuer de sincero, he de confesar que no conseguí enterarme de quienes resultaron vencedores en este primer encuentro, sí puedo, en cambio, decir que a la pericia y habilidad de los germanos, opusieron valentía y entusiasmo por ambas partes; hubo aviones derribados y cuando terminaron de

hacer piruetas alejándose los combatientes de ambos bandos en dirección opuesta, los pilotos de los aviones derribados descendían majestuosamente como acróbatas que se columpian sin objeto. Al finalizar un arriesgado ejercicio, a éste se sucedieron otros combates aéreos, a cual más emocionante, pero en los que se hacía patente la superioridad de la aviación alemana. A todo esto, el estampido de las piezas de artillería era más nutrido y cada vez más próximo, por cuya razón el jefe dispuso a los tres días de nuestra llegada que emprendiéramos la marcha en dirección a Dunquerque, que supusimos no estaba muy alejado, toda vez que por las noches veíamos arder en altas llamas los depósitos de gasolina. Así pues, una noche abandonamos la granja y sin precaución ninguna emprendimos la marcha, pero a los pocos kilómetros unos silbidos de proyectil de artillería se oyen sobre nuestras cabezas y a pocos metros la explosión. Inútil decir que nos pegamos al suelo como gusanos y en cuanto pasó la sorpresa pusimos pies en polvorosa, para regresar precipitadamente al punto de partida. Una vez allí, más sosegados, comenzaron los obligados comentarios y todo estuvimos de acuerdo en suponer que habíamos sido vistos u oídos en nuestra marcha y ésta fue la causa de que los proyectiles cayeran tan cerca de la columna. Antes de amanecer circulaba la orden de marcha y esta vez, muy silenciosamente, emprendimos el camino tan bruscamente interrumpido unas horas antes; pasamos sin novedad la zona peligrosa o sea el punto donde cayeron los obuses; en este lugar se extremaron las precauciones que fueron paulatinamente abandonándose a medida que de allí nos alejábamos. Por la carretera vemos de trecho en trecho cañones antitanque, esto nos da idea de cual es la situación; hacia mediodía nos detenemos en una granja para descansar. En todas las granjas de los alrededores han acampado españoles de las compañías de trabajo y por todas partes fuerzas de artillería francesa, esto no me gusta, pero no hay opción. Al atardecer comienzan a llover obuses por todas partes que ya nos ocasionan algunas víctimas; suenan los pitos de los gendarmes y salimos de allí

como las ratas que abandonan el barco antes de zozobrar. Hogueras por todas partes y como colofón el puerto de Dunquerque que arde en varios puntos. Ya bien entrada la noche llegamos a esta ciudad que parece desierta, no se ve un ser humano y la oscuridad sería completa si no fuera por las colosales llamas que remontan el firmamento. Atravesamos Dunquerque, sobrecogidos por el aspecto desolador que ofrece la ciudad a nuestro paso, pero nada ni nadie. De vez en cuando el maullido lúgubre de un obús de grueso calibre que cruza sobre nuestras cabezas dirección al mar, al otro extremo, ya en las afueras, nos detenemos para dejar paso a fuerzas inglesas que precipitadamente se dirigen al puerto para embarcar rumbo a Inglaterra. Esta detención la aprovechamos para tumbarnos y descansar, transcurre un tiempo, las fuerzas inglesas ya hace un rato que han pasado y nos extrañamos que no den la orden de partir. Inquiero a mi alrededor en busca de opiniones que me expliquen este largo descanso y nos percatamos de que solo quedamos unos cincuenta de la cola de la columna; el resto, unos 1.500 hombres, han desaparecido, posiblemente han reemprendido la marcha sin apercibirse que allí nos quedamos unos pocos, nos ponemos en marcha sin saber que dirección tomar, pues ignoramos el punto de destino y desconocemos el terreno que pisamos, si por lo menos nos topáramos con alguna patrulla podríamos preguntar si han visto al resto de la columna, pero no vemos a nadie; seguimos al azar por una carretera, sin saber adónde conduce, pero no importa, pues tampoco sabemos donde vamos. Al poco y en dirección opuesta, una moto con dos ocupantes a los que estamos obstruyéndoles el paso; son ingleses que vienen huyendo a juzgar por su aspecto; al vernos empuñan sus pistolas y nos dicen algo que no comprendemos, afortunadamente entre nosotros viene un compañero que habla inglés, pero al dirigirse a ellos, siento la impresión de que sus conocimientos de ese idioma son muy reducidos o el pánico impide que se comprendan, pues parece ser que los motoristas al ver nuestras vestiduras de pana, desconocidas para ellos, se alejan y nosotros

decidimos retroceder, ya que los ingleses no han visto nuestra columna. Al azar tomamos por otra carretera y ¡Oh dioses!, parece que vamos por buen camino, pues unos soldados franceses que encontramos creen haber visto pasar una columna, aunque no pueden precisar si eran españoles, tampoco, debido a la oscuridad, han podido ver cómo iban vestidos; seguimos esperanzados por lo que respecta a encontrar a nuestros compañeros, pero al mismo tiempo nos deja pensativos y temerosos el espectáculo que se ofrece a nuestros ojos. A ambos lados de la carretera que forma un terraplén, vemos sin interrupción, en todo lo que la vista nos alcanza, camiones volcados, tanques, cañones y toda suerte de material en completo desorden y amontonándose en algunos sitios, entre los escombros buscamos algo con que saciar el hambre, pero solo hallamos papeles, cápsulas y cajas de trajes de papel contra los gases; esto de nada nos sirve y seguimos nuestro camino escudriñando con los ojos si entre los escombros hay vestigios de víveres; siempre el mismo espectáculo a ambos lados de la carretera y ni un ser humano, el silencio más absoluto que, sobrecogidos, no nos atrevemos a romper. Llevamos andados unos 6 kilómetros y empiezan a verse aquí y allá impactos de obús y material destrozado por las explosiones, otros 4 kilómetros y divisamos a lo lejos una multitud que no podemos precisar, pero esto nos anima y nos hace apresurar el paso; la carretera que hemos seguido conduce a otra mucho más concurrida, soldados franceses, pero desarmados, solo han conservado el bidón y la «musette», lo demás no interesa a un ejército que no quiere combatir, nos metemos entre esa avalancha que por su densidad tiene que ir poco a poco, abandonado los vehículos si quieren seguir avanzando. El taponamiento impide a los vehículos seguir adelante, esto nos retrotrae al mes de febrero de 1939, la similitud sería completa sino fuera porque nosotros, el ejército republicano, no dejó las armas hasta que llegamos a la frontera, después de una lucha de casi tres años; éstos han abandonado las armas al primer tiro del enemigo. Pero no hay mal que por bien no venga,

vamos por fin a saciar el hambre que desde hace días nos atenaza, por todas partes víveres en abundancia, especialmente «biscuits» y carne en conserva, tabaco a discreción; cargamos con todo lo que podemos, por mi parte confieso que solo me interesa la comida y algo de tabaco; lo demás carece de interés para mí, pero no todos los españoles son de mi opinión y aprovechan la confusión reinante para arramblar con todo aquello que les ofrece algún interés, navajas de afeitar, jabón, máquinas de cortar el pelo, estilográficas, máquinas fotográficas, etc. etc...

Llegamos a Bray Dunes, pueblecito costero muy próximo a la frontera belga; allí encontramos nuestra columna que, acampada en un despoblado entre la playa y el pueblo, junto a unos montones de madera dispuesta a construir barracas, no tardan en aparecer las clásicas «chabolas». Serra, Rafael y yo no tardamos en construir nuestra chabola, apoyándola sobre el muro de un almacén que hay allí. El sitio me gusta, el frente supongo está al otro lado del almacén, esto a mi primo y a mí nos ofrece cierta protección contra la artillería alemana. Una vez acomodados, mejor dicho instalados, pues las comodidades no son muchas, Rafael y Serra salen en busca de víveres, mientras yo quedo al cuidado de nuestro menguado equipaje; vuelven con el botín, unas latas de conservas de todas clases y cigarrillos «Troupe», Rafael trae también gran cantidad de libros franceses. Ocurren algunos incidentes a causa de que los españoles, en gran número, salen a la carretera y desvalijan sin reparo alguno todo coche o camión sin ningún ocupante que justifique el derecho de propiedad. Los ingleses patrullan por entre tanto carruaje abandonado y amonestan pistola en mano a los atrevidos españoles que regresan, a pesar de todo, cargados de víveres y otras cosas. El grueso del ejército inglés está embarcando protegido por su escuadra, solo evacuan al personal, el material queda abandonado, material de guerra propiamente dicho y el material auxiliar, cocinas, intendencias y ambulancias; en ellas encontramos todo lo que podemos desear, el ejército inglés no se priva de nada, con-

servas de todas clases y de la mejor calidad, licores de inmejorable calidad, en fin y para terminar, puedo asegurar que el soldado inglés en campaña vive mejor que muchos obreros españoles que trabajan de sol a sol, pero dicho sea de paso y en honor a la verdad debo añadir que todas estas comodidades y lujos que acompañan al soldado inglés no impiden que al batirse lo haga con valentía y coraje no superable.

Hemos hecho acopio de municiones de boca y si no fuera porque el frente se aproxima de una manera alarmante, podríamos durante unos días darnos la gran vida, pero, como digo, el frente se aproxima a nuestro emplazamiento y al día siguiente con gran peligro para nosotros, simples espectadores, aparece la artillería inglesa que sitúa sus piezas entre nuestras chabolas e inmediatamente entran en acción. No tardan en contestar las piezas enemigas que han localizado las baterías inglesas, causando gran número de víctimas entre los españoles. También la aviación alemana hace su aparición, pero su objetivo son los buques de guerra que protegen el embarque; los cañones y ametralladoras antiaéreas arman un ruido infernal, al que se unen en común contagio los pocos franceses que aún siguen armados, los cuales la emprenden a tiros de pistola y fusil contra los aviones alemanes, hasta que aparecen los aviones canadienses cesa el fuego de tierra como absorto por el terrible y majestuoso espectáculo que comienza en los aires, entre los aviones que dibujan mil filigranas sin dejar de ametrallarse; nunca había visto hasta entonces tantos aviones volando al mismo tiempo; la batalla es encarnizada, sin cesar caen aparatos por todas partes; el espacio queda cuajado de paracaidistas que descienden lentamente. La batalla aérea ha cesado, los canadienses han desbaratado la formación alemana que opta por retirarse y renace la calma, pero no tardamos en ver reaparecer nuevas escuadrillas en correcta formación y comienza el tiroteo de los antiaéreos; un aparato alemán ha sido tocado y se le desprende un ala, el cuerpo cae vertiginosamente y el ala desprendida desciende tan lentamente que en su descenso

asemeja el de una pluma o un papel mecido por el aire. Una escuadrilla de bombarderos se separan del conjunto y toman como objetivo un *destroyer* inglés, se colocan los aviones uno tras otro para descender en picado; la máquina antiaérea del buque tabletea ruidosamente, inicia el picado el primero de los aviones y a los pocos segundos oscila tocado por los proyectiles de la máquina, cae al mar en el mismo instante que inicia el picado el segundo aparato, la valentía y serenidad de quien maneja la máquina es incontestable, así como su precisión, pues da por segunda vez en el blanco, que comienza a desprender esa humareda negra precursora de la muerte de ese coloso de los aires que se estrella sobre las aguas; el hombre de la máquina no pierde de vista al tercero de los aparatos que rabiosamente se lanza sobre el *destroyer*, pero, antes de lanzar los torpedos de que va cargado, es tocado a su vez y desaparece como los otros dos entre las aguas del mar. Hemos vivido unos momentos de intensa emoción, hubiera querido felicitar a ese hombre tan dueño de sus nervios que ha realizado la gran hazaña de derribar tres aparatos, uno tras otro, pegado al sillín de su máquina, despreciando a la muerte que se cernía implacable sobre su cabeza. Toda mi vida recordaré esta proeza.

La artillería inglesa no cesa su nutrido fuego que ha encontrado entre los españoles valientes colaboradores que, como pueden, ayudan a los ingleses sirviendo municiones a las piezas, pero ésta, ante la superioridad numérica del enemigo, se ve obligada a abandonar nuestro campamento para continuar su acción unos centenares de metros más a retaguardia, dejándonos por este motivo entre dos fuegos; algunos españoles se alejan de esta ratonera siguiendo la playa, en ella hay abandonadas algunas barcas a remo y aunque más rara, también hay alguna canoa, esto sugiere a los decididos la posibilidad de escapar a Inglaterra, utilizando las barcas. Es una temeridad, con pocas probabilidades de éxito, pero no les arredra y comienzan a hacer los preparativos, conservas, biscuits y agua potable son cargados apresuradamente y, sin pensarlo más, se ha-

cen a la mar. Los primeros han elegido las mejores barcas, los que van llegando, animados por el valeroso ejemplo de los compañeros que se alejan, seleccionan lo menos malo entre los cacharros que quedan y, tras el cargamento de reservas, se hacen también a la mar. Nunca se sabrá si zozobró alguna de estas embarcaciones, pero sí quedará el testimonio de su arrojo. Unos compañeros han localizado una hermosa canoa con dos potentes motores Diésel, a causa de la marea la canoa está en seco, constatan que los depósitos de combustible están casi vacíos, pero queda lo suficiente para comprobar si los motores funcionan; consiguen ponerla en marcha y esto naturalmente les llena de regocijo; son unos veinticinco y se distribuye entre ellos la tarea de buscar combustible, víveres y agua; esto no es difícil y los improvisados navegantes van acudiendo con las cosas necesarias. Una vez cargada quedan de acuerdo en zarpar en cuanto la marea ponga a flote la canoa; llega el esperado momento, comienza a subir la marea y la embarcación flota a maravilla, llegan algunos rezagados y algunos que pretenden agregarse a la expedición que se aproximan a nado y, al pretender izarse para tomar sitio en la canoa, se produce tal desconcierto que, sin tener en cuenta sus ropas mojadas, evolucionan alrededor de los motores, inundándolos del agua que chorrea de sus vestiduras, y cuando intentan ponerlos en marcha no lo consiguen, a pesar de los esfuerzos y empeño que todos ponen en ello, hasta que cansados y mohínos tienen que desistir de la aventura.

La situación se hace insostenible sin cesar, caen obuses en nuestro campamento que la gente comienza a evacuar, por tanto hay ya muchas chabolas abandonadas, cerca de nosotros han abandonado una y Rafael y Serra van a inspeccionarla, pues suponen que esa chabola consistente en un hoyo hecho en la arena de unos 50 centímetros y un muro hecho a su alrededor con sacos terreros, creen que ofrece mayor seguridad que la que ocupamos. Yo opino lo contrario, pero por complacerles voy personalmente a convencerme, pero el examen me afirma en mi primera opinión y procuro

disuadirles, diciéndoles que el muro en que apoyamos nuestro modesto refugio es más sólido y mejor protegido. Entablamos una violenta discusión, defendiendo nuestros respectivos puntos de vista, pero yo, exasperado ante su obstinación y sometiéndome contra mi voluntad a sus deseos, airadamente tomo mi equipaje diciéndoles «Vamos donde queráis». Imitan ellos mi acción, tomado sus respectivos equipajes y me siguen sonriéndose, no hago más que entrar en el nuevo alojamiento, seguido de Rafael y Serra, y sin haber tenido tiempo siquiera de soltar los macutos cuando una violentísima y ensordecedora explosión me lanza contra los sacos terreros y sobre mi se desploma parte del techo formado por tablas. Pregunto a Rafael y Serra si están heridos, pues ellos están también en la misma situación, reciproca pregunta por parte de ellos; estamos aún aturdidos y atontados por el ruido y el golpe y no comprendemos aún lo que ocurre. Salimos como podemos de la maltrecha chabola y solo podemos apreciar una intensa humareda que lo vela todo; esta se desvanece con relativa rapidez y mis ojos se dirigen al lugar que ocupábamos hace un momento. En el sitio donde estaba nuestra recién abandonada chabola, un montón de hierros y ladrillos, restos del muro adyacente, que ha sido derribado por la terrible explosión que, según averiguamos, ha sido causada por un obús caído sobre un vagón de dinamita estacionado a unos 50 metros de donde nos encontramos; en fin, que la obstinación de mi primo y de Serra nos ha salvado la vida, diriase como si hubieran obrado a impulsos de un presentimiento.

Han habido víctimas, muertos y heridos, la mayoría españoles. Esto nos determina a abandonar el campamento, retrocediendo hacia Malo les Bains, que se encuentra a pocos kilómetros de Dunquerque. Nos alejamos el máximo posible de la zona batida por la artillería alemana y ya casi anochecido encontramos una chabola abandonada y allí nos metemos para cenar y pasar la noche y dejamos para el día siguiente el decidir lo que debemos hacer, pero está visto que no es a nosotros a quienes corresponde decidir

sino a la aviación nazi que nos despierta bruscamente lanzando tal cantidad de bombas que parece como si hubiera llegado el día del juicio final. Inútil decir que salimos de estampida, sin pararnos a discutir cual es el camino y la conducta a seguir. No paramos hasta llegar a la carretera y unánimes decidimos seguirla, esta carretera sigue paralelamente el curso de un canal navegable y no muy lejos existe un puente de hierro que lo cruza. El espectáculo no puede ser más desolador, ruinas por todas partes, automóviles y carros abandonados y destrozados sin discontinuidad. Sin cruzarnos con persona alguna, como si fuéramos los últimos en abandonar aquel siniestro lugar, es cerca del mediodía cuando llegamos al puente de hierro, titubeamos antes de decidirnos a pasar por él, como si presagiáramos algo desagradable; no hay más remedio y sin decirnos palabra nos lanzamos por él a toda prisa y al llegar a la otra parte oímos estremecidos el siniestro maullido de un obús que estalla a pocos metros de nosotros; a éste siguen otros e instintivamente nos parapateamos muy encogidos detrás de un tanque abandonado, por mi mente cruza la idea de que aquellos proyectiles van dedicados a nosotros, pero lógicamente he de creer que van destinados al dichoso puente que acabamos de cruzar. Se sucede una pausa que aprovechamos para alejarnos de allí, abandonando la carretera, por considerarla un objetivo de la artillería. Seguimos adelante sin ver a nadie y procurando separarnos de la carretera para seguir su curso paralelamente. No ha transcurrido una hora desde el último susto, cuando de pronto oímos otra vez el siniestro silbido de los obuses que esta vez también estallan muy cerca. Afortunadamente pasa por allí una acequia que ofrece una relativa seguridad y a ella nos acogemos; esta vez no me equivoco, las salvas son en nuestro honor, puesto que por allí no hay ningún objetivo y nos encontramos en un extenso llano en el que nuestras siluetas son perfectamente visibles. El cañoneo prosigue y tan cerca de nosotros que los cascos de metralla llegan hasta nosotros, pero sin fuerza para herirnos; al cabo de media hora que nos ha parecido una eternidad cesa el fuego,

pero nosotros seguimos en nuestro providencial refugio un par de horas, al cabo de las cuales y con toda precaución, evitando hacernos demasiado visibles, seguimos nuestra marcha hasta encontrar una granja, atiborrada de gente, tanto civiles como militares. Hay balas de paja en abundancia y con ellas construimos una madriguera, que nos permita descansar de las emociones pasadas y comer algo que buena falta nos hace. Allí pasamos la noche con relativa calma y al día siguiente, después de almorzar, reanudamos la marcha en dirección a Malo les Bains, pero siempre paralelamente a la carretera y bastante cerca de ella. Vamos sin decirnos una palabra, estoy seguro que a los tres nos absorbe la misma preocupación, motivada por el hecho que debemos pasar muy cerca de una inmensa fábrica que por su forma recuerda a un inmenso castillo feudal, incluidos los fosos, que generalmente les rodea; esta fábrica todos los días es objeto de continuos bombardeos, incluso la artillería se ceba sobre esa masa enorme de cemento. Llegamos a ella y, separándonos cuanto podemos y apretando el paso, cruzamos la zona peligrosa en un intervalo de pausa. Estamos cerca del pueblo y el panorama no puede ser más tétrico, caballos y mas caballos despanzurrados y cadáveres humanos, en espera de que termine esta situación bélica para recibir sepultura; edificios destruidos totalmente y ni una sola edificación que no presente huellas del terrible ingenio del hombre. Una multitud se agita por los montones de escombros que han borrado el trazado de las calles, sin detenernos nos encaminamos directamente a la playa que está muy próxima; allí la multitud es mayor si cabe, compuesta de soldados franceses, les doy el nombre de soldados por el uniforme que llevan, no porque haya visto combatir a ningún francés, en cuyo historial solo podrán inscribirse la gloria de haber asesinado a algunos españoles con el pretexto de que eran paracaidistas. Un caso. Unos españoles llegados allí hace tres o cuatro días, se refugiaron en una casamata para protegerse de los bombardeos aéreos, se presentan unos soldados franceses mandados por un oficial e intimidan a los españoles a salir

de la casamata y a medida que van saliendo les asesinan ignominiosamente con un fusil ametrallador, les acusaron de paracaidistas, éste fue el pretexto, la realidad la ignoro, pero bien pudiera ser el odio que sentían por los rojos españoles u otra cosa..., el caso es que desalojada la casamata fue ocupada seguidamente por aquel puñado de valientes que al solo nombre de «boches» se les ponía la piel de gallina. Otra hazaña de aquellos oficialillos incapaces de reaccionar ante la invasión nazi y que en cambio no tenían reparo en mancharse de sangre indefensa: en las afueras de Dunquerque fueron detenidos y encarcelados unos internacionales que se habían retrasado; el pretexto de encarcelarlos fue la ridícula acusación de paracaidistas. En el momento en que los alemanes llegan a los suburbios de Dunquerque aquellos héroes y celosos guardianes para que aquellos detenidos no pudieran escapar, ya que ellos tenían prisa en poner pies en polvorosa, no hallaron mejor medio que prender fuego a la casa donde estaban detenidos los internacionales, los cuales salvaron su vida gracias a la llegada de las fuerzas alemanas que, ignorando quienes eran los que gritaban entre las llamas, acudieron en su auxilio consiguiendo sacarles todavía con vida.

Recién llegados a la playa observamos que se amontonaba una multitud frente al hospital, nos aproximamos para curiosear y averiguamos que en aquel edificio se están llenando listas con objeto de organizar el embarque en caso de que haya posibilidades. Pero la verdadera causa de aquella aglomeración no son las listas, es simplemente que la aviación alemana ha respetado la cruz roja que ostenta visiblemente el edificio del Hospital, pero añadiré que unas horas antes de la ocupación nazi, ese Hospital, a pesar de su cruz roja, fue casi destruido por la artillería, el caso es que de momento lo respetan y eso basta para que la gente se concentre en sus alrededores. Nos alejamos de allí y encontramos una chabola desocupada y nos adueñamos de ella dispuestos a descansar, comer y dormir, si los acontecimientos lo aconsejan. Entre la arena, en el interior de la chabola, encontramos conservas a discreción y galletas, comemos con buen

apetito y al terminar se desplaza Rafael en busca de noticias, al poco rato regresa diciendo que, a poco trecho de allí va a empezar en breve el embarque. Acogemos esta información con cierta incredulidad, pero por si acaso acordamos dirigirnos al supuesto lugar donde se dice va a empezar el quimérico embarque. De nuevo en marcha, bastante fatigados, pero bien vale la pena cerciorarse personalmente de lo que hay de cierto sobre el embarque; caminamos sobre la arena y de trecho en trecho cadáveres del ejército inglés, destrozado por una bomba de aviación vemos un cañón antiaéreo con el cañón retorcido como un sacacorchos y a su alrededor los cadáveres de los sirvientes de aquella pieza. Ahora vemos una fila de camiones puestos unos detrás de otros, pegados materialmente, y se prolonga a lo ancho de la playa hasta las mismas aguas del mar, no se hace difícil comprender de que se trata. Aprovechando la marea baja son colocados allí esos camiones y, cuando al anochecer suben las aguas, los buques de transporte ingleses se aproximan y los soldados llegan hasta las canoas caminando por encima de los toldos y cabinas de los camiones. Esta improvisada pasarela ha salvado la vida a bastantes soldados ingleses, como lo demuestran los cadáveres que hemos visto a nuestro paso. Llegamos a un punto de esta playa, donde la gente parece concentrarse en espera de poder embarcar, todos franceses y españoles; los ingleses han embarcado todos, a excepción de los que han quedado protegiendo el embarque de sus compatriotas; por cierto que están disparando a (ilegible) obligados por la proximidad del enemigo, ocupado principalmente en formar una cortina artillera que impida aproximarse los buques transporte que, aunque han conseguido hundir algunos, no han podido impedir que el ejército inglés evacuara totalmente, a excepción del escaso número de artilleros que están manteniendo a raya al invasor, infinitamente superior; acción heroica la de esos artilleros que saben que hay que morir o caer prisioneros.

Va anocheciendo, comienza a subir la marea y ni la menor señal de buques que vengan a buscar gente, los ingleses se han llevado a

los suyos y esto seguramente les basta, y deben creer que no vale la pena arriesgarse para embarcar a los franceses, que nada han hecho para cerrar el paso al invasor. No obstante, los franceses están muy esperanzados y creen firmemente que llegaran a embarcar, en prevención gran número de ellos se ha provisto de cámaras de neumático que convenientemente hinchadas pueden hacer de salvavidas; hay que reconocer cuando menos que son previsores, avanza la noche y ellos no pierden la esperanza, pero nosotros sí. Aunque no tuviéramos muchas, un grupo de españoles ha encontrado una barca a remo de regulares proporciones y se esfuerzan en navegar, pero no lo consiguen, ya que la marea les impide avanzar y creo que más les vale, pues la barca de marras hace aguas por todas partes y en estas condiciones no creo hubieran podido realizar tampoco su deseo, aunque no se lo hubiera impedido la corriente que la marea produce. Sigue el cañoneo por ambas partes y decidimos buscar un sitio que ofrezca cierta seguridad para pasar la noche, no muy lejos encontramos algo que cumple a medias nuestros deseos, los sótanos de una casa con primer piso. Los sótanos tienen una ventana a ras de la calle y por ella nos colamos como Pedro por su casa, aunque no somos los primeros conseguimos hacernos con unos colchones de lana y disponemos en el suelo una cama capaz para los tres; a falta de luz optamos por dormir, cosa que no tardo en conseguir, no puedo decir las horas que dormí, lo que sí puedo decir es que lo hice a pierna suelta. Al amanecer me despierta el ruido que hacen unos franceses que han pasado la noche cerca de nosotros. Están hablando, pero mis conocimientos escasos de su idioma no me permiten enterarme de lo que dicen; uno de ellos se pone de pie, seguramente a requerimiento de sus compañeros y valiéndose de una mesa próxima a la ventana por donde entramos la noche anterior, asoma su rubia cabeza, retrocede despavorido y exclama «Les Boches sont là», su cara me dice más, mucho más que sus palabras, he comprendido, por sus facciones descompuestas, que al fin llegó lo que tanto temíamos «Los alemanes están ahí». Rafael y Serra se

han enterado también; ellos han comprendido mejor que yo, especialmente Rafael que habla perfectamente el francés. Es él, quien para convencerse, se asoma a su vez por la ventana y nos confirma lo dicho por aquel muchacho rubio.

Consideramos innecesario y quizás peligroso permanecer en nuestra madriguera y decidimos salir al exterior, con este simple gesto damos fin a la primera etapa de nuestro éxodo para entrar en una nueva etapa, ya en poder de los alemanes, en el día 4 de junio de 1940.

Así pues, protagonista directo de los trágicos hechos acaecidos en las playas de la zona de Dunquerque, después de sortear durante días el fuego del enemigo y de haber tenido que contemplar la muerte de muchos compañeros, Eliseu Villalba cayó en las garras de los alemanes el día 4 de junio de 1940 cerca de Bray-les-Dunes, a unos 12 kilómetros de Dunquerque. Convertido en prisionero de guerra, hasta su internamiento en Mauthausen en diciembre del año siguiente, había de transcurrir un año y medio, en un duro periplo, sin saber que su destino, en aquellos momentos, era el *stalag* XVII B (Krems-Gneixendorf).

Solo han transcurrido unas horas y sin transición hemos pasado a una nueva situación. El agitado ambiente de guerra que se respiraba ayer se ha transformado con la llegada del ejército alemán, en un ambiente que no llamaré de júbilo y alegría, pero en la cara de la población civil ha desaparecido el rictus de tristeza y terror, como si hubiera dado un gran suspiro aligerador, al dar por terminada la incertidumbre a que desde hacía unos días estaban sometidos.

Al salir de nuestra madriguera, damos a boca de jarro con un soldado alemán que encarándose a nosotros con esa serenidad que da la victoria nos pregunta «¿English?. Más que comprender adivinamos lo que dice. A él también le debe ocurrir igual ante nuestras incongruencias, pues sigue su camino sin detenerse a repetir una

pregunta que ya le parece ociosa. Andan buscando ingleses y saco la conclusión de que para los alemanes solo los ingleses cuentan como verdaderos enemigos, para los franceses solo tienen miradas de indiferencia, saben a qué atenerse respecto a estos últimos, pues en todo el sector no creo que hayan visto a uno solo con las armas en la mano. En una calle próxima están formando todos los que por su aspecto no pertenecen a la población civil, sin preguntar que es lo que debemos hacer, nos sumamos a esa formación que va engrosando con gran rapidez, y contrariamente a lo que muchos suponían, los alemanes se portan cortésmente, no hacen a nadie objeto de malos tratos. Tengo la impresión que esta conducta obedece a una consigna para causar buena impresión al pueblo francés, no puedo creer otra cosa al ver a un sargento ofrecer su bicicleta a un paisano que arrastra la suya seriamente averiada. La gente comenta este gesto con admiración, esta misma admiración ha sido la que ha despertado mis sospechas de que esa amabilidad lo es solo en apariencia.

Formamos una larga columna que a los pocos kilómetros se detiene en un campo adyacente a la carretera y allí esperamos unas horas sin saber que es lo que esperamos. Por la tarde se forma de nuevo la columna y nos ponemos en marcha, ignorando el punto de destino. Esta es una de las características de nuestra nueva situación en lo sucesivo, ya no sabremos nunca cuando nos trasladan y el punto a que nos conducen. Al cabo de unos kilómetros penetramos en Dunquerque y sin internarnos en la ciudad llegamos a una vasta extensión de terreno y que por su aspecto es una concentración provisional de prisioneros. Sin decir palabra la columna se dispersa entre una multitud de hombres llegados antes que nosotros y comienza la búsqueda de algo con que formar una chabola para pasar la noche, pero vano intento, entre los despojos no hay nada que sirva para nuestro objeto y nos vemos obligados a tumbarnos al aire libre con las mantas con que cada cual dispone; no cabe decir que los españoles formamos grupo aparte de los franceses que frente a los alemanes no tuvieron la valentía de defender su país; se

muestran con nosotros altivos y orgullosos, haciendo prevalecer su condición de franceses para echarnos del lugar que ocupa un español para adueñarse despóticamente, si el sitio le agrada. Hemos de sucumbir por el mismo y ceder el sitio en numerosos casos. Junto a nosotros se hallan algunos ex combatientes de las brigadas internacionales que por afinidad se nos han unido. Entre estos hay algunos que hablan alemán y con ellos nos valemos para quejarnos al mando alemán del trato de que somos objeto por parte de los franceses; el «mando» se encoge de hombros y entonces nos ofrecemos para salir a trabajar voluntariamente. Se acepta nuestro ofrecimiento y prometen que nos avisarán si se presenta alguna oportunidad.

El racionamiento es exiguo y las reservas son escasas, llevamos tres días en el campo provisional y el hambre comienza a sentirse. Al cuarto día uno de los internacionales que se ha encargado de acudir diariamente a las oficinas, para saber si salimos o no a trabajar, viene apresuradamente hacia nosotros diciendo que acudamos los españoles a la carretera donde hay unas camionetas que nos esperan. Recogemos nuestras cosas que no son muchas y a toda prisa llegamos al lugar indicado, donde un sargento alemán va formando grupos de veinte, entre uno de estos primeros grupos me encuentro yo junto con Rafael, pues procuramos estar siempre juntos.

Así, en grupos de veinte, vamos ocupando camionetas, pero solo hay cuatro que, una vez ocupadas, se ponen en marcha, dejando en tierra a un considerable número de españoles que ven alejarnos con cara compungida; no así nosotros que, aún ignorando el punto de destino, vamos alegres, ya que cuando menos realizamos dos objetivos, separarnos de la masa de prisioneros y separarnos de un lugar en que los franceses tan mal nos trataban. Cambiar de ambiente, cambiar de lugar tiene siempre muchos atractivos, pero para un prisionero es algo más y que yo no me siento capaz de definir; lo desconocido en nuestro caso tiene mayores atractivos, esto es causa de que por el camino las conversaciones sean animadas, en ellas flota la esperanza de que saliendo del campo en un pequeño gru-

po las posibilidades de un pequeño bienestar son mayores, y todo son cábalas y pronósticos. Atravesamos la frontera franco-belga por una carretera que bordea el curso de un canal navegable en el que reposan de trecho en trecho grandes barcazas y pequeños remolcadores. A unos 15 kilómetros pasada la frontera nos detenemos y los intérpretes se encargan de traducir la orden de apearse y dejar los equipajes a un lado de la carretera, de momento no vislumbro nada que sirva de orientación para adivinar qué clase de trabajo vamos a realizar, ni el menor asomo de vivienda; desolación por todas partes, vehículos despanzurrados y material de guerra en igual estado muestran la importancia del descalabro sufrido por el ejército aliado. Caballos y más caballos victimas de los bombardeos tienden las patas al aire clamando venganza, al otro lado de la carretera, el canal y en él unas barcazas. Los intérpretes se dan cuenta de lo que debemos hacer, esas barcazas hay que descargarlas; dado el peso y el tamaño de los envases formamos una cadena y vamos aligerando el peso de las barcazas. Se trata de unas latas herméticamente cerradas y por tanto ignoramos su contenido, aunque no su peso, que viene indicado en todas ellas. La curiosidad se ha despertado en todos por averiguar lo que pueden encerrar las dichosas latas, hubiéramos resistido la curiosidad, pero el hambre nos acuciaba y a esa es más difícil resistir. Uno de los compañeros que trabajan en el interior de la barcaza y por tanto fuera del campo visual del centinela se decide y con un cuchillo abre una lata y ¡oh maravilla!, galletas inglesas. La caridad bien entendida comienza por uno mismo, quizás el compañero en cuestión ignora el adagio, pero la práctica es como si lo conociera. El hambre quizás le ha hecho suponer que él solo va a comerse la mitad del contenido de la lata abierta, pero a la tercera galleta ha quedado saciada su hambre y se acuerda de los compañeros. Con todas las precauciones imaginables se hace circular de una en una una galleta para todos y en todos produce el mismo efecto, a la tercera o cuarta galleta el hambre ha desaparecido, a pesar de esto y como quiera que las galletas son (...)

Además de su primo Rafael, parece oportuno recordar otros nombres, procedentes de diversas compañías que sufrieron la misma suerte en aquellos días y en los meses siguientes. A falta del relato completo de Eliseu Villalba sobre los meses transcurridos hasta su llegada a Mauthausen, es útil recurrir a lo narrado por algunos de sus compañeros de infortunio. Sería demasiado prolijo enumerar a todos ellos, pero cabe citar a Julio Cesáreo Casabona Marías, Joan Poch Sardà, Vicente Abillar Trillo, Isidro Hernández Morelló, Joan Vilalta Prat, Conrad Crespí Verges, Albert Sala Cros, Francesc Teix Perona, etc.

Veamos algunos relatos de aquellos protagonistas. Albert Sala Cros, de Olot, resume el largo viaje con las siguientes frases:

> «Fui hecho prisionero entre braidunes y DUNQUERQUE el día 4 de junio de 1940, se nos concentró en un campo de una ciudad belga, cuyo nombre no recuerdo desde cuyo lugar nos agruparon y a pie nos trasladaron a Holanda donde en tren nos llevaron a un puerto del Rhin donde embarcamos en unos pequeños barquitos para desembarcar en un pueblo creo que llamado Mepen (Meppen) al norte de Alemania. Habían transcurrido 15 o 20 días. De Mepen nos trasladaron a otra ciudad donde estuvimos varios días de allí en un tren de ganado nos condujeron a ESTALAK (*stalag*) 17-B donde estuve sobre 16 meses. De este campo nos trasladaron a Mauthausen en novre. o Dcbre del 1941 donde estuve sobre 16 meses aprox. trabajando en la cantera. En Junio-Julio del 43 me trasladaron a DACHAU en este campo me trasladaron a otro campo satélite creo que llamado ALLAK (*Allack*) o algo parecido, donde estuve trabajando en unos talleres de motores de aviación, en este campo estuve hasta la liberación en Abril del 45 habiendo permanecido en él aproximadamente 22 meses. Regresé a Francia el 4 de junio y recuerdo esta fecha porque es la misma del día en que caí prisionero...»[3].

3. Correspondencia, 6-3-1966. Al Secretario General. Archivo Histórico Amicale Mauthausen (AHAM).

En otra carta sin fechar narró los trabajos que realizó en el stalag, desde cultivar la tierra a tareas con el ganado, como fue su caso de cuidar los cerdos destinados a consumo de las SS, en una granja al cuidado de una mujer que no pudo ocultar su llanto cuando Sala fue destinado a Mauthausen. En efecto, estaba enterada de las condiciones del campo e incluso su marido explicó a los republicanos que en aquel campo había visto todo tipo de prisioneros, no tan solo militares[4].

También compartió penalidades con Eliseu Joan Poch Sardà, fallecido en Steyr el 1 de julio de 1942, cuya fotografía tomada por los SS en el muro de las lamentaciones del campo de Mauthausen, con los signos preclaros de la paliza recibida por haber robado un puñado de la sal de la cocina de los SS, ha llegado a ser un emblema de las torturas infligidas por aquellos guardianes. En aquel momento a Joan Poch le quedaban lejos los tiempos pasados en el *stalag* XVII B, durante los cuales mantuvo frecuente correspondencia con su familia. En una de ellas, fechada el 24 de noviembre de 1941, ya en la etapa final de su encierro en Krems, sus palabras son harto expresivas del largo penar por tierras extranjeras: «Son tres años en el extranjero, estoy cansado de todo, en la guerra de Francia he pasado muchos disgustos y sufrimientos»[5].

Su periplo coincidió con el del barcelonés Francesc Teix Perona, autor de la pancarta que dio la bienvenida a los libertadores desde las torres de entrada de Mauthausen y que siguió dando muestras de su compromiso a lo largo de su vida, como lo ejemplifica su presencia en la exposición «El arte salido de la deportación», realizada en Montauban en el mes de septiembre de 1978, en la cual presentó un cuadro con la reproducción de la aludida pancarta, evento en el que también

4. AHAM.

5. Pol Torres Vila, *Joan Poch Sardà, De Cabrianes a Mauthausen*, INS Pius Font i Quer, Manresa 2014-2016, p.58.

se presentaron las estatuillas en yeso de Luis García Manzano «Luisin», otro de los compañeros de Eliseu, junto al socialista andaluz Joaquín Masegosa Rodríguez, estudiante que ejerció de teniente en la 59 CTE, cuyos efectivos fueron capturados en Bray-les-Dunes, y uno de los protagonistas del documental *Cerca del Danubio*[6], al lado de Antonio Muñoz Zamora, ambos honrados con la Medalla de Andalucía en el año 1999. También fueron compañeros de infortunio Miquel Serra Grabulosa, de Roda de Ter, que desde sus residencias en Francia, en Caen y Perpignan, constituyó un inestimable lazo de solidaridad con sus compañeros de España, a través de la Amicale y de la FNDIRP, y Jacint Forcadell Jornet, de Amposta, capitán del cuerpo de tren del ejército republicano, caído prisionero cerca de Calais[7].

Y por fin cabe mencionar el completo y rico testimonio del moyanés Joan Vilalta Prat, que detalla pormenores del mismo itinerario que sufrió Eliseu, desde su captura por los alemanes hasta su entrada en Mauthausen[8]:

> «El mismo día de caer prisionero nos obligaron a ir hasta un pueblo que se llama Tournes. Al día siguiente fuimos a otro pueblo que no sé cómo se llama y dormimos en un convento, en el patio. Y al día siguiente hicimos una marcha de 70 Kms. porque salimos a las cuatro de la madrugada y casi sin parar llegamos a un pueblo a las nueve de la noche, y dormimos en una fábrica, donde no había nada, solo las naves, y allí nos trajeron pan y el que pudo cogerlo, bien, pero más de la mitad se quedaron sin él. Yo, afortunadamente, iba con un compañero que se llamaba Paniagua y, mientras yo vigilaba sus cosas y las mías, pudo coger un pan.

6. Felipe Vega, 2000.

7. Correspondencia Angela Also Lima, 3-3-1981. AHAM.

8. *Record d'un moianès a Mauthausen*, Ed. a cargo de Raúl González Carrasco, Associació Cultural Modilianum, Moià 2006, pp. 22 a 26.

Al día siguiente, llegamos hasta Gante, en un cuartel, y allí estuvimos dos días, y después volvimos a emprender la marcha 8 o 10 Kms. y nos hicieron subir a un tren como el de Olot hasta un embarcadero dentro de Holanda. Y nos embarcaron en una barcaza que la arrastraba un remolcador y nos hicieron bajar todos a la cala, estábamos como las sardinas en un barril, que ni podíamos sentarnos. Menos mal que cuando la barca se puso en medio del Rin, nos dejaron subir a cubierta. Estuvimos dos días de viaje. Y al tercer día desembarcamos en el primer pueblo alemán, que si no recuerdo mal se llamaba Emmerich. Y al bajar de la barca nos dieron un plato de sopa, un pedazo de butifarra y un poco de pan, ya que durante los días de viaje no habían repartido nada; solo el segundo día de la barca nos dieron una cucharada de manteca.

Y entonces nos llevaron a un campo de fútbol; allá todos apilados, como un rebaño de ovejas. Y, de repente, se presentó un grupo de soldados alemanes e hicieron poner a la gente en medio del campo, y a los que se quedaban a un lado se los llevaban a Polonia, y a los otros nos llevaron a Austria. Y el mismo día, con los que iba yo subimos a un tren y nos llevaron a un campo donde en aquellos momentos no había nadie, y allí estuvimos dos días, pasados los cuales en un tren nos llevaron a Austria.

El viaje duró tres días y nos hicieron subir a unos vagones de carga que decían 8 caballos, cuarenta personas, pero había al menos sesenta. Y no bajamos del tren hasta el segundo día, que se pararon para que todo el mundo pudiera hacer sus necesidades, que por cierto nos convenía a todos. Y por fin llegamos a Austria, atravesando Alemania por el camino. Por las estaciones que pasábamos había gente que nos amenazaba y gritaba no sé qué, porque no los entendía.

Y cuando bajamos del tren, nos hicieron ir a un campo de prisioneros de guerra, donde ya había muchos belgas, holandeses y polacos, y en la expedición que íbamos nosotros había unos 400 españoles y el resto franceses hasta unos 2.000 aproximadamente que éramos entre todos.

Y allí estuvimos bastante bien, porque nos podíamos hartar. Y, después, nosotros los españoles íbamos a trabajar y siempre nos daban algo más que a los otros. Y así pasamos en dicho campo de Krems, a 8 Kms. de Viena hasta el mes de febrero de 1941.

Y en febrero nos trasladaron a otro lugar, donde había unas canteras. Y unos arrancaban piedra y yo fui a trabajar con el herrero de la cantera para llosar picos, pistolets y todo lo que se presentaba. Hasta que un día, queriendo desinfectar las barracas, lo hicieron con azufre y lo pusieron en unos platos y los llenaron demasiado, y se derramó encendido y se incendiaron las barracas, y por poco que no se quema todo. Menos mal que había algunos que no habían ido a trabajar y pudieron sacar todos los equipajes de las barracas.

Entonces de nuevo nos trasladaron a otro lugar. Entonces a los españoles nos dividieron, unos a un lugar, otros a otro lugar y yo junto siete compañeros y diecisiete franceses fuimos a parar a Wald Reich, donde hacían un puente sobre un río bastante grande. Y allí estuvimos unos dos meses y por último un día nos llevaron a un pueblo para hacer de payeses –era el tiempo de sembrar– y allí fuimos casi todos.

El día 18 de diciembre nos dijeron que teníamos que cambiar de campo y nadie sabía donde se había de ir. Se ve que un húngaro que estaba entre nosotros, que había estado en las Brigadas Internacionales y era judío y hablaba cinco o seis idiomas, y él sí que lo sabía, pero no nos lo decía para no alarmarnos. Pero el día que marchamos hacia el campo de Mauthausen nos dijo. «Vamos a un campo donde yo no duraré más o menos dos o tres días». Ya supimos que estaba muerto al tercer día.

Cuando bajamos del tren en la estación del pueblo de Mauthausen, ya cambió todo, porque cuando fuimos allí venían con nosotros soldados que eran personas, pero entonces los relevaron y tuvimos a los de las SS, y ¡aquello eran fieras!. De pronto, unos gritos y algún golpe de culata y alguna patada para ponernos en fila» (traducción del catalán)

Así, Eliseu y su primo Rafael con el grupo de casi 400 republicanos, el día 27 de mayo de 1940 llegaron al *stalag* XVII B Krems-Gneixendorf, una larga denominación que responde a la escrupulosidad de la maquinaria nazi. Los campos de prisioneros de guerra estaban distinguidos con el número romano del distrito militar correspondiente, seguido de una letra mayúscula que se correspondía con el orden del campo en el distrito en que estaba y los nombres de la ciudad donde se ubicaba y la más cercana a ella. Habían recorrido unos 70 kilómetros desde Viena hasta llegar a Krems an der Donau, pequeña ciudad turística y monumental, bañada por el Danubio, el río que seguía su cauce hasta llegar al también pintoresco pueblo de Mauthausen, que distaba 140 kilómetros.

Parece oportuno señalar que una de las clásicas películas bélicas estadounidense, producida y dirigida por Billy Wilder, cineasta judío de origen polaco, conforma su trama en este *stalag*, justamente con el título «Stalag 17» –transformado en «Traidor en el infierno» en España–, adaptación de una obra de teatro cuyos autores fueron justamente dos guionistas que permanecieron presos en aquel *stalag*.

A partir de esta producción se pueden conocer las características de este campo de prisioneros de guerra, uno de los más grandes del Tercer Reich. Fundado el 26 de octubre de 1939, llegó a albergar en un mismo momento a más de 66.000 prisioneros de diversas nacionalidades, organizados en destacamentos para trabajar en la agricultura, la silvicultura, la minería, la industria o en la construcción. Además del citado film de Wilder, numerosos poemas, dibujos y periódicos realizados en la propia instalación dan fe de las condiciones de vida en el *stalag*, sobre todo después del internamiento de 4.300 suboficiales estadounidenses, a partir del mes de octubre de 1943, en un anexo separado del campo principal, dependiente de la Luftwaffe.

Las instalaciones quedaban repartidas en distintas áreas, administración, defensa, cuarteles para los guardianes, barracones de cuarentena, etc. El trato a los prisioneros estaba acorde con la concepción racial de los nazis, tal como lo prueba la alta mortalidad en-

tre los prisioneros soviéticos, a los que se negaba atención médica y recepción de paquetes de ayuda, y la cifra de más de 1.600 hombres de aquella nacionalidad enterrados en el cementerio anexo. Esta diferenciación en el trato queda perfectamente plasmada en el caso de los republicanos españoles, privados, como es bien sabido, de su condición de prisioneros de guerra desde el otoño de 1940. Y un último apunte sobre el final del campo. Como en la mayoría de los casos, la aproximación del Ejército Rojo determinó la evacuación de parte de los prisioneros hacia Weilhartsfort cerca de Braunau, en abril de 1945, mientras que los que permanecieron allí fueron liberados por las tropas soviéticas el 9 de mayo de 1945 y repatriados, a la par que se exhumaron los cuerpos de los soviéticos enterrados en el cementerio.

5

1941-1945
Mauthausen. El robo de identidad: matrícula 4811

El encierro en el *stalag* acabó en el tren que condujo a Eliseu hasta Mauthausen, uno de los últimos convoyes que transportó republicanos, pues a partir de 1942 las deportaciones de españoles fueron más escasas. Desde el mes de diciembre de 1941 se produjo un notable descenso en el proceso de deportación de los republicanos, que se había iniciado y que prosiguió de forma continuada en agosto de 1940, alcanzando su punto culminante entre los meses de diciembre de este año y enero de 1941. De hecho, Eliseu formó parte del último gran transporte, con 342 republicanos, puesto que desde el mes de abril de este año hubo 47 transportes, con un bajo número de deportados en cada uno de ellos. De los 342 hombres que lo formaban, murieron 135, 74 en el campo central y 39 en el campo anexo de Gusen. Uno de los asesinados fue Rafael, el primo paterno de Eliseu, con quien había compartido cuitas desde el exilio francés. Rafael Villalba Villalba había nacido en Fuente la Reina, el pueblo de donde procedían los padres de Eliseu, y cayó en Mauthausen el 16 de abril de 1942. Sobrevivió tan solo 4 meses desde su internamiento, a pesar de la ayuda que le prestó Eliseu, sustrayéndolo a inspecciones para no ser obligado a trabajar en la cantera.

Ambos habían ingresado en el campo el 19 de diciembre de 1941. Las primeras impresiones de Eliseu le sumieron en un total pesimismo, a partir de los humillantes trámites que ponían fin a su

identidad para convertirlo en la matrícula 4811. Los más negros presagios iban cumpliéndose, a la vista de los compañeros que le habían precedido en anteriores expediciones.

Llegué al campo de Mauthausen, en un frío y precoz anochecer del mes de Diciembre. Confieso que el tenebroso aspecto de aquella fortaleza consiguió que mi ánimo, templado en la adversidad, se desmoronara y al mismo tiempo subiera hasta mi seca garganta el amargo sabor de la angustia.

En vano luché por conseguir sobreponerme y reaccionar contra aquella deprimente sensación que me atenazaba. Quise engañarme a mí mismo, suponiéndome inmerso en una horrible pesadilla. Esto me procuraba un engañoso y efímero alivio. Inútil empeño, pues la visión de aquella mole imponente me impedía sustraerme a su influencia y que además me sugería los más calamitosos presagios. Desgraciadamente aquellos terribles presagios debían cumplirse con usura.

Los rutinarios preliminares que siguieron a nuestra llegada eran tan elocuentes y tan convincentes que no dejaban cabida a mi insensata obstinación de que todo aquello era un mal sueño. Por cualquier rendija se colaba en mi cerebro la insoslayable realidad y aún así todo me resultaba irreal, incluso cuando el intérprete, un alemán que hablaba correctamente el español, al final de su ilustración explicativa, nos dijo: «De aquí solo existe un medio para salir... la chimenea». Tardé algún tiempo en comprender que la chimenea a que se refería era precisamente la de los hornos crematorios. Triste y brutal perspectiva. Aquella chimenea no dejó de echar humo, hasta unas horas después de aquella en que fuimos liberados.

Al amanecer del siguiente día, nos esperaba un triste espectáculo. La mayor parte de españoles que nos habían precedido en anteriores expediciones, habían acudido al barracón donde nos habían alojado. Unos, afanosos por hallar entre los recién llegados algún conocido; otros, arrastrados por la curiosidad, pero la mayoría de

ellos se hallaban allí poseídos de una remota esperanza de poder alcanzar unas migajas de cualquier cosa comestible que hubiésemos podido sustraer a la rapiña de nuestros comunes verdugos.

En toda su cruel realidad, pude entonces observar el aspecto deplorable de aquellos hombres embrutecidos por el hambre. Su mirada opaca, sin vida. Sus cuerpos, escuálidos, encogidos y llenos de cardenales que demostraban bien a las claras el régimen de terror que nos esperaba en aquel Campo de Mauthausen.

Creí, entonces, que jamás llegaría a percibir tan cerca de mí el frío aliento de la muerte. Pero me equivocaba.

Después de alardear del macabro humorismo hecho por el intérprete, tradujo una orden que de momento nos resistíamos a comprender... Quitaros toda la ropa y colocarla junto al equipaje en los sacos que os darán... Nos costó trabajo comprenderlo, pero no había otra alternativa a pesar del frío y la nieve que estaba cayendo... Desnudos, completamente desnudos, excepto las botas, seguimos allí de pie, en formación de a cinco, esperando el turno para pasar por la desinfección. Esto se suponía que debía ser muy importante, pero ¿para quién? Nuestro paso por la derecha poco podía producir ya a las aves de rapiña que estaban encargadas de ese servicio, a pesar de ello únicamente preguntaban si llevábamos algo de valor, ¿dónde? Más tarde pensé que debían referirse a las dentaduras de oro, ya que el desgraciado que por su natural al hablar mostraba alguna pieza de oro entre la dentadura podía darse por muerto, mucho antes que lo hiciera el agotamiento sistemático y metódico a que estábamos sometidos.

Pasado el trámite de la ducha y un afeitado total y absoluto, éramos conducidos al barracón que hacía las veces de oficinas, después de sernos facilitadas unas chancletas de madera y unos calzoncillos de rayadillo, y aunque era tan escasa la provisión de ropa nos parecía como si pudiéramos defendernos mejor contra la inclemente nevada que caía, en realidad era sentirnos más humanos con tan escasa vestimenta. Al entrar en aquellas oficinas todos teníamos

un nombre, al salir eramos solo un número y en pequeños grupos y siempre bajo la pertinaz nevada, fuimos destinados al block 12. Cada nuevo trámite era un peldaño más que descendía hacia aquel infierno inimaginable, a pesar de la lentitud de los trámites en convertirnos en ex-hombres no nos quedaba tiempo para reponernos de la última experiencia y prepararnos para la siguiente. Al llegar al block 12 fuimos acogidos ruidosamente, pero pronto unos bastonazos redujeron el corto alboroto. Quedé terriblemente impresionado, hasta entonces los internados, poco más o menos, tenían aspecto humano, allí no, allí los hombres no eran tales, solo esqueletos que se movían a través de no sé qué extraño mecanismo; sus ojos agrandados por el terror y velados por una tenue sombra que los hacía inhumanos, extraterrenos, con afán buscaba yo entre ellos alguno en cuya mirada pudiera hallar vestigios de aquella civilización, que según todos los presagios había quedado fuera de las alambradas. El silencio impuesto con el vergajo se rompía cada vez que llegaba al barracón un nuevo grupo; esto se reprodujo hasta altas horas de la noche, pero los murmullos no cesaron, algo así como el rumor que produce un manantial, ese murmullo que forma parte integrante del mismo silencio. Yo solo veía a través de la escasa luz que penetraba por la puerta de entrada, sombras espectrales. No puedo asegurar que llegara a conciliar el sueño, lo real y lo irreal se mezclaba tan sutilmente que no podía determinar cual era uno y cual lo otro. Al fin amaneció y de aquellas sombras espectrales iban desapareciendo las sombras para convertirse en auténticos espectros, alucinante espectáculo ver como al sonar el toque de campana ordenando el momento de levantarse; todos semidesnudos se apresuraban a pasar por el lavabo, no como una necesidad sino como una rutina. Lo menos importante era lavarse, lo más importante, justificarse, para evitar ser golpeado brutalmente. De pronto, gran revuelo, tengo la impresión que ocurre algo importante o se espera algún acontecimiento; los hombres atropelladamente se dirigen a la puerta de salida, a los más remisos les alcanzan los puñetazos y

puntapiés que, generosamente, por todo y por nada reparten los «mandamases» del block. Esta ocasión es que va a efectuarse el reparto del «café», un líquido parduzco y sin azúcar que cualquier parecido con el café sería pura casualidad.

A nosotros, los llegados en la última expedición, se nos ha permitido permanecer en el interior del block, por carecer de ropa. Los demás, después del «café» se quedan en el exterior, esperando el momento de agruparlos y salir hacia el «trabajo»; permanecemos amontonados comunicándonos el mutuo calor, pero silenciosos. El «Blockaltester», cumplida su misión de echar a la gente a la calle y efectuada la limpieza en el interior, en su cama bien situada cerca de la estufa, esperaba a que se hiciera de día y cuando esto ocurre, se nos permite conversar, pero sin alzar demasiado la voz, de lo contrario nos echarán del block, sin tener en cuenta que está nevando y sin tener en cuenta que nuestro equipo consiste en unas chancletas, calzoncillos largos de rayadillo y camisa del mismo género. Están llenas de agujeros a pesar de no hallarse muy deterioradas por el uso, no hallamos una explicación plausible, pero uno de los veteranos nos lo aclara. Los SS entretienen sus largas horas de servicio disparando sobre los presos, son muchos, muchísimos los que mueren de esta forma, esa es la causa de que escaseen las camisas sin agujeros, pero esto era al principio, pues con el tiempo empleaban las cámaras de gas y la inyecciones de gasolina o fenol.

Al cabo de tres o cuatro días se nos hizo entrega de otras prendas, chaquetas y pantalones, un gorro y unos zapatos de lona y suela de madera; todos esperamos que nos entreguen calcetines, pero esto, supimos más tarde, era un lujo reservado a los enchufados del Campo, los cuales además gozaban del privilegio de usar vestidos de lona; los nuestros, los de la población reclusa sin enchufes, eran de fibras sintéticas, al parecer de madera (...)

A las pocas semanas de su llegada, Eliseu fue destinado al comando Steyr-Münichholz, a unos 30 kilómetros al sur de Mauthausen. Des-

de el verano de 1941 salían y regresaban diariamente del campo central unos 300 prisioneros para trabajar en edificaciones del pueblo de Steyr, pero pronto el comando adquirió entidad propia, a principios de 1942, cuando se instaló la fábrica Steyr-Daimler-Puch dedicada a la fabricación de rodamientos de bolas para motores de aviación, que contaba con la utilización de la mano de obra de los deportados. Al final de la guerra habían pasado por Steyr unos 4.000 prisioneros, con presencia notable de franceses, españoles, polacos, rusos, checos, etc. La muerte se cobró muchas vidas, por la dureza de las condiciones de trabajo, higiene y alimentación, y también por los bombardeos aliados a la fábrica, en octubre de 1943 y sobre todo en enero y febrero de 1944, lo cual obligó a diversificar la producción, en Viena, Linz y en Gusen, donde fue trasladado Eliseu. En Steyr coincidió con 528 españoles , de los cuales murieron 56, y uno de los deportados, el badalonés Josep Borràs Lluch, intérprete en el campo, nos ha legado una ilustrativa obra de su paso por Steyr[9].

Las perspectivas de encontrar una situación más aceptable en Steyr pronto se desvanecieron al comprobar el trato a que eran sometidos y las condiciones en que debían trabajar para construir las instalaciones en medio de un barrizal en pleno invierno y, posteriormente, en las empresas de material de guerra donde fueron destinados los que habían sido trasladados desde el campo central. Su larga narración da cuenta del malvivir cotidiano, del trabajo esclavo, del papel de los capos, de la solidaridad, etc.

> A las pocas semanas de mi llegada a Mauthausen, fui destinado al campo de Steyr. Confieso que este traslado lo acepté casi con alegría, suponiendo en mi ignorancia que nada ni ningún lugar podía ser peor que el que iba a dejar.

9. *Història de Mauthausen. Els cinc anys de deportació dels republicans espanyols*, Museu de Badalona-Ajuntament de Badalona, Badalona 2020.

Contribuyeron, sin duda, a fomentar tales esperanzas, la variedad de noticias que entre los presos circulaban y, según éstas, iban a reunirnos al llamado Kommando Steyr, el cual, según se afirmaba, gozaba de múltiples privilegios. Por lo que a mí se refería, no me importaba que aquellos privilegios no fueran tantos o fueran mínimos, ya que, después de todo y por insignificantes que fueran, no dejaban de suponer una mejoría.

Mis esperanzas terminaron en el mismo instante de nuestra llegada allí. Triste desengaño.

Las perspectivas del campo de Steyr no podían ser más desoladoras. Los cuatro barracones de aspecto sucio y deprimente que lo componían daban la sensación de cuatro tumbas abiertas, como si nos estuvieran esperando. De todo su conjunto se desprendía un ambiente horrible y tenebroso, al que solo faltaba para completarlo el barro en que no tardamos en hundirnos hasta las rodillas.

Atenazados por ese mismo barro, se hallaban alineados en macabra formación unos hombres de aspecto cadavérico, a los que solo un soplo de vida les permitía mantenerse en pie. No eran más que un montón de huesos, encorvados, y sus rostros hinchados y amoratados por los golpes recibidos.

De tal espectáculo solo una conclusión nos estaba permitida y no muy halagüeña, por cierto: que allí, en aquel Campo de Steyr el racionamiento de golpes era, con mucho, muy superior al de la comida. Puedo asegurar, sin temor a incurrir en exageración, que de haberse hallado entre aquellos desgraciados algún conocido no nos habría sido posible identificarle.

Ante semejante y dantesco espectáculo, no solo se quiebran las esperanzas puestas en aquel «prometedor» traslado, sino que por el contrario, el porvenir se mostraba cruel y si ello era posible más tenebroso que aquel que habíamos podido presumir que nos aguardaba en el de Mauthausen, pues aquí, además de la perspectiva que a la vista teníamos, otras más desesperanzadoras se podían deducir con meridiana claridad, al darnos cuenta que

del conjunto de cuatro barracones, solo dos estaban terminados y todo el recinto convertido en un lodazal pegajoso y agotador. Por tanto se ve que hemos llegado en el peor momento, puesto que si todo está por hacer, seremos, contra nuestros deseos, los auténticos pioneros de este maldito campo, cuyo emplazamiento debe haber sido cuidadosamente y estratégicamente elegido. Su situación, según pudimos comprobar más tarde, constituye el lugar ideal, pues está a cubierto de miradas indiscretas, en realidad se halla en medio de un desierto, sin la más leve señal de vida, sin vías de comunicación, excepto una vía de ferrocarril muy cercana al campo, pero aparentemente hasta este momento abandonada y fuera de uso.

El núcleo urbano más cercano, según pudimos averiguar por propia experiencia, se hallaba a unos seis Kms. de distancia y por lo visto esta población que nos apadrinaba dándonos su nombre, como también lo daba a la fábrica de automóviles llamada «Steyr», como a la fábrica internacionalmente conocida por su calidad en la manufactura de rodamientos a bolas o cojinetes. Desgraciadamente habremos de contribuir, con nuestras escasas fuerzas, al sostenimiento de su fama y su producción, pero si bien, según barruntamos, pocos serán los que contribuyan hasta el fin a este sostenimiento de ambas fábricas y a la gestación y terminación de la construcción del campo. Esto no es una opinión pesimista, ni presentimiento, ni siquiera una superstición, es una realidad incontrovertible, pues la hemos vivido, por tanto es una experiencia adquirida a través de nuestro fantasmagórico éxodo; todos aquellos que colaboran en la realización de un proyecto de un campo de concentración saben que esto es el equivalente a cavar su propia fosa. Pero no importa los que caigan, la obra se lleva a cabo, de ello se encargan los ejércitos victoriosos de Hitler, que en su avance proporcionaron miles, centenares de miles de prisioneros y, si no bastaran, la Gestapo también enviaría a los campos de eliminación a centenares de miles de seres humanos, cuyo inexorable destino

es el de ser inmolados en aras a la producción de material bélico en cantidad suficiente para cubrir las necesidades suficientes de los ejércitos tedescos.

Nada sabíamos al llegar a Steyr de este vastísimo y bien meditado plan, ni la parte de contribución que teníamos asignada, aún tuvo que pasar algún tiempo antes de tener conocimiento de todo esto, pues como es lógico suponer, antes, como necesidad perentoria, habíamos de habilitar el campo, que era el primer objetivo al que nuestros esbirros dedicaban sus afanes, pues éste sería el punto de partida de su macabro y terrible proyecto. En cuanto a la mano de obra, ya he dicho que no era motivo de mayor importancia ni existía razón alguna para escatimarla, ni importaba que nuestro rendimiento fuera mínimo, a causa de la escasa o casi nula alimentación. Un régimen de calorías que probablemente no llegaría a quinientas al día contribuía a producir un número aterrador de bajas y que alcanzara un promedio del 25% del total de reclusos allí internados y automáticamente reemplazados por las expediciones semanales que regularmente remitían desde Mauthausen. Este automatismo y la regularidad en la reposición de mano de obra no requería ningún complicado sistema burocrático ni de contabilidad; unas y otras no podían ser más simples ni más primitivas «a tantos cadáveres recibidos correspondían otros tantos semicadáveres a remitir», y con esto quedan expuestas las más importantes relaciones entre el campo central Mauthausen y una de sus sucursales, Steyr.

La descripción panorámica del campo puede hacerse de una manera simplista: Un cuadrilátero de postes de madera unidos con alambre espino en sus cuatro ángulos y en un vértice exterior cuatro sendas torres construidas con troncos sin desbastar y coronadas por una plataforma y un techo correspondiente en forma de pirámide; en cada torre una ametralladora dominando todo el campo con tiro cruzado. En el interior de ese cuadrilátero perfecto y bien delimitado por postes y alambre espino, cuatro barracones, llamados block, dos de ellos terminados y señalados con los números 1 y 2, cada

block dividido en dos departamentos, Stube A y Stube B, y separados por un tabique de madera, y otros dos barracones sin terminar, uno de ellos destinado a enfermería, nombre un tanto capcioso y sarcástico, ya que su exacta función mejor se define diciendo que era la antesala del horno crematorio. En ese mismo barracón una pequeña parte dedicada a secretaría u oficinas del campo.

El otro block sin terminar estaba destinado la mitad a lavabos y duchas, la otra mitad se convirtió en taller de zapatería y sastrería y carpintería, aunque ambos servicios estaban vedados a los reclusos corrientes, esa zapatería y sastrería era utilizada únicamente por los mandamases, entre los que se había de contar el Lageraltester (el más antiguo del campo según la traducción libre de esta palabra), el Lagerscriber (secretario), los jefes de block, jefes de stube y los cabos de vara, amén de los enchufados en la cocina, almacén, enfermería, oficinas, etc, etc.

Nosotros fuimos alojados en el Stube B del Block 2; en el Stube A se alojaba el que con más propiedad podría llamarse Kommando Steyr. No tardamos en averiguar que los privilegios de que me habían hablado en el campo de Mauthausen los disfrutaba únicamente ese Kommando, cuyo jefe o Capo era un internado de origen rumano llamado Mirón, procedente de las Brigadas Internacionales, y que hablaba correctamente, entre otros idiomas, aparte de su lengua materna, el español y el alemán. Cuando llegó aquella tarde ese Kommando Steyr de regreso de su trabajo, pude comprobar por su aspecto externo y quizás con algo de envidia, que aquellos hombres formaban un mundo aparte. Limpios y de aspecto saludable por contraste con el resto de españoles (al principio solo había españoles). Todos ellos equipados con un zurrón que lucían en bandolera y que les servía para sus efectos personales, plato, cuchara, toalla y quizás algún mendrugo de pan, celosamente reservado para la comida extraordinaria que les suministraba la empresa para la cual trabajaban. Mirón exigía a sus hombres el máximo rendimiento durante las horas de trabajo, a cambio de ello y como justificación,

no cesaba tampoco de insistir cerca de la empresa para que mejorara el suministro concedido a esos hombres, consiguiéndolo en múltiples ocasiones; prueba de ello es sin duda que ese Kommando no tuvo bajas por agotamiento en el tiempo que estuvo en Steyr.

El cabo Mirón, jefe del comando Steyr, era considerado por todos como un español más, incluso su distintivo de recluso era exactamente igual al de los españoles, consistente en un triángulo con una «S» en su centro y sobre fondo azul celeste. Todos, pues, éramos de la misma nacionalidad y esta circunstancia con el tiempo seguramente habría permitido mejorar nuestra situación, pero esto no debía entrar en los planes de organización de la SS, pues, transcurrido algún tiempo, llegó una nueva expedición de españoles, pero esta vez más numerosa que las anteriores y entre ellos venían cuatro o cinco alemanes del triángulo verde (distintivo de los internados por delitos comunes), los cuales tomaron posesión de distintos cargos, tales como Lagesaltester, Schreiber, Blockaltester, etc. etc. Miron siguió en su puesto de cabo del Kommando y jefe del Stube A y Garrofe como jefe del Stube B. Este Garrofe[10], que había aprendido el idioma alemán con interesada rapidez, iba abriéndose camino, o dicho de otra manera, iba adquiriendo bis a bis de la SS cierto prestigio de hombre duro y con ello algunas ventajas que le hacían más fácil la vida de internado. Desgraciadamente para él, los alemanes se habían agrupado en una especie de *trust* y creyéndole un estorbo para llevar a cabo el control total del campo lo eliminaron en la primera oportunidad, envenenándole.

No me apena tener que confesar que no sentí su muerte, aún tratándose de un compatriota, pero es que sus méritos, a los ojos

10. No hay constancia documental de un deportado con este nombre, sin embargo hay que precisar que la narración de Villalba coincide con la de José de Dios Amill, referida a un miembro de las Juventudes Libertarias, apellidado Oliver, en *La verdad sobre Mauthausen*, Sirius edicions, Barcelona 1995, pp.218-219.

de la SS, se debían no a sus cualidades sino al rigor con que nos trataba, hallándose siempre a punto para hacernos trabajar dentro del campo, sin tener en cuenta que regresábamos después de una larga y penosa jornada de trabajo. Este Garrofe consiguió que se construyera en un tiempo record el retrete general, formado por un pequeño barracón de madera, una profunda y alargada zanja en su interior y, a ambos lados de esa zanja, unos troncos que servían de asiento, y sustentados a conveniente altura con cuatro estacas. También debióse a Garrofe que se abreviara en lo posible la pavimentación del campo, estas cosas las hubiéramos agradecido de no suponer la precipitación de nuestro agotamiento físico, ya que todos esos trabajos requerían horas extras a nuestro regreso, una vez terminada la jornada de trabajo y una larga caminata, cargados con enormes piedras que habían de servir para la pavimentación. Esto da una idea de la rapidez con que los hombres se extinguían y eran devueltos a Mauthausen para su incineración.

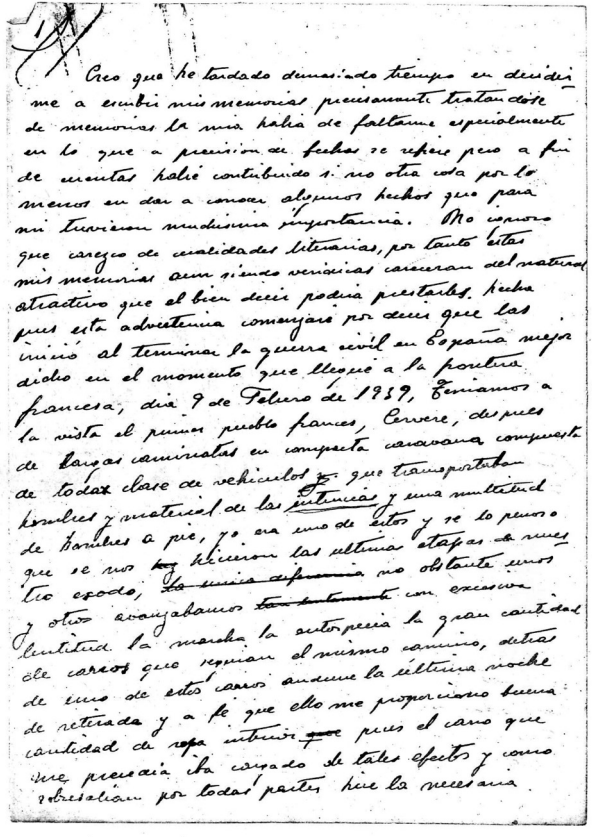
Existían varios kommandos o grupos de trabajo, cada uno de ellos al mando de un cabo de vara, uno de ellos trabajaba en la pavimentación y aceras de la fábrica de automóviles Steyr, los demás dedicados a la construcción de un inmenso y complicado edificio que había de servir para la prueba y desfogue de motores de aviación.

Eran tantos y tan variados los trabajos servidos en exclusiva por los reclusos que esto exigía el envío constante de nuevas expediciones, aparte de las que venían a cubrir las bajas, cuya proporción no había disminuido.

Todo esto no era, ni más ni menos, que una consecuencia del crecimiento constante del campo y la importancia que iba adquiriendo. El número de reclusos se multiplicaba y había dejado de ser un campo de españoles para adquirir un carácter cosmopolita, ya que a los españoles habían seguido franceses, checos, polacos, rusos, yugoslavos, etc., claro que esto no solucionaba nuestra situación de forzados, pero era evidente que era un alivio, ya que los esbirros de la SS podían solazarse holgadamente sin tener que ser

Eliseu Villalba, joven.

Memorias manuscritas.



1

Creo que he tardado demasiado tiempo en decidirme a escribir mis memorias pensando tratandose de memorias la mia habia de faltarme especialmente en lo que a precision de fechas se refiere pero a fin de cuentas hallé conveniente si no otra cosa por lo menos en dar a conocer algunos hechos que para mi tuvieron muchisima importancia. No ignoro que carezco de cualidades literarias, por tanto estas mis memorias aun siendo verdicas carecerán del natural atractivo que el bien decir podria prestarles. Hecha pues esta advertencia comenzaré por decir que las inicié al terminar la guerra civil en España mejor dicho en el momento que llegué a la frontera francesa, dia 9 de Febrero de 1939, Teniamos a la vista el primer pueblo frances, Cerbere, despues de largas caminatas en compacta caravana compuesta de todas clase de vehiculos ~~y~~ que transportaban familias y material de las ~~evacuadas~~ y una multitud de hombres a pie, Yo era uno de estos y se lo penoso que se nos ~~hacian~~ hicieron las ultimas etapas de tan triste exodo, ~~la unica diferencia~~ no obstante unos y otros avanzabamos ~~tan lentamente~~ con excesiva lentitud. La marcha la entorpecia la gran cantidad de carros que seguian el mismo camino, debias de ser uno de estos carros anduve la ultima noche de retirada y a fe que ello me proporcionó buena cantidad de ropa interior ~~que~~ pues el carro que iba cargado de tales efectos y como sobresalian por todas partes fue la necesaria

Ajuntament
de Barcelona

CARNET
D'IDENTITAT

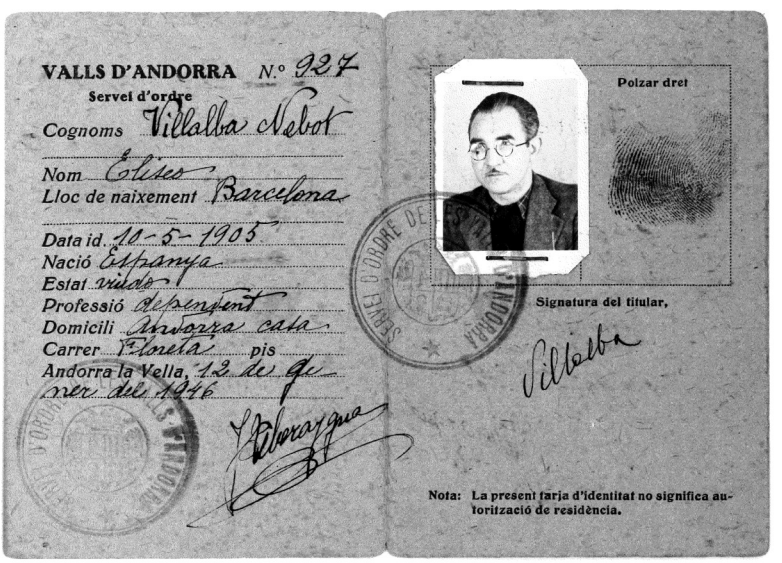
del Mosso de Mercat
Sr. Eliseo Villalba Nebot
BARCELONA
18 de Maig de 1935
L interessat
El Secretari,
Vist i Plau,
L'Alcalde,

1791
Ingressà a l'Ajuntament amb el
càrrec de Mosso de Mercat
interí
en 4 de Marc de 1931

Presta servei a
Mercat del Ninot

Angel Aguiló - Relligador

Carnet de identidad de mozo de mercado del Ayto. de Barcelona.



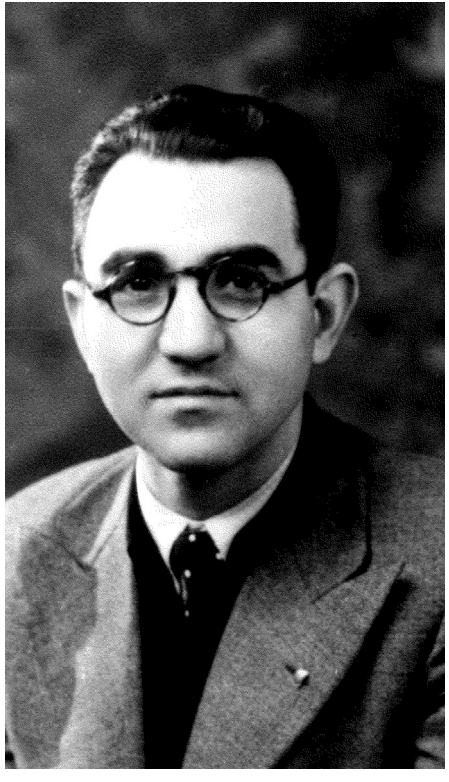
VALLS D'ANDORRA N.º 927
Servei d'ordre
Cognoms Villalba Nebot
Nom Eliseo
Lloc de naixement Barcelona
Data id. 10-5-1905
Nació España
Estat viudo
Professió dependent
Domicili Andorra casa
Carrer Plaseta pis
Andorra la Vella, 12 de Ge
ner de 1946

Polzar dret

Signatura del titular,

Nota: La present tarja d'identitat no significa autorització de residència.

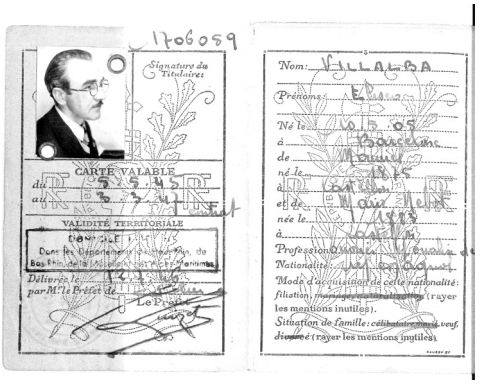
Carnet de Identidad de forasteros. Andorra La Vella 12-01-1946.



Eliseu Villalba, joven.

Con un compañero en la Compañía de trabajadores extranjeros en Vennecy (Loaret). 5-03-1940.

Después de la liberación. Francia Octubre 1945.



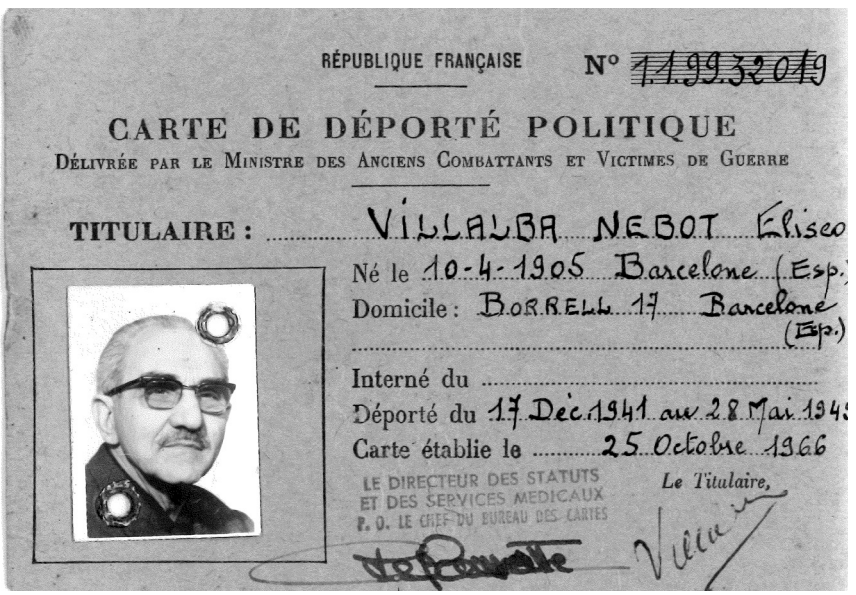
Carnet de Identidad de extranjero. Paris 12-07-1946.

Salvoconducto de la República francesa. Perpiñán 10-09-1947.

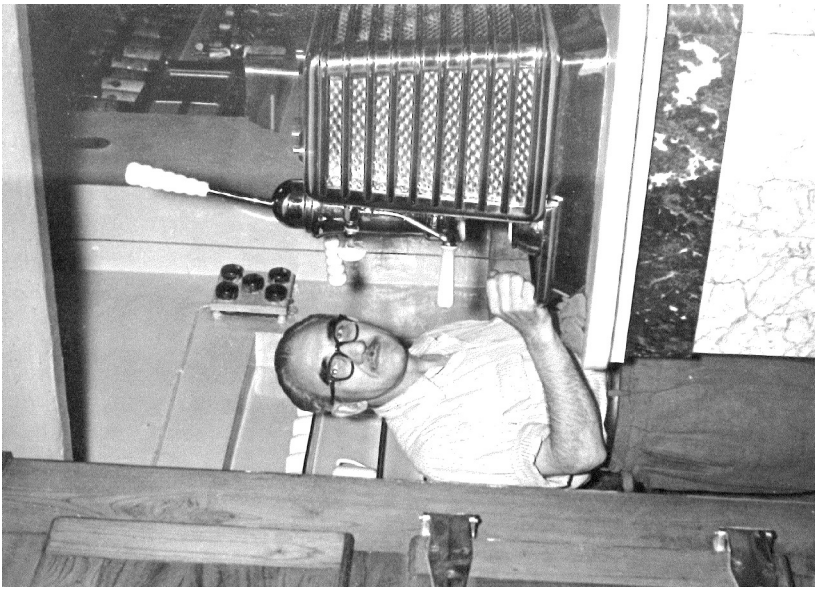
Certificado de inscripción para españoles. Andorra 30-04-1948.

Salvoconducto especial de fronteras. Angeles Insa Arias. Barcelona 13-10-1950.

Salvoconducto especial de fronteras. Eliseu Villalba Nebot. Barcelona 13-10-1950.



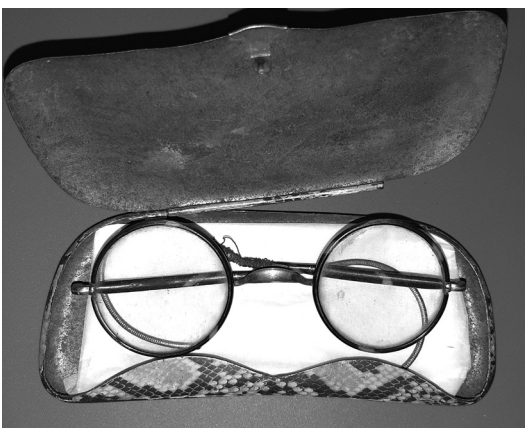
Carnet de deportado político. 25-10-1966.



Eliseu Villalba al bar de la Calle Nou de la Rambla. Años 60

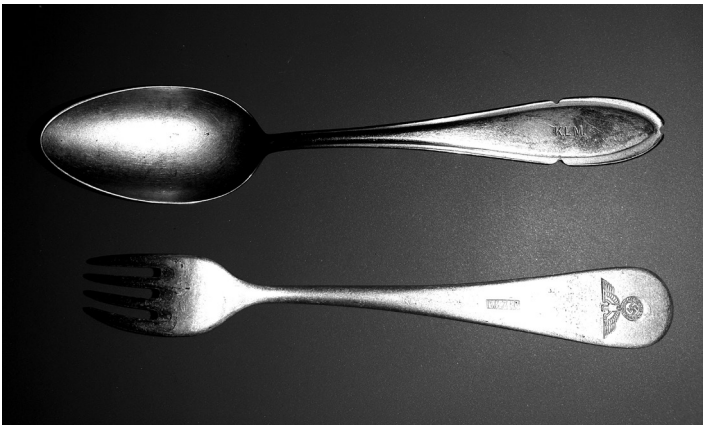
Eliseu Villalba con su hija Mª Lluïsa. Prats de Lluçanés 1977.

Placa de identificación del campo de Mauthausen.



Gafas usadas en el campo.

Cajitas metálicas fabricadas en el campo.



Cubiertos robados a las ss después de la liberación del campo

Acto de homenaje en el Mercat del Ninot. 12/01/2018

Placa en el Mercat del Ninot.

precisamente españoles las únicas víctimas, por no haber otra cosa. Pero en cambio, los mandos internos, tales como jefe de campo (lagerlatester), blockaltester (jefe de blok), cabos de vara, etc. etc. estaban casi todos en manos de alemanes con triángulo verde (presos por delitos comunes), algunos con condenas superiores a los veinte años de trabajos forzados, enviados a Steyr con este objeto.

Las empresas que, por la falta de hombres, habían llegado casi a su paralización, no cesaban en sus demandas de mano de obra, aquella tan depreciada mano de obra con la que habían conseguido dar nuevo impulso a la producción y que urgía poner al nivel de las necesidades de guerra. El campo de Steyr requería periódicamente nuevas ampliaciones y estas ampliaciones se realizaban a costa de horas extra, robadas al sueño y al descanso. La capacidad de resistencia era un mito para aquellos desalmados que, ensorbecidos por sus victorias bélicas, consideraban al mundo no alemán como una gran reserva solo para ellos reservada y, por lo demás indigna de seguir viviendo, sin extraerles antes el máximo rendimiento.

Las vidas sacrificadas tan pródigamente parecían fecundizar el campo de Steyr, haciendo proliferar el número de bloks y de los esbirros que nos esclavizaban. Para los no iniciados, habría parecido cosa de hechiceros el contemplar los barracones ya terminados y saber después que para su construcción únicamente se recibían las maderas e hierros de esos barracones prefabricados. Nosotros, por propia experiencia, sabíamos que no había milagros ni hechicerías, pues los materiales que faltaban por no sernos suministrados, los robábamos a las empresas respectivas donde trabajábamos. Los SS, además de cómplices, eran los instigadores de tales sustracciones, obligándonos, a través de los cabos de vara, a llevarnos ocultamente los materiales que por turno hacían falta. Como quiera que el cemento resultaba difícil transportarlo por el mismo procedimiento, un sargento de la SS que todos llamábamos Napoleón, planeó el robo eligiendo entre los más robustos a ocho o diez españoles y una noche los acompañó hasta las proximidades de la obra, dándoles la

orden de que cada uno de ellos debía cargar con un saco de cemento, procurando hacer el menor ruido posible y si algún vigilante les daba el alto no se dejaran coger y salieran corriendo hacia el campo que él protegería la retirada. En efecto, cuando ya iban por el segundo viaje, cargados con sendos sacos de cemento, un oberchutzs debió oír algún ruido sospechoso y aunque no viera a nadie dio el alto y entonces sí que vio correr unas sombras sobre las que empezó a disparar su fusil. Napoleón, ni corto ni perezoso, respondió a tiros con su automática, armando entre todos un tiroteo de mil diablos. Mientras Napoleón se reunía con los vigilantes nocturnos, inquiriendo los motivos del tiroteo, los españoles habían depositado ya su carga en un lugar seguro.

En el campo de Steyr, la vida, si es que a eso podía llamarse vivir, fue en todo momento un perpetuo infierno. Las horas que pasábamos en el «tajo» transcurrían con una lentitud desesperante, la jornada se hacía interminable, pero es que al llegar al cotidiano fin de la jornada se apoderaba de nosotros un sentimiento contradictorio, pues después de haber estado deseando obsesivamente el fin de la jornada, cuando ésta llegaba hubiéramos preferido prolongarla, pues era en aquel preciso momento cuando nos dábamos cuenta que al llegar al campo y antes de entregarnos el acostumbrado mendrugo de pan y unos gramos de margarina que habían de constituir nuestra cena, nos veríamos obligados a dedicar unas horas a la pavimentación del campo, a cuyo efecto en el viaje de retorno habíamos cargado gruesas piedras sobre nuestros escuálidos hombros. Todos los días era así y todos los días reparto de golpes, pero no a lo menudo, sino al por mayor, porque, quién más quién menos, procuraba camuflarse al objeto de ahorrarse unas horas extras de aquel ingrato trabajo, pues la jornada transcurrida había sido ya de por sí penosa, por lo prolongada, y las fuerzas eran más que escasas; por tanto era necesario y esto lo teníamos siempre presente, quemar el menor número posible de calorías, con el fin de resistir el máximo. Nos echaban del block, en verano a las 4 y media de la

mañana, y en invierno a las 5 y media; en la época estival este madrugón no tenía mayor importancia, ya que una vez ingerido el café sin azúcar, podíamos tumbarnos en cualquier sitio y seguir descansando hasta el momento de la formación para salir al trabajo. Pero, amigo, en invierno esto ya adquiría otro aspecto, el suelo no resultaba un lugar adecuado para tumbarse y continuar el descanso tan prematuramente interrumpido; la nieve que lo cubría era el mayor inconveniente; quedándonos como único recurso acudir a la barraca de las letrinas en busca de cobijo, pero por su reducido espacio nos apretábamos para dar cabida al mayor número posible de hombres al mismo tiempo, con ello nos prestábamos algo de calor, además de hallarnos bajo tejado. Esto que contenía sus ventajas, también tenía sus inconvenientes, pues quedaban los retretes de tal modo bloqueados que resultaban inaccesibles para aquellos desgraciados que, atacados por la diarrea, luchaban desesperadamente por alcanzar un reducido espacio donde aliviar sus prisas intestinales. Estos casos, bastante frecuentes, producían tal algarabía que los cabos de vara en número respetable acudían con sendos cubos de agua y situándose estratégicamente en las dos entradas del recinto, lanzaban a boleo el frío contenido de los cubos sobre nuestras cabezas. La desbandada era tan general como el remojón, pero al igual que las obstinadas moscas regresábamos rápidamente a buscar cobijo al mismo lugar de donde tan mal parados solíamos salir, pero con más afán, puesto que después de la improvisada ducha, el frío resultaba más insoportable. Esto ocurría con harta frecuencia, pues no existiendo otro lugar donde resguardarnos, allí acudíamos, día tras día, con la débil esperanza de que no hubiera ducha en aquella ocasión; pero también los cabos, que además gozaban con tales hazañas, acudían regularmente a la cita. Fue entonces cuando descubrí, inopinadamente, un lugar que por sí constituía un inapreciable refugio. Se trataba del cuarto donde se depositaban los cadáveres y que carecía de cerradura, por este lúgubre recinto, por una cruel ironía, pasaban los tubos de la calefacción de los lavabos. Los primeros días de acudir

allí con tal confortable temperatura, permanecía silenciosamente, casi inmóvil para no hacer el mínimo ruido que pudiera delatar mi presencia; no tardé en verme obligado a compartir con un compañero aquel cálido refugio, estaba seguro que esto había de ocurrir más tarde o más temprano, y en realidad no me importaba, pero era evidente que si llegaba a ser demasiado conocido, era mayor el peligro de ser expulsados y condenados de nuevo al suplicio de soportar el frío, mientras llegaba la hora de salir del campo hacia el trabajo, pero mientras esto no llegara me atenía al principio filosófico según el cual «día transcurrido, era una victoria», y en el entretanto gozaría de aquel inefable calorcillo que, además de un relativo y momentáneo bienestar, me comunicaba cierto optimismo. Pero llegó a ser tan elevado el número de los allí refugiados que incluso los rezagados se veían obligados a colocarse entre los muertos y en muchas ocasiones a sentarse, irreverentemente, sobre ellos. Cuando ya resultó imposible dar cabida a todos los candidatos, comenzaron las protestas y quejas de los excluidos y por ellas vino a descubrirse lo que allí venía ocurriendo. Con una buena tanda de palos y una cerradura se dio fin a tan precaria felicidad.

Ni las intensas nevadas del largo invierno ni las lluvias pertinaces de la primavera podían ser un pretexto para interrumpir el trabajo de los penados. Solo cuando estos fenómenos atmosféricos dañaban lo que se construía, los jefes de la empresa ordenaban la interrupción, cosa que ocurría en raras ocasiones. En una de estas excepcionales paralizaciones del trabajo, comunicada por medio de los pitos de la SS, fuimos prevenidos para reunirnos en formación y, como de costumbre, proceder al recuento acostumbrado antes de regresar al campo. La lluvia persistía desde hacía 48 horas y los trabajos realizados eran poco satisfactorios, según el criterio de los técnicos. Calados hasta los huesos, acudíamos sin prisas al lugar de la formación, sabíamos por experiencia que en nada nos beneficiaría tan prematuro retorno al campo. Eran ya casi las once de la mañana cuando los cabos de vara encargados de efectuar el

primer recuento, recorrían la formación una y otra vez, nerviosos y con semblante preocupado. Tenían motivos para estarlo, pues encontraban a faltar un hombre, mejor dicho un «ein stuk», que en nuestro idioma podríamos traducir por una pieza u objeto, como generalmente se nos denominaba. El Kommando Fuhrer, jefe de todo el personal, acompañado del cabo de vara jefe, contaron, a la vez para asegurarse de que efectivamente faltaba un recluso. Sin preocuparse de nosotros que seguíamos impertérritos bajo la lluvia, se alejaron la mayoría de cabos y de la SS, en busca del desaparecido que por el momento no era otra cosa que un presunto fugado. Todo el recinto de la obra fue registrado minuciosamente, mientras la SS que formaban el cinturón de vigilancia, permanecían en sus puestos de guardia que no abandonarían hasta recibir la señal de que nos reintegrábamos al campo. Dos horas de búsqueda infructuosa habían ya transcurrido, cuando uno de los cabos de vara halló al presunto evadido que se hallaba dormido tranquilamente entre los sacos de cemento cuidadosamente protegidos contra la lluvia. El desgraciado que ignoraba por completo el revuelo que su siesta había producido, fue reintegrado a la formación a puñetazos, patadas y culatazos, tan abundantes que si en principio le habían despabilado de su sueño, acabaron por aturdirle hasta dejarlo inconsciente. Un murmullo de alivio recorrió a la formación, al tener conocimiento del hallazgo y sin la menor curiosidad por conocer los detalles de lo ocurrido, nos pusimos por fin en marcha, camino del campo pensando únicamente en la cantidad de bazofia que allí nos esperaba. Nuevo recuento, según las ordenanzas, al trasponer el dintel de la puerta principal; ya en el interior seguimos formados en espera del acostumbrado «rompan filas», pero pasaba el tiempo y los que debían dar la orden no aparecían por allí. La lluvia seguía su tamborileo machacón sobre los charcos del pavimento, y nosotros, encogidos como un acordeón, en un vano intento de sustraernos a la fría humedad de la lluvia que nos empapaba. Casi las tres de la tarde y no se veía el menor movimiento en el corredor

de la cocina, por donde debían aparecer las marmitas de nuestro alimento, aunque bien podría asegurar que nuestro perenne estado de desfallecimiento ya no nos dejaba sentir el hambre. Fue entonces cuando los cabos dejaron la formación y recibieron la consigna de ordenar por grupos de trabajo, algunos movimientos a modo de instrucción militar.

Aquel ejercicio no venía destinado a desentumecernos, sino todo lo contrario, pues constituía una premeditada tortura, pues con nuestra total inmovilidad habíamos conseguido penosamente comunicar un mínimo de calor a nuestras ropas pegadas a nuestros descarnados huesos. La orden había dado en el clavo, indudablemente aquello era irresistible y no podríamos aguantarlo mucho tiempo, pero nos equivocábamos. Aquel continuo... izquierda... derecha... vista a la izquierda... vista a la derecha... descubrirse... cubrirse... duró hasta la cinco y media de la tarde. Cuando por fin dieron inesperadamente la voz de... rompan filas, nos quedamos unos momentos sin comprender que es lo que aquella gente pretendía de nosotros. Aparecieron las marmitas y repartióse a cada uno su condimento, consistente en un cazo con más agua que nabos, pero lo suficientemente caliente como para entonar un tanto nuestros entumecidos miembros. Llenos de júbilo, recibimos la autorización de penetrar en los barracones, pero obligados a permanecer con la ropa puesta hasta que llegó la hora de acostarnos; cuidadosamente colocamos los empapados andrajos sobre las respectivas mantas, para que se secaran durante la noche. Precaución inútil, ya que al día siguiente seguían completamente mojadas y tuvimos que ponérnoslas tal como estaban y acudir a la formación para emprender una nueva jornada de penosos trabajos. La lluvia no había cesado por completo, pero su menor intensidad permitió reanudar el trabajo sin objeciones por parte de los ingenieros de la empresa. Tan inhumano como inútil remojón había sido el castigo colectivo que recibimos porque un desgraciado recluso había tenido la feliz ocurrencia de guarecerse en un barracón, cuyo calorcillo

le había sumido en un agradable sueño, truncado por la paliza recibida y que le dejó maltrecho durante largo tiempo: creo que el remojón debió reanimarle, si bien él hubiera preferido en aquellos momentos seguir la misma suerte de aquellos pocos que, habiendo en realidad intentado la fuga, sucumbieron a los tiros de la SS o condenados al suicidio «voluntario».

A las pocas semanas se declaró en el campo una falsa epidemia que atacó casi a la totalidad de los reclusos. Los síntomas se manifestaron con altas temperaturas, que llegaron en la mayoría de los casos a los 41º. Desconocido el origen de aquellas fiebres, las autoridades sanitarias decretaron, para evitar el contagio a la población civil, una provisional cuarentena, interrumpida a las 48 horas, al descubrir que solo se trataba de los efectos retardados de aquella prolongada ducha natural y, en consecuencia, se dictaminó, como la más eficaz terapéutica, el inmediato retorno al trabajo, con o sin fiebre.

Las obras avanzaban con relativa rapidez, por lo que pronto podría ser puesta en activo, y serían necesarias nuevas expediciones de mano de obra. También tocaban a su fin las conducciones de gasolina que, desde los tanques generales, llevaría a la fábrica el combustible; éste llegaba en vagones cisterna, y trasvasados a los tanques por medio de largas mangueras, todos los reclusos que trabajan por allí cerca se han agenciado botellas que, a escondidas de los vigilantes, llenan apresuradamente y trasladan ocultamente al campo entregándolas al Lager Führer, el cual, como los demás jefes y oficiales, disponen de vehículo, pero no de asignación de carburante.

Los robos de gasolina eran diarios, pero en los últimos tiempos aumentaron en progresión geométrica, debido a que con la terminación de las obras se cerraría también el tráfico clandestino. La desmesurada voracidad de la SS tuvo sus consecuencias, pues un buen día se presentó en el campo el ingeniero jefe de la empresa, vistiendo el uniforme de oficial del partido nazi, seguramente en apoyo de la delicada gestión que iba a realizar, nada más ni nada menos que una formal denuncia de que los reclusos robaban la

gasolina de la fábrica. El honorable Lager Führer, a quien fue hecha personalmente la denuncia y que de hecho era el más directo beneficiario de tales sustracciones, con inaudito cinismo, salió en defensa de los presos, negándose inocentemente a creer que su gente (siempre que a nosotros se refería nos designaba con el nombre de «main leuter», o sea, mi gente) y para confirmar sus aseveraciones, instó enérgicamente a que se quedara en el campo hasta el regreso de los presos que, en su presencia, serían registrados, y si contrariamente a lo que él creía, se confirmaba la denuncia, aplicaría sin piedad a los culpables los más terribles castigos. Ignoro como se las compuso el lager Fuhrer, pero lo cierto es que al poco rato circuló entre los presos que se hallaban en la obra el rumor de que nadie intentara entrar nada en el campo, pues seríamos minuciosamente cacheados. La orden, pues en realidad no era otra cosa aunque aparentara ser una información de los enterados, se cumplió a rajatabla, tanto que incluso dejamos en cualquier escondrijo cuchillos y otros efectos personales. Llegado el fin de la jornada, y tras una última advertencia de los cabos de vara, en correcta formación regresamos al campo y, a medida que íbamos entrando, éramos registrados concienzudamente en presencia del ingeniero jefe, que no podía disimular su asombro, al no ver aparecer ni la más leve prueba de lo que había motivado su denuncia. Un tanto corrido y avergonzado por aquel resultado, se consideró obligado a presentar sus excusas al satisfecho Lager Führer, que no le dejó partir hasta que, estando todos formados, nos largó un paternal discurso a los cuales era aficionadísimo y, tras repetir varias veces su predilecto «mein leuter», aseguró que estaba muy satisfecho de nosotros (tenía motivos para estarlo), pero que si alguno se atrevía a cometer el más insignificante robo en la fábrica sería severamente castigado como saboteador a la gran causa nazi. A los pocos días, el «piper line» humano seguía funcionando con toda regularidad y eficacia.

De todo esto se desprende que los robos eran un hecho normal y corriente y además sin ninguna importancia en determinadas cir-

cunstancias, en otras, en cambio, significaba la muerte. Los robos tenían un estímulo, pues careciendo el campo de asignación para material de mantenimiento, todo aquel que podía y conseguía introducir en el recinto alambrado, ya fueran escobas, cepillos de acero, sacos, sosa, incluso herramientas, era recompensado con un cazo de bazofia; pero si por torpeza o por existir una denuncia, alguien era descubierto, podía estar seguro de lo peor, incluso la muerte.

Siempre la muerte, sabíamos que no existía otra alternativa y que todo conducía a ella, y todos estábamos convencidos de ello, por lo tanto la amenaza resultaba pueril e inútil, porque ya no la temíamos ni había razón para temerla, porque de hecho era nuestra compañera inseparable. Caminaba a nuestro lado, se detenía cuando nos deteníamos y velaba maternalmente nuestros siempre agitados sueños. A quienes más temíamos era a los horribles sufrimientos que nos atenazaban, producidos por la fatiga, la lluvia, el frío, el hambre y como secuela de todo esto la prolongada agonía causada por la diarrea, el auténtico azote del campo, cuyos primeros síntomas se manifestaban en forma de edema que, iniciándose en los pies, se extendía implacablemente, ascendiendo en busca del corazón que era la meta final de la diarrea y del recluso. Durante todo el proceso, era obligado seguir trabajando y la marcha por la carretera de los doce kilómetros de ida y vuelta a la fábrica constituía, en esas condiciones, un inhumano suplicio, un auténtico calvario para describir el cual no existen palabras capaces de conseguirlo. La diarrea va agotando lentamente, inexorablemente, por carecer de medios a nuestro alcance para combatirla. La diarrea no entiende de disciplinas carcelarias, así que si durante la marcha alguien siente la imperiosa necesidad de evacuar para aliviar sus dolores, solo disponemos de un medio. Un medio sencillo y de relativa eficacia, para cuya aplicación bastaban dos trozos de cordel atados alrededor de cada pierna y por encima de los calzoncillos; no era esto un amuleto ni un artilugio milagroso, pero por este procedimiento podíamos hacer sobre la marcha nuestras necesidades, sin sentir la desagradable sensación que produce el deslizamiento de los

excrementos a lo largo de las extremidades y lo que era más importante, continuar en la formación en marcha. Los novatos atacados de diarrea, al sentir los dolores que precedían a tal necesidad, se desabrochaban rápidamente los pantalones y pretendían apartarse a un lado de la formación, pero un disparo de fusil siempre dispuesto por el guardia más cercano, le recordaba que había faltado a la disciplina y, de un salto, se incorporaba a su puesto, si es que la rapidez del guardia no le había alcanzado; en el caso contrario la advertencia resultaba completamente inútil para el desdichado, pero ejemplar para el resto de la formación que, por añadidura, había de apechugar con el traslado del cadáver hasta el campo. Estos trágicos traslados se hacían siempre a rastras por la carretera. Evidentemente era un procedimiento irreverente, pero en el que no parábamos atención por la fuerza de la costumbre, amén del embrutecimiento en que nos hallábamos sumidos.

El campo de Steyr estaba alcanzando su pleno desarrollo. Las barracas recién terminadas eran ocupadas inmediatamente por nuevas expediciones, las cuales ya no estaban únicamente formadas únicamente por españoles, ahora constituían ya una verdadera «babel», compuesta de checos, polacos, rusos, yugoslavos, franceses, etc. etc. Las últimas expediciones venían destinadas a la fábrica de automóviles «STEYR» y a ella habrían de acudir diariamente a pie, recorriendo doce kilómetros de ida y vuelta. La cifra de hombres allí empleados llegó a alcanzar los mil ochocientos, divididos en dos grupos o turnos de novecientos hombres cada uno, a éstos había que añadir el número de los dedicados a la construcción, en total un respetable ejército de esqueletos marcando el paso durante todo el recorrido y además cubiertos de andrajos, lo que resultaba poco marcial y tan triste como edificante espectáculo para la población civil que, al cruzarse con nosotros en las pocas ocasiones que esto ocurría, con un gesto poco contemporanizador, se llevaba los dedos a la nariz. Ignoro si lo hacían porque percibían los efectos de las diarreas o porque olíamos ya a cadáver insepulto.

La dirección de la empresa «STEYR» acabó con tan deprimente espectáculo tomando la decisión de transportar al personal en ferrocarril. Se organizó un tren especial que les recogía en las mismas puertas del campo y les dejaba en el mismo recinto de la fábrica. Esto hacía que sintiéramos cierta envidia hacia aquellos camaradas que, además de trabajar bajo techado y por tanto protegidos contra la intemperie y sobre todo contra las bajas temperaturas, era transportados cómodamente a su quehacer diario, ahorrándose aquellos doce kilómetros de ida y vuelta. Esto nos llevó irreflexivamente a falsas consideraciones que nos impedían comprender el por qué, ante semejante acumulación de ventajas, siguiesen muriendo en la misma proporción que aquellos que no gozaban de tales privilegios. En realidad, tales consideraciones no eran otra cosa que un espejismo, toda vez que el régimen alimenticio era exactamente el mismo para todos y, en cuanto al trato recibido, no difería tampoco en lo más mínimo. No obstante existía una diferencia, consistente únicamente en que para ellos la agonía era más lenta, es decir, se prolongaba más tiempo; daba la impresión de que resistían mejor, pero fatalmente el final era parejo para unos y otros, la muerte por depauperación y agotamiento, sazonado con abundante ración de golpes y castigos colectivos por cualquier motivo a la llegada al campo.

Paralelo a este proceso de desarrollo y crecimiento del campo, se desarrollaba entre los españoles un sentimiento de solidaridad sin precedentes. Este sentimiento en sus comienzos se produjo de una manera inconsciente, pero a medida que transcurría el tiempo, ese nuevo despertar adquiría mayor impulso y más fuerte consistencia. Se había llegado, por fin, a la exacta conclusión de que solo un mínimo de solidaridad entre los reclusos podría neutralizar los efectos de las condiciones infrahumanas a qué estábamos sometidos. Y si la fuerza de las circunstancias había querido que nosotros, los españoles, fuéramos los pioneros de Steyr, a los supervivientes les cabía el menguado honor de ser los decanos del campo y, habida cuenta de que el aumento de la población allí internada determinaba pro-

porcionalmente la necesidad de aumentar el personal de los servicios, éstos se cubrieron con el personal más antiguo, en este caso, los españoles, quienes a medida que físicamente iban recuperándose, al mismo tiempo y muy lentamente, iban desprendiéndose de aquellos principios predominantes a nuestra llegada, los cuales, por ancestral egoísmo, se sustentaban y traducían en la ley del más fuerte. Al ser apartados de la selva, descubrían, como si de una revelación se tratara, que su ley, la de la selva que acababan de abandonar, acabaría con todos. Fue entonces cuando surgió de lo más recóndito de su subconsciente la imperiosa necesidad de ayudar a sus compañeros más próximos. Esto se tradujo en una embrionaria organización de ayuda por grupos de afinidad política, a la que tan inclinados han sido siempre los españoles, por natural idiosincrasia, pero esto no suponía en tal ocasión una lucha entre compatriotas, era el loable deseo de acudir en ayuda de los más necesitados y, como, desgraciadamente, en aquellos momentos, todos éramos igualmente necesitados, era imposible que a todos nos alcanzara al mismo tiempo aquella ayuda, por lo que cada uno de aquellos que iba situándose ayudaba a los suyos o sea a los más afines que resultaban ser de afinidad política, pero esto no era ni mucho menos un punto de vista egoísta, lo considero más bien como un saludable punto de partida, pues por encima de todo, lo más importante para cualquier observador era el resurgir de una conciencia colectiva, hasta entonces abotargada.

Era, además, una corriente que se extendía y se apoderaba de todos. De todo esto me considero autorizado a formular, de una manera objetiva, un juicio imparcial, pues en aquel infierno me hallaba huérfano de correligionarios, resultaba un ente sin nexo con ninguno de aquellos grupos y no obstante sentí caer sobre el tejado de mis desdichas el soplo de solidaridad que se había adueñado de los españoles, pudiendo percibirlo precisamente cuando parecía próximo a extinguirme definitivamente. No pudiendo hacerlo como correligionario, lo hice en mi condición de compatriota,

presentándome al compañero Hidalgo[11], empleado en la cocina, en demanda de ayuda, exponiéndole mi desesperada situación: la diarrea que padecía desde hacía unos días había agotado por completo mis energías; como ocurría siempre, la hinchazón iniciada en los tobillos llegaba ya a invadir el bajo vientre; si la diarrea de por si era ya un caso desesperado, el nivel alcanzado por el edema era más que alarmante y solo su ayuda podía salvarme. ¿Cómo? Proporcionándome un poco de margarina mezclada con otro poco de azúcar y, en tal, el volumen de un huevo de gallina, durante unos días; esto era, a mi juicio, la única terapéutica adecuada. Mi aspecto le convenció más que mi parlamento y se avino a complacerme. Con todas las precauciones necesarias y envuelto en trozos de periódico, me dejaba el anhelado bálsamo en cualquier lugar del lavabo, después de cerciorarse de mi presencia; me aproximaba cautamente y en cuanto él se alejaba me apoderaba del diminuto envoltorio, alejándome rápidamente hacia mi litera y con extremada precaución lo devoraba, más que comía, debajo de la manta. Solamente durante cinco días pudo facilitarme aquella pócima salvadora, pero la inflamación no solo se había detenido, sino que había comenzado a desaparecer. Aquel sentimiento de solidaridad me había salvado de una muerte inmediata.

El azar quiso que al cabo de algún tiempo fuese destinado al grupo o comando del cabo París[12]. Este compatriota, al verme tan agotado, y sin que entre nosotros hubiese mediado ni una sola palabra, al llegar al tajo me asignó como tarea llenar una vagoneta, en compañía de otros tres españoles que presentaban un aspecto tan lastimoso como el mío; supe por ellos que el trabajo a realizar no era otra cosa que una especie de convalecencia camuflada; en efecto, en un mes aproximadamente que estuve allí, la vago-

11. No hay constancia de ningún deportado con este nombre en Steyr.

12. Id.

neta que llenábamos durante toda la jornada, la volcábamos en el mismo sitio, en cuanto sonaba el pito dando la señal de volver al campo. Durante el día, el cabo París desde un lugar estratégico y bastante elevado nos prevenía de la llegada de algún curioso que debía ignorar nuestra verdadera tarea. Evidentemente esto no era otra cosa que la plasmación de aquel espíritu de solidaridad que iba adueñándose de los españoles y que trascendía hasta los que, por obvias razones, no estaban clasificados políticamente. Pujante y bienhechora, esta solidaridad se percibía ya en el ambiente de brutalidad que nos rodeaba. No era un eslogan vacío de contenido, era algo más, era un estado de conciencia que, a medida que transcurría el tiempo, invadía el espíritu adormecido hasta entonces de los españoles, y su influencia bienhechora se extendió en ayuda de muchos de los reclusos de otras nacionalidades que no se recataban en demostrarnos su admiración, porque ellos, con bastante menos tiempo de permanencia en el campo, estaban pasando todavía por el período de embrutecimiento que nosotros, los españoles, ya habíamos superado.

También los reclusos alemanes, todos ellos ostentando el triángulo verde o negro, se habían reunido en grupos, pero en ellos, por tratarse de delincuentes de derecho común y con mentalidad de tales, no era precisamente un sentimiento de solidaridad lo que les impulsaba hacia el agrupamiento. Sus instintos criminales les arrastraban hacia la lucha entre sí, lucha cruel y despiadada, sin importar los medios guiados por la ambición de alcanzar los más elevados puestos de mando o de control, para, desde allí, disfrutar de todas las ventajas y poder impunemente ensañarse en la cosmopolita masa de reclusos, desahogando sus instintos de sádicos incorregibles. Todos ellos o casi todos llevaban largos años de reclusión, cumpliendo por sus delitos contra la sociedad, condenas que oscilaban entre los veinte años de trabajos forzados hasta la cadena perpetua. La lucha de esos grupos, con características de banda, revestía caracteres esencialmente destructivos. Ya solamente

quedaban dos bandas; una de ellas formada por el Lageralsteter (a) el Gordo, el secretario del campo, tres o cuatro blockaltester, entre los cuales se hallaba uno llamado por sus fechorías Al Capone, y tres o cuatro cabos de vara de los más temibles del campo. Los primeros en formar camarilla fueron el «Chato» y Franz, que eran los decanos del campo, el primero era simplemente cabo de vara, pero que hacía las veces de jefe de campo cuando solo había 4 blocks y Franz era el jefe de cocina, cargo que ya tuvo que ganar eliminando a otro compañero que sufrió una ligera indisposición y que, una vez terminada su convalecencia, su puesto había sido ocupado por Franz, quien para conservarlo se valió del «Chato» que con la ayuda de «El francés» acabaron con el convaleciente, obligádole a arrastrar, durante horas y horas, un rodillo de piedra.

El otro grupo, quizás menos numeroso, pero seguramente más influyente por los cargos que desempeñaban, estaba compuesto por Franz, jefe de la cocina; el jefe del almacén del pan; el Revier (jefe de la enfermería), dos o tres blockaltester y dos o tres cabos de vara, entre estos últimos el Chato, unido en relaciones deshonestas con Franz, que era quien capitaneaba este segundo grupo que, como puede verse, copaba los puestos clave y por lo tanto los más codiciados. El Gordo, por su condición de Lagesaltester, se hallaba en contacto permanente con la SS, aprovechándose de esta circunstancia para intrigar cerca de ellos en un infatigable intento de sustituir a los de la banda rival. Felinamente acechaba las oportunidades, hasta que un día su constancia fue premiada con un accidente inesperado. Franz, el jefe de la cocina, sintióse repentinamente enfermo y por ello trasladado rápidamente a la enfermería, el Gordo que no perdía el tiempo, acudió diligente a proponer un sustituto, aunque fuera a título provisional, entre uno de sus hombres y que le era particularmente adicto. El Komandofhurer encargado de los servicios de intendencia aceptó indiferente la sustitución del enfermo, hasta que se restableciera, pero con sus manejos e intrigas consiguió el Gordo que aquel hombre ganara la confianza del Komandofhu-

rer y quedase definitivamente como jefe de la cocina desbancando a Franz. Aquella ligera indisposición tuvo consecuencias catastróficas para la banda de Franz quien, al ser dado de alta, personóse en la cocina de la que salió al poco rabioso y de mal talante, al saberse destituido y destinado al block nº 4, cuyo jefe pertenecía a la banda de el Gordo y que, muy diplomáticamente, después de expresarle su sentimiento por lo ocurrido, le asignó un camastro y le incorporó sin más a un grupo de trabajo, no precisamente de los mejores. Salió Franz, al día siguiente, con su grupo al lugar de trabajo, pensando seguramente en que no tardaría en volver a brillar su buena estrella y estuvo a punto de ver confirmadas sus esperanzas, cuando un vigilante de la SS que acompañaba a su grupo le reconoció, inquiriendo los motivos de hallarse en tales circunstancias. Este SS que seguramente debía estar en deuda con Franz por algún favor recibido, cosa muy frecuente en aquel campo, le prometió interesarse por él y que por lo menos le serían restituidos los galones de cabo que ya ostentaba antes de entrar en la cocina. Aquel día, Franz regresó al campo muy alegre y confiado y hasta cierto punto tenía motivos para estarlo, pues de llegar a verse nuevamente ascendido de jerarquía, le confería el derecho de lucir en su brazo izquierdo los galones de cabo y, a poco que la suerte le acompañara, la reconquista de una privilegiada situación e incluso recuperar su perdido empleo de Jefe de cocina, y una vez realizados sus sueños, vengarse cumplidamente de sus rivales. Ya verían ellos quien era Franz. Una vez más, se repetía el cuento de La Lechera.

Puede darse por descontado que no fue muy bien acogida por la banda de El Gordo la orden dada por el Komandofhurer, de ascender a cabo inmediatamente al ex jefe de cocina y además darle el mando de un grupo de trabajo. La orden de ascenso no podía ignorarse, viniendo de quien venía, y a regañadientes se cumplió, pero el Gordo no era hombre que se andara por las ramas ni que retrocediera al primer obstáculo, así que decidió atajar el mal cortando por lo sano. Para ello eligió el camino más corto, y aquella

misma tarde cuando entraba en el campo de regreso del trabajo el flamante cabo a la cabeza de su grupo, le llamó aparte y le advirtió, como quien no quiere la cosa, que en su propio beneficio era preferible que no regresara vivo al campo. Franz, que por su parte había aplicado a otros el mismo sistema, pareció no comprender el aviso que acababan de darle y se quedó plantado, viendo cómo se alejaban de él El Gordo y su lugarteniente el Secretario. También al Chato le fue hecha la misma advertencia, pues el implacable y expeditivo Lageraltester lo consideraba peligroso, por ser el brazo derecho de Franz y, según sus planes, se imponía tal medida para dejar libre el camino de acceso a sus ambiciones. El Chato, que llevaba sobre sus espaldas quince años largos de reclusión, conocía a fondo la vida interna de los campos de concentración y en tan larga experiencia había aprendido que aquella advertencia era en realidad una sentencia de muerte inapelable. Pensando en ello no durmió en toda la noche y no hallando su ingenio un medio de soslayar tan draconiana medida, tomó ya en aquella interminable noche la juiciosa determinación de tomar en cuenta la advertencia del Gordo.

Tampoco Franz debió dormir muy tranquilo, pero menos conformista que su camarada, creyó poder eludir el cumplimiento de aquella orden, a su juicio y según sus principios no era justo que pretendieran eliminarle, precisamente a él. En su inconsciente egoísmo de delincuente no se acordaba o no quería recordar que él mismo había aplicado el mismo procedimiento. Nadie sabrá si consiguió o no conciliar el sueño, pero si consiguió dormir seguramente fue con la convicción de que a él no podía ocurrirle semejante cosa. No se le alcanzaba que habiendo sido verdugo pudiera trocarse en víctima. Ambos condenados salieron por la mañana con sus respectivos grupos. El Chato que, como cosa de milagro, nunca carecía de cigarrillos, se pasó el día fumando nerviosamente cigarrillo tras cigarrillo. Taciturno y en silencio, iba de un lado a otro, sin apalear ni aún gritar a sus hombres conforme a su costumbre. Estos no dejaron de observar tan feliz anomalía y pensaron acertadamen-

te que algo extraordinario debía ocurrirle. De pronto y cuando ya mediaba la tarde, llamó a su asistente y sentándose ambos sobre una piedra, tras unas breves palabras de patética despedida, le hizo entrega de un par de cigarrillos que le quedaban, junto con la pitillera y un encendedor, sin pensarlo más, incorporóse de su improvisado asiento, con el rostro pálido y demudado, pero sereno, se dirigió hacia el límite permitido, dispuesto a franquear la linea convencional entre centinela y centinela. Uno de ellos, al reconocerle, le llamó la atención, indicándole que retrocediera, pero el Chato, saludándole con una mueca a modo de sonrisa, siguió avanzando unos pasos más y cayó fulminado, al mismo tiempo que se oía el disparo del fusil que le había dado certeramente en la sien. Había rebasado la línea de la muerte y los centinelas de la SS que siempre llevaban el fusil en el brazo y dispuesto con una bala en la recámara, demostraron una vez más su pericia en la caza del hombre. No hubo necesidad de un segundo disparo y en estas ocasiones se sentían especialmente orgullosos de su puntería. Ni que decir tiene que el verdugo se había quedado tan tranquilo, como si en lugar de tratarse de un ser humano se hubiera tratado de una alimaña; después de todo el parte del día bastaría con «Intento de fuga».

En el lugar donde había caído permaneció el cadáver hasta la hora de retirarse del trabajo para reintegrarse al campo. Los reclusos, después de recoger las herramientas, se hicieron con una carretilla de mano en la que colocaron el cuerpo del Chato, para ser conducido al campo, entre la siempre correcta formación, que en esta ocasión los acontecimientos del día la habían convertido en un silencioso e indiferente cortejo fúnebre. Al franquear la puerta de entrada al campo, se efectuó como siempre el rutinario recuento del grupo y cómo el número de los que entraban correspondía exactamente al de los que habían salido por la mañana, el hecho de entrar vivos o muertos carecía de importancia para los encargados de efectuar tal comprobación, pero no para el Gordo que, en compañía de algunos miembros de su pandilla, se hallaba apostado cer-

ca de la entrada, al acecho de los acontecimientos que de momento no podían ser más halagüeños. No por eso dejó que sus facciones demostraran la satisfacción que sintió al ver la macabra carretilla y adivinar su contenido. Solo la mirada de inteligencia cruzada con sus compinches dio a entender su complacencia. El brillo de sus ojos en rápido centelleo transmitieron su mensaje «sentencia cumplida» y adelantando unos pasos, al tiempo que simulando una sorpresa que no podía sentir sinceramente, dio a los que traían el vehículo la orden de dejarlo allí mismo, junto a la entrada, con el designio, seguramente, de hacer más patente, ante sus rivales, todo su poderío y darles tiempo para que se convencieran del fin que les aguardaba, si no capitulaban inmediatamente. Hecho esto, volvióse a su sitio, junto a los suyos, para reanudar la espera, ya que según sus cálculos, faltaba otra carretilla. Como quiera que el grupo de Franz era uno de los últimos en llegar, el Gordo y los de su camarilla, sin la menor impaciencia aparente, seguían charlando animadamente; de improviso, uno de ellos hizo una seña a su «jefe». En efecto, llegaba el grupo de Franz y lo más sorprendente era que Franz, el odioso Franz, con la cabeza erguida y el gorro en la mano, según las ordenanzas, se destacaba inconfundiblemente a la cabeza de su grupo. O era un inconsciente que no había sabido valorar en todo su alcance la advertencia que le habían hecho el día anterior, o era un cobarde por no haber tenido valor para cumplir su propia sentencia.

En cuanto pisó el umbral de la puerta, sus ojos descubrieron inmediatamente la carretilla y en ella a su compañero. No pudo evitar que asomara a su rostro todo el terror que sentía y quedóse pálido cual la muerte, su mirada extraviada se posó sobre sus verdugos que le contemplaban sonrientes, con una sonrisa ambigua a nadie dirigida en particular, algo así como si les acabaran de prometer una larga compensación por la decepcionante sorpresa de aquel momento. Franz se sintió acorralado y como un autómata pasó ante aquel grupo, dirigiéndose lentamente a su litera. El Gordo, sin per-

der tiempo, hizo buscar a Enriquito[13], un desalmado español, con el cual tenía gran amistad y que seguramente reunía las condiciones necesarias para llevar a cabo sus maquiavélicos planes. No tardaron en hallar a Enriquito y mucho menos el Gordo en exponerle lo que de él se esperaba. En todo debió estar conforme, pues se limitaba a mover la cabeza en señal de asentimiento, y en prueba de su buena voluntad, cogió el mango roto de un pico que le entregaron y con él asido fuertemente encaminó sus pasos al block nº 4; junto a la puerta y medio oculto, dejó el garrote, hecho esto se adentró en el barracón hasta llegar al rincón donde se hallaba la litera de Franz, éste levantó la cabeza sobresaltado y Enriquito tuvo que repetirle su petición que le acompañara hasta la calle, pues le quería hablar, sin testigos, de algo muy importante. Ignoro si Franz se receló la emboscada o cayó incautamente en ella, sea como fuere, levantóse y adelantándose a su interlocutor que le había cedido intencionadamente el paso, llegó a la calle en el preciso momento en que Enriquito que había cogido el palo, le atestaba un terrible y sonoro golpe en mitad del cráneo del desventurado y desahuciado ex jefe de cocina.

El lageraltester y su «gang» que, a partir de la eliminación de Franz y el Chato, reinaban en el campo sin ningún control y se consideraron seguros en sus puestos que, como he dicho, eran los puestos clave. Su comportamiento podía compararse al de los nuevos ricos, ese gente sin escrúpulos que surge generalmente en circunstancias muy particulares, pero generalmente por procedimientos de muy discutible moralidad. Valiéndose de los propios presos, traficaban con todo lo traficable, procurándose en abundancia el conocido aguardiente alemán llamado «snaps»; nada ni nadie hu-

13. Posiblemente se refiere al alemán conocido como Enriquito o Manolita, que actuaba como intérprete oficial en el campo, por conocer el idioma a partir de su estancia en Barcelona durante la Guerra de España.

biera sospechado que el uso del aguardiente era objeto de estricta prohibición, razón por la cual tomaban sus precauciones, y que a uno de ellos costó la vida precisamente el exceso de celo en ocultar la existencia y posesión de un frasco de snaps.

El asistente, español por cierto, de uno de los lugartenientes del Gordo era el encargado de la custodia de la botella de snaps; su jefe, un día, en ausencia del español, quien no había regresado todavía del trabajo, sintió la acuciante necesidad de echar un trago y metiendo la mano en la abertura del jergón de paja donde dormía su asistente, dio de lleno con una botella y suponiendo se trataba de lo que buscaba, tragóse una buena cantidad de su contenido, pero cuando vino a darse cuenta de que el sabor de lo ingerido difería del que esperaba hallar era ya demasiado tarde y, desgraciadamente para él, en lugar de snaps era sosa cáustica, celosamente ocultada por su asistente y que estaba destinada a la limpieza del pavimento del block. Cuatro días duró su agonía, gracias a su fuerte constitución, pero no lo suficiente para permitirle sobrevivir con las entrañas corroídas por la sosa cáustica.

También el oro era objeto de tráfico, pero esto tenía mayor envergadura y los principales interesados se hallaban entre los altos mandos de la SS, y el único intermediario era precisamente el Gordo, quien, por confidencias, sabía cuales eran los reclusos que en su boca, para su desgracia, existían unos gramos de oro. Desde luego, ser poseedor de alguna pieza de oro en la boca suponía una persecución constante, al objeto de precipitar su muerte para entrar en posesión de su dentadura o parte de ella. Yo personalmente que desde hacía años llevaba un puente de oro, opté por arrancármelo y venderlo por unos pedazos de pan al propio asistente de El Gordo, antes de que se dieran cuenta de ello. Desde luego el oro en la boca era una sentencia inmediata que yo evité, sin tener en cuenta que teniendo muelas no tenía pan y cuando tuve pan, aunque fuera poco, carecía de muelas con que masticarlo, triste paradoja, pero agradable realidad. El Lageraltester traficaba a espaldas de las SS

con las dentaduras de oro, hasta el punto que entre sus servidores tenía un recluso yugoslavo, de oficio mecánico dentista. Le proporcionaron algunas herramientas, muy pocas, pero con ayuda de otras, totalmente de circunstancias, llegó a construir auténticas maravillas que le acreditaron como un verdadero artista; esto le valió conservar su vida, pues además de recibir alimentos extra, la mayor parte de los días se quedaba con el menor pretexto en el campo y eso que los esbirros de la SS controlaban severamente las faltas al trabajo. Pero su ángel tutelar le mimaba y cuidaba justificando siempre su permanencia en el campo, por lo menos hasta terminar con la importante tarea que le había encomendado. Una vez realizada pudo el Gordo tener una flamante y refulgente dentadura, aunque no prescindió totalmente de él, tuvo que incorporarse a los pesados trabajos propios de los reclusos.

Hechos como el anterior eran moneda corriente entre los alemanes que, ya al principio de su llegada a Steyr, habían eliminado a Garrofé, de la manera más alevosa y cobarde, por considerarle excesivamente audaz y con suficiente personalidad para disputarles u influencia; por ello, invitáronle un día a una pequeña fiesta de capitostes y con el café (ersatz) le administraron una buena dosis de veneno que le dejó inmediatamente fuera de combate. Después de esto no hubo ya otro español, durante mucho tiempo, que descollara lo suficiente como para hacerles sombra, antes de que esto sucediera ellos ya habían escalado y copado los mejores puestos y dejaron de preocuparse de nosotros, dejándonos recoger las migajas que ellos despreciaban y, al socaire de esta indiferencia, eran muchos los españoles que iban situándose, en la cocina, en las duchas, en la carpintería, en el almacén del pan, jefes de Stube y cabos de vara; incluso los propios alemanes del triángulo verde tenían asistentes españoles en los cuales depositaban toda su confianza, pues una de las razones más importantes de nuestro prestigio era la virtud, fundamental en los campos de concentración, de no ser chivatos, podían estar seguros y lo estaban de que en todos sus

manejos y cambalaches nunca serían delatados por un español. En un régimen penitenciario son necesarios los delatores, pero siempre despreciados, incluso por quienes de ellos se valen; en Steyr también los había, pero sin excepción fueron inmolados uno tras otro, dado el régimen de terror imperante en el campo. Los Judas que se vendían por los treinta dineros no sobrevivían a sus chivatazos, y de ello los españoles habían hecho una virtud y conquistado un prestigio que los elevaba por encima de toda sospecha, porque en sus carnes habían sentido los rigores de los más terribles castigos; a centenares podría poner los ejemplos de camaradas que aceptaron sin chistar el apaleamiento brutal puesto en práctica, en algunas ocasiones, por el mismo individuo que, de haber hablado el apaleado, habría resultado complicado en lo que se pretendía hacerle confesar.

Éste era quizás el motivo más importante en que se fundaba la razón de que en las luchas destructivas de los triángulos verdes no fueran nunca dirigidas contra los españoles, cuyo prestigio, a tan alto precio conquistado, les permitía al cabo de tanto tiempo robar a los mismos que nos destruían, así podía verse que mientras el responsable alemán del almacén del pan robaba para que su camarilla no careciera de nada, puesto que el pan era como una divisa con la que podían adquirirlo todo, ya fueran cigarrillos, snaps, dentaduras de oro, etc. Los panes robados por los españoles serían la salvación de un regular número de compatriotas. No se debe pasar por alto que entre los españoles habían denigrantes excepciones, pero éstas, al fin y al cabo, venían a confirmar la regla, la regla en este caso era ese espíritu de solidaridad que iba adueñándose de la mayoría. Enriquito, ese criminal en potencia, del cual todos los triángulos verdes se servían en múltiples ocasiones, como en el caso de Franz, era una de las excepciones; otra excepción, uno llamado «El capitán», apodo por el cual le conocíamos todos, debido a que su profesión, según contaba, era de oficial de la marina mercante. Pues bien, este sujeto, bajo la apariencia de buen compatriota, al verse elevado a

la categoría de jefe de Stube, reaccionó de forma lamentable. Era ese capitán de pacotilla quien, cuando iba a recoger las raciones de pan correspondientes a su Stube, los españoles encargados de hacer la entrega siempre le daban buen número de panes sustraídos; ese número de panes sustraídos debía repartirlo entre los más necesitados, pero él, haciendo un mal uso de la confianza otorgada por sus compañeros, en lugar de distribuirlos a quien debía, los daba generosamente a sus «concubinas», cuatro jovenzuelos, a quienes el hambre en aquel ambiente propinó doblez y pervirtió, con la complicidad de esos abyectos protectores. Pasó mucho tiempo, pero se supo al fin el mal uso que hacía del pan recibido, a partir de cuyo momento se buscó otra persona más idónea para tal menester.

Antes de seguir adelante, quiero dejar bien sentado que unos días después de ser liberados, fue juzgado el «Capitán» por un grupo muy numeroso de españoles, constituido en tribunal. La sentencia consistió en repudiarle por unanimidad, advirtiéndole que en el caso de querer aprovecharse de su condición de español y ex deportado, en cuanto se le descubriera, sería denunciado como colaborador del régimen nazi (entonces no se conocía todavía la denominación de criminales de guerra). La misma pena recayó sobre otro español (a) El vasco, un energúmeno carente de principios y de cultura que, por su corpachón y voz atronadora, había llegado a cabo de vara, haciendo mal uso de su jerarquía, maltratando de palabra a los españoles, y de palabra y obra a los de otras nacionalidades. Ignoro si cumplieron la sentencia, pero supongo que sí lo hicieron, pues nunca más he vuelto a saber de ellos, ni nadie ha sabido darme informes sobre tales indeseables.

Sobre Enriquito no recayó condena, porque él, muy avisado, se fugó a tiempo, aprovechándose de la euforia que nos invadió a todos al ser liberados; en su criminal mentalidad no distinguía de nacionalidades, a todos maltrataba y trataba por igual, excepto si se trataba de superiores a él en jerarquía. Entonces se convertía en el ser más servil y rastrero que puede imaginarse; era, por servilismo,

capaz de las mayores atrocidades con tal de hacer méritos. No quiero acentuar más su reprobable conducta, habida cuenta de que yo fui una de sus víctimas, aunque la que salió mejor librada; quiero referir lo ocurrido porque en ello van implícitos algunos aspectos de la vida del campo.

Algunos jefes de barraca, todos ellos del triángulo verde, y por ello gente del hampa y delincuentes, eran por las circunstancias los más refinados en la eliminación de reclusos y también en sus gustos. Los había que diariamente se hacían los pies, es decir, tenían un recluso que con una gilette les eliminaban los callos y durezas de los pies, otros se hacían lavar y planchar la ropa diariamente, en fin, refinamientos de los que nunca hubieran podido disfrutar de no ser por las excepcionales circunstancias que el campo les proporcionaba. Franz, del cual ya conocemos su fin, disponía de dos músicos, uno que tocaba admirablemente la guitarra y el otro el violín, ambos españoles. Todas las noches, una vez acostados, reclamaba a voces a los músicos, para que amenizaran su «bien merecido descanso». El «Chato», a quien también hemos conocido, participaba de tales conciertos por las relaciones inmorales que le unían a Franz; compartía los conciertos que no siempre eran nocturnos. Volviendo a mi relato, el «Chato» se propuso a base de dos músicos formar una orquesta o conjunto musical e hizo circular la noticia de que todo aquel que fuera capaz de tocar un instrumento se presentara a él. Naturalmente se presentaron algunos, pero por tratarse músicos que tocaban el piano o instrumentos poco idóneos, fueron rechazados. Yo que en mi juventud había cursado estudios de violín, me presenté con la esperanza de conseguir un enchufe, pero el Chato, al ver mi lamentable estado, torció el gesto y estuvo a punto de despedirme a puntapiés, pero pensándolo mejor, optó por preguntar que instrumento conocía; cuando supo que yo tocaba el violín, volvió a arrugar la nariz diciendo que no disponía de tal instrumento, pero si de una mandolina y si me atrevía con ella, mía era la plaza. Como es de suponer, me apresuré

a asegurarle que no tendría ninguna dificultad, puesto que, aparte del arco, son afines en el tono y en la gama de notas; al día siguiente me entregó la mandolina y yo empecé a practicar con ella en los pocos ratos libres de que disponía; en total habíamos formado un conjunto de seis músicos, con los que solo una vez pude mostrar mis habilidades; fue con motivo de un pequeño recital que, a modo de exhibición, efectuamos por orden del Lager Führer, ante unos forasteros que visitaron las instalaciones de la SS. Un cazo de comida agria y unos cigarrillos fueron el premio otorgado a nuestros esfuerzos por complacer al Lager Führer, de modesta o quizás de provocadora puede calificarse la compensación recibida, pero para mí tuvo gran importancia, por ser la primera vez que recibía algo fuera de lo acostumbrado.

De este corto período en que formé parte del conjunto musical, deberé guardar siempre un grato y fiel recuerdo, pues si bien es cierto que no tuve ocasión de obtener mayores beneficios alimenticios, que a fin de cuentas era la máxima aspiración de todos, en cambio me salvó la vida en dos memorables ocasiones.

La primera vez fue con ocasión de que el Lager Führer, en una de sus acostumbradas y frecuentes selecciones, estaba eligiendo entre los más agotados, un grupo de hombres para remitirlos al campo central de Mauthausen, con destino al horno crematorio, ya que de acuerdo con la selección se trataba de material poco rentable y por tanto inservible. Yo fui de los primeros en ser elegidos, al darse cuenta el «Chato» de mi poco envidiable situación, aprovechó la circunstancia de que el Lager Führer se hallaba al otro extremo de la formación para sacarme de un empellón de aquel «montón de chatarra». He de suponer que este gesto obedecía al deseo de no ver menguado el número de su exiguo conjunto musical, aunque fuera así, le estaré eternamente agradecido. Ni que decir tiene que salí de allí corriendo como un poseído hacia mi alojamiento. Al llegar al barracón, me metí en el último rincón, debajo de una litera, temeroso de que notaran mi ausencia. Precaución inútil, pues según

la costumbre establecida, cuando al Lager Führer le parecía haber apartado a los más agotados, los subalternos se encargaban de hacer el recuento de los definitivamente desahuciados y de hacerles la correspondiente filiación para darles de baja en el campo de Steyr.

Algo parecido ocurrió en la segunda vez que resulté seleccionado por el incansable y celoso Lager Führer, pero en esta ocasión no esperé a que el Chato me descubriera entre los condenados, fui yo quien me escurrí del grupo de presuntos cadáveres, dirigiéndome a mi salvador para, con su aquiescencia, salir disparado hacia el barracón.

A los pocos días de estos dos episodios, dejé de pertenecer al grupo musical por obra y gracia del malhadado Enriquito que, en determinado momento, sintiéndose aburrido en su ociosidad, se apoderó de la mandolina y jocosamente pretendió hacerle brotar algún aire por él conocido, pero lego en tales habilidades, viendo que no conseguía hilvanar dos notas seguidas, se enfureció y estrelló la mandolina contra la estufa ante la cual estaba sentado. Realizada su bárbara hazaña, se quedó tan tranquilo y satisfecho, como si el culpable de su poca habilidad hubiera sido el destrozado instrumento. Desde aquel mismo instante quedé cesante y al margen del conjunto musical, sin más consecuencias, pues el «Chato» que pocos días antes me había salvado la vida por no ver disminuido el conjunto que él había creado, al oír la explicación dada por su colega Enriquito estalló en una formidable carcajada, coreada por cuantos les rodeaban. Pero esta era la conducta de los que constituían la excepción de esa magnífica y pujante solidaridad que, lenta pero sólidamente, iba imponiéndose en el campo por la entrega de los españoles, quienes con ejemplar conducta oponíanse con riesgo de sus propias vidas a la continuación (...).

Terminado el edificio construido en las proximidades del campo, quedó allí un número reducido de reclusos para atender las pruebas de los motores de la aviación, el resto quedó ocupado en distintas obras, entre ellas construir una piscina para los alumnos de la escuela industrial anexa a la fábrica Steyr. Esta piscina tenía otros fines, tales

como recoger el agua producida por el deshielo al llegar la primavera, evitando el encharcamiento en las numerosas calles que cruzaban la fábrica de automóviles; se terminaron también las obras de pavimentación y aceras de esas calles. Como quiera que habíamos construido un pequeño refugio contra los bombardeos, que además de su capacidad no ofrecía mayor seguridad, se comenzó la construcción de otro refugio que llegó a tener inmensas proporciones; por cierto que, al iniciarse precisamente esta construcción, la fábrica Steyr sufrió un terrible bombardeo que la tuvo paralizada cerca de un año, a causa de dicho bombardeo pereció gran número de empleados civiles de la fábrica que se habían refugiado, como de derecho correspondía tal privilegio, en el primero; en cambio entre los reclusos, que por grupos se limitaron a alejarse rápidamente de la factoría, no hubo bajas, pero a los pocos días volvieron los aviones aliados y al oírse las sirenas dando la señal de alarma y creyendo que se repetiría el bombardeo sobre la ya totalmente destruida fábrica, el sonar la sirena en señal de «peligro de bombardeo» fuimos reunidos los presos precipitadamente y, debidamente custodiados, nos alejaron cuanto les fue posible, pero entonces resultó que el objetivo no era la fábrica, sino las defensas aéreas que las rodeaban. En esta última ocasión sí hubo bajas entre los reclusos, pero mínimas en comparación con las que tuvieron los ober-schutz (guardias particulares de la empresa), la desgracia se cebó en ellos, en cambio no las hubo entre los de la SS aunque, como nosotros, fueron víctimas del pánico, quizás se asustaron más que nosotros, pues a uno de ellos que se tendió junto a nosotros al caer las primeras bombas le oí musitar «alles buider», es decir, todos somos humanos. Al tiempo que quedábamos cubiertos de tierra levantada por las explosiones, ese mismo SS, poco antes, cuando nos retirábamos a toda prisa de la fábrica, apremiándonos a que aligeráramos el paso, al ver que uno de los reclusos no podía seguirnos le esperó unos instantes y viendo que no era humanamente posible hacerle ir más prisa, le disparó a quemarropa un tiro, dejándole tendido y, a todo correr, se reunió con los demás. Pasado el peligro, volvimos a inte-

grarnos a nuestro trabajo que había aumentado desesperadamente, pues todos los brazos disponibles estaban dedicados a desescombrar las numerosas naves derruidas y poner al descubierto cientos y cientos de máquinas. Entre los escombros aparecieron algunos cadáveres, circunstancia que un español aprovechó para apoderarse de un magnífico par de zapatos, pensando seguramente en la cantidad de pan que aquello podía proporcionarle. Desgraciadamente fue denunciado por un sujeto que se ve no tenía el elevado espíritu de cerrar la boca a su debido tiempo, por lo que, al cabo de poco tiempo, vimos llegar al Komandofhurer quien, a grandes zancadas y con semblante enfurecido se dirigía hacia el lugar en donde en aquel momento estaba trabajando el autor del hurto; providencialmente estaba allí el cabo Camacho[14], un español muy joven por sus años, pero viejo ya por las experiencias vividas en el campo. Este Camacho, al ver acercarse al Komandofhurer, se dirigió a él y, al tiempo que se descubría y cuadrándose le daba la novedad; cuando se enteró de los motivos del furor del Komandofhurer y sin darle tiempo a que pusiera en práctica todas o parte tan solo de sus amenazas, se dirigió rápidamente hacia el grupo de españoles y apremiando a que se confesara por sí mismo el ladrón, le propinó una serie de golpes más aparatosos que reales, alejándole en lo posible de la intervención del Komandofhurer que, viendo como golpeaba y maltrataba al interfecto, se fue calmando e incluso mostróse satisfecho al ver aparecer tan rápidamente el par de zapatos que tanto alboroto estaba causando. Resultaba evidente para nosotros, que conocíamos la conducta y modo de proceder de Camacho, que aquellos golpes tan teatralmente propinados habían salvado a nuestro compatriota, pues de haber sido castigado personalmente por el Lager Führer, habría regresado, mejor dicho no habría regresado, sino que hubiéramos tenido que devolver al campo a un cadáver.

A medida que se quitaban escombros se habilitaba, de manera

14. No hay constancia de ningún deportado con este nombre en Steyr.

circunstancial, la maquinaria, para reanudar el trabajo, se reanudó también la reconstrucción del refugio, estableciéndose tierras para precipitar su utilización y en su interior se instaló un puesto de socorro, a modo de hospital de sangre. Las galerías se cruzaban entre si para conseguir la mayor capacidad en el menor espacio posible, disponía de varias entradas o accesos, unas para el personal que trabajaba en la fábrica y otras para la población civil del pueblo de Steyr.

Durante la construcción de ese refugio aprendí un nuevo sistema de cocer patatas, conocía el sistema utilizado entre los que pavimentaban la calle, consistente en atravesarlas con un alambre y sumergirlas el tiempo necesario en el recipiente del alquitrán y dejándolas escurrir y enfriar, arrancarles la costra de alquitrán, como si de castañas se tratara. En el refugio no se disponía de fuego ni de alquitrán, allí el ingenio halló la manera de hacerlo valiéndose de otros procedimientos, se envolvían las patatas en un trozo de saco de papel, se depositaba en un cubo, conteniendo en el fondo un poco de arena y todo ello se cubría con cal viva; a los pocos minutos, las patatas quedaban perfectamente cocidas. En realidad la única dificultad consistía en conseguir las patatas, pero aún siendo muchas las dificultades, de vez en cuando uno u otro podía robar algún ejemplar, si podía acercarse al almacén de la cantina en el momento que las descargaban.

Ya en los últimos días de nuestro cautiverio, llegó al campo una gran cantidad de paquetes de la Cruz Roja conteniendo alimentos, estos paquetes iban destinados a los presos de nacionalidad francesa. Cuando eran requeridos para recoger esos paquetes en su inmensa alegría se mezclaba un no menor inmenso terror, pues sabían que en el trayecto desde donde los recogían hasta la barraca donde estaban albergados les amenazaba un gran peligro, desde luego este peligro no era imaginario ni mucho menos, pues ocurría que pululaban gran número de presos hambrientos que, a la vista de tales tesoros alimenticios, se lanzaban sobre el afortunado y le despojaban de todo o casi todo. Para evitarlo, solo un medio, y a

él recurrieron como el náufrago se agarra a la tabla salvadora, en estos casos la tabla solo podían ser los españoles, cuyo distintivo consistente en una S blanca sobre fondo azul ofrecía por su bien ganado prestigio una garantía de llegar íntegro el paquete a su destino. Yo mismo fui requerido por un compañero francés para que le acompañara, y confieso que me sentía agigantado por servir de guardaespaldas, aún a pesar de mi menguada y esquelética figura, exhibiendo mi triángulo azul, bastaba un (ilegible), para contener a aquellos famélicos compañeros en cuyos ojos brillaba el deseo de apoderarse de todos aquellos tesoros.

Cuando el fin estaba próximo y el frente operativo de los aliados se hallaba cerca, el mecánico dentista, (al que he aludido anteriormente) contaba ya con muchas posibilidades de asistir a la apoteosis final, lo mismo parecía en lo que al Gordo y a su camarilla se refería, por lo menos al contemplarles tan bien cebados y dispuestos, pero ellos sabían que sus días estaban contados, ni uno más, ni uno menos de lo que tardaran en llegar los ejércitos liberadores. Sus crímenes y fechorías no les permitían forjarse muchas esperanzas, en previsión de tales temores, por demás justificados, forjaron sus planes e hicieron acopio de víveres, en espera de cualquier contingencia que facilitara sus proyectos, no podían esperar al último minuto; era necesario poner tierra de por medio, pero esto solamente en el momento preciso. Dada la proximidad de las tropas aliadas, la disciplina iba relajándose paulatinamente, las fuerzas de la SS, encargadas de la vigilancia vivían horas trascendentes y más preocupados por el desarrollo de las operaciones que por lo que ocurría en el interior del campo. El Gordo y sus huestes cometieron un error de cálculo, al fijar el día de la fuga, los aliados no estaban lo suficientemente cerca del campo como para determinar la huida de los de la SS. Cuando aquellos criminales, aprovechando una oportunidad favorable, se fugaron, a pesar de que ya empezaba a reinar cierto desorden, los vigilantes, al darse cuenta, organizaron rápidamente una batida en toda regla y casi con la totalidad de la

guarnición. Era evidente que les preocupaba en mayor grado la fuga de aquellos hombres que habían gozado de su confianza que los que quedaban en el campo, aún contándose por miles. Desde luego podían dejarnos sin vigilancia y marcharse tranquilos, pues los que quedábamos no íbamos a perder la cabeza en el último instante, teniendo tan cerca la libertad. Sabíamos que un motín, en aquellos momentos, era jugarse la vida, cuando tanto sacrificio nos había costado conservarla y no podíamos jugárnosla a una sola carta teniendo ya tantas bazas a nuestro favor. En una palabra no se perdió la serenidad y con toda calma permanecimos en el campo, en espera de acontecimientos, que se producían con (...)

Eliseu permaneció en Styer hasta finales de 1944 cuando fue enviado al campo de Gusen. En este nuevo destino se incorporó a la fábrica subterránea donde había que trabajar duro, pero fue optimista al poderse librar de la nieve y el frío que le había rodeado a menudo en Styer. Un deportado francés con relaciones amistosas con republicanos españoles que sufrieron su mismo destino, Bernard Aldebert, por su formación profesional de caricaturista y publicista, radiografió de manera precisa las terribles condiciones en que penaban los condenados al trabajo esclavo en aquellos túneles, en su obra gráfica publicada en 1946 por la editorial Fayard y que en el año 2015 vio la luz en nuestro país[15].

Ni Eliseu ni el resto de condenados pudieron tomar conciencia de las dimensiones de las instalaciones en que trabajaban ni su finalidad. El sistema de túneles bautizado como Bergkristall fue uno de los más colosales proyectos diseñado con el más absoluto secreto de los tiempos del nacionalsocialismo; su área subterránea de alrededor de 45.000 m^2, tenía que albergar cadenas de montaje de las partes centrales del avión de combate «Me 262» y otros productos

15. *Viacrucis en 50 estaciones,* Ed. La Garriga Secreta.

de la industria de guerra. La realización del proyecto «Bergkristall» causó traslados en masa desde el campo de Gusen y periódicamente fueron incorporados más hombres, procedentes de otros campos, principalmente de Auschwitz-Birkenau, que quedaron instaladas en el campo de Gusen II**,** establecido oficialmente el 9 de marzo de 1944, con barracones sucios y abarrotados. En el mes de junio de 1944 había más de 3.000 prisioneros trabajando en unas condiciones brutales que causaron miles de muertes.

Así rememoró Eliseu Villalba su estancia en Gusen:

> Me hallaba en Steyr en las postrimerías del año 1944, cuando sin previo aviso una mañana formóse una expedición de la cual yo formaba parte y fuimos trasladados a Gusen. Ignorábamos al salir cual era nuestro objetivo y nuestra imaginación se perdía en conjeturas. «¿tú crees que nos llevan a Mauthausen? No sé, yo no recuerdo el camino por donde pasamos cuando nos llevaron aquí. Yo tampoco, añadió un tercero, pero en esa dirección debe hallarse Mauthausen»
>
> Nuestro estado de embrutecimiento era tal que en realidad nos daba igual un camino que otro, cuando, de pronto y sin saber de donde salió la noticia, el compañero que tenía más cerca me dijo: «¿Sabes a donde nos llevan? Como voy a saberlo, dije yo, «pues nada menos que a Gusen», añadió mi compañero con cara de espanto.
>
> No sé la cara que yo pondría, pues nadie se preocupó de decírmelo, pero estoy seguro que esa misma noticia, de habérmela dado unos años antes, es decir, antes de salir por primera vez de Mauthausen con destino a Steyr, de seguro que del susto me muero, ahora es distinto. Este maldito Steyr ha sido como un terrible Molok devorador insaciable de vidas humanas; acogí pues la noticia con filosofía, pero también con ciertas reservas, a pesar de las cuales no pasaron muchos minutos en llegar nuevos rumores confirmando la primera noticia, y a modo de pregunta uno me dijo: «Estoy seguro de Gusen no será peor que Steyr», a lo cual repliqué: «Eso mismo

fue lo que dije cuando salí de Mauthausen con destino a Steyr». En realidad no lo dije con el deliberado propósito de destruir su engañoso optimismo, pero conseguí que enmudecieran preocupados todos los que me rodeaban. Parece paradójico, pero se daba el caso renovado y siempre constante que en aquellos campos malditos en que los hombres morían a miles, lo único que no pudieron los nazis fue destruir eso, la esperanza, desde luego, una esperanza sin ningún fundamento; solo el instinto de conservación alimentaba con el deseo de subsistir la esperanza de salir con vida de aquel infierno, hasta el extremo que nadie osaba decir «Cuando salga de aquí». La expresión de tal idea siempre era condicionada, no obstante una llamita muy tenue se mantenía en nuestro cerebro y en realidad nos permitía soportar un día tras otro las condiciones infrahumanas en que iban muriendo, uno tras otro, miles y miles de hombres.

Mi compañero de nuevo insistió: «¿Crees que puede haber algo peor aún que el campo de Steyr?» Lo dejé sin respuesta, pues en aquel momento dos compañeros cercanos se estaba peleando, mejor dicho, discutiendo acaloradamente, puestos como gatos salvajes a saltar el uno sobre el otro. Desde luego, el motivo por el cual disputaban tenía su importancia, uno de ellos sustentaba el criterio que la tortilla con patatas superaba en mucho a la tortilla con cebolla y, por contra, su contrincante aseguraba todo lo contrario. La verdad es que si en aquel momento les hubieran servido una tortilla enorme, tan enorme como el hambre que sentían cada uno de ellos, la habrían devorado sin reparar si estaba hecha con patatas o con cebolla. Uno de ellos gritaba: «En tu vida te has visto harto, chalao, mira que decir que la tortilla es mejor con patatas que con cebolla» «Sí y lo repito, lo que pasa en que tu puñetera vida has tenido ocasión de comerte una tortilla» «Qué más quisieras tú que haberte visto harto, aunque fuera de bellotas» «A mí no me llames cerdo, porque te parto la cara...» Por extraño que parezca, nadie se rió de semejante disputa, ni nadie podía sorprenderse, puesto que de hecho nos dominaba a todos sin excepción un placer casi morboso de referirnos

en cualquier momento a las cosas de comer. Era un placer obsesivo, con frecuencia se elegía como compañero de trabajo al más afín en cuestiones culinarias y nadie rehuía el tema, a menos que se tratara de algún enchufado y, como tal, ajeno al hambre que imperaba en el campo. He de advertir que estos altercados se producían con frecuencia, ya que la conversación preferida era la comida. El hambre ya no lo sentían en el estómago, era un hambre cerebral que dominaba nuestros pensamientos y dictaba nuestra conducta.

Gusen está situado casi a dos kilómetros de Mauthausen, constituye algo así como una sucursal, aunque mejor podría decirse que es el depósito de cadáveres de Mauthausen. Cuando circulan rumores de que se va a formar una expedición, todos tiemblan por su vida, especialmente los más agotados, pues estos son generalmente los condenados al traslado. Una aureola de muerte rodea el nombre de Gusen, en cuyo campo los muertos se cuentan por miles, a los que se llevan no se les despide con un esperanzador «Hasta la vista», se les dice «Adiós», convencidos que no volveremos a verlos. Allí fui a parar con mis huesos en las postrimerías de la guerra, cuando ya se susurraba la derrota de nuestros esbirros, se adivinaba el fin de la contienda, pero no tan cercana que permitiera formular planes y concebir esperanzas. La muerte nos acechaba a cada paso.

Por fin llegamos a Gusen. Su aspecto difería muy poco de los otros campos, algo más destartalado por ser más antiguo, pero allí estaban las duchas, la enfermería y el horno crematorio, despidiendo aquel delicioso, a la par que odioso, olor a carne asada. Solo una diferencia que me impresionó profundamente, había dos blocks construidos con ladrillo muy semejantes a todos los demás, pero con dos plantas, quise verlo de cerca y penetré en uno de ellos. Aquello era infernal y nauseabundo, un griterío ensordecedor me obligó a salir. Un manicomio debe ser, según me imagino, un lugar más tranquilo y silencioso. Por lo visto acudían allí de otros barracones y saltaba a la vista que la disciplina era una entelequia y por ello constituía un atractivo irresistible.

Solo hallé en aquel campo un conocido, hacía muchos años que no le había visto, desde antes de la guerra, aún ahora no me explico cómo pudo reconocerme, debió ser alguna palabra referente a viejos tiempos lo que le dio la pista, de otro modo resulta inconcebible, pues con mis treinta y nueve años había ganado por mi aspecto el sobrenombre de viejo, con el que mis compañeros circunstanciales me señalaban.

Al día siguiente fui incorporado a un grupo que trabajaba en la fábrica subterránea, lugar nauseabundo en que las emanaciones del aceite de las máquinas hacían el aire irrespirable, pero tenía una compensación, allí no llegaba el frío, ese frío que constituye el azote de la población reclusa. Cuando llegué allí me quedé gratamente sorprendido, incluso llegué a considerarme un hombre afortunado y no pude evitar expresarlo en voz alta. «Creo que hemos tenido suerte». No fueron necesarias más explicaciones para que el compañero que venía a mi lado me contestara «Aquí creo que no pasaremos frío, algo habremos ganado, no teniendo que pisar nieve todo el día».

En efecto pudimos desentumecernos y sacar la cabeza fuera de los hombros, no faltó tiempo para adquirir información entre los habituales del grupo; solo, según sus informes, saldríamos de vez en cuando para descargar los camiones que llegarían con piezas de automóviles.

El trabajo no es pesado, pero hay que hacerlo deprisa, nos dijo uno, y otro más oficiosa añadió: »Las pulmonías están a la orden del día», a lo que el primero repuso muy convencido: «Prefiero morir de una pulmonía que morir congelado». Hube de conceder que este tenía razón, puesto que una pulmonía seguía un proceso rápido y definitivo; en cambio los que se veían obligados a seguir trabajando con las extremidades inferiores hinchadas por llagas purulentas producidas por congelación, para ellos el único cauterio consistía, tras largos sufrimientos, en la incineración. Estaba pues de acuerdo en que la pulmonía era preferible, pero allí había algo que momentáneamente no se manifestaba y al cabo de algún tiem-

po se convertía en un tormento, era el ruido de aquellas máquinas metidas en aquellos túneles que resonaban atronadoras. Salir para descargar los camiones, corriendo el riesgo de una pulmonía, constituía un alivio del cual disfrutábamos por turnos, pues la descarga se hacía en cadena (sobraba mano de obra) y no todos podíamos estar en el exterior; no obstante y a pesar de todos los inconvenientes preferíamos la fábrica a otros trabajos a la intemperie; además el trabajo era liviano y soportable, incluso era posible camuflarse internándose donde se proseguía la prolongación de los túneles; estos trabajos me desorientaban completamente, seguían a un ritmo regular, como si la guerra debiera prolongarse «ab eternum», no se escatimaban esfuerzos, claro que la mano de obra abundaba en proporción inversa al racionamiento, fue allí donde sorprendí sin que él se supiera descubierto a un español que cuidadosamente ensanchaba un charco de agua de los muchos que se formaban a consecuencia de las filtraciones. Ignoro si llevaba mucho allí escarbando, pero a poco de sorprenderle le vi sacar del pecho cinco o seis patatas que introdujo en el charco y arrancando de la pared unos cables eléctricos, los sumergió en el agua, que casi al instante comenzó a hervir. Oí unos pasos y vi una sombra que se acercaba cautelosa por el otro extremo del túnel, me alejé rápidamente temiendo me descubrieran en un punto tan alejado del que me correspondía; confieso que a medida que me separaba de allí sentía como si me hubieran arrebatado algo, sensación incomprensible, pero real. Por la noche supe el desenlace, aquel español había sido sorprendido por un cabo de vara, el cual, tras golpearle bárbaramente, le denunció a los SS quienes le acusaron de sabotaje. Le golpearon de nuevo hasta dejarlo exánime y aquella misma noche murió.

La fábrica subterránea estaba formada por cinco o seis túneles, unidos entre por pequeñas galerías, cada vez que sonaban las sirenas dando la señal de alarma, toda la población reclusa se dirigía desde todos los puntos a la fábrica subterránea que ejercía en estas ocasiones la función de refugio, reuniendo unos siete mil inter-

nados. Un buen día vimos como llegaban, en fila interminable, un grupo trasladando piedras que depositaban a la entrada de los túneles. Cuando hubo un alto montón de ellas ante cada una de las cuatro entradas, se presentaron otros reclusos con las herramientas adecuadas y algunos sacos de cemento; acto seguido comenzaron a levantar con aquellas piedras un muro que tendría como mínimo un metro de espesor. Todos los accesos, excepto uno, quedaron sólidamente condenados y como cosa lógica y natural surgieron los comentarios de los que, a juicio de todos, parecía hasta cierto punto incomprensible. «No comprendo por que tapian las entradas, pues con ello, cuando suene la sirena, será más difícil meter tanta gente aquí dentro» «No creo que sea por eso, pues cuando viene la gente a refugiarse utilizan las entradas de los dos túneles sin terminar de pavimentar» «Aún así, no veo la finalidad».

Y esto era lo que nos preocupaba. No podíamos ver la causa de tal medida. Era evidente que no se trataba de nada, absolutamente nada, que pudiera favorecernos, luego iban contra nosotros. De los comentarios se pasó a los rumores más fantásticos. Uno de ellos que también nos parecía fantástico llegó a confirmarse. En efecto, en la única entrada que habían dejado sin obstruir, llegó un grupo de reclusos con picos y palas y abrieron un boquete a cada lado, y en la parte inferior de las cuales debían instalarse sendas cargas de dinamita. El rumor más generalizado era que los alemanes querían impedir que los aliados utilizaran la maquinaria allí existente y de ahí la dinamita para el último momento, pero... y en este pero se contenía la bárbara realidad. Pero el segundo rumor era que, cuando los aliados se hallaran cerca, obligar a los reclusos con el pretexto de una supuesta alarma de bombardeo, a reunirse todos allí y una vez dentro volar la dinamita que nos cerraría la única salida. No tardó esto en ser confirmado por un grupo de presos que habían conducido unos bultos a la cima de la colina, dejándolos junto a los cinco respiraderos que de cada túnel se elevaban hasta la superficie de la montaña. Aquellos bultos no eran otra cosa que bidones de

gas letal. Fue entonces cuando los españoles mejor situados hicieron correr la consigna de que todos los españoles se procurasen o construyeran cuchillos o cualquier instrumento cortante algo que pudieran utilizar en el mismo instante que sonaran las sirenas, pues en lugar de acudir al refugio debíamos dirigirnos a la cantera de Gusen. Se previno a todos que debía correrse el riesgo de morir ametrallados, pero después de todo eso era solo un riesgo, en cambio, la muerte era segura y para todos, si nos dejábamos encerrar en la ratonera. Morir por morir que fuera en campo abierto, donde, aunque remota, quedaba la posibilidad de sobrevivir.

Afortunadamente para nosotros se precipitaron los acontecimientos, pues los aliados avanzaban más rápidamente de lo que la SS suponía y, de pronto, llegó al campo un contingente de hombres al mando de un oficial de la reserva con la orden de relevar a las fuerzas de la SS, con el definitivo propósito de alejarlos de su campo de fechorías, en un intento de eludir sus responsabilidades. El comandante de esas fuerzas de dirigió acto seguido al Lager Führer al objeto de hacerse cargo inmediatamente del campo, cosa que no pudo efectuarse en aquel momento, por cuestiones de trámite o más posiblemente porque los valientes de la SS no tenían prisa en incorporarse al frente de batalla, donde podían caer a causa de alguna bala irrespetuosa que no tuviera en cuenta su condición de SS. Matar impunemente había sido un sádico placer, pero, amigo, luchar donde se puede morir es otro cantar. En fin, el caso es que no se efectuó el relevo y las fuerzas encargadas de hacerlo fueron alojadas en barracones destinados desde hacía tiempo a almacenes de paja y, extendiéndola, construyeron sus lechos en espera de posicionarse del campo y ocupar los barracones de la SS.

Las fuerzas que componían el relevo eran hombres de edad madura, rebasaban seguramente los cincuenta años. Quiso la suerte que al día siguiente todos aquellos hombres estuvieran ya levantados y al oír el estrépito que con nuestros zapatos de madera producíamos al andar, salieran a contemplarnos como nos dirigíamos al trabajo.

Pude ver en su rostro el asombro y el estupor que les produjo nuestro lamentable aspecto, en realidad no había para menos, demacrados y encorvados, arrastrando los pies, por el general agotamiento, constituíamos un espectáculo poco edificante. El comandante de aquellos hombres que componían el relevo, atónito por lo que veía, pasó como un relámpago por su mente la responsabilidad que sobre el recaía, haciéndose cargo de tanto semicadáver; asustado, terminó de vestirse y sin pérdida de tiempo se dirigió al Lager Führer para exponerle sus preocupaciones. Este le escuchó sin inmutarse y con cínica sonrisa le respondió que por eso no debía preocuparse y le aseguró que bastarían unos días para mejorar nuestro aspecto y entonces podrían hacer el relevo. No quedó –según nos dijo más tarde– muy convencido, pero decidió aguardar en espera de los acontecimientos.

Para nuestra desgracia, al día siguiente se inició el plan de recuperación. Situándose en la puerta de acceso al campo, el Lager Führer y unos cuantos esbirros, a medida que salíamos para ir al trabajo, iban dirigiendo y separando, a ojo de buen cubero, a los más agotados y muy especialmente a los que su aspecto era más deplorable. En total seleccionaron unos ochocientos semicadáveres, los cuales consideraron el hecho de quedarse en el campo como un síntoma favorable, poco duraron sus mal fundadas esperanzas, pues inmediatamente después de ser contados minuciosamente fueron conducidos a un barracón, cuya función era de todos conocida, y tras recibir la orden de despojarse de todas sus ropas y ser recogidas, cerráronse puertas y ventanas y sus juntas cubiertas cuidadosamente con papel engomado. Hecho esto, subió un hombre al tejado del barracón y por la chimenea de la estufa dejó caer un bidón de gas letal, tapándolo rápidamente.

Me doy cuenta ahora que con este botón de muestra no me será posible convencer a los Sres. Claret de la existencia de las cámaras de gas, ya que en esta ocasión fue utilizado un vulgar barracón, pero no puedo rectificar, si he de ceñirme estrictamente a la verdad, lo siento, pero continuo.

Al segundo día repitióse la misma selección, pero con alguna variante; una de ellas que los seleccionados en esta ocasión fueron menos, en total unos setecientos, y la más importante es que estando avisados de lo ocurrido en la primera, todos, sin excepción, procuramos desfilar lo más rápidos y erguidos posible, en un intento de burlar a la muerte. Este segundo grupo siguió la misma suerte que el primero.

A muchos nos salvó la vida el rutinario proceder de aquellos desalmados, pues en ellos el hecho en sí de asesinar constituía un hábito creado por la propia impunidad, por lo tanto y como de costumbre obraron sin recato y hubo de trascender hasta al comandante entrante, el cual al enterarse de la trágica terapéutica, quien ya antes de llegarle el «soplo» había observado mayor ligereza en la marcha y no precisamente con aire marcial, pero si en los escuálidos cuerpos, más erguidos. Luego comprendió que las purgas nos habían aligerado y el miedo de ser seleccionados había puesto el resto. Sin pérdida de tiempo, se entrevistó con el Lager Führer y con insólita energía exigió se formalizara el relevo en el acto. Podría prolongar hasta el infinito relatos semejantes, pero si este no es suficiente sería tarea inútil, en cuyo caso solo cabe un imposible, que cuando el día 5 de mayo de 1945, al penetrar un tanque de las fuerzas aliadas en el campo se hubiera hallado junto a nosotros el Sr. Claret y compañía (...)

En vigilias de la liberación, se produjo el relevo frustrado de las SS por hombres de la reserva. Afortunadamente el desenlace de la guerra mundial en Europa ya estaba decidido, pese a los asesinatos de última hora en la cámara de gas que dieron a Eliseu argumentos para rebatir al Sr Claret, tal como narraremos en el capítulo 9. Además, a la par que las tropas aliadas avanzaban sobre el terreno, Eliseu y sus compañeros vivían atemorizados ante el peligro de que fueran encerrados en el interior de los túneles y fueran dinamitados por los SS. Bergkristall fue liberado junto con los campos de Mauthausen,

Gusen I, II y III, el 5 de mayo de 1945, por la 11ª División Acorazada del ejército de los Estados Unidos, ocupado e inmediatamente cerrado, posiblemente para ser utilizado en caso de que la guerra continuara.

No tenemos constancia de las circunstancias que vivió Eliseu durante la liberación por el ejército norteamericano, pero además de los objetos personales que pudo rescatar del campo, era recurrente la anécdota contada por él mismo a su hija, sobre su estrafalaria estampa, al ponerse encima un abrigo de las SS, abandonado en su huida. En efecto, sobre un hombre que tan solo pesaba 39 kilos recaía cual peso muerto la prenda de un fornido guardián, sin calibrar el peligro que se cernía sobre él, ante la posibilidad de ser confundido con un verdugo.

Con las siguientes frases contenidas en «Relato del cabo de vara llamado el Francés???», sobre los hechos sucedidos el mismo día de la liberación y referidos al castigo infringido a dicho cabo, ponemos punto final a las memorias conservadas de nuestro protagonista, desde su incorporación al frente en la guerra de España hasta su liberación del infierno nazi:

> Era indiscutible que nuestra ejemplar conducta, aureolada por la no menos ejemplar solidaridad, dio lugar a innumerables efectos y también a ciertos equívocos. El mismo día de ser liberados, cuando reinaba en el campo la natural alegría y también el ansia de hacer justicia, nos hallábamos en la barraca un numeroso grupo de españoles, cuando de pronto irrumpió en la reunión uno de los cabos de vara que había entrado huyendo de la persecución de un tumultuoso grupo de rusos; éstos al ver que el fugitivo se mezclaba entre nosotros, se detuvieron respetuosos, inquiriendo si nosotros los españoles teníamos razones especiales para proteger a semejante alimaña. Un compatriota nuestro les acompañó hasta la puerta diciéndoles que no existía ninguna razón para dejar impune al cabo de vara que perseguían, pero los españoles no podíamos negar

nuestra protección a quien a ella se acogía, no obstante les aseguró que vigilaran la barraca y que en cuanto saliera podían disponer de él, que fuera de ella nosotros no intermediaríamos. Ellos estaban seguros que no les defraudaríamos en su deseo de hacer justicia y simularon alejarse; el perseguido, al cabo de un buen rato, suponiendo tener expedito el camino, se dirigió a una de las ventanas de la parte trasera y saltó por ella a la calle, creo que no tuvo tiempo de poner los pies en el suelo, unas manos justicieras se apoderaron de él (...)

6

1945-1948
El peregrinaje por Francia y Andorra

Eliseu Villalba fue repatriado el 29 de mayo de 1945 a París, con una salud quebrantada por su largo cautiverio y un peso de 39 kilos.

El primer documento que da constancia de su paso por la capital francesa es el Certificado de nacionalidad expedido el 16 de julio de 1945 por la Oficina Central de Refugiados Españoles[16], núm. 188, firmado por el director de dicha Oficina y autentificado por el gobernador V. Valentin-Smith, delegado para Francia del Comité Intergubernamental para los refugiados, una vez obtenido el Carnet de Identidad de Extranjero expedido en Francia, el 12 de julio de 1946 y con validez desde el 5 de mayo de 1945, día de su liberación, hasta el 3 de marzo de 1947. Dicho documento era la aseveración de su condición de refugiado español, y con él podía solicitar el carnet de identidad extranjero o un certificado de identidad y de viaje.

Las informaciones que se desprenden del certificado son sus datos personales, la profesión de empleado municipal y la condición de repatriado del campo de Mauthausen, con domicilio en el núm. 46 de la calle Danton, en Le Kremlin-Bicêtre-Seine, una ciudad del departamento de Val-de-Marne, en la región de Ile-de-France, lindante con el sur de París, hecho que quizás se pueda relacionar con

16. Nº 45-766.

la existencia del hospital Kremlin-Bicêtre, al lado de la calle donde se alojaba Eliseu.

Con este documento otorgado por el gobierno provisional a partir del decreto del 15 de marzo de 1945, Francia resarcía a los republicanos españoles de la indignidad del trato con que les habían acogido en el invierno de 1939. Comenzaba, a la par, una larga serie de enfrentamientos entre la embajada de España en París y el Ministerio de Asuntos Exteriores francés. La representación española negaba la validez jurídica del decreto aludido, por cuanto asimilaba la situación de los españoles a la de los rusos y armenios, cuando la realidad de España consistía en unas fronteras abiertas y con las máximas garantías a los expatriados después de la guerra civil; en consecuencia, instaba a los expatriados procedentes de Alemania a dirigirse a los consulados españoles en vistas a su protección y repatriación. No hace falta insistir en que no fueron los consulados españoles el medio a través del cual los antiguos deportados canalizaron su situación, por lo menos en los primeros años después de su liberación, tal como estaban informados de la realidad de su país, sumido en persecuciones y encarcelamientos.

Además del documento expedido por la Oficina Central de Refugiados Españoles, Eliseu obtuvo el también imprescindible Carnet de repatriado, expedido el 7 de agosto de 1945 por el Ministerio de Prisioneros Deportados y refugiados en París, nº 429545-1309912. Con estos primeros trámites cumplimentados, una vez obtenido también el Carnet de Identidad de Extranjero expedido en Francia, el 12 de julio de 1946 y con validez desde el 5 de mayo de 1945, día de su liberación, hasta el 3 de marzo de 1947, siguió residiendo en París, en otro domicilio, en la calle de la Py núm. 23, cercana al cementerio de Père Lachaise, tal como consta en otro documento según el cual había firmado un contrato de trabajo de 15 meses desde el 3 de diciembre de 1945, con la genérica denominación de obrero. Ciertamente la fecha de este documento lo sitúa en París, ya

que se trataba de un permiso para salir de la capital y trasladarse a Perpignan, con fecha 14 de julio de 1946.

Posiblemente su precario estado de salud fue lo que le impidió cumplir con su contrato de trabajo y se trasladó a Andorra, donde el 2 febrero de 1946, el Dr. Josep Farras, cuya firma quedó legalizada el 2 de julio por el veguer francés de los valles de Andorra, le expidió un certificado médico que rezaba así: «*M. Eliseu Villalba Nebot que permanece en Andorra está imposibilitado de ir a Francia a consecuencia de una debilidad general contraída por la estancia de cinco años en los campos de concentración alemanes, y con imposibilidad de pasar el puerto*» (traducción del francés)

Pero el peregrinaje de estos años no cejó, posiblemente generado por gestiones y tratamientos médicos. El 18 de noviembre de 1946, Josep Ester, secretario de información de la FEDIP (Federación Española de Deportados e Internados Políticos), la asociación fundada en Toulouse en el año 1945, y también deportado al campo de Mauthausen con la matricula 64553, certificaba el periplo de Eliseu desde su entrada en Francia hasta su repatriación desde Mauthausen, con el carnet de repatriado 429545-1309912 y residente en el Hotel des Arcades de Toulouse. Es bien conocido que en los años inmediatos a la liberación, Toulouse se convirtió en el epicentro del exilio español, con buena parte de las organizaciones políticas asentadas allí, hasta el punto que la «ville rose» pasó a conocerse como la «ciudad roja».

Ciertamente los cuidados médicos condicionaron sobremanera los desplazamientos de Eliseu, ya que de hecho su domicilio más habitual fue Andorra la Vella, tal como prueba de ello el salvoconducto expedido por la veguería de Francia de Andorra, el 10 de septiembre de 1947 y que le facultaba por el plazo de un mes a transitar desde el paso de la frontera por el Pas de la Casa y a realizar diversos viajes a Toulouse e Ivry-Seine, municipio francés del departamento de la Val-de-Marne, en la región de Ille de France, con la especificación de tratarse de desplazamientos para recibir cuidados médicos.

Eliseu no cejó en el acopio de documentación, como era la apremiante necesidad de todos los antiguos deportados residentes en Francia. El 27 enero de 1948 fue desde Perpignan y desde la Dirección Departamental de los Pirineos Orientales (rue Foy 16) del Ministerio de Antiguos Combatientes y Victimas de Guerra, donde se le expidió un certificado como prisionero de guerra y deportado a Mauthausen; en esta ocasión constaba la dirección del interesado en Perpignan.

7

1948-1962
Retorno a la vida

El tiempo de su exilio había finalizado una vez decidió regresar a España, condicionado por su estado de salud y por la añoranza de la familia. Era un hombre adulto, de 43 años, con una enorme carga física y emocional a sus espaldas. Fue desde Andorra donde llevó a cabo las gestiones para el retorno a Barcelona, donde llegó el 1 de mayo de 1948. Un último trámite fue necesario, el salvoconducto para poder viajar por tierras españolas; cabe recordar la vigilancia y el control de las zonas fronterizas por el ejército y la Guardia Civil, ante la acción de los maquis desde Francia. Dicho salvoconducto le fue expedido en la Seu d'Urgell, el mismo primero de mayo 1948, por el Jefe de Policia del Puesto fronterizo, de la Dirección General de Seguridad, Comisaría General Político-Social, Sección 4, repatriaciones, y en él constaban los datos personales de Eliseo *«exiliado político español»* y con pasaporte expedido por el cónsul español. El documento detallaba también la obligación de presentarse ante la autoridad gubernativa «*no debiendo ser interrumpido en su viaje, sino por el contrario se le prestarán las ayudas que necesite para que pueda hacer la presentación dentro de los cinco días a partir de esta fecha*»[17].

Su decisión de empezar una nueva vida en Barcelona no estaba

17. Archivo personal M.ª Lluïsa Villalba.

exenta de dificultades, por la imposibilidad de recuperar su trabajo en el mercado barcelonés, a causa de la instrucción y resolución de un expediente de depuración que afectó a todos los empleados municipales y que en su caso comportó la pérdida del puesto de trabajo, como sucedió con otros 916 funcionarios. Según sus propias palabras: «*De regreso a Barcelona en 1948, halló en su domicilio notificación del acuerdo del Ayuntamiento pleno en la sesión del 1 de diciembre de 1939 por el que se disponía su destitución por no haberse reincorporado al servicio, cosa ésta obvia y materialmente imposible*». Veamos con detalle los términos del dictamen en que se basó su destitución: «*Que por no haberse reintegrado al servicio municipal después de la liberación de nuestra ciudad, los funcionarios relacionados en la lista adjunta (Documento nº1), sin que, por otra parte, hayan justificado dicha actitud, se acuerda la destitución de los mismos, con pérdida de todos sus derechos, a partir del 18 de julio de 1936, por abandono de servicio. Barcelona 5 de Diciembre de 1939. Año de la Victoria*»[18]

Para garantizar su subsistencia y rehacer su vida, disponía de un medio que le facilitaría el inicio de la nueva etapa, el trabajo en el bar de sus padres, en la calle Conde del Asalto núm. 81, del que se hizo cargo en 1950, con la ayuda de sus sobrinos paternos, Delfín y Antonio, que atendían el negocio cuando las frecuentes dolencias médicas se lo impedían. En este mismo año contrajo matrimonio con Ángeles Insa Arias, hija de Manuela y Ramón, nacida en Zaragoza el 21 agosto 1908, pero que vivía en Barcelona desde niña. Ángeles destacó siempre por su laboriosidad, como lo muestra el hecho de que cuando su madre, por enfermedad, dejó de asistir al trabajo en la fábrica de confección de zapatos, se presentó a ocupar su puesto y, pese a ser menor de edad, la aceptaron. Su vida se cruzó con la de Eliseu en la granja que el hermano de éste, Manuel, tenía

18. Id.

en la calle Aurora, al lado del domicilio de Ángeles Insa, una joven entonces todavía muy afectada por la muerte de anteriores novios durante la guerra y reacia a emprender nuevas relaciones. Finalmente, por insistencia de su madre, consintió en salir con Eliseu, con el que congenió pronto por su actitud abierta y educada, y que no se contuvo en explicarle su paso por el campo de Mauthausen, ni en hablarle de política o de música. A partir de la boda, Ángeles dejó el trabajo en la fábrica de zapatos y a pesar de que en los documentos oficiales constaba «de profesión sus labores», tal como era la mención usual en los documentos de identidad de las mujeres, se convirtió en un puntal indispensable en el trajín cotidiano del bar, sobre todo en las tareas culinarias. Años más tarde, el 25 de noviembre de 1955 nació Mª Lluïsa, su única hija.

A los cuidados que deparó Ángeles Insa a Eliseu, hay que sumar su complicidad en las actividades de éste, dado que el bar se convirtió en un punto de encuentro de los antiguos deportados, en plena dictadura, que no escatimaba esfuerzos en desmantelar y castigar todo lo que significaba un desafío a las libertades coartadas. En los recuerdos infantiles de su hija Mª Lluïsa se refleja todavía la imagen del grupo de hombres reunidos en torno a una mesa en el espacio situado al final del establecimiento, alejado de la barra y de la calle. Tal como era frecuente en la época, la vivienda se situaba en la parte superior del bar y la entonces niña frecuentaba por igual este espacio y el domicilio de la calle Aurora, donde residían los abuelos maternos.

Además de las intrínsecas dificultades aparejadas a su condición de republicano, tuvo que sufrir los mismos requisitos que la mayor parte de la población, que no gozaban de total libertad de movimientos. Así el 13 de octubre de 1951 tuvo que obtener un Salvoconducto especial de fronteras (S.P.F.P.A.Dirección General de Seguridad), expedido en la comisaria de Atarazanas de Barcelona y firmado por el comisario Victorino Argento, que le autorizaba «*para circular con la zona fronteriza con FRANCIA. Olot*» durante un mes a la vez que detallaba «*Debe presentarse a la autoridad militar local*

del punto de destino, dentro de las 48 horas siguientes a su llegada»[19] Debía tratarse de un viaje por razones familiares, ya que su esposa tuvo que disponer también del mismo salvoconducto.

Eliseu no era un hombre dado a rendirse y no cejó en reclamar sus derechos ante las autoridades de la República Federal Alemana, a medida que avanzaba la década de los cincuenta. La primera documentación disponible data del 25 de noviembre de 1955 desde Barcelona, y es una certificación firmada por Eugenio Leal Carrasco[20] y Manuel Pifarré Solans[21], ambos residentes en España, en la cual testificaban que Eliseu fue internado y también liberado conjuntamente con ellos. Posiblemente su conocimiento directo tuvo lugar en el comando de Steyr y en Gusen, donde coincidieron los tres, y además de que, una vez retornados a España como el mismo Eliseu, hubieran indagado para conocer sus paraderos y retomar la relación. No es casual que los dos compañeros residieran en Barcelona, que no era su lugar de origen, ya que el anonimato de la gran ciudad sirvió de refugio a muchos de los deportados que regresaron a España en años recientes a su liberación.

Para Eliseu las secuelas del internamiento forzado eran profundas y su estado de salud precario, tal como fue manifestando a lo largo de su vida, y al que aludían de forma precisa los diversos certificados médicos. El primero de ellos en España, un Certificado Médico Oficial, estaba firmado por el médico José Berea Fariña, colegiado núm. 1678, en fecha de 16 de abril de 1957. Las frases contenidas en él son concluyentes: *«ha estado sometido desde el año 1948 a tratamiento médico, por presentar un cuadro de agotamiento físico (cuyo ori-*

19. Id.

20. Nacido en Lorca en 1913, llegó a Mauthausen el 3 de abril de 1941, desde el *stalag* XII-D Trier y ostentó la matrícula 4123.

21. Nacido en Corbins, en 1906, fue deportado a Mauthausen el 7 de junio de 1941, desde el *stalag* V-C Wildberg, con la matrícula 5146.

gen fue debido a las privaciones alimenticias y condiciones insanas del campo de concentración que dicho paciente tuvo que soportar durante cinco años) que le obligó a guardar cama en frecuentes ocasiones, ya que cualquier afección general presenta en él caracteres de gravedad, debido a su falta de defensas. En el año 1952, después de una afección gripal tuvo un infiltrado en el pulmón derecho con siembra hematógena por lo que el tisiólogo ordenó reposo absoluto durante seis meses y estreptomicina, Pas e Hidrácidas y traslado durante un año fuera de Barcelona. No cabe duda que todo lo expuesto ha sido debido a las circunstancias antes aludidas y cuyos efectos siguen manifestándose de continuo»[22]

Años más tarde, el 21 de junio de 1967, el médico Luis Mariné Oliveras que le atendía desde hacía 15 años, detalló en un extenso informe las numerosas enfermedades y defectos físicos que sufría Eliseu a sus 62 años: «*Tuberculosis pulmonar residual, inactiva consecutiva a la aguda aparecida en 1950; Proceso de insuficiencia suprarrenal; Insuficiencia circulatoria periférica con edemas; Obstrucción nasal total por desviación de tabique de origen traumático; Crisis de «angor pectoris», Insuficiencia hepática consecutiva a hepatitis aguda sufrida hace años; Procesos broncopulmonares agudos*»[23]

Este mismo certificado fue adjuntado por Eliseu en el informe que envió al abogado Herzfelder, que tramitaba sus asuntos, junto al detalle de su situación personal, el 16 de mayo de 1970:

> «9) Tengo un pequeño bar, el cual debido a mi incapacidad para el trabajo, no me es posible atenderlo personalmente, por esta razón he de confiar todos sus servicios al cuidado de dos sobrinos a quienes he asegurado un mínimo de beneficios. En consecuencia mis ingresos son difíciles de precisar por depender de muchas circunstancias entre ellas la asistencia médica y los ininterrumpidos tratamientos.

22. Archivo personal M.ª Lluïsa Villalba.

23. AHAM.

(21) En mi carta anterior le remití un certificado médico sintetizado que hoy le amplio para que Vd. a su vez con mayor conocimiento de causa lo traduzca convenientemente.

Citaré en primer lugar que padezco trastornos neuro vegetativos pues al parecer son el origen de otras dolencias.

Al poco tiempo de ser liberado, en un reconocimiento médico efectuado en Andorra me apreciaron una infiltración en el pulmón derecho con siembra hematógena, hoy inactiva después de un largo tratamiento.

No obstante sufro frecuentes procesos bronco pulmonares de repetición sobre un terreno escleroso secundario a la afección pulmonar.

Insuficiencia de la cápsula suprarrenal que entre otras cosas determina hipotensión con una permanencia del 90%

Insuficiencia circulatoria periférica con edemas en ambas extremidades inferiores

Obstrucción nasal de origen traumático (repetidos y frecuentes golpes recibidos en los campos nazis) por desviación del tabique nasal.

Estenocardia (angina de pecho, angina pectoris)

Insuficiencia hepática consecutiva a una hepatitis aguda padecida en Steyr (campo filial de Mauthausen)

Artrosis en las articulaciones de los brazos con los hombros con evidente deformación que además me impide la elevación de los brazos durante largos periodos (el último ha durado 18 meses)

Reumatismo circulatorio

Doble hernia producida en la cantera de Mauthausen. No es aconsejable la intervención quirúrgica por insuficiencia de los tejidos desgarrados.

Avitaminosis general muy apreciable en las encías casi desaparecidas lo cual dificulta la colocación de dentadura postiza (esto ya se manifestó en el campo de Steyr)

Palpitaciones sin necesidad de haber realizado esfuerzo o ejercicio alguno. Examinado el corazón a través de Rayos X no se hallaron causas que justificasen tales palpitaciones considerándolas de tipo nervioso.

Diplopia de tipo catarral y por falta de defensas orgánicas, después de un tratamiento vitamínico he recuperado la visibilidad casi en un 90%

Agotamiento físico total con escasas defensas orgánicas lo que me obliga a un tratamiento ininterrumpido de vitaminas de todo tipo además del régimen alimenticio»[24].

24. AHAM.

8

1957-1962
La persistente reclamación de sus derechos

Por su difícil situación personal, pero sobre todo por el convencimiento de la justa lucha por sus derechos, Eliseu Villalba dedicó notables esfuerzos para reclamar aquello que se negaba al colectivo de deportados republicanos, sobre todo de los que habían regresado a España. Es obvio que los gobiernos de Franco relegaron al olvido a tantos hombres y mujeres que habían penado con la deportación su defensa del régimen legítimo de la II República, pero la posición de la RFA tampoco se mostró proclive a dar el mismo trato a los republicanos que al resto de victimas del nazismo. Es significativo que en las leyes alemanas los deportados españoles fueran señalados con el epíteto «Rot Spanier», el mismo que se les adjudicó en los campos, preclaro signo de humillación y de subsidiaridad respecto al conjunto de víctimas del nazismo.

La enumeración de los vaivenes jurídicos en torno a las indemnizaciones que se debían a los deportados republicanos es larga, con un recorrido que se inicia en 1956 y acaba con nuevas peticiones que llegan hasta la década de los noventa del siglo pasado sin que ellas acabaran proporcionando satisfacción plena a las víctimas republicanas. A modo de resumen, es útil partir de un completo documento, datado en octubre de 1987 y cuya autoría es del abogado Eugène Barbul «Consideraciones respecto a la indemnización por parte de la RFA a las víctimas del nazismo de nacionalidad española. Informe resultado de la colaboración entre Amical de Mauthau-

sen y Casa de España de La Rochelle, con juristas especializados de Francia, Alemania y España», en él cual se recogen los tres textos alemanes fundamentales sobre la cuestión[25].

El primero de ellos es la ley BEG (Bundes Entschädigung Gesetz) o Ley Federal de Indemnización, promulgada por el parlamento alemán el primero de octubre de 1953, durante el mandato del canciller Adenauer, con efecto retroactivo desde 1949, ya que en 1948 la recién fundada RFA se había visto obligada por la ONU a pagar reparaciones a las víctimas del nazismo, por daños corporales y a la salud y por pérdida de libertad derivados del internamiento en los campos. Así se otorgaban indemnizaciones, aunque reducidas respecto a otros colectivos, a los españoles perseguidos por los nazis y que respondían a la calidad de refugiados según la Convención de Ginebra, y que también alcanzaba a los familiares directos de los fallecidos, viudas, ascendientes o descendientes de los fallecidos en deportación.

En 1957 se aplicaron también los beneficios de la BEG a los padres, hijos o nietos de españoles víctimas mortales de los campos. Aquellos posibles beneficiarios residentes en España que gozaron del asesoramiento de algún abogado y, sobre todo, aquellos que mantenían contactos con compañeros exiliados pudieron recibir la indemnización, gestionada en muchos casos a través del letrado alemán afincado en Barcelona, Richard Haendel. Las compensaciones económicas eran harto irrisorias, con una pensión mensual de 200 a 75 DM, y un monto de carácter retroactivo desde el primero de enero de 1949, pero atenidas a cumplir unas condiciones restrictivas; en el caso de las viudas se le retiraba la pensión en caso de contraer segundo matrimonio, a los hijos les alcanzaba hasta los 18 años, y a los padres les tocaba probar de que no tenían medios de vida. El plazo para la presentación de solicitud terminaba el 31 de

25. AHAM.

marzo de 1958, tal como rezaba la pequeña nota emitida en prensa por el Ministerio de Asuntos Exteriores español. Por otra parte, la lentitud con la que se tramitaron los expedientes en Alemania fue exasperante.

Sin embargo quedaban al margen de los beneficios de la BEG los españoles que habían regresado a España antes de la fecha citada de la promulgación de la Ley, al considerar que habían perdido su estatus de refugiados políticos que Francia les había concedido. Nadie mejor que el propio Eliseu para explicar con su meridiana claridad y precisión la injusticia que pesaba sobre los retornados a España, junto con el recordatorio de su trágico itinerario, a través de un manuscrito dirigido a las autoridades alemanas:

> Eliseo Villalba Nebot nacido en Barcelona (España) en Abril de 1905 me dirijo a Vd. para exponerle que en Junio de 1940 fui hecho prisionero por los alemanes en las proximidades de Saint Malo y a pocos kilómetros de Dunquerque y en el mismo instante que las fuerzas inglesas acababan de realizar con gran éxito su famosa operación de reembarque hacia su país. Tras muchas penalidades y en inmensa columna de prisioneros fuimos trasladados a los campos de concentración preparados para los prisioneros de guerra. Creo inútil recordarle la triste odisea que supuso aquel traslado, una veces a pie en jornadas de cincuenta kilómetros sin suministros de ninguna especie, incluso sin agua, otras veces hacinados en las bodegas de barcazas que remontaban el Rhin y al fin por ferrocarril en vagones de carga cerrados para impedir las evasiones posibles. Así recorrimos Bélgica, Holanda, Alemania hasta llegar completamente agotados al Stalag XII-B radicado en Krems (Austria) pero este no era el final de tan largo peregrinaje, de allí nos trasladaron definitivamente al campo de Mauthausen supongo o es de suponer sabe usted lo que este nombre significa, por si lo hubiera olvidado aunque no lo creo le diré que Mauthausen al igual que Auschwitz estaba clasificado con la denominación de «Nach und Nebel» un tanto poética para

quienes no lo conocieron pero terrorífica para aquellos que vivimos aquellas atrocidades. Cuando llegué pesaba unos 60 Kgs. Al salir mi peso era escasamente 39 Kgs. Esto le dará una remota idea de cuales eran nuestras vicisitudes, por lo cual no me extenderé en referirle escenas que se repitieron continua e ininterrumpidamente pero si le diré que a consecuencia del régimen infrahumano a que estábamos sometidos, hoy al cumplir sesenta años me siento como debe sentirse un ser humano a los cien años de edad y con una precaria salud, por mi parte he sufrido de una incipiente tuberculosis, artrosis en ambos brazos, además en ambas piernas, hernia doble, insuficiencia de la cápsula renal, avitaminosis, etc. todo lo cual me tiene indefenso contra los ataques de cualquier dolencia habiendo pasado ya por una larga ictericia, una parálisis ocular y otras de menor importancia pero más frecuentes. Puedo asegurarle que no es mi intención fatigarle con la descripción de mis achaques aún siendo consecuencia de mi forzada estancia en Mauthausen. Este fastidioso prefacio era obligado para situarle mentalmente en el problema que nos ha planteado la Ley BEG promulgada por la Rep. Fed. Alemana al dejarnos al margen de sus beneficios a todos aquellos que aún habiendo sufrido las mismas penalidades y vivido los mismos horrores, dejamos de ser refugiados antes de Octubre de 1953. Esto constituye una discriminación injusta e inhumana. Los nazis la practicaron contra los judíos y fueron condenados por la sociedad y el Gobierno federal alemán la aplica a unas víctimas dignas de todo respeto, por el hecho de haber dejado de ser refugiados antes de Octubre de 1953. ¿Quién pedirá responsabilidades a los alemanes de esta nueva discriminación?

De los diez mil españoles que pasaron por Mauthausen cerca de nueve mil no pudieron sobrevivir y sus familiares han percibido las correspondientes indemnizaciones y las correspondientes pensiones. Del millar restante, casi novecientos optaron por quedarse refugiados en Francia o se trasladaron a la América del Sur, y también han percibido las indemnizaciones y en muchos casos una pensión.

> En cambio los ciento y pico de españoles que regresaron a la patria antes de Octubre de 1953, según la discriminatoria Ley BEG no tenemos derecho ni a indemnizaciones ni a pensiones y lo que es peor no tenemos derecho siquiera a recurrir contra esa monstruosidad.
>
> Francia estableció un acuerdo bilateral con Alemania y todos los franceses que fueron internados han percibido ya sus indemnizaciones y en ellos no se ha tenido en cuenta que ninguno de ellos fue refugiado ni antes ni después de Octubre de 1953, en cambio todos aquellos españoles que por razones de salud se reintegraron a su hogar para ser mejor atendidos o aquellos españoles que consideraron un deber asumir sus responsabilidades como jefes de familia una vez en libertad, a estos españoles se les niega el pan y la sal ¿Por qué?[26]

La injusticia se mostraba aún más flagrante por la realidad específica de España. Mientras los países de la Europa occidental establecieron pactos bilaterales con el estado alemán para tramitar el monto de dichas indemnizaciones, España se mantuvo al margen, sin publicidad ni información para los posibles beneficiarios, y sin que los gobiernos alemanes mostraran ninguna sensibilidad ante tal discriminación.

Pero Eliseu y otros centenares de deportados, viudas y huérfanos no cejaron para que fuera reparada la injusticia y se sumergieron en una vorágine de gestiones, tanto ante los organismos alemanes como ante las instituciones españolas, para reclamar su derecho a las indemnizaciones, trámites harto laboriosos que además requerían la intermediación de un letrado alemán, para facilitar los contactos con los organismos de la RFA y sortear los impedimentos lingüísticos.

A principios de la década de los sesenta, se movieron algunos hilos en las instancias gubernamentales españolas, a raíz de demandas persistentes a consulados y embajadas de Alemania, que publicaron

26. s/d. AHAM.

una escueta y casi imperceptible nota en prensa en la que se anunciaba el «Proyecto de ratificación de convenio entre el Estado Español y la RFA sobre régimen de prestación aplicables a las víctimas de la guerra», además de insistir en la conveniencia de enviar los datos de los posibles beneficiarios a la embajada de España en Bonn. Paralelamente desde los ámbitos asociativos del extranjero, la Federación Española de Deportados e Internados Políticos (FEDIP), la Amicale de Mauthausen de Francia, la Federación Nacional de Deportados, Internados, Resistentes y Patriotas (FNDIRP), la Federación Internacional de Resistentes (FIR), etc. era también denunciada tan notoria injusticia y se conjuraban para mediar, presionar y ayudar a los olvidados republicanos.

En Barcelona, tal como hemos anunciado, estaba instalado el abogado Richard Haendel, al cual Eliseu Villalba, el 11 de abril de 1957, le otorgó el poder legal para que lo representara, encargo que realizó hasta su fallecimiento a principios de 1962. Entonces se hizo cargo de su cartera de clientes Rodrigo Huidobro, abogado y catedrático, domiciliado en la barcelonesa plaza Villa de Madrid 5, 4º, el cual, el 10 de marzo de 1962, en una carta firmada también por Elisa Haendel, se dirigió a Eliseo en los siguientes términos:

> «Muy señor mío: Por la presente le comunicamos que, habiendo fallecido tras penosa enfermedad el Dr. Haendel, su viuda y el Letrado firmante, Catedrático de Alemán y con experiencia propia en materia de indemnizaciones por ocuparse de ellas desde 1957, continuamos la tramitación de los expedientes en marcha. Para ello, y como quiera que la muerte extingue el mandato, es preciso firme Vd. el impreso adjunto, por el cual nos apodera para continuar las gestiones del difunto. Y a propósito de los esfuerzos realizados por el Dr. Haendel (q.e.p.d) debemos comunicarle que la comisión del Parlamento alemán que se ocupa de las indemnizaciones tiene en estudio la revisión del caso de los españoles regresados a España antes del primero de octubre del cincuenta y tres (carta de 12

de octubre último del Dr. Mattern, Secretario de la Comisión de indemnizaciones , al Dr. Haendel), así como que por el Letrado firmante se han realizado gestiones acerca del Ministerio de Asuntos Exteriores español para que intervenga en favor de cuantos españoles se encuentran en esta situación, pendiente su caso de resolución o resuelto ya negativamente.

Esperando nos honre con su confianza firme el adjunto poder, bien en el consulado alemán en esta ciudad, bien ante el Secretario del Ayuntamiento de su residencia (pues la firma debe ser legalizada) quedamos muy atte s.s.s.s.»

Tal como se le solicitaba, Eliseo firmó los poderes en los siguientes términos:

«(Haendel) está facultado para representarme en todo aspecto y para dar todos los pasos necesarios, sin limitación alguna; solo el pago habrá de hacerse directamente a mi propio nombre sobre el banco alemán en Barcelona, BANCO COMERCIAL TRANSATLÁNTICO, donde el importe, previa deducción del diez por ciento de honorarios de mi dicho Abogado, será ingresado en cuenta a mi nombre»[27]

Las presiones desde distintas instancias dieron su fruto, aunque no del todo satisfactorio, con la aprobación por el Bundestag de la BEG-SG (Bundesentschädigungsgesetz-Schlussgesetz) o Ley final de Indemnización federal, el 14 de septiembre de 1965, dictada durante el mandato del canciller Ludwig Wilhelm Erhard. Dicha ley dictaba que los beneficiarios no tenían que responder a la calidad de apátrida o refugiado, tal como constreñía la BEG de 1953, y éste era el caso de las víctimas de los países del este y de los españoles que

27. Archivo personal M.ª Lluïsa Villalba.

habían vuelto a España antes del primero de octubre de 1953, como el propio Eliseu Villalba.

Para las víctimas españolas además de la rectificación, hubo un singular cambio de coyuntura. En aquellos momentos ya se había fundado la Amical de Mauthausen y otros campos y la lucha para la satisfacción de sus derechos adquirió otro sentido, la actuación conjunta, mientras que el gobierno español daba algunos pasos para mediar ante los políticos alemanes y las víctimas españolas.

9

1962-1973
La lucha corporativa desde la Amical

Las gestiones llevadas a cabo por Eliseu tomaron una nueva dimensión, personal y también cooperativa, a partir de la creación de la Amical de Mauthausen y otros campos,[28] al abrirse la posibilidad de compartir afectos y cuitas con antiguos compañeros y enlazar su lucha personal con la asociativa.

Eliseu tuvo la fortuna de sobrevivir, al igual que otros hombres, Jaume Álvarez Navarro, Conrad Crespí Vergés o Alberto Sala Cros, con los que compartía un itinerario común desde su detención hasta su llegada a Mauthausen e incluso en Steyr. Con ellos mantuvo una cordial relación en Barcelona, en su bar como punto de encuentro, y todos bien predispuestos a poner su grano de arena en la puesta en marcha de la Amical.

Antiguos compañeros deportados desde Francia, integrantes de la Amical francesa y de la FNDIRP insistían en la necesidad de crear una asociación en España para vehicular los intereses morales y materiales de los residentes en España. El aragonés y prolífico escritor sobre la experiencia concentracionaria, Mariano Constante Campo, se desplazó desde Francia para reunirse en Barcelona con Joan Pagès

28. Para la descripción de su fundación y evolución, ver Rosa Toran, *Amical de Mauthausen: lucha y recuerdo. 1962-1979*, Amical de Mauthausen y otros campos, Barcelona, 2008.

Moret y Amadeo López Arias con el fin de perfilar el borrador de estatutos que se estaban elaborando para dar vida a la Amical de España. Fue una parada de su accidentado viaje a España, en 1962, que tenía además la finalidad de entregar una importante suma de dinero para ayuda a los ex deportados encarcelados –dos de los cuales en el penal de Burgos, uno en Madrid y tres en Barcelona– y a los demás presos del penal burgalés[29].

Desconocemos el medio por el que Eliseu entró en contacto con aquellos antiguos deportados pioneros en la lucha asociativa, pero su compromiso fue precoz, ya que formó parte del primer «comité provisional», al lado de los citados Pagès y López, también supervivientes de Mauthausen. Corría el año 1962 y, tal como se ha comentado, el bar de Nou de la Rambla se convirtió en lugar de encuentro de aquellos hombres prestos a desafiar al régimen dictatorial que les llevó a las puertas de la muerte y que no cejaba en intimidarles para impedir cualquier intento de reunión o asociación. Actuar en la clandestinidad obligaba a desarrollar el ingenio para sustraerse a interrogatorios o detenciones, pero nada les hizo desfallecer para luchar por sus derechos morales y materiales.

Eliseu era un hombre con una buena preparación administrativa, realidad que le convirtió en una pieza clave en los prolegómenos de la fundación de la Amical y en hombre de total confianza de Joan Pagès, tal como lo muestra la carta que éste le dirigió, el primero de noviembre de 1962, desde su domicilio barcelonés de Horta, en la calle Horitzontal 22:

> «Amigo Villalba: Adjunto encontrarás un ejemplar del proyecto de Estatutos para la constitución de la AMICAL DE MAUTHAUSEN en Barcelona, que te ruego estudies con atención, y tomes nota

29. *Tras Mauthausen*, Galaxia-Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2007.

de todos los fallos, olvidos o sugerencias que tu creas deben ser tratados en el mismo. Asimismo decirte que copias han estado dirigidas a otros amigos, los de la comisión y un par más, así como me he permitido de convocarlos en tu casa para el próximo sábado día 8 a las 4,1/2 de la tarde, tal como ya he quedado con el amigo López.

Sin nada más por hoy, te ruego saludes a tu esposa, y recibe el sincero saludo y amistad, de (sigue la firma)».[30] (Traducción del catalán)

El articulado de los Estatutos iba precedido por una Memoria que acompañaba a la petición de formar una asociación. Su gran interés reside en el recordatorio de los daños infringidos a los deportados y a sus familias, la ausencia de reparaciones por ellos y sobre todo por la voluntad de mantener los lazos de solidaridad fraguados en el campo:

«MEMORIA

Al terminar la última guerra mundial, llegaba a conocimiento del mundo entero, un hecho de características y alcance tan bestiales, que causaba la impresión de un despertar de pesadilla.

En Alemania, millones de seres humanos habían sido brutalmente eliminados físicamente, con procedimientos de estructura infrahumana.

Las salpicaduras de dolor y luto de los campos de concentración extendidos en todos los territorios alemanes, habían saltado también a España, a través de más de siete mil muertos y menos de dos mil supervivientes.

Siete mil hogares españoles no verían más a sus deudos y los supervivientes arrastrarían las consecuencias físicas y morales de su permanencia en tales campos.

30. AHAM.

Eliminados o supervivientes, españoles de todas las edades, niños de trece años incluso, padres e hijos juntos, hombres de todas las regiones, de muy distintas profesiones, de piel negra o blanca, justifican sobre sus carnes o su recuerdo, testimonio de tan horrible crimen.

Más del noventa y cinco por ciento de los españoles deportados a Alemania, lo fueron al campo de concentración de Mauthausen y sus kommandos.

Más del setenta y cinco por cien de los oficialmente controlados al ingresar en dicho campo, dejaron de existir.

La totalidad de los supervivientes arrastramos dolorosa secuela de enfermedades contraídas durante nuestra permanencia en dichos campos.

Si estas son frías cifras que ya de por sí dan claro conocimiento de lo que representó Mauthausen, debemos hacer constar con orgullo, que figurando los españoles entre los primeros grupos importantes llegados a Mauthausen y en las más duras épocas de dicho campo, cuando estaba en su fase de construcción y que los primeros kommandos que se formaron de nueva planta estaban nutridos por mayoría de españoles (Brenstein, Sant Lambrech, Steyr, etc), un sentido de solidaridad nacional muy profundo se puso rápidamente de manifiesto, así como un amplio sentido de humanismo y solidaridad, teniendo como primera, grande y general demostración el cuidado y las atenciones, morales y materiales, que sin una sola excepción se prestó al grupo de menores, primero y después a los primeros españoles castigados a la Compañía de castigo.

Estos ejemplos de fraterna solicitud ganaron pronto adeptos en presos de otras naciones y aunque hicieron lo posible para aplastar estos hechos, acabaron ganando el respeto y aún la admiración de muchos de los verdugos.

Ejemplo de unidad nacional, de solidaridad humana, los testimonios de la mayoría de ex-deportados de otras naciones, de otras razas y religiones, que han reconocido públicamente su importancia y como influyeron en el ulterior régimen interior del campo.

Públicamente han reconocido el alto ejemplo dado por los españoles y el alto precio pagado, y aún la valiosa y abnegada ayuda que por los españoles se les ha prestado.

La amistad forjada en tan duras circunstancias entre españoles, entre éstos y deportados de las diferentes naciones que estuvieron en el campo, han forjado lazos que ni las distancias ni el tiempo han podido disminuir.

Las doscientas mil víctimas de Mauthausen, los siete mil españoles caídos, merecen nuestro más profundo respeto y nuestra dedicación a la obligación de enaltecer su memoria.

Si estas obligaciones morales nos impelen a mantener la misma digna y ejemplar cohesión que tuvimos en tales circunstancias, un hecho estrictamente material nos sitúa también en el mismo sendero:

Una Ley promulgada por la República Federal Alemana establece el principio de satisfacer una compensación económica por pérdida de libertad y por pérdida de capacidad física.

Pero afectando esta Ley a los ex-deportados españoles y familias de los fallecidos, establece que cobrarán dicha indemnización aquellos que en primero de Octubre de 1953 tenían la condición de refugiados políticos y aquellos que hicieran la petición antes del treinta y uno de Marzo de 1.958.

Muchos son los que después de la liberación de los campos, y situados en Francia, decidieron regresar a España, reintegrándose a su Patria, incorporándose a su familia y a su trabajo, perdiendo por tanto voluntariamente la condición de refugiados políticos.

Otros no tuvieron conocimiento de la existencia de dicha Ley alemana o cuando tuvieron conocimiento de la misma, había finalizado el plazo de petición.

Es obvio que con o sin conocimiento de la Ley mentada, reuniendo o sin reunir las condiciones señaladas, nadie ha dejado, por existir dicha Ley, de haber padecido en tal tiempo en los campos de concentración alemanes, ni a ninguna familia le devolverá al familiar muerto en dichos campos.

Crea pues el articulado de dicha Ley, una discriminación absurda entre ex-deportados nacidos en España y actualmente de nacionalidad española, y la misma discriminación crea entre las familias de los caídos en los campos de concentración de Alemania.

Dándose el caso que los ex-deportados y las familias de los caídos de la mayoría de naciones que tuvieron súbditos en los campos de concentración de Alemania, por medio de Leyes, acuerdos bi-laterales, etc., han solucionado esta cuestión, debemos hacer lo mismo y necesario para obtener igual resultado positivo, por las dos mil familias españolas que aproximadamente no han percibido tal indemnización, y la mayoría de supervivientes de nacionalidad española tan injustamente discriminados.

Para evitar la dispersión de esfuerzos, centralizar las gestiones, dirigir las necesarias peticiones y realizar cuanto sea útil y necesario, se advera la necesidad de mantener la misma digna y ejemplar cohesión que tuvimos en los campos de concentración de Alemania.

Habida cuenta de cuanto antecede y siguiendo la pauta de los ex-deportados de otros países (y familiares de caídos) consideramos necesario establecer una asociación desde la cual legalmente podamos:

Practicar la mútua protección entre los asociados.

Estrechar la amistad forjada en los campos de concentración de Alemania.

Recordar y enaltecer la memoria de los caídos a consecuencia de la deportación.

Y como tributo de homenaje a los españoles caídos en los campos de concentración de Alemana se pretende constituir una asociación con el nombre de

«AMICAL DE MAUTHAUSEN»

que se regirá por los Estatutos que se acompañan anexos»[31]

31. AHAM.

La constitución de la Amical estaba en marcha, gracias al empeño de sus fundadores y a la inestimable ayuda de la Amical de Mauthausen de Francia, cuyo secretario general, Émille Valley, «Mimile» para los amigos, no olvidó nunca la ayuda que los republicanos españoles prestaron a los franceses resistentes cuando llegaron al campo. En efecto, el propio Valley se desplazó a Barcelona para ofrecer todo su apoyo a aquellos pioneros del asociacionismo memorialista, apareciendo como un emisario de las muestras de solidaridad que llegaban desde Francia para paliar la tragedia que se llevó tantas vidas en las riadas del 25 de septiembre de 1962 en la comarca del Vallès occidental y que así se anunciaba a Eliseu y a sus compañeros: *«Con motivo de la entrega de un donativo de tres mil botes de leche de la Amical de París, para los damnificados de las recientes inundaciones, el próximo lunes día 5 a las 13,30 llegará a Barcelona el Secretario General de la Amical de Mauthausen, EMILE VALLEY»*[32]. Además de los botes de leche en polvo que podían revertir en 10 toneladas de leche, también llegó un donativo de 20.000 francos.

En aquellos momentos se calculaba en más de 100 los antiguos internados que residían en España y unos 25 con los que ya estaban en estrecha relación, a los que no pudieron sumarse otros contactados por la premura de tiempo. Así pues, reunidos en fraternal camaradería en el Hotel España de la calle Sant Pau del Raval barcelonés, el día 5 de noviembre y con la presencia de Valley y del cónsul francés, a los emotivos reencuentros se añadió un análisis harto realista sobre las dificultades para luchar de forma individual por los derechos de los antiguos deportados y sus familias y para compartir la memoria de las penalidades sufridas, de manera que era indispensable crear una asociación para actuar colectivamente y facilitar los lazos solidarios entre las víctimas. Fue el disparo de salida al nacimiento de la Amical.

---

32. AHAM.

Las aspiraciones de los asistentes quedaron perfectamente reflejadas en el acta fundacional de la Amical, redactada en términos similares a la memoria citada que precedía el proyecto de Estatutos:

«Las salpicaduras de dolor y luto de los campos de concentración extendidos en todos los territorios alemanes, habían saltado también a España, a través de más de 7.000 muertos y menos de 2.000 supervivientes. Siete mil hogares españoles no verían más a sus deudos, y los supervivientes arrastrarían las consecuencias físicas y morales de su permanencia en tales campos.

Eliminados o supervivientes españoles de todas las edades, niños de trece años incluso, padres e hijos juntos, hombres de todas las regiones, de muy distintas profesiones, de piel negra o blanca, justifican sobre sus carnes o su recuerdo, testimonio de tan horrible crimen (...)

Ejemplo de unidad nacional, de solidaridad humana, los testimonios de la mayoría de ex-deportados de otras naciones, de otras razas y religiones, han públicamente reconocido su importancia y cómo influyeron en el ulterior régimen del campo (...)

La amistad forjada en tan duras circunstancias entre españoles, entre éstos y deportados de 17 naciones diferentes que estuvieron en el campo, ha forjado lazos que ni el tiempo ni la distancia pueden romper. Las 200.000 víctimas de Mauthausen, los 7.000 españoles caídos, merecen nuestro más profundo respeto y nuestra dedicación a la obligación de enaltecer su memoria.

Si estas obligaciones morales nos impelen hoy a mantener la misma digna y ejemplar cohesión que tuvimos en tales circunstancias, un hecho estrictamente material nos sitúa también en el mismo sendero (...) (sigue referencia a la indemnización BEG)

Habida cuenta de cuanto antecede y siguiendo la pauta de los ex-deportados de otros países (y familiares de caídos), consideramos necesario establecer una asociación desde la cual legalmente podamos:

Practicar la mutua protección entre los asociados;

Estrechar y mantener la amistad forjada en los campos de concentración;

Defender los intereses morales y materiales que les son peculiares;

Recordar y enaltecer la memoria de los difuntos.

Y como tributo de homenaje a los españoles caídos en los campos de concentración de Alemania, adoptamos el nombre de AMICAL DE MAUTHAUSEN»[33]

En la misma reunión se votó un comité, «una especie de gobierno provisional» en palabras de Amadeo López Arias[34], aprobado por unanimidad con la finalidad de centralizar los esfuerzos cara a las tareas inmediatas. Por la labor previa a partir de sus contactos en París y por la autoridad moral adquirida tanto en Mauthausen como en sus años de lucha en clandestinidad, Joan Pagès fue elegido secretario, auxiliado por los vicesecretarios Amadeo López Arias y Eliseu Villalba, y Joan Bonet Esteve, hermano de Juli, víctima asesinada en Gusen, como representante de las familias. Del precoz compromiso de Eliseu da cuenta su número de socio, el 5, que se le adjudicó el 20 de marzo de 1979, al poco tiempo de la legalización de la Amical.

Cabe destacar el inmenso trabajo de López Arias, en su labor de corresponsal y de redacción de buena parte de las largas comunicaciones, gracias a la experiencia adquirida en su trabajo en la agencia barcelonesa de Wagons-Lits, y en las que no faltaba su peculiar toque de humor, tal como muestran estas frases, con motivo del coste de las fotografías de uno de los encuentros: «*Su valor real es de 50 pesetas, cuyo importe puedes hacer efectivo en pesetas, dólares, butifarras de La Garriga, sellos de correo, chupa-chups... o como mejor te plazca*».[35]

---

33. AHAM.

34. Correspondencia a Luis Estany Alfosea, 22-11-1962. AHAM.

35. Correspondencia a Alberto Sala Cros, 13-6-1969. AHAM.

Inmediatamente después de la reunión en el restaurante barcelonés, se dispuso la estrategia para hacer sabedores de la noticia a los que no pudieron desplazarse, por medio de una carta redactada por López Arias, que debería circular en cadena:

«El día 4 de noviembre, un conocido mio, antiguo de Mauthausen, me telefoneó para comunicarme que el amigo PAGES, en estrecha colaboración y contacto con el Sr. EMILLE VALLEY, Secretario General de la Amicale de Mauthausen de París, deseaba conocerme y tener una conversación conmigo. Conozco al amigo PAGES y me comunica que precisamente al día siguiente llega a Barcelona el Secretario General de la Amicale de Mauthausen con su secretaria y cuya visita es debida al donativo de 3000 botes de leche en polvo que ofrece la Amical para los damnificados de las inundaciones en Cataluña. La Amical de Mauthausen ya había delegado a Pages como representante para la entrega de dicho donativo y estaba en estrecho contacto con París para todos los trámites de frontera, oficial, depósito, etc. etc. Se convino con Pages que los más que podríamos iríamos a la estación a recibir como se merecía al Sr. VALLEY y de acuerdo con los que se hubiera podido contactar y aún éstos, de acuerdo con las necesidades de sus ocupaciones,visto que la hora fue más bien intempestiva y que resultó, debido a las nuevas lluvias mucho más molesto que lo previsto. Dado el poco tiempo de que se disponía, se fijó una hora para una reunión y como pretexto, una cena entre amigos en un hotel de la ciudad. La voz corrió como un reguero de pólvora. Lo que jamás se había podido conseguir, ya que no había nadie que consiguiera, por causas especiales, reunir a tantos ex dispersos, lo consiguió como un conjuro la llegada del Secretario General. Uno conoce a otro y lo cita a la hora convenida en el lugar convenido. Este a su vez sabe de otro y es avisado rápidamente y así van corriéndose las voces hasta conseguir lo maravilloso de vernos a la hora prevista, reunidos 25 ex deportados. ¿Te imaginas? De seguro que a ti, como

a todos nosotros se te hubiera caído la baba y hubieras respirado un ambiente que parecía imposible hasta entonces. Y ello solo en 30 horas !!! No dirás que no es un éxito. En la cena asistieron también representantes de las familias de los muertos que si bien ya han cobrado, no por ello no forman parte de nuestra familia que estamos intentando reunir. No te voy a detallar lo magnífico de la reunión. De sobras la intuyes y de sobras llegas a comprender el enorme alcance de reunirnos 25 ex.

Pero dejemos la parte sentimental del caso.

Se cenó, se hicieron tanteos, si bien todos estábamos de acuerdo en una cosa. Reunir nuestros esfuerzos poderosamente ayudados por una organización superior y que no tiene otra voluntad y deseo total de ayudarnos en todo: consejos, presiones, y el empujón de los fuertes, es decir de los que saben y pueden. Hasta ahora, bien sabes que a pesar de los esfuerzos dispares y aislados de cada uno no se ha podido abrir brecha en el muro burocrático si bien se le ha zarandeado algo. Pero se puede atacar con más éxito. En todo ataque no es igual que el resultado de un soldado al de todo un batallón, aunque este soldado sea general. Será más duro y menos eficaz si está solo. Pues bien ¿por qué no aunar todos los esfuerzos, las experiencias, los informes y ello centralizado por una organización que tiene en su activo tantas victorias, que cuenta con tantas personalidades, consejeros y ayuda muy superior a la individual?

Después de la cena, el amigo VALLEY habló. Nos prometió toda clase de ayuda. Esta promesa es formidable, sobre todo que se trata de una seguridad. Solo te diré que todos salimos entusiasmados, igual que tu y todos los que (como antes nosotros) luchábamos contra semi-molinos de Don Quijote. Ahora somos ya muchos y seguramente saldremos algunos más que andan por ahí dispersos (como andábamos nosotros hasta ahora).

Durante la reunión en poco tiempo se acordó la formación de la llamémosla Junta (ya que se trata solo de algo provisional hasta ulterior confirmación, etc) designándose como Secretario a Juan Pages Moret

y como ayudantes a Villalba y yo (López) y como representante de las familias de los muertos al hermano de uno que murió en Gusen (...)

Se está ya trabajando para conseguir del Gobierno Civil, la formación de la Asociación de ex-Deportados de Mauthausen. Se ha hecho ya un esbozo que servirá de entrada, para la discusión de sus preámbulos, artículos, finalidades, etc. etc. de acuerdo con las leyes al efecto. «Todo se andará» como decía aquél. Ya tenemos una buena entrada, ya que se ha solicitado al Jefe del Estado la composición del mismo. Los abogados competentes se ocuparán del texto legal para presentarlo a la autoridad.

Nuestros medios de información por ahora, con el fin de ponernos en contacto son rudimentarios, pero ya nos mejoraremos, de ello no hay duda alguna y ello en nuestro común interés.

Resumiendo es una obligación imperiosa de que nos controlemos cuantos más mejor y por ello te rogamos comuniques a la Secretaría (ten en cuenta que ello es provisional y solo al efecto de conseguir reunirnos) toda dirección de cualquiera ex deportado o familia. Es para el bien de todos.

Desearíamos si (es) posible poder obtener alguna foto de tu exploit o si sabes de algún recorte de prensa, no olvides de comunicarlo. Será historia de la Amical de Mauthausen en España...»[36]

El encuentro fue fructífero con la creación de lazos entre los antiguos deportados españoles y los compañeros franceses, intención que se concretó con el reparto de diversos folletos fotográficos y del boletín de la Amicale dedicado a la inauguración del monumento a los españoles en el «parque de monumentos», ubicado en el memorial de Mauthausen, que había tenido lugar el 6 de mayo del mismo año.

Pero la visita tuvo también otra motivación, entregarles a los antiguos deportados el cuestionario elaborado por la Amicale de

36. Correspondencia a Isidro Hernández Morelló, 21-11-1962. AHAM.

Mauthausen, un primer paso dado por la asociación española para actuar conjuntamente en interés de los deportados residentes en el país, y que había de hacerse llegar urgentemente a Joan Pagès. Eliseu lo cumplimentó debidamente, el mismo 5 de noviembre de 1962, con sus datos, a los que añadió: «*Paso a Francia por Cervere 9-2-1939. No tiene el carnet de deportado. No tiene pensión de Francia ni recibe indemnización alemana. Ha hecho la demanda varias veces por mediación del abogado Haendel*»[37].

Una vez trazado el camino se intensificaron los trabajos, a menudo en el bar de Eliseu, tal como lo recordaban algunos testimonios. Maria Olivart, viuda del deportado Tomás Rebollo Echaniz, explicaba en el año 2004: «*Se iniciaron algunas reuniones y encuentros, como en el bar que tenía el deportado Villalba, padre de Luisa, y en mi casa, después de que Pagès me hiciera saber del peligro que esto representaba en plena dictadura franquista*»[38]. Se trataba de perfilar los estatutos y darles forma legal a través de consultas con abogados, linea de trabajo combinada con un redactado de misivas al cada vez mayor número de ex deportados que se localizaban, independientemente del campo donde fueron internados, dado que la intención era englobar dentro de la asociación a todos los españoles, otorgando a la denominación Amical de Mauthausen un carácter simbólico. A modo de ejemplo, veamos una de estas misivas dirigidas a los antiguos deportados, en este caso al barcelonés Jaume Álvarez, el 11 de febrero de 1964:

> «Amigo ALVAREZ:
>
> Pero qué alegría! Uno más! Y así vamos reuniendo por diferentes conductos a todos los que la vida nos ha devuelto al país. Poco a poco nos encontramos todos. Poco a poco a fuerza de paciencia,

37. AHAM.

38. Traducción del catalán. Discurso con motivo de la inauguración del local de la Amical de la calle Sils, 16-1-2004. AHAM.

tenaz insistencia, sacrificio, etc. hemos ya conseguido contactar casi un centenar de ex deportados de Mauthausen y de algún otro campo de concentración.

Estando en Barcelona, tendrás más suficiente tiempo para darte cuenta de los que somos, de lo que representamos y de lo que seremos dentro de poco. Todo se andará. Cierto que no es tan rápido como desearíamos, ya que las circunstancias no nos facilitan los medios, pero lo conseguiremos igualmente y dentro de muy poco. Dentro de muy poco, seremos lo que queremos y tendremos lo que merecemos. Hay que trabajar mucho y mucho hemos trabajado, los resultados los verás y los veremos muy pronto. No dejes de contactarnos personalmente. Siempre es una enorme alegría encontrar un viejo amigo. Ya lo verás. Somos una perfecta familia, muy pobre, muy pobre, pero tan unida, tan llena de esperanzas, de ilusiones... Es la familia de Mauthausen, caramba! Se habla el mismo lenguaje que entonces, nos comprendemos como entonces. Cierto que no tenemos los medios más legales para facilitar nuestras reuniones, pero ello no es óbice para que no nos frecuentemos, discutamos, propongamos, nos informemos, seguiremos, esperemos y al fin alcancemos todo lo que todos esperamos. La meta está ahí, a nuestro alcance. Sin exageraciones. Debemos contactar todos cuantos podamos, tanto antiguos ex deportados como familias y viudas de los que cayeron allá... Estamos luchando por todos y por todos conseguiremos nuestros objetivos.

Si estuvieras lejos, como muchos compañeros nuestros que no están en Barcelona y con quienes mantenemos correspondencia, si bien la justa, concreta y precisa, no digo, pero estando aquí debes contactarnos y tendrás una impresión más clara y de bien seguro que optimista de todo lo que estamos haciendo en común. Todos aportamos nuestro granito de arena. Claro está que nuestros medios son tan pobretes, tan pobretes...

Te adjuntamos el formulario (del Ministerio de Antiguos Combatientes de Francia) y algunas cositas más que te dará una pequeña idea de nuestro común trabajo.

No dejes de cumplimentarlo y devolverlo lo más pronto posible.

No dejes de venir a vernos a la primera oportunidad. Es para el bien de todos.

Te deseamos toda clase de venturas para ti y los tuyos y no dudes de nuestra fraternal amistad.

El Secretario General. p.o.»[39]

Entre los primeros conectados había algunos compañeros de Eliseu que compartieron la desdicha del viaje en el convoy que les condujo a Mauthausen, como Joan Fontova Oliver o Conrad Crespí Vergés, a los que nuestro protagonista prestaba ayuda en la cumplimentación de los cuestionarios.

En definitiva se trataba de conjugar esfuerzos y superar la fase en que algunos antiguos deportados habían realizado todo tipo de gestiones, a la vez que aprender de su experiencia. Uno de los más versados en la lucha por sus derechos era Isidro Hernández Morelló, en contacto con asociaciones de Dinamarca, Bélgica, Francia y Holanda y gran batallador en prensa y en misivas a autoridades e incluso a la ONU y al Papa Pablo VI. Además era el único que desde España mantenía correspondencia con las autoridades de este país respecto a la demanda de indemnizaciones al gobierno alemán, a la vez que mantenía relaciones con Amadeo López Arias, Eliseu Villalba y algún otro deportado, los cuales contribuyeron a que pudiera realizar el viaje a Alemania para comparecer ante la Cámara de Indemnizaciones en Colonia, en el mes de marzo del año 1962, presumiblemente, a causa del recurso que había presentado para reclamar la indemnización denegada por la BEG.

En una carta dirigida a sus compañeros les detallaba el resultado de sus gestiones. Salió de Valencia el 10 de marzo y al día siguiente se reunió durante bastantes horas con Eliseu Villalba, Conrad Cres-

39. AHAM.

pí y Joan Vilalta en Barcelona, para llegar a París, el lunes día 12. En esta capital se encontró con una carta del embajador de España en Alemania en la que le comunicaba que no debía ir a Colonia, ya que había designado a varios abogados para representar y defender en el juicio a todos los que se encontraban en la situación de haber regresado a España antes del 1 de octubre de 1953, y al mismo tiempo le comunicaba el envío de poderes para firmarlos y enviarlos urgentemente a la embajada de España en Bonn. La representación diplomática en esta época estaba ocupada por el banquero Luis de Urquijo y Landecho, Marqués de Bolarque, el segundo embajador una vez reanudadas las relaciones diplomáticas de España con Alemania, interrumpidas desde 1945 hasta 1951, cuando el origen y las características del régimen franquista pesaban en el contexto internacional como una losa y determinaron su aislamiento. Ante estos cambios comunicados por el embajador español, Hernández declinó viajar a Alemania y esperar los poderes, una vez fue aconsejado en este sentido por el amigo que le ayudaba en las gestiones, Ismael Macián de Valencia, por la Amicale de París y por Josep Borràs Lluch. Finalmente llegaron los poderes a su domicilio de Valencia y una carta del Director General de Relaciones Económicas del Ministerio de Asuntos Exteriores, en la que insistía de nuevo en que no acudiera a Colonia. Con esta documentación en mano y otros informes, desde París la envió urgentemente por avión a la embajada española en Bonn, permaneciendo en París a la espera de novedades, especialmente si era necesario se desplazamiento, pero, ante la falta de noticias, regresó a Valencia el día 22 de marzo. Hernández Morelló no contemplaba una resolución positiva, así como tampoco lo esperaba el embajador, cuyas gestiones, a su parecer, estaban en marcha a partir de la carta que envió al Jefe del estado pidiéndole su intervención ante el gobierno alemán, para conseguir un convenio bilateral entre ambos gobiernos.

Durante su estancia en París, aprovechó para reunirse con Borràs y otros integrantes de la Amicale que mostraron su conformidad

con las gestiones realizadas, al tiempo que explicaba *«me han aconsejado que fundemos aquí en España una Amical de los ex-deportados de Mauthausen, lo cual creí si estáis conformes, yo mismo podría solicitarlo del Ministerio de la Gobernación una vez haya sido reconocida nuestra situación por el convenio bilateral que espero sea pronto firmado, pues creo que como ahora oficialmente no existimos en España como ex-deportados por los nazis, no es momento oportuno para solicitar autoricen a asociarnos»*[40]. Esperanzas infundadas ya que pronto se trastocaron en dura realidad.

Hernández acababa su larga misiva con una recomendación a su entender muy importante: el envío de un dossier con todos los datos de los ex deportados conectados, para usarlo en caso de que le fueran solicitados por el Ministerio de Asuntos Exteriores.

Su relación con los ex deportados era fluida, como lo muestra la carta recibida de Joan Pagès, encabezada por «Querido camarada K.L.M». y firmada con su número de matrícula, el 24 de enero de 1963. Pagès estaba bien informado de la actividad de Hernández y consideraba que podía conjuminarse con los objetivos y estrategia de la recién nacida Amical:

> «Referente a una consideración que haces sobre los abogados, sobre la necesidad de la unidad y de la forma colectiva en que deben realizarse las gestiones, te diré que en el primer punto, los abogados, debemos evitar jueguen un papel diferente al que nosotros mismos les asignemos, es decir, hasta donde sea posible evitarlos y donde o cuando no sea posible, hacer que realicen su trabajo de conocimiento de las Leyes a nuestro servicio, pagándoles lo que lógicamente les corresponda; lo que no debemos consentir es ir a sus manos a su total arbitrio y que sean ellos quienes dispongan y finalmente cobren. Y te ruego te fijes en esta cuestión alternativa,

40. AHAM.

por cuanto no sabemos con exactitud qué caminos nos llevarán a las indemnizaciones y cómo las indemnizaciones llegaran a cada deportado o cada familia.

No sabemos si la solución definitiva llegará a través de la BEG o por acuerdo bilateral. Por tanto, hay que pensar la cuestión de abogados en forma alternativa, aunque creo lo importante es no saber si prescindiremos o no de ellos, sino el papel que nosotros y ellos debemos jugar.

Y conste que no soy partidario de abogados, pero la propia experiencia de Francia debe indicarnos «nuestra» conducta a seguir.

Lo más importante, lo que debe ser nuestra mayor preocupación «hoy» es establecer esa unidad cuya necesidad sentimos todos. No basta con que todos nos hayamos movido poco o mucho, que unos se hayan casi desmoralizado u otros continúen en primera fila en la brecha por las indemnizaciones. Hay que llegar a la unidad. Unidos formaremos bloque, nuestro peso especifico puede llegar a ser importante en número y en fuerza, en movilidad y sobre todo en sentido de orientación, en saber que tenemos que hacer en cada momento.

De lo anterior mismo, se desprende la importancia de la forma colectiva. Y conste que soy el primero que considero que algunas acciones individuales han dado un resultado muy apreciable y si tuviera que buscar un ejemplo creo que tu misma acción del día 11-10 es altísima y elocuente. (Y permite que aquí te envíe mi más sincera felicitación por esta acción colosal que realizaste).

Acerca de la papeleta que presentaste al Gobierno de que fuiste atendido, debo indicarte me reporto a lo anteriormente indicado: Con toda mi simpatía hacia tus gestiones admirando tu tesón y energía aplaudiendo tu acción, llego a la misma conclusión de la importancia de la unidad y del esfuerzo colectivo. Si no nos unimos, si no llegamos a formar un peso decisivo, si no orientamos bien las gestiones, no dudo ni he dudado nunca que también se llegará a cobrar, pero ¿cuando? ¿nosotros o nuestros herederos? Unidos, creo podremos llegar a reducir enormemente este plazo de tiempo (...)

Después de la cena ya señalada y con los amigos que en ella fueron nombrados como comisión hemos empezado a desarrollar las medidas que hemos considerado más apropiadas para llegar a establecer las premisas necesarias para alcanzar la unidad, solidez y legalidad necesarias para desarrollar cualquier acción de forma o tipo colectivo en defensa de los intereses de los ex-deportados y de las familias de los muertos en los campos.

Al efecto, consideramos necesarias dos medidas casi simultáneas: 1º Control y censo de todos los ex con residencia en España, clasificación y censo de los que no han percibido indemnización por pérdida de libertad, fechas de retorno al país, situación de familia, edades, etc., factores todos ellos de cara a la solución del problema, y 2º legalización de nuestra existencia a través de la constitución de una Entidad o asociación que de acuerdo con las Leyes de nuestro país, nos permita defender: legal, oficial, colectiva y a la luz pública, utilizando normas de propaganda, actos públicos, etc., nuestros derechos, y dirigirnos directamente a quien corresponda sin necesidad de perdernos en acciones o gestiones individuales que no llegan a dar claridad sobre su importancia, volumen y amplitud de este problema.

Permite te desarrolle un ejemplo: Infinidad de ex se han dirigido a quien creían podría intervenir en la solución de su problema: desde el Jefe del Estado, Ministros, Embajadores, Abogados, incluso empleados de los Consulados. Es decir, una gama variadísima de personas «calificadas» conocen un o diez casos cada una.

El Jefe del Estado dice: «Es una Ley graciable alemana»; el Ministro dice: «se pasa nota a las respectivas embajadas»; el Embajador dice: «debe ser objeto de pacto entre ambos Estados»; el abogado no sabe que debe hacer; el empleado reconoce nuestra razón.... ¿Qué se ha conseguido?

Algo importantísimo: Poner de manifiesto desde arriba hasta abajo, desde Su Excelencia hasta la vecina de al lado, saben de un caso, de una injusticia o de seis o de trece.

Si yo debo de darte una opinión personal sobre todo lo que

se ha hecho, debo decirte que ha sido magnífico, positivo, que ha abonado el terreno para cosas más rotundas, más decisivas.

Pero permite que continúe con el ejemplo: Si presentamos una relación de 60 casos de ex, junto a un millar de familias que debemos considerar han quedado excluidas de la BEG, organizados, con nombres, apellidos, domicilios y toda la documentación precisa, si sabemos indicar el número de millones que esto significaría como ingreso de divisas, si planteamos el asunto directo a quien corresponda, si somos capaces de dar su real valor e importancia a la injusticia y discriminación cometida, si defendemos otros derechos a más de los económicos, pero especialmente si centramos nuestra acción por los caminos rigurosamente ciertos, a que corresponda la solución de nuestras naturales y justas reclamaciones, creo que el resultado puede ser mucho más positivo que todo lo obtenido hasta ahora. Y mucho más corto el tiempo para llegar a lo propuesto (...)»

Acaba la larga carta con la relación de las acciones realizadas hasta entonces, contactos, redacción de una Memoria y unos Estatutos, pulidos con asesoramiento legal, para ser presentados a las autoridades. Y con esta frase de carácter premonitorio, Pagès mostraba su voluntad irreductible*: «Queda una salvedad por hacer: Y si nos niegan la autorización de funcionamiento de nuestra Amical de Mauthausen? Hay un dicho que dice que todo es posible en... Bien, queremos hacer las cosas de la mejor manera posible, pero en caso contrario existen varias fórmulas, todas dentro de la más estricta legalidad, repito que todo es posible en...»*[41]

Si bien hubo alguna intervención del gobierno español, tal como narraremos más adelante, para el cobro de las indemnizaciones, no sucedió lo mismo con el reconocimiento de la asociación que representaba a los antiguos deportados. La nula sensibilidad de las autoridades franquistas ante los sufrimientos del pasado y del presente mostraban

41. AHAM.

el alcance vengativo de la Dictadura que siguió con la guerra abierta a los considerados enemigos. La esperada legalización no se produjo. Cuando se presentaron los estatutos al gobernador civil de Barcelona, Antonio Ibáñez Freire, éste los tramitó al Ministerio correspondiente, el de Gobernación, el 23 de diciembre de 1963, con la anotación de la no conveniencia de su aprobación, lo cual lógicamente derivó en la denegación para autorizar la asociación. Recursos y más recursos mostraban la determinación de los impulsores de la Amical a no rendirse, ya que los alardes de aperturismo del régimen eran tan solo una fachada de cara al exterior, en aquellos años del llamado desarrollismo económico. Los republicanos, vencidos por las armas, seguían siendo enemigos a doblegar. Hizo falta esperar no tan solo la muerte de Franco, sino que la reiterada negación siguió vigente hasta el 8 de febrero de 1978, cuando tuvo lugar la legalización, pero entonces algunos de los impulsores habían fallecido o lo harían muy pronto, como fue el caso de Joan Pagès y Eliseu Villalba.

La clandestinidad a que fue condenada la Amical no impidió la intensidad de sus trabajos, con gestiones dentro y fuera de España y con esfuerzos para ampliar su radio de acción solidaria con ex deportados, viudas e hijos. En uno de los informes que la Amical enviaba regularmente a sus asociados, en el de 6 de abril de 1964 se explicaba que el nuevo Parlamento Federal surgido de las elecciones tenía en cartera discutir un proyecto de ley complementaria a la tan discutida BEG, que permitiría beneficiar a los españoles de las indemnizaciones alemanas. También se constataban gestiones avanzadas para un pacto bilateral entre el estado español y el alemán, del cual se ignoraban detalles, pues no había sido consultado ningún organismo de posibles beneficiarios[42]. Era una nueva realidad que hacía perentoria la localización del máximo número de ex deportados.

En efecto, en aquellas fechas se estaba a la espera de la aproba-

42. AHAM.

ción de la Ley Complementaria de la BEG, ante la cual se abrían nuevas expectativas. Habían sido mucho las presiones sobre los diputados que formaban parte de la Comisión de Indemnizaciones alemanes, entre las cuales no faltaron las del infatigable defensor de los deportados españoles, Émile Valley, que de nuevo y en posteriores ocasiones volvió a Barcelona para asesorar sobre el tema. La información de los cambios llegó también a través del abogado de Colonia, y de la conformidad del procedimiento a seguir por parte de la embajada alemana en Madrid.

Los problemas específicos de los deportados residentes en España eran bien conocidos y analizados por asociaciones hermanas del extranjero, especialmente la Amicale de Francia y la FEDIP, y también en la FNDIRP (Federación Nacional de Deportados, Internados, Resistentes y Patriotas), en cuyo seno militaban republicanos instalados en Francia.

No faltaron contactos entre la Amical y la FEDIP, asociaciones de muy distinto recorrido cronológico y con un escenario de actuaciones totalmente opuesto, por el contraste entre la realidad política española y la francesa. A principios de 1964 miembros de ambas asociaciones, ocho por parte de la Amical, se reunieron en Perpignan, y del resultado de las conversaciones dio amplia cuenta Joan Pagès a Émile Valley, en una carta fechada en 6 de febrero de 1964. A pesar del apoyo de los diputados socialistas del Bundestag para hacer posible la justa reparación a los españoles, no respiraban demasiado optimismo, sino tan solo la esperanza de obtener ciertas ventajas. Por su parte Josep Ester informó de los trámites avanzados para la firma de un pacto bilateral alemán-español que regulara definitivamente las reparaciones a las victimas de guerra, en un contexto de asimilación con los de la División Azul, y apuntaba los inconvenientes de la existencia de una Amical de Mauthausen en España que no podía pretender representar a los de Mauthausen solamente, ya que ello podía ser un inconveniente en Alemania, al considerarla pequeña y no global.

En realidad seguían las desavenencias políticas entre la FEDIP y

la Amicale francesa, donde también estaban afiliados muchos republicanos residentes en Francia desde sus mismos orígenes, no desvinculadas de las turbulencias de los años de la guerra fría, motivadas por una mayor presencia comunista en la Amicale, en contraste a la orientación socialista y anarquista de la FEDIP. Estos desencuentros se plasmaban, en opinión de Pagès, en una desconfianza hacia Émile Valley y la Amicale, trasmutada en intentos de romper la unidad de ésta con los compañeros que estaban en España.

Pagès en su informe insistía en alcanzar de la Ley complementaria en curso una asignación única para todos, los del exterior y los del interior, con una frase harto ilustrativa «*vista la intención de proteger a los tipos que escogieron la libertad nos puede permitir imaginar que la cantidad fijada por nosotros no seria más grande que para poder comprar un «Maggi blanchir» (maggi blanqueado) a los alemanes y a los otros comer un bistec*». También precisaba que los republicanos no tenían nada en común con los de la División Azul y otros tipos de víctimas de guerra, objeto todos ellos de un pacto bilateral, tal como había informado el Cónsul general al abogado Ruppman, además de otros pactos bilaterales en juego: uno relativo a las víctimas de guerra que ya estaba en el Bundestag y otro relativo a las victimas civiles de la persecución nazi, en la cual se incluían los republicanos. Sin conocer con exactitud el importe económico, se hablaba de 34 millones de marcos, ante lo cual Ester se pronunciaba en contra del acuerdo bilateral, porque la suma global era pequeña, además de que Alemania daría el asunto por acabado y Franco se beneficiaría.

De la reunión salieron datos significativos. Si en 1958 se contaban 150 españoles vivos pendientes de indemnización, en 1963 ya se pudieron contabilizar 350, además de 1.200 familias en España que no habían cobrado, multiplicación de cifras que se consideraba debida a la existencia de la Amical y a su labor de localización.

Otro punto de desavenencia entre la Amical y la FEDIP era la representación en el Comité Internacional de Mauthausen. Mientras Ester opinaba que la Amical no podía representar a la totalidad de los es-

pañoles, sino tan solo a los que se encontraban en España, Pagès creía que esta prevención podía dejar la FEDIP en una falsa posición ante los alemanes al considerar que no representaba a todos los españoles.

A pesar de las fricciones que arrancaban de la anterior lamentación por parte de la FEDIP de la constitución de la Amical en Barcelona, en la reunión se consiguió encontrar un acercamiento a las posiciones de Pagès y sus compañeros por parte de la mayoría, excepto por las reticencias expresadas por Ester. Las conclusiones de la comisión española aportadas en la reunión informativa posterior fueron: continuar la organización de la Amical, a pesar de la falta de ayuda de la FEDIP; mantener correspondencia e intercambio de puntos de vista; contactos personales en Perpignan o en otro lugar, en caso necesario; compromiso de trabajo coordinado para obtener el máximo para deportados y familiares; trabajo conjunto con la Amicale; y unión de todos los deportados en espíritu de fraternidad[43].

Eliseu Villalba también recibía información de la FEDIP, con la que había estado en contacto durante su período de estancia en Francia. Así pues, entre su documentación se encuentra la «Carta abierta a todos los deportados españoles residentes en España»[44], enviada desde París el 11 de noviembre de 1965, a raíz de la aprobación de la nueva ley, en la que se daba cuenta de las conclusiones de su tercer congreso, especialmente atentas al estado de la luchas por percibir las indemnizaciones de la RFA:

> «El tercer congreso coincide con el vigésimo aniversario de su fundación (septiembre 1945) y con el vigésimo aniversario de la liberación

43. AHAM.

44. Firmada por el Secretariado del III Congreso Nacional: Pedro Freixa, Presidente; José Bailina y Pedro Pey, Vice-Presidentes; José Ester, Secretario General; Juan Gil, Secretario General, adjunto; Juan Pujols, Tesorero; Roque Llop, Director de "HISPANIA"; Los Consejeros: José Rodes, Angel Olivares y Servideo García.

de los campos de la muerte. Deseo de que hubieran podido participar todos que no se puede realizar «por los inconvenientes geográficos... Jamás ha cesado de trabajar en defensa de los intereses morales y materiales del conjunto de la deportación, sin tener en cuenta para nada la limitación que suponen las fronteras... Justicia sin discriminación alguna. Protesta ante las autoridades competentes para reconocer sus derechos a todos los que regresaron a España, sin restricción ni condición de fecha. Injusticia de la RFA y el estatuto francés. Perspectivas de cambio en la BEG bastante halagüeñas. Por diversos conductos sabemos que hay algunos deportados que se lamentan aduciendo que sus hermanos de cautiverio, residentes en Francia, los tienen abandonados» No es verdad. «para que todos los trabajos iniciados por la FEDIP desde hace largo tiempo (¡desde hace años!) puedan dar el resultado que todos deseamos los antes posible, es necesario que, rompiendo el hielo fronterizo, los deportados residentes en España se asocien a los trabajos realizados, y a realizar, por la FEDIP, los cuales con vuestra aportación, verán enriquecer su calidad, situando en su verdadero contexto el problema, si a ello ha lugar, que de manera directa os afecta» Los años de trabajo de la FEDIP al servicio del conjunto de la deportación española. Ayuda a las viudas para constituir sus expedientes y obtener pensiones. Cada deportado debe decidirse a cooperar con la FEDIP «las puertas de nuestra Federación están abiertas como siempre, a todos los deportados españoles. A vosotros, pues, os toca decidir si debéis ser solidarios del esfuerzo que la FEDIP ha hecho hasta ahora y del que los hombres que la animan están dispuestos a hacer para que se os haga justicia, obteniendo la reparación moral y material llamada «DEUDA DE HONOR», que se os debe»[45]

Por el tono de la carta, se deduce que poca repercusión práctica había tenido el contacto de Perpignan, ya que en ella se abogaba por

45. AHAM.

trabajar y colaborar en el seno de la FEDIP, sin ninguna mención al trabajo conjunto que se prometía con la Amical española.

Pero los trabajos de la Comisión de la Amical no se limitaban a las luchas judiciales, sino que prosiguieron en su empeño para estrechar los vínculos entre el máximo número de deportados. Habitualmente, en fechas cercanas al 14 de abril o al 5 de mayo, se producía un encuentro fraternal que, debidamente organizado para sortear las intromisiones gubernamentales, iba sumando el número de asistentes año tras año. Así, en Barcelona, lugar de los primeros encuentros, que más tarde se fueron diversificando geográficamente, tuvo lugar una cena en el Hotel España de la barcelonesa calle Sant Pau, el 3 de mayo de 1964, coincidiendo con la celebración del 19 aniversario de la liberación, que los organizadores valoraron como todo un éxito, por la presencia de 55 personas.

A un espléndido menú compuesto por Entremeses variados. Huevos Pouche Gran Duché. Pollo del Prat asado a la Jardinera. Postres varios. Vino. Café, seguían largas sobremesas e incluso encuentros inesperados, sin que faltaran frases singulares y firmas, algunas ilegibles, en el reverso de las tarjetas del acontecimiento: «Dinar anys enrera, fou «steck. Rüben», amb desesperació per tindren, avui, es companyonia i amistat. Joan Pages»; «Es millor trobar-se a l'entorn d'una taula que d'una vagoneta»; «Al amic Subils[46] després de tants anys. Josep Tena[47]»; Al amigo Pages Lopez y todos en general salud y mientras hay vida hay esperanza. Alfonso López[48]». «Alfonso Talarn[49]».

---

46. Miquel Subils Beneyto, valenciano llegado a Mauthausen en la primera expedición con republicanos, el 6 de agosto de 1940.

47. Josep Tena Fayós, barcelonés que comenzó su deportación en la misma fecha que Subils.

48. Alfonso López Yáñez, nacido en Panamá, fue deportado a Mauthausen desde el *stalag* II A el 25-5-1941.

49. Alfonso Talarn René, nacido en Blancafort (Tarragona) y llegado a Mauthausen en la misma fecha que Eliseu Villalba, procedente del *stalag* de Krems.

La comunicación entre ellos no se reducía a este encuentro anual, sino que la correspondencia era continua entre todos ellos, gracias al trabajo de la comisión de la que formaba parte Eliseu, y que anualmente transmitía un informe del estado de la cuestión de todos los temas pendientes. Veamos como ejemplo el informe que se remitió el 20 de noviembre de 1964:

«Querido compañero y amigo:

Siguiendo con nuestro propósito de establecer contactos periódicos con los compañeros ex-deportados a Mauthausen de cuya residencia en España tenemos constancia, vamos a darte cuenta de la continuación de las gestiones, estado de las cuestiones y orientaciones surgidas desde nuestra anterior carta-circular.

LA COMIDA DEL 3 DE MAYO.– La cifra de cincuenta y cinco comensales que se reunieron atendiendo a nuestra convocatoria y las muchas adhesiones recibidas, son la mejor prueba de que la iniciativa encontró calurosa acogida entre los ex-deportados. Alrededor de las mesas y en animada camaradería, hombres que diecinueve años antes habían vivido juntos la más negra de las experiencias, nos encontrábamos muchos por vez primera desde la liberación, mientras otros, los que tienen ocasión de mantener contactos más frecuentes, encontraron la posibilidad de ensanchar la órbita de su entrañable relación. La reunión fue un éxito bajo todos los puntos de vista, y el recuerdo que ha quedado de aquellas horas de renovada convivencia hace deseable que no sea la última celebración conjunta de efemérides tan importante para todos como es nuestro retorno a la libertad, y a la vida. Lo único que no salió bien fue la colección de fotografías que un profesional de la cámara intentó sacar de los comensales. Al parecer salieron tan mal que hasta del fotógrafo se han perdido las huellas. Nos excusamos del fracaso.

LAS INDEMNIZACIONES ALEMANAS.– En la sobremesa se trató, como era de esperar, las indemnizaciones que los ex-deportados y familias de los muertos en los campos de concentración residentes

en España, estamos esperando del gobierno de la República Federal. No se hizo más que puntualizar las impresiones ya comunicadas en nuestra anterior carta-circular, es decir, que en el Parlamento Federal hay pendiente de discusión un proyecto de Ley Complementaria de la discutida ley B.E.G., que al parecer permitiría nuestra inclusión en la lista de los beneficiarios de las indemnizaciones alemanas. El proyecto debía ser discutido en octubre pasado, pero por razones de política interna alemana, la discusión ha sido aplazada hasta después de las próximas elecciones generales. Las presiones que en pro de su aprobación han sido ejercidas por las asociaciones de ex-deportados y hasta por particulares más o menos representativos, incluso en algunos casos residentes en España, tanto a través de gestiones personales, artículos en los periódicos, cartas, discursos en actos varios, etc. han dado como resultado una fuerte impresión de que algunos parlamentarios alemanes, vista la poca importancia que para el Gobierno Federal representa el volumen de nuestras indemnizaciones, están dispuestos a apoyar el proyecto de reforma de la ley B.E.G. Es sabido que en épocas electorales, todos los grupos políticos suelen ser generosos en promesas, pero pese a ello la impresión es que todos los partidos se proponen sinceramente dar solución al problema de las justas indemnizaciones una vez constituido el nuevo Bundestag, unos a través de reformar la Ley B.E.G., otros a través de la Ley Complementaria. A nosotros no nos queda más que la posibilidad de ir esperando e insistiendo, para que se conviertan en realidad las perspectivas –hoy positivamente esperanzadoras– de tangible solución para el curso del próximo año.

LA CONSTITUCIÓN DE «LA AMICAL DE MAUTHAUSEN» EN ESPAÑA.– Conocieron los asistentes a la comida del 3 de mayo, del estado presente de la solicitud presentada para la legal constitución de nuestra asociación. Como seguramente ya sabes, la solicitud fue desestimada gobernativamente, pero esta comisión, usando de las facultades conferidas por la vigente Ley de Asociaciones, y una vez presentado el oportuno recurso de reposición previo al Contencioso-Administrativo, ha llevado el asunto al Tribunal

Supremo, donde se decidirá la futura suerte de nuestro propósito. Confiamos que este Alto Tribunal reconocerá la razón que nos asiste, y no hace falta decir que la sentencia que en su día se dicte, será objeto de otra carta-circular a todos los amigos.

VIAJE PEREGRINACIÓN A MAUTHAUSEN.– La idea fue lanzada en el transcurso de la comida –como ves, una comida bien aprovechada– y la entusiasta acogida que obtuvo nos impulsó a realizar las gestiones necesarias para su realización cuando en Mayo próximo se cumplan los veinte años de nuestra liberación. La presencia de ex-deportados y familiares de muertos en los campos nazis residentes en España en las ceremonias que el Comité Internacional tiene previstas para tal motivo, será la mejor manifestación del espíritu que nos une, en comunidad de recuerdos, a todos los que fuimos hermanos de infortunio, pese a las fronteras que nos separan, y también un fervoroso y sentido homenaje a los que cayeron víctimas de los horrores nazis.

Esta Comisión agradece las facilidades y generosa colaboración que para la realización de ese viaje colectivo a los lugares que fueron el marco de nuestros sufrimientos hace veinte años, ha encontrado en las organizaciones de ex-deportados con sede en Francia y en los compañeros que de ellas forman parte, facilidades cuya mayor expresión es el completísimo itinerario previsto y el módico presupuesto establecido, según es de ver detallado en la hoja que acompañamos. Una pequeña delegación nuestra ha asistido en París a la constitución de la comisión organizadora de los actos conmemorativos del 20 aniversario de la Liberación por parte de los ex-deportados españoles, y puede dar fe del entusiasmo que ha presidido su formación y del anhelo con que esperan vernos a todos y abrazarnos después de tantos años de separación material.

Y para terminar esta extensa carta, queremos rogarte amigo, no extrañes nuestros prolongados silencios, que no son obstáculo para la continuidad de propósitos en los trabajos para seguir adelante a favor de esta pequeña pero bien hermanada comunidad

que formamos los antiguos deportados al campo nazi de MAUTHAUSEN.

Un fuerte abrazo»[50]

El anunciado viaje conmemorativo a Mauthausen en el mes de mayo de 1965 fue un acontecimiento singular, que mostraba la profundidad del compromiso adquirido por la Amical, no tan solo orientado a ver satisfechas sus justas reclamaciones sino decidido a reforzar los lazos afectivos entre la «gran familia de la deportación». Así pues, a pesar de que ya había una notable representación de la asociación en la inauguración del monumento a los republicanos en Mauthausen, en 1962, en aquel año 1965, se realizó el primer viaje al campo para asistir a los actos conmemorativos de la liberación, con un nutrido grupo de 40 supervivientes, viudas e hijos, gracias al apoyo inestimable de la amical francesa, ya ducha en la organización de semejante evento. Eliseu Villalba no formó parte de la comitiva, ya que siempre se negó a pisar los escenarios de su cautiverio.

La Ley Complementaria o «Ley Final de Reparaciones» finalmente se aprobó el 14 de septiembre de 1965. A partir de la creación de un fondo especial para los que no se habían podido beneficiar de la BEG de 1953, gran parte de los residentes en España y aquellos que no habían solicitado la ayuda en los plazos previstos, así como las viudas y los padres podían solicitar pensiones, con efectos desde la promulgación de la nueva ley y con cantidades que oscilaban entre las 200.000 y las 400.000 pesetas.

La indemnización contemplaba un primer pago de 2.500 a 2.000 DM según se hubieran cumplido o no los 65 años el 14 de septiembre de 1965, y un segundo pago que podía ser de 5.000 marcos más si el internamiento fue de 1 a 2 años; 6.000, de 2 a 3 años; y 9.000 de 3 a 4 años, que se haría efectivo cuando todos hubieran percibido

50. AHAM.

el primero, y que según los cálculos no se efectuaría hasta finales del año 1971 o en 1972.

Era un paso importante en relación a la situación anterior, sin embargo ni mucho menos satisfizo a la Amical, por su escaso alcance moral y material, tal como informó en circular a sus asociados, en los meses de enero y julio de 1966: *«Conocida por ser la vuestra, nuestra opinión. Esta Ley es injusta. Así lo hemos pregonado en todas las instancias posibles, actuando para ver de obtener algo substancialmente más justo. Poco hemos obtenido. Pero honestamente creemos que bajo ningún concepto debemos despreciar la reparación acordada por la Ley en cuestión, y cada uno debe poner interés y considerar que lo que de ella pueda percibir es una parte, el primer pago diríamos, de una reparación material más amplia, justa y humana»*[51]

Quedaba muy lejos la equiparación con los ex deportados de otros países, que gozaban de un régimen de pensión, además de especial atención médica y hospitalaria, jubilaciones anticipadas, gratuidad en los transportes y residencias o lugares de reposo. Las cartas y noticias que llegaban a la Amical sobre las dificultades económicas y los problemas de salud de muchos antiguos deportados, como era el caso del propio Eliseu, eran expresivas del abandono institucional.

Un grave inconveniente para acogerse a los beneficios de la nueva ley era el breve plazo previsto para presentar el expediente, que terminaba el 30 de septiembre de 1966, hecho que precisaba acelerar los contactos para cumplimentar los expedientes, sin que la asociación contara con una infraestructura adecuada y tuviera que recurrir al voluntarismo para obtener certificados de defunción o el titulo de Deportado a través de la Amical de París, así como atestados donde antiguos compañeros testificaban sobre la estancia en los campos de aquellos que no disponían de ningún documento. En esta nueva coyuntura el Ministerio francés de Ex combatientes y Víctimas de Guerra hizo llegar al Ministerio de Justicia de Espa-

51. AHAM.

ña la lista de los deportados españoles, pero la información a los beneficiarios no fue ni mucho menos generalizada y además, en el caso de que les llegara, fue con un plazo tan ajustado que hacía casi imposible completar los expedientes. Por esta razón, la mayoría de estos se hicieron llegar a Alemania a través de la Amical y no a través de los consulados o embajada o el Ministerio de Asuntos Exteriores. De hecho hasta el 18 de septiembre de 1966, a punto de expirar el plazo de presentación, el agregado de Prensa de la embajada de la RFA no publicó una nota en los periódicos sobre «Indemnizaciones por daños sufridos en campos de concentración alemanes».

A falta de apoyo gubernamental y de la dispersión de los deportados y sus familiares, el camino de los antiguos deportados para equipararse a sus compañeros de otros países se presentaba arduo. Sin embargo desde la Amical no cejaron en obtener todo lo que pudieran por el momento, y el mismo Joan Pagès, el 16 de septiembre de 1966, terminaba un carta a Eliseu con estas frases: *«La impresión de todos es que todo esto va un poco para largo, quedando la esperanza de que en caso concreto de los EX vaya más rápido, pero no en los otros casos, ante la avalancha de peticiones, muchas completamente disparatadas como resultado de las notas publicadas en la prensa»*. (Traducción del catalán)[52]

Desde la Amical, a todos los asociados y contactos se les tramitó el modelo de carta para solicitar la indemnización, que tenía que llegar a Colonia por correo certificado con acuse de recibo antes del 30 de septiembre. El abogado asesor era el parisino François Herzfelder que se ocupaba de los expedientes de la Amical y también de los de la FEDIP. A dicho letrado debían dirigirse los ex deportados en estos términos, tal como hizo Eliseu: *«Muy Sr. mío. Por consejo de la Amical de Mauthausen de España de cuya creación así como de su Comisión formo parte, me dirijo a Vd. con el ruego tenga a bien hacerse cargo de mi expediente para la demanda de indemnización a*

52. AHAM.

las autoridades alemanas según el artículo V. Si bien hice la demanda a su debido tiempo no he recibido aún el número de mi expediente tal y como le fue comunicado en la relación que le transmitió la Amical de Mauthausen de París» Este modelo de misiva se lo hizo llegar su amigo Amadeo López, que terminaba con unas frases afectuosas y con el anuncio del pase de la película «Noche y Niebla»: *«Nada más por ahora y espero muy sinceramente que tu esposa y tú mismo os encontréis lo mejor posible. Ya te pondré al corriente cuando hagamos una nueva velada de la película*[53]» (Traducción del catalán)[54].

Eliseu formaba parte del núcleo activo de la asociación y dedicó todo su empeño en facilitar al máximo las gestiones a los compañeros, tal como puede percibirse a partir de esta carta:

> «Estimado amigo:
>
> En primer lugar una fuerte encajada junto al deseo de que tu salud así como la de todos tus familiares sea tan buena como para mi mismo querría. De acuerdo con nuestra conversación telefónica, te adjunto los datos que se piden en la circular recibida hace algunos días, por cierto que el amigo Pages, también me telefoneó para saber también si había recibido la mencionada circular, al mismo tiempo que interesarse por mi salud, por cierto me dijo que tenía el propósito de celebrar una reunión en mi casa, que como sabéis también es vuestra. Ya fijaréis la fecha cuando llegue el momento.
>
> Insisto respecto a la necesidad de remarcar la conveniencia de que nuestros compañeros se abstengan de buscar abogados y que se decidan a hacer la reclamación de indemnización a través vuestro toda vez que según el amigo Pages la cuestión de las traducciones la tenéis resuelta gracias a la colaboración del amigo Rumman.

---

53 Referencia al film *Noche y Niebla* de Alain Resnais, que les había hecho llegar la Amicale francesa.

54.19-5-1966. AHAM.

Repito mis deseos de saber que todos estáis bien a la vez que mi más sincero saludo»[55]. (Traducción del catalán)

Eliseu hizo todos los trámites con la minuciosidad que le caracterizaba y su solicitud de indemnización llegó a Colonia el 16 de septiembre de 1966, con el correspondiente acuse de recibo, dos días después. Pero los engorros administrativos no terminaban, ya que el 8 de diciembre de 1966, en referencia a la carta enviada por Eliseu, desde la oficina alemana le advertían que por el hecho de estar redactada en español y de que el servicio no disponía de intérprete, no podía conocer su contenido, aunque suponían que se trataba de su petición de indemnización por persecución nacionalsocialista, y le adjuntaban un cuestionario en alemán, con la precisión de que la embajada alemana en Madrid y los consulados alemanes le darían facilidades para la traducción; sin el cuestionario aludido no podían examinar los derechos que le correspondían. Por último le precisaban que habían recibido más de 200.000 solicitudes, por lo que la tramitación requeriría tiempo. A los dos años avanzaban los pagos, pero con irritante lentitud, ya que seguían habiendo más de 100.000 peticiones de todas las nacionalidades.

De hecho solo un número muy reducido de españoles osó presentar una solicitud desde España, por la poca publicidad española o alemana y por el temor a represalias, en algunos casos, siendo más notable la prevención en los que vivían en pequeñas localidades. Por otro lado, las indemnizaciones no eran demasiado alentadoras, 2.000 DM por persona, y fueron sobre todo los deportados con larga persecución –de 3 a 4 años en Mauthausen– o las viudas de los muertos, especialmente los de la zona de Barcelona, quienes se atrevieron o supieron hacerlo. En aquellos momentos y por los largos y lentos procedimientos judiciales, más del 50% de los perseguidos españoles

55. 17-8-1966. AHAM.

habían fallecido, sin haber podido hacer nada a causa de la dispersión, coste de los procedimientos y falta de personal cualificado en los consulados. En realidad, tan solo un pequeño número de españoles habían conseguido ser indemnizados por la Ley Complementaria BEG.

En el caso de Eliseu, una serie interminable de gestiones a través del abogado Herzfelder que le representaba desde París, tal como muestra la copiosa correspondencia entre ambos entre los años 1970 y 1971, culminaron con varios pagos. El abogado le informó de un nuevo decreto alemán que aprobaba un pago complementario de unos 2.000 DM a los regresados a España antes del 1 de octubre de 1953, y que ya habían recibido ciertos importes de la indemnización por las persecuciones nacionalsocialistas y de haber sufrido una pérdida de libertad de más de tres años. El 25 de marzo de 1971 recibió la comunicación de un tercer pago a cuenta de 8.000 marcos, del cual el abogado deducía un 10% en concepto de honorarios. Abonados en el Banco Sal. Oppenheim de Colonia, debía ordenar hacer la transferencia del dinero a un banco de su domicilio. Finalmente, el 18 de abril de 1971, Eliseu comunicó al abogado el feliz término de los trámites, con el cobro a través del Banco Garriga Nogués de 2.000, 4.000 y 8.000 marcos. Unos meses más tarde, el 3 de diciembre de 1971. Herzfelder le anunció que la Oficina de Dusseldorf le había concedido otro pago de 6.800 marcos[56].

Años antes, Eliseu, el 25 de octubre de 1966, había obtenido el Carnet de Deportado Político, expedido por el ministerio francés de Antiguos Combatientes y Victimas de Guerra, y tuvo que enfrentarse a nuevos trámites con el fin de obtener también una indemnización según el titulo del artículo L. 336 del código de pensiones militares de invalidez y de víctimas de guerra de Francia. Así el Ministerio le envió una carta el 15 de diciembre de 1966, en la cual precisaba la necesidad de una declaración librada por la autoridad

56. AHAM.

competente estableciendo la nacionalidad, fecha de instalación en España y si contaba con residir allí por un periodo prolongado. Dos años más tarde, en noviembre de 1968, una carta de la Oficina de Estatutos y Servicios Médicos del Ministerio, le notificaba la concesión del titulo de deportado político nº 119932019[57].

Nuevos frentes de reclamaciones siguieron abiertos en Alemania y en España. Sin hacer hincapié en todos ellos, desde Francia, la FEDIP, y también desde la Amical española se batalló para que los años pasados en los *stalags* y campos de concentración tuvieron efecto en las pensiones de jubilación[58]. Una novedad importante fue la decisión del Tribunal Federal alemán o constitucional de Karlsruhe de 1972 que equiparaba, a efectos de indemnización a los detenidos en los campos de trabajo en la Organización TODT, sin embargo los españoles tuvieron conocimiento *a posteriori* de que tenían derecho a la indemnización. De hecho, una nota del Ministerio de Asuntos Exteriores aparecida en *La Vanguardia* con información relativa a la llamada «Decisión de Karlsruhe» databa del 14 de septiembre de 1973.

57. AHAM.

58. Correspondencia Josep Bailina Sibila a Eliseu Villalba, 6-12-1968. AHAM.

Contra los ataques negacionistas

De las páginas anteriores pudiera inferirse que la acción de la Amical estuvo orientada solamente a la lucha por sus derechos y a reforzar los lazos de camaradería entre antiguos deportados y familiares, pero nada más lejos de la realidad. Todos ellos tenían clara conciencia de que eran un colectivo proscrito por la Dictadura, republicanos de corazón y de lucha y, en consecuencia, uno más de los frentes del antifranquismo que tuvieron que ampararse, a menudo, en los brazos de asociaciones amigas de otros países. Pero además, su trágica experiencia y el recuerdo de tantos compañeros muertos en los campos de la muerte les legitimaba para combatir hasta la extenuación las infamias proferidas por revisionistas y negacionistas desde el primer momento.

Sirvan estas precisiones para entender las réplicas a los argumentos vertidos en la revista *Destino* en una intensa polémica que se extendió a lo largo de los meses de mayo a julio de 1964, en el apartado de Cartas al Director del citado semanario, debate entre lectores que versó sobre el revisionismo y negacionismo de los crímenes nazis y las características del régimen nacionalsocialista. No hay duda del impacto que debieron causar ciertas afirmaciones en Eliseu Villalba, corroborado por la aparición en diversas ocasiones en sus narraciones del nombre F. Claret, el hombre que le soliviantó con sus ideas expuestas en *Destino*.

Parece pertinente dedicar unas páginas a la polémica aludida, por cuanto son expresivas de un determinado contexto en la vida de

nuestro país y de la salida a la luz de las voces de los deportados residentes en él, de las cuales fue emblemática la de Joaquim Amat-Piniella, que en 1963 había conseguido publicar su obra maestra *K-L Reich*, después de soslayar la censura, obra de la cual se hicieron eco numerosos diarios y revistas. Estimularon también la polémica los tres largos reportajes en el semanario del periodista Tristán La Rosa «Adolfo Hitler. Semblanza de un dictador», aparecidos los dos primeros en las semanas precedentes a la polémica y el último al mismo tiempo que la carta del citado F. Claret[59].

Y también contribuyó a la polémica el conocimiento de dos procesos que situaron, en primer plano, los crímenes del nazismo. El 31 de mayo de 1962, Adolf Eichmann fue ahorcado en Israel, después de un largo juicio que culminó su accidentada detención por el Mossad en Argentina, donde vivía camuflado bajo el nombre de Ricardo Klement. Fue la gran causa judicial del nuevo estado judío, con enorme repercusión mundial y a la cual asistió el periodista antes mencionado Tristán La Rosa, sin que faltaran voces en España que se lamentaron del trato, proceso y condena del criminal artífice del genocidio judío. Poco después de la ejecución de Eichmann, empezaron los Juicios de Auschwitz, más conocidos como el Proceso de Frankfurt, contra 23 acusados, SS y capos, por su papel en el campo de concentración y exterminio de Auschwitz-Birkenau. Además de su larga duración, entre el 20 de diciembre de 1963 y el 19 de agosto de 1965, con más de 400 testigos supervivientes, la peculiaridad de dicho proceso radicó en haber sido el primero en el que la República Federal Alemana reconocía su responsabilidad desde el propio derecho alemán. Pero sobre todo, durante proceso salió a la luz la complicidad de buena parte de la sociedad alemana, aspecto perfectamente reflejado en la obra del dramaturgo Peter Weiss, *La indagación* (1965), y en la reciente película *La conspiración del silencio* (2014).

---

59. *Destino* 25-4; 2 y 9-5-1964.

Así pues, en este contexto de informaciones que contribuían a romper el silencio en nuestro país, se desencadenó la polémica por una Carta al director, firmada por F. Claret y titulada «Los angelitos nazis»[60], donde se pudieron leer frases que habían de repugnar a nuestros protagonistas. Claret, después de afirmar *«que el nacional-socialismo fue condenado por la Iglesia. Sabemos que Alemania cometió aberraciones como en todas las guerras»,* se mostraba *s*orprendido por el texto aparecido en «El Cruzado Español» del mes de marzo, y del cual reproducía el párrafo de un extenso artículo titulado «Grandeza y servidumbre de Israel» firmado por Victoriano Domingo Loren: *«¿Por qué intentar que pasen mentiras tan inmensas como las de estos pretendidos millones de judíos que Hitler exterminó –que unas veces son tres, otras cuatro y en más ocasiones cinco o seis–, o esas cámaras de gas que solo existieron en las mentes calenturientas de los hebreos? En el libro del socialista francés Paul Rassinier, titulado* La mentira de Ulises, *se demuestra de modo categórico que las cámaras de gas y las cifras que de ordinario se barajan, son un gigantesco «bluff».* Claret se manifestaba afanoso de saber la verdad y preguntaba al director y a los lectores si alguno estaba en posesión de datos concretos, para terminar con la odiosa pregunta *«¿Quién nos engaña?»*

Antes de incidir en la marcha de la polémica, resulta pertinente conocer al autor del artículo citado. Victoriano Domingo Loren fue un abogado con una larga trayectoria, hasta bien avanzada la década de los 70 del siglo pasado, centrada en el ultramontanismo, con muchos libros sobre profecías bíblicas o sobre las leyes referidas a los homosexuales. Y en lo referente al espacio que sus opiniones ocuparon en «El Cruzado Español», cabe precisar que dicha revista nació en 1929 bajo los supuestos ideológicos del carlismo integrista y que se mantuvo viva hasta 1936, pero la cabecera fue rescatada como publicación quincenal en Barcelona, entre 1958 y

60. *Destino* 9-5-1964.

1981, bajo la dirección de José-Oriol Cuffi Canadell, personaje de clara tendencia antisemita. Por último la inspiración que motivó a Domingo surgía de la obra clásica de Paul Rassinier *La mentira de Ulises* (1950), hombre de controvertida y dilatante trayectoria desde el comunismo al anarquismo; a pesar de que él mismo fue deportado a Buchenwald-Dora por su condición de resistente, esparció dudas sobre los testimonios y los datos manejados en los juicios a los verdugos. Por todo ello, es considerado como el padre del revisionismo, trasmutado en negacionismo.

Tres semanas después, una larga carta firmada por Miguel Morell Roig[61] pretendió dar respuesta a la pregunta de Claret *¿Quién nos engaña?* Tildaba de exageración fantástica la cifra de seis millones de judíos exterminados y de operación perfecta desde el punto de vista publicitario *«Es, seguramente, la operación de propaganda que mejor les ha salido a los judíos desde la firma de los Protocolos de Sión y sus consignas concretas acerca del dominio de la información y la propaganda mundial»*. Operación que, a su entender, tenía como finalidad recabar fondos para afrontar las dificultades financieras del estado de Israel «*¿Cómo salvar la situación? Presentando al pueblo judío como suprema víctima del odio racial, creando unos millones de muertos que en algunos casos eran dos, otros tres y hasta cinco y seis, etcétera...»* Las pruebas alegadas de sus afirmaciones eran la dificultad de cualquier pueblo en admitir el sacrificio masivo de seis millones de personas, los 5 a 6 millones de europeos inmigrados en los EEUU y Canadá durante la Segunda Guerra Mundial, y los testimonios y estudios, entre ellos el de Rassinier, que concluían que la cifra máxima admisible era de 350.000 a 500.000 judíos muertos en los campos. Un último apunte a su visión revisionista la aportaba con referencia a guerras recientes, como las de Katanga y Argelia y su gran número de vidas perdidas.

---

61. *Destino* 30-5-1964.

Fue justamente el mismo día de la publicación de la anterior carta la fecha más prolífica en la polémica, versada en la figura de Hitler diseccionada por Tristán La Rosa. Uno de los lectores[62] apuntaba el distinto tratamiento otorgado al vencedor y al vencido ya que «*de hombre inteligente, honrado, valiente y gran luchador, según la Prensa de hace unos años*», a partir de las recientes crónicas se infería de él «*hombre cobarde, criminal, etcétera* (...) *Mi modesta opinión, señor Director, es que continuamos sin saber quién fue Adolfo Hitler y que se siguen cortando ramas del árbol caído, y que si los dioses no cegaron a los que quieren perder (según frase dicha por el mismo Hitler), a estas horas probablemente leeríamos escritos elogiando al hombre que hizo temblar a las naciones más poderosas de Europa, y que según acabamos de leer era un hombre sin inteligencia, no tenía modales, no entendió de arte y fue un cobarde criminal*»

En el mismo sentido de relativizar a Hitler y al nazismo[63], otro lector aducía al análisis psicológico de Tristán La Rosa «*ya que no deja de ser cómodo hablar así de personas que ya no pueden defenderse* (...) *Pero en fin, allá cada cual con su conciencia*», sin dejar de aconsejar al periodista que escribiera algo sobre Truman, para indagar si algún defecto en su juventud e infancia le hubieran impelido a lanzar las dos bombas atómicas, o «*sobre las bombas de fósforo que los ingleses lanzaron sobre Hamburgo... pero, claro está que los ingleses ganaron la guerra*».

Otra de las cartas referidas[64] al retrato de Hitler incidía en el meollo de la cuestión, la parte de culpa que podía atribuirse al pueblo alemán, ahondando en el espíritu de la raza aria, pues «*son y serán, disciplinados por excelencia* (...), *pero cuando esta cualidad de la disciplina se posee en grado superlativo, se convierte ya en un defecto e*

62. M. SECALL (Reus). *Destino* 30-5-1964.

63. VICTOR GUILLEN. *Destino* 30-5-1964.

64. R.C.A. *Destino* 30-5-64.

imposibilita descubrir los errores del fundamento de unos principios»; al respecto ponía como ejemplo el caso de Eichmann, ajustado a la férrea disciplina de cumplir perfectamente las disposiciones recibidas, aún a costa de cometer un genocidio horripilante.

Y sigamos con las cartas. Otro lector[65] afirmaba que frente a los que recomendaban silencio, es decir, no exhumar el recuerdo de Hitler, pues «*La verdad histórica, aún la más repelente, debe resplandecer para reflexión y enseñanza, pues si la historia no nos sirve para eso, la parte anecdótica y descriptiva será siempre de un valor muy relativo*», equiparaba el fenómeno de Hitler al de otros acaecidos en la historia: hombres dispuestos a inmortalizarse a costa del sufrimiento de los demás y se preguntaba «*qué razón oculta determina la aparición de semejantes azotes, ya que no parece aceptable el simple azar ni la espontánea producción. La semilla, para su germinación, precisa de un terreno adecuado y un ambiente propicio. Si algún día se lograra desentrañar cómo y cuándo tienen lugar estas nefastas apariciones, la Humanidad habría conseguido una de sus más brillantes conquistas. De otra forma la lección histórica habrá sido completamente desaprovechada*»

Refiráramos ya al tema del exterminio de los judíos que encendió los ánimos de aquellos pioneros de la Amical. Una carta[66] no tan solo denigraba las afirmaciones del Sr. Claret, sino también al que había autorizado su publicación, por merecer escaso crédito, ya que «*Al margen de las dudas que cada cual puede libremente sentir influido su ánimo por opiniones mas o menos afectivas hay un hecho concreto, terriblemente concreto que nada ni nadie puede honradamente contradecir, y es que los hitlerianos no merecen más calificativo que el que se le puede adjudicar a la más sañuda de las fieras*». Al recordatorio de los campos de concentración y exterminio y de las matanzas fuera de ellos, añadía que «*si un escritor los considera producto de la imagina-*

65. J. VENDRELL ESTEVE, *Destino* 30-5-1964.

66. JOSE ZAFRA, *Destino* 30-5-1964.

ción de una raza, hay motivos para creer que todo el mundo civilizado pertenecemos a ella».

Y llegamos, por fin, a la respuesta de Joaquim Amat-Piniella[67], ante la cual sobran comentarios. Sus palabras fueron:

> «Formo parte del ya reducido grupo de españoles que tuvimos que pasar cerca de cinco años en un campo de concentración de la Alemania nazi y logramos salir de él, evidentemente maltrechos, pero con vida. De los siete u ocho mil exiliados españoles que fuimos internados en Mauthausen (Austria), sobrevivimos al final de la guerra escasamente un millar y medio. Ahora quedamos bastantes menos. Si las dudas que, con el título «Los angelitos nazis», expuso el señor F. Claret en esta misma página son sinceras, creo que para desvanecerlas bastará el párrafo que entresaco del artículo que el ministro español de Asuntos Exteriores en aquella época, don Ramón Serrano Suñer, publicó en La Vanguardia el pasado 28 de febrero. Copio «Así, para poner el ejemplo que ahora nos interesa, no podemos tener de Adolfo Hitler la misma idea cuando lo considerábamos como portaestandarte de una nueva ideología y jefe de un gran pueblo amigo en lucha por unas reivindicaciones, que cuando, por una «realidad» más tarde conocida, hemos tenido que considerarlo también como el «cruel aniquilador de una raza» o –a la luz de sus neronianas conversaciones de sobremesa– como el profeta de una «apocalipsis desmesurada». Espero que ni el colaborador de «El Cruzado Español» en cuyo texto el señor Claret apoya sus dudas ni el propio autor de la carta que comento, cometerán la insensatez de poner en entredicho las contundentes aseveraciones de un testigo de excepción como es el ex ministro español. Por otra parte, me parece que dudar a estas alturas de la bestialidad nacionalsocialista, o son ganas de singularizarse a cualquier precio,

67. *Destino,* 30-5-1964.

> o es consecuencia de un último rescoldo de fanatismo trasnochado, ciertamente digno de mejor causa, o es estolidez pura y simple. En cualquiera de los tres casos, me permito aconsejar al señor Claret, a su valedor de «El Cruzado Español» sería perder el tiempo aconsejarle nada, que, en lugar de preguntar ingenuamente dónde está la verdad, se dedique o buscarla por sí mismo, que lo que es información, si la desea, no le va a faltar. El que suscribe, por lo pronto, está enteramente a su disposición para demostrarle que los campos de Hitler no fueron precisamente dulces balnearios para enfermos de «surmenage (trabajo excesivo)», y que las vidas en ellos inmoladas –siete mil compatriotas entre millones de víctimas de todo el mundo– bien se merecen, a falta de Justicia, que por lo menos les sea reconocida su «verdad», una verdad que con veinte años de vida y formando parte de la triste historia de nuestro tiempo, aún permanece sospechosamente oculta, cuando menos para quienes mantienen los ojos cerrados ante lo que no les interesa ver»

El 13 de junio es otra fecha con cartas referidas al tema, todas ellas con un acento claramente denigrante de las versiones negacionistas o revisionistas aparecidas semanas antes. En una de ellas se aludía a la falta de respeto por los millones de hombres, mujeres y niños asesinados en los campos nazis, de los que se dudaba de su existencia o se les calificaba de cuentos de hadas, con juicios muy duros a los que se tildaba de «escribidores»: *«su solo enunciado denota en quienes lo publican una deficiencia mental fuera de duda. Den, pues, gracias a Dios tales «escribidores» por haber nacido en España, pues de haber nacido en la Alemania de Hitler, en tanto que deficientes mentales hubieran pasado por las cámaras de gas en las que hacen ver que no creen y hoy no podrían emborronar papel»*.[68]

En otra de las misivas, el firmante afirmaba que si bien «El Cru-

68. RAMIRO ROSSICH, *Destino* 13-6-1964.

zado Español» se presentaba como portavoz de un tradicionalismo «católico», hacía caso omiso de las tendencias y directrices de la Santa Sede, y retrocedía a la condena del nacionalsocialismo de Pío XI, a la fundación por parte de Hitler de una «Iglesia nacional» anticatólica y a la persecución y asesinato de numerosos dirigentes de Acción Católica, y también se refería al tiempo presente, a los papados de Paulo VI y Juan XXIII, cuya encíclica *Pacem in Terris* condenó la expresión «Pueblo deicida», mientras la citada revista continuaba fomentando el odio contra los judíos, y tildando, además, de enemigos a masones, protestantes, comunistas y demás «compañeros de viaje». Y concluía *«Todo ello es ridículo Sr. Director, y nos hace reír, pero tratándose de cosas serias y pensando en el rebaño de gente «con lana en el cogote» que acepta tal cantidad de errores, más bien nos induce a llorar».*[69]

No faltó una carta[70] en la que se trataban de inadmisibles y de crasa ignorancia las opiniones de Miguel Morell Roig, con su pretensión de dar la cifra de entre 350.000 y 500.000 para el total de judíos exterminados. El firmante sospechaba que su afirmación representaba una tomadura de pelo, ante la abundante y fehaciente documentación existente sobre el asunto, incluidas las declaraciones de los propios ejecutores, sin embargo también sospechaba *«que podría considerarlas mayormente al abrigo de esa fabulosa y multiforme hidra judaica que, al parecer, controla con sin igual eficacia la propaganda mundial».* Afirmaba que el señor Morell no escribía para los enterados, ya que siempre habría gente que diera por buenas sus exageraciones, sin meterse en mayores honduras, además constataba con tristeza el poso racista que surgía cada vez con mayor descaro *«porque lo lamentable es que el señor Morell no está solo* (...) *Quizá, con el tiempo y nuevas investigaciones de otros señores Morell, habrá que declararlo a titulo póstumo benefactor de la Humanidad.*

---

69. UN UNIVERSITARIO, *Destino* 13-6-64.

70. M SOLER, *Destino* 13-6-1964.

Para terminar, no sé si será preciso añadir que no tengo la más mínima conexión familiar ni amistosa con persona alguna de raza judía. Pero a pesar de ello me siento decididamente inclinado a considerarlos seres humanos, exactamente. Que le vamos a hacer. Todos tenemos nuestras pequeñas debilidades»

Otra punzante crítica a «El Cruzado Español» se vertió en la carta de otro lector[71] por sus exabruptos a «*todo cuanto signifique progreso, adaptación o mero cambio* (...) *Y con esta revista editándose en nuestras mismas narices, no vayamos a quejamos que en el extranjero se nos reproche nuestra leyenda negra* (...) *Porque un país en el que unos señores consideren a los judíos solo como pueblo deicida, que los sacerdotes deban limitarse a decir misa y que digan a voz en grito que una revista discreta y normal sea pornográfica, porque se edita en un idioma no oficial, no puede presumir de pertenecer al siglo XX*»

Y cabe finalizar la larga nómina de cartas de aquel 13 de junio de 1964 con la redactada por Amadeo López Arias, uno de los activos fundadores de la Amical, con su peculiar ironía y bajo el titulo «EL CRUZADO ESPAÑOL» Y LOS NAZIS:

> «En su número del 9 de mayo, y bajo el titulo «Los angelitos nazis», el señor Claret expone sus dudas sobre si existieron las cámaras de gas o bien si, como dice «El Cruzado Español» no han existido más que en las «mentes calenturientas de los hebreos». Si como creo, las dudas del señor Claret son sinceras, nada más razonable que aclarárselas. Ello no le será muy difícil, toda vez que viven en España y más concretamente en Barcelona, algunos de los supervivientes de los 13.000 españoles que pasaron por el Campo de Mauthausen (por no hablar más que de este campo) y de los cuales cerca de 7.000 murieron en dicho campo). El que suscribe, ex deportado de Mauthausen con la matricula 35.161, está a dis-

71. *Destino* 13-6-1964.

posición del señor Claret para explicárselo. Si bien me pongo a disposición del señor Claret, no estoy muy seguro de hacerlo con «El Cruzado Español», ya que por tres números que han caído en mis manos, me hacen creer que son de los que sienten cierta nostalgia por el régimen nazi, la Gestapo y S.S. desaparecidos oficialmente. Si bien hasta ahora, la odisea de los españoles en los campos de exterminio nazis ha sido inexplicablemente silenciada, ahora puede el señor Claret y «El Cruzado Español», leer el primer testimonio publicado en España sobre los españoles que murieron allí, libro de gran suavidad dentro su brutalidad, motivado solamente por razones de su publicación, que bajo el título «K. L. Reich» escribió el ex deportado de Mauthausen, Amat Piniella, y del cual se han hecho eco todos los periódicos y revistas de España, incluido DESTINO, pero que no me consta lo haya hecho «El Cruzado Español». Estoy plenamente seguro de que el señor Amat se prestará también a documentar al señor Claret, quien sin duda alguna quedará horrorizado. Si bien creo al señor Amat de una paciencia infinita para poder, incluso instruir al «Cruzado Español», no tengo la seguridad de que esta revista reaccione del mismo modo. Puede que sea de los que piensan de que los españoles que escapamos de aquel infierno no seamos después de todo sino «hebreos con la mente calenturienta»

La polémica no cesó, tal como prueba la misma sección de Cartas al Director de la siguiente semana[72]. L. Alexandrovitch desmentía los argumentos relativos a las cifras esgrimidas por «El Cruzado Español» de los que daba cuenta Claret, y a las falsedades esgrimidas por Morell y concluía *«Leyendo esta clase de cartas y alegaciones estúpidas, se ve que no faltan todavía nazis y filonazis. Victoriano Domingo y Miguel Morell parecen muy buenos alumnos de la academia del criminal Goebbels, que con sangre fría mató sus propios seis hijos. No*

72. *Destino* 20-6-1964.

os da lástima que en el campo de Mauthausen, de ocho mil españoles internados, quedaron escasamente un millar y medio, bastante maltrechos y enfermos, según declaración en la carta firmada por el señor J. Amat-Piniella, prisionero civil en el mencionado campo-matadero»

También se leen, el mismo día[73], frases de absoluta disconformidad a la carta del señor Morell «*me parece grotesco que a estas alturas existan personas que puedan creer que no pasó nada o casi nada en los campos de concentración nazis*», cuando con gran solvencia el tema ha sido suficientemente tratado por *«Periodistas tan capaces como los españoles Tristán la Rosa y Augusto Assia han dicho y repetido miles de veces las monstruosidades que cometieron los nazis con los pobres judíos. ¿Es que se lo inventaron? ¿Es que dichos señores están mal informados? Yo creo que el señor Morell Roig se ha puesto en una postura falsa y ahora debería ser él quien nos demostrara que son falsos los seis millones de judíos exterminados y demostrar a los periodistas que he citado antes y a todos los que dicen que fueron millones los judíos asesinados a mansalva, que están equivocados. Creo que trabajo le costaría a dicho señor poderlo demostrar*».

De forma similar a una carta anterior, el punto de vista de los católicos no faltó, con estas frases: «*he sido siempre enemigo del nazismo, y en definitiva sus grandes crímenes no son otra cosa que la consecuencia de sus teorías. Pero he comprobado con dolor y extrañeza que no ya en la época de Hitler sino incluso ahora hay católicos, y se precian de poseer una buena cultura, que continúan no solo simpatizando, sino incluso defendiendo a Hitler y los suyos»,* tal como le afirmó en una conversación un sincero creyente *«Naturalmente que entraban desnudos en las cámaras de gas y les obligaban a abandonar su infecta ropa; pero era solamente para despiojarlos» Y se quedó tan tranquilo»*[74]

---

73. JERONIMO DE GAMIZ, *Destino* 20-6-1964.

74. VILAPALOMAR R., *Destino* 20-6-1964.

En otra carta[75] su autora no dudaba en juzgar convincentes los argumentos de Morell, sin embargo *«¿deben valorarse acaso las atrocidades por la cantidad de muertos? Creo que no debe ser así, el valor de un ser humano ya es suficiente para condenar lo que ocurrió en Alemania como verdaderos crímenes, de los cuales todos los humanos debemos avergonzarnos»*

Y de nuevo en esta ocasión dejamos para el final del comentario de las diversas cartas, la que mandó Joan Pagès Moret[76], el hombre clave en la fundación de la Amical:

> «En respuesta a la carta del Sr. Claret plantea sus dudas ante las, según Victoriano Domingo Loren, categóricas demostraciones del francés Rasinier y otras insistentes y reiteradas afirmaciones sobre asesinatos masivos efectuados por los nazis. Como ex deportado superviviente del campo de concentración nazi de Mauthausen, y por tanto testigo, sujeto y objeto al régimen normal del campo, me permito asegurar al señor Claret que la existencia de cámara de gas en dicho campo, no puede atribuirse a mentes calenturientas de hebreos ni a bluff, sino a trágica realidad nazi, lugar de ejecución de miles de seres humanos, entre los cuales incluso algún español, aunque la opinión de los angelitos nazis fuera se trataba de judíos y otras clases de subhombres. El hecho que Victoriano Domingo Loren acepte como artículo de fe las elucubraciones del Profesor Rasinier, ni aunque se dedicara en escarbar en pudrideros más infectos como el órgano de prensa de las antiguas SS «Nationaler Zeitung», no puede cambiar a tan trágica realidad sus verdaderas dimensiones.
>
> El que existiera cámara de gas, camión «Sonder Saurer», duchas de agua fría al aire libre en temperatura ambiente por 16º,

75. ROSA MARÍA MANICH, *Destino* 20-6-1964.

76. *Destino* 20-6-1964.

«bunker», bestiales palizas, alimentación casi inexistente, pretendidas experiencias médicas o sobre regímenes alimenticios, de todo ello podemos atestiguar los supervivientes, y no precisamente de oídas, sino que por los resultados dejados sobre cada uno de nosotros. Claro que al señor Victoriano Domingo Loren le queda un recurso oficialmente positivo para demostrar al señor Claret que nuestro testimonio corresponde a mente calenturienta hebrea, y es desenpolvar los archivos de las S.S. donde consta que la muerte en pocos meses de unos 6.900 españoles y de más de 200.000 deportados de muy diversas nacionalidades por el solo campo de Mauthausen y sus comandos, se produjeron indefectiblemente a causa de fallo de corazón o pulmonía. A las dotes del señor Claret de aceptar la versión que más le plazca, mientras en lugar de atormentarse intentando averiguar el número exacto de personas asesinadas por los nazis, que en líneas generales es suficientemente conocido, podría dedicarse a investigar si en el supuesto que Hitler o los que pretenden revivir sus teorías primero y después sus prácticas, hubieran llegado a dominar el mundo, cuál seria el diagnóstico que a él personalmente le correspondería ¿fallo de corazón o pulmonía?»

La semana siguiente el tema siguió ocupando espacio en el semanario, desde una vertiente más teórica. En la carta con el titulo LOS MISTERIOS DEL PUEBLO ALEMÁN[77] se vertían reflexiones sobre la difícil comprensión de la comisión de atrocidades por parte de un pueblo con un considerable nivel cultural y técnico, sin embargo su autor afirmaba que *«sin un elevado grado de instrucción y cultura técnica no le hubiese sido posible a la barbarie nazi llevar a término algunas de sus más terribles acciones. No son la instrucción y la cultura en sí mismas garantía de un proceder humano e inteligente»*

77. MIQUEL DELS SANTS OLIVER, *Destino* 27-6-1964.

En la carta JUVENTUD DEFRAUDADA[78], el lector se sentía defraudado ante la enorme cantidad de corresponsales que trataban de disminuir el número de asesinatos cometidos por los nazis, o de disimularlos con el terror atómico desatado sobre Hiroshima y Nagasaki o los bombardeos de Berlín, obviando que el primer golpe fue el responsable de los golpes posteriores, así como ante la divergencia de las cifras

> «Díganme si el hecho de haber asesinado a seiscientos mil en lugar de seis millones, de judíos, negros, españoles, gitanos, comunistas, etcétera, puede cambiar el hecho real de que el nazismo, al cometer el primero de esos crímenes a sangre fría y justificándolo negando al individuo el derecho a ser libre, o el derecho a tener derechos, sí no era nazi y ario, no es más que una aberración criminal. ¿Cambian las cosas? Esto no es todo; he dicho que me avergüenzo de la humanidad, sí, me avergüenzo de la humanidad y de sus seres humanitarios que tratan de encontrar atenuantes al crimen despiadado (...) Yo creo que toda vida humana tiene un valor inapreciable, y que mi vida, nuestras vidas jóvenes tienen una proyección al futuro realmente asombrosa. Y las vidas de los negros, judíos, comunistas, etcétera, valen tanto como la mía. Porque por pura casualidad yo he nacido en España, soy blanco y pienso como pienso. No querría nunca olvidar esos treinta millones de justificaciones que se necesitan para justificar a un criminal».

Y llegamos a los estertores de la larga polémica, transcrita en la revista el día 4 de julio de 1964, con la felicitación de un lector[79] a todos los que habían expresado su repulsa a la bestialidad nazi, dejando, así *«a los Claret y a los Morell»* como excepción de la regla.

---

78. L. RIVERA ZAMORA, *Destino* 27-6-1964.

79. JACINTO MIRAMBELL.

Sin embargo exponía una laguna en todas las cartas, la razón por la que se pudieron crear y funcionar los campos de exterminio, a su entender, por haber hecho tabla rasa de los derechos de la persona humana, derechos vulnerados *«ayer, hoy y mañana en todos los continentes y en distintos regímenes políticos cuando una comunidad se ve privada de lo que con claridad meridiana señaló el santo, el grande, el bondadoso padre Juan XXIII, en su famosísima «Pacem in Terris», todas las arbitrariedades, todas las injusticias, todos los crímenes, todos los atentados a la dignidad humana, pueden producirse»*

Otro lector[80], con gran sentido lógico resumía el debate: *«Me parece que las personas y revistas (El Cruzado Español y Juanpérez, etc) capaces de defender y querer ocultar una de las mayores barbaridades de la Historia no solamente merecen el desprecio de todas las personas que pueden discernir el bien del mal, sino que podían haber empezado colocándose brazales con la cruz gamada y confesando claramente sus intenciones, con lo cual habrían ahorrado mucha tinta y sabríamos a que atenernos de ahora en adelante»*

Y como colofón, la larga carta escrita por dos ex deportados a Mauthausen, Alfonso López Yáñez y Amadeo López Arias, y por el hermano de un asesinado en aquel campo, Juan Bonet Esteve, todos ellos fundadores de la Amical[81]:

> «Sr. Director de DESTINO. En los últimos números de la revista de su digna dirección, y en la sección «Cartas al Director», hemos tenido ocasión de leer algunas opiniones sobre los campos de concentración de la Alemania de Hitler, a las cuales creemos necesario oponernos con las siguientes puntualizaciones: Son varios los campos de exterminio de la época nazi que, después de la victo-

80. JORDI PUJIULA, *Destino* 4-7-1964.

81. Alfonso López. Amadeo López. Juan Bonet Esteve. Firmantes de la solicitud de constitución de la Asociación AMICAL DE MAUTHAUSEN, *Destino* 4-7-1964.

ria aliada, han sido convertidos en monumentos y museos y en los que se conservan las tan discutidas cámaras de gas o las partes de las mismas que los hitlerianos no pudieron destruir antes de su huida. Auschwitz en Polonia, Mauthausen en Austria, Natzweiler-Struthoff en Francia esperan la visita de quienes tengan dudas sobre la existencia de tales procedimientos de exterminio, comprobación que quizá les resultará menos cómoda que la lectura de Rasinier, pero ciertamente más incuestionable. Es posible que la visita de lo que queda en pie de los campos de concentración –que en algunos es mucho– les permita también comprender en qué condiciones y circunstancias fueron cometidos los crímenes de lesa humanidad de que se acusó a Hitler y sus partidarios, y hasta hacerse cargo de las dificultades en conocer con absoluta exactitud el número total de judíos asesinados, cifrado en cinco millones, como mínimo, por los organismos oficiales responsables. El regateo a que algunos se dedican, especulando sobre si entre Alemania y Austria fueron un millón los judíos exterminados, si fueron tantos o cuantos los caídos en los territorios ocupados o los que se suicidaron acá o allá, o los rehenes ejecutados en la ciudad tal o la aldea cual, además de perder lastimosamente el tiempo por ser éste un recuento que está muy por encima de sus posibilidades de información, les convierte consciente o inconscientemente en dóciles instrumentos de quienes pretenden justificar o, cuando menos, paliar el crimen nazi, cuyas proporciones no dejarán de ser monstruosas por millón más o millón menos en la suma total de los que fueron sus víctimas. Otro de los objetivos perseguidos parece ser el de dar la engañosa impresión de que solo los judíos fueron internados en los campos de concentración, quizá pretendiendo con ello borrar el hecho de que también millones de seres humanos de todas las razas, religiones y nacionalidades figuran en el gigantesco martirologio. ¿Por qué continuar ignorando, por ejemplo, que en manos de los nazis murieron varios millares de españoles? Si eso no se dice en los textos de autores como Rasinier pueden todos ustedes leerlo en el libro

que J. Amat-Piniella ha publicado en Barcelona con el titulo «K L. Reich». Sobre este particular seremos muy concretos. Ponemos a disposición de quien quiera hacer el recuento de las bajas españolas en los campos hitlerianos y cuantas comprobaciones subsiguientes desee, la lista exacta de los muertos, extraída de los propios ficheros de la SS Politische Abteilung del campo de Mauthausen, es decir, oficialmente controlada, lista en la que figuran los nombres y apellidos, el lugar y la fecha de nacimiento y también la fecha de su muerte, prueba documental ésta que no podrá ser recusada por exageración o 'bluff', como alguno de los comunicantes y «El Cruzado Español» hacen invariablemente cuando las pruebas se refieren a los asesinatos masivos de los hebreos.

Sabido es que la República Federal Alemana ha acordado indemnizaciones a las victimas del nazismo, especialmente a los judíos, pero no creemos que por considerables que sean las sumas repartidas, puede nadie afirmar que con ellas queda compensado el valor de cinco o más millones de vidas truncadas por los más brutales y sádicos procedimientos. Por otra parte, ¿no estiman ustedes ridícula la suposición de que el Gobierno federal alemán se ha dejado arrastrar al pago de 42 millones de marcos solo en razón de un bien montado «bluff»? Y aunque sea apartarnos un poco de nuestra linea de argumentación, permítasenos decir aquí que la legislación alemana que regula dichas indemnizaciones ha sido más bien restrictiva, mucho más de lo que a primera vista y ante tal cantidad de ceros parece, siendo prueba de ello que la gran mayoría de los ex internados en campos nazis que nos encontramos en España y un importante número de derechohabientes de españoles muertos en cautiverio, no han podido percibir indemnización ninguna debido a la desafortunada y a todas luces injusta redacción de algunos de los artículos de las expresadas leyes.

¿Silenciar a Hitler y su época? ¿Es que para ello somos un estorbo los que logramos sobrevivir la gran matanza? No. Si cualquier posibilidad de renacimiento del hitlerismo en el mundo hubiese

sido extirpada, nosotros seríamos los primeros en desear el olvido, pero mientras subsista el peligro de vernos hundidos en otras apocalípticas matanzas, debemos estar presentes, debemos recordar, debemos enseñar a quienes no vivieron la pesadilla, a los jóvenes principalmente, las formas y peculiaridades de lo que luego se convino en llamar «crímenes de guerra» y prevenir su repetición como se previene el parasitismo, las enfermedades, las epidemias, los accidentes, los siniestros de cualquier clase. Recordar a Hitler y a sus nazis, día tras día, año tras año es aún y será para mucho tiempo todavía, una excelente medida de profilaxis colectiva a la que todos estamos obligados.

¿Más información? No hace falta buscar mucho. La facilitan a quien la pide, la Cruz Roja Internacional, el Centro Internacional de Documentación Judía Contemporánea de París, la Federación Internacional de la Resistencia (Viena), y cualquiera de las asociaciones de ex deportados en los campos nazis que existen en todas los países europeos que cuentan con un núcleo de ciudadanos en tales condiciones. Y para terminar esta larga carta, solo nos resta lamentar que a nosotros, los españoles, nos haya sido denegada la autorización para asociarnos, como lo han hecho los compañeros de los otros países, en defensa de nuestros derechos. De haber sido autorizados también dispondríamos de una más amplia, precisa y rigurosa información de la que ahora podemos ofrecer a cuantos han tenido la paciencia de llegar hasta este punto final».

10

1973-1979
Nuevos combates en la última etapa

Una vez conseguida la indemnización de la RFA, Eliseu no desfalleció en reclamar sus derechos, entonces en el Ayuntamiento de Barcelona. El 28 de junio de 1977 presentó una instancia con la exposición de su trayectoria laboral desde el año 1931 hasta su destitución el uno de diciembre de 1939, con los pormenores que habían marcado su vida desde su incorporación al frente hasta su regreso a España, acogiéndose a las disposiciones legales, el Real Decreto-Ley de Amnistía promulgado el 30 de julio de 1976, el Decreto del 1 de octubre del mismo año que establecía la aplicabilidad del anterior a los funcionarios de la administración local, y el decreto del 13 de marzo por el que se reconocía el tiempo de separación forzosa a efectos activos y pasivos. En consecuencia pedía la eliminación de su hoja de servicios de la sanción de destitución y la restitución del estatus de funcionario, la incoación del expediente de jubilación por edad y el reconocimiento de ocho años de servicio activo, computando los tres años en que estuvo incorporado a filas, más los 37 años y 6 meses separado del servicio.

La administración municipal, el 9 de agosto de 1977 le reconoció el tiempo de servicio entre el 1 de diciembre de 1939 y el 11 de abril de 1970, en que cumplió la edad de jubilación, con un cómputo total de 30 años, 4 meses y 10 días. El efecto inmediato fue percibir, un anticipo de 14.322 pesetas, a partir del primero de septiembre de 1977, a cuenta de la pensión definitiva que había de fijar

la Mutualidad Nacional de Previsión de la Administración Local[82].

A pesar de obtención de las indemnizaciones, consideradas del todo insuficientes, quedaba un tema importante, la asunción de responsabilidad de su tragedia por parte del estado español. Eliseu insistió en ello, cuando por medio de la prensa[83] se enteró de que el Ayuntamiento de Guernica acordó retirar los honores concedidos a Franco, pedir explicaciones al gobierno alemán, en el 42 aniversario del bombardeo, y al gabinete español aclaración sobre las circunstancias en que se produjo. Bajo la fotocopia de la noticia de prensa, Eliseu escribió la siguiente anotación: «*utilizable como precedente para promocionar la indemnización a los internados en Mauthausen por cuenta de los alemanes y responsabilidades a los gobernantes españoles que se inhibieron de tal acción en la que al parecer uno de los protagonistas fue Serrano Suñer*»[84].

En el año 1981 el Bundestag aprobó un nuevo texto legal como consecuencia de las quejas individuales y colectivas de los perseguidos raciales no judíos (gitanos), o por los perseguidos políticos, como los españoles. A partir de él se otorgaba una indemnización global de 5.000 DM por daños a la salud sin exigir duración de privación de libertad de manera explicita, pero asociando los supuestos daños a la salud y a la indigencia. Desde la Amical se valoraba que esta nueva ley otorgaba auténticas limosnas a las viudas, a los deportados, a los internados, a los trabajadores forzados, metiéndolos en el mismo saco que los detenidos por un corto periodo de tiempo o incluso en los campos de trabajo franceses, en los cuales incluso era dudosa la incitación alemana; en definitiva, la persecución se había convertido en objeto secundario, ya que se resaltaba, ante todo, la edad y la indigencia. La discordancia entre las indemnizaciones per-

82. Archivo personal M.ª Lluïsa Villalba.

83. *La Vanguardia* 26-3-1979.

84. AHAM.

cibidas por un español residente en Francia y por uno residente en España era más que notoria: 111.443 DM en el primer caso y un máximo de 25.760 por la BEG-SG o 5.000 por la Notificación de 1981, en el segundo.

Parece pertinente haber dado cabida a esta nueva fase de reclamaciones, en la década de los 80, a pesar de que sobrepasa el marco cronológico de esta obra, ya que Eliseu Villalba hubiera quedado complacido al conocer que su esposa, Ángeles Insa, hizo los trámites necesarios para percibir la pensión de viudedad y que su hija M.ª Lluïsa Villalba Insa trabajó intensamente en la asociación para dar curso a los nuevos expedientes y para enviar cartas informativas a todos los ayuntamientos de España con vecinos víctimas del nazismo. Si un accidente de tráfico no hubiera acabado con su vida, Eliseu hubiera proseguido su lucha, en las nuevas coyunturas que se fueron presentando en años posteriores.

El tiempo había corrido mucho desde que en 1962 un grupo de valientes puso en marcha la asociación que no cejó en defender los derechos de los antiguos deportados, algunos de los cuales adquirieron proyección nacional e internacional, como Joaquim Amat-Piniella con su obra *K-L Reich*, escrita en su exilio andorrano y finalmente publicada en 1963, que soslayó la censura en base a retoques en su introducción. En 1973 la Amical ya disponía de un pequeño local propio, camuflado en un edificio poblado de oficinas, y a medida que el final de la Dictadura se avecinaba cercano, se abrió una etapa que basculaba entre cierta tolerancia y la persistencia de la censura, lo que permitió a la Amical perseverar en su objetivo de proyección cívica, con charlas y proyecciones cinematográficas en centros parroquiales y vecinales, aparición de artículos pioneros en prensa sobre la desconocida deportación republicana o del libro de Vicenzo y Luigi Pappalettera *Los SS tienen la palabra*, en 1972, que permitió a Montserrat Roig el contacto con deportados, base para su futura monumental obra *Els catalans als camps nazis,* publicada en 1977, la traducción al castellano de la obra de Mariano Cons-

tante *Los años rojos* en 1974, y contactos con lideres de la oposición democrática, acciones paralelas a las presiones que desde el asociacionismo internacional se llevaban a cabo para el reconocimiento legal de la entidad e intensificadas después de la muerte del dictador. Las campañas contra la política represiva de la Dictadura y en favor de los presos políticos que purgaban sus luchas en cárceles y penales habían sido constantes desde las asociaciones afines del exterior, las tantas veces citadas, Amicale de Mauthausen, la FIR y la FNDIRP.

Eliseu Villalba afrontaba su vida cotidiana, plagada de visitas y tratamientos médicos, al lado de su familia, con especial dedicación a su hija M.ª Lluïsa, a la que ayudaba en sus tareas escolares, especialmente en dibujo, matemáticas y manualidades. Una muestra de su habilidad fue la confección de un aparato para poder enchufar tres auriculares y escuchar la televisión hasta muy avanzada la noche, horario condicionado por las muchas pastillas que tenía que ingerir. Mª Lluïsa todavía guarda en su recuerdo el recorrido por agencias de viajes para recabar materiales para la elaboración de álbumes sobre las provincias de España, y su afición a coleccionar sellos, aún custodiados por ella que también heredó la misma práctica. En cambio, el violín, la pericia del cual había aprendido Eliseu en los años jóvenes, no sonó nunca en su casa, sino que permaneció siempre en lo alto de un armario.

La compra de un coche aparejó una nueva rutina, la de pasar el jueves, día de fiesta semanal del bar, en la montaña, cerca de un río, donde se refrescaba la bebida y la fruta que acompañaban la comida preparada en casa, con la prevención de no tener que encender fuego en el campo. La minuciosidad y el buen hacer metódico también se pusieron de manifiesto cuando su hija se sacó el carnet de conducir, con vueltas de prácticas en el Seat 850 por la cercana montaña de Montjuïc.

Desde el año 1970 gozaba de la condición legal de jubilado y acostumbraba a dar paseos por la Rambla barcelonesa, donde a veces coincidía con algún conocido con el que conversaba en francés,

y a fomentar su afición a la lectura de cualquier libro que le cayera en sus manos, sin que faltara el repaso de la prensa diaria. A pesar de la liberación del trabajo en el bar traspasado a sus sobrinos, el negocio familiar seguía siendo un punto de encuentro con clientes conocidos y el lugar donde siempre podía completar la mesa de una partida; tal era su conexión que el emplazamiento de su vivienda estuvo condicionado por la cercanía al bar.

El paso del tiempo se iba cobrando las vidas de aquellos compañeros pioneros, muchos de los cuales no llegaron a vivir el reconocimiento legal de la asociación, que se produjo de 8 de febrero de 1978. Amat-Piniella murió en 1974, la primera de una serie de desapariciones prematuras de aquellos que habían sido el alma de la Amical; también en el mismo año falleció Antoni Fradera; el 23 de diciembre de 1978 desapareció Joan Pagès, víctima de un infarto; en 1979 Josep Sugrañes; y Amadeo López Arias, el infatigable corresponsal, en 1980. Eran hombres con poco más de 60 años, a quienes la vida había castigado desde su juventud.

Y a Eliseu Villalba la muerte le sorprendió de una manera inesperada, a los 74 años. El 12 de julio de 1979 falleció a consecuencia de un accidente de coche cuando, acompañado de su mujer y su hija, marchaban de vacaciones y un camión se les echó encima a pocos kilómetros de Prats de Lluçanés, en la comarca de Osona. Las últimas palabras pronunciadas en la ambulancia que lo trasladó al hospital de Vic fueron: «*no me han podido matar los alemanes y un Pegaso lo hará ahora*». Su hija, Mª Lluïsa, mantiene emocionada el recuerdo de su padre, la precariedad de su salud como consecuencia de la estancia en los campos nazis, las conversaciones sobre Mauthausen, las pesadillas que a menudo le retornaban al campo y, por encima de todo ello, las permanentes muestras de ternura hacia los suyos.

Con su muerte no desapareció su huella. Su nombre está grabado en una lápida colocada en un muro visible del Mercat del Ninot, su lugar de trabajo del que se le despojó por su adscripción de republicano antifascista. El día 12 de enero de 2018, por iniciativa

de la Amical en reconocimiento de su labor, el Ayuntamiento de Barcelona, en un acto solemne inauguró la citada placa que reza: «*En record d'Eliseu Villalba Nebot (1905-1979). Funcionari del Mercat del Ninot. Deportat al camp de concentració nazi de Mauthausen (1941-1945). Ajuntament de Barcelona*».

Su hija, M.ª Lluïsa Villalba Insa, sigue al pie del cañón en su tarea de soporte a la Amical y guarda celosamente los objetos que su padre rescató de la infamia de Mauthausen, sus gafas con funda, una cuchara y un tenedor pertenecientes a las SS, con su distintivo, una navaja y dos cajitas metálicas fabricadas por él mismo, el brazalete de cuero con su número de matrícula grabado en la placa metálica, y otras placas de identificación con sus números de matrícula pertenecientes a Steyr y Gusen. Todos ellos son huellas materiales del horror concentracionario y en diversas ocasiones han sido mostrados al público en exposiciones, la última de las cuales en La Arquería de Madrid, en el año 2019, organizada por la Comisión Interministerial para la conmemoración del 80 aniversario del Exilio Republicano.

Y por último, sin su celo para preservar la memoria de su padre, a partir de las páginas que dejó escritas, este libro no hubiera podido ver la luz. A pesar del trastorno emotivo que ha significado la búsqueda de papeles, fotografías y objetos, M.ª Lluïsa se siente satisfecha de haber podido hacer algo por su padre, la persona que le enseñó lo que es hoy, tal como expresan sus propias palabras: «*Creo que habiendo estado tantos años trabajando en la Amical ya ha valido la pena, si me pudiera ver creo que estaría satisfecho de verme colaborar para que toda aquella barbarie no se vuelva a repetir*».